



QUIMERA

LAS EDADES BÁRBARAS

Malenka Ramos

TITANIA

QUIMERA

LAS EDADES BÁRBARAS

Malenka Ramos

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.^a edición Febrero 2016

Copyright © 2016 by Malenka Ramos

All Rights Reserved

© 2016 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN EPUB: 978-84-9944-961-6

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Este libro está dedicado a mis lectores, familia,
Miguel B. Muñiz y Gabriel Alonso Ferrao.
También a Joan Bruna Ros, ya que sin él
este proyecto no hubiera sido posible.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Primera parte: Cada cual con su quimera

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte: Las edades bárbaras

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Tercera parte. Ven a mí, perverso amor

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Primera parte

Cada cual con su quimera

Bajo un inmenso cielo gris, sobre una inmensa polvorienta llanura sin caminos, sin hierba, sin siquiera un cardo o una ortiga, me encontré con unos hombres que caminaban encorvados. Cada uno de ellos cargaba sobre la espalda una enorme quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón o como la impedimenta de un soldado romano.

Pero el monstruoso animal no era un peso inerte; envolvía y oprimía, por el contrario, al hombre, con sus músculos elásticos y poderosos; prendíase con sus dos vastas garras al pecho de su montura, y su cabeza fabulosa dominaba la frente del hombre, como uno de aquellos cascos horribles con que los guerreros antiguos pretendían aumentar el terror de sus enemigos.

Interrogué a uno de aquellos hombres preguntándole adónde iban de aquel modo. Me contestó que ni él ni los demás lo sabían; pero que, sin duda, iban a alguna parte, ya que les impulsaba una necesidad invencible de andar.

Observación curiosa: ninguno de aquellos viajeros parecía irritado contra el furioso animal, colgado de su cuello y pegado a su espalda; hubiérase dicho que lo consideraban como parte de sí mismos. Tantos rostros fatigados y serios, ninguna desesperación mostraban; bajo la capa esplenética del cielo, hundidos los pies en el polvo de un suelo tan desolado como el cielo mismo, caminaban con la faz resignada de los condenados a esperar siempre.

Y el cortejo pasó junto a mí, y se hundió en la atmósfera del horizonte, por el lugar donde la superficie redondeada del planeta se esquivo a la curiosidad del mirar humano.

Me obstiné unos instantes en querer penetrar el misterio; mas pronto la irresistible indiferencia se dejó caer sobre mí, y me quedó más profundamente agobiado que los otros con sus abrumadoras quimeras.

BAUDELAIRE

1

Antón permaneció inmóvil frente a la ventana, contemplando la profunda oscuridad de la noche. El cielo estaba tachonado de estrellas y el aire zarandeaba las grandes ramas de los árboles. Le encantaba sentir el calor del hogar. La seguridad y la calidez de aquella casa le reconfortaban de una forma especial. Detrás de aquella enorme cristalera, observando el exterior, se sentía protegido del duro invierno. Aun así, amaba el frío. Prefería tener que abrigarse que sentir el sudor a primera hora de la mañana y aquel calor estival que a veces resultaba demasiado agotador para sus sesenta años.

Todo estaba bien, había pensado mientras paseaba por las estancias que conformaban la mansión que él mismo había construido. Podía sentirse orgulloso. A lo largo de los años había conseguido cada uno de los retos que se había propuesto, empezando, sin duda, por haber comprado aquella inmensa finca en lo más profundo de una Galicia atávica que tanto significaba para él. Aquel paraje le permitía desconectar de las llanuras casi lineales de la capital, con sus tonos grises y tristes, para adentrarse en la frondosidad de los bosques, las colinas y las montañas de tonos verdes.

Por otro lado, le devolvía aquella infancia que jamás olvidaría, la misma que le había hecho regresar a aquel lugar décadas atrás para cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo cuando apenas era un muchacho. No obstante, sus triunfos no se quedaban allí. Durante toda su vida había trabajado duro para conseguir que sus negocios se transformaran en un pequeño imperio. Dos inmensas empresas construían edificios y rascacielos por todo el mundo; había invertido en varios despachos de abogados y la Bolsa era para él un juego con el que se entretenía de vez en cuando. Todo había salido del modo que él habría deseado si se lo hubiesen preguntado tiempo atrás.

Donaba cantidades ingentes de dinero a los desfavorecidos, pero siempre de un modo anónimo; no era un hombre que deseara el agradecimiento por algo que creía obligatorio en su situación. Siempre había pensando que la riqueza, por mucho trabajo que hubiera costado, debía servir para cambiar el mundo, y que, de un modo u otro, si el resto hiciera lo mismo que él, todo sería diferente. Pero también sabía que aquella era su forma de ver las cosas, su manera de intentar calmar el profundo dolor que sentía cada vez que paseaba por los jardines de la finca o bajaba a Torbe. Cada vez que recorría sus calles empedradas, sus restaurantes, la iglesia con su campanario o cada uno de los rincones de aquel bonito pueblo, los recuerdos le devolvían a un mundo que hubiera preferido dejar enterrado para siempre...

Observó su propio reflejo en la cristalera y se giró para contemplar el salón majestuoso, los sofás de terciopelo y las alfombras con ribetes. Candela, la mujer que llevaba el peso de aquella casa desde que su esposa Eleonor falleció, había encendido la chimenea y ahora las llamas crepitaban detrás de él mientras esperaba con una copa de su mejor vino entre los dedos y una profunda melancolía.

«Aprovecha el momento porque mañana no sabemos si estaremos aquí.»

Aquellas palabras retumbaron en su cabeza mientras caminaba descalzo sobre la alfombra persa. Se situó frente al hogar y contempló su rostro en el espejo de la repisa. Mantenía una cuidada perilla blanca y casi no tenía arrugas, algo extraño para una piel tan aceitunada y con tantos años encima. Sin duda, se lo debía a su buena genética, la misma que de algún modo le confería un cuerpo atlético para su edad.

«Hay algo ahí fuera esperándonos, Antón, algo mucho más grande que este maldito orfanato de barro y sufrimiento.»

—Alexander...

Cerró los ojos y rememoró su imagen cuando apenas tenían quince años. Evocó durante unos instantes el tiempo que habían pasado todos en aquella misma casa, en aquella mansión que en otra época había sido un orfanato y un calvario para ellos. Y qué duros se tornaban los recuerdos. ¿Cómo hacerles entender lo que había hecho? Comprar aquella mansión era una promesa con sangre, una meta en una vida llena de gloriosos triunfos, de noches en vela y horas de trabajo. El mismo caserón que muchos años atrás les había cobijado y aterrado. El orfanato de San Torbe transformado en la mansión de Quimera.

Antón había tirado abajo aquel infierno de su infancia y había construido su casa sobre los escombros. Para algunos era un recuerdo enfermizo y terrible de sus tormentos; para otros, una forma de superar los miedos y transmutar lo que habían vivido allí dentro. Lo único que había mantenido intacto eran los sótanos del orfanato. Tras sanear sus galerías, había transformado una de ellas en un hermoso salón de estilo marroquí, repleto de cojines y sofás, con dos hermosas chimeneas, una barra forrada en terciopelo rojo, y las paredes de piedra.

¿Cuánto tiempo había pasado? Demasiado quizás. Había perdido a muchos de sus compañeros de San Torbe. Y es que lo vivido allí había marcado a casi todos de por vida. Por aquel entonces nadie consideraba importante que un niño sufriera durante años el frío aterrador de una celda de castigo, o una ducha con agua helada hasta atenazar sus músculos. No eran importantes para nadie; eran solo números que alimentar en una época de hambruna, de conjuras y traiciones. La guerra lo había devorado todo. Ellos habían tenido la suerte o la desgracia de acabar en San Torbe, creyendo que al terminar la guerra volverían a sus vidas normales, pero sus tormentos no habían hecho más que comenzar. A veces, Antón se preguntaba qué hubiera sido de ellos si no hubiesen terminado allí y la respuesta no le gustaba.

San Torbe había sido el lugar donde se conocieron y donde habían hecho una promesa que permanecía latente, aun después de tantos años.

—Señor Andrade, Petro Argas ha llegado.

Antón se giró y observó a la mujer gruesa de pelo cano que lo miraba con una sonrisa amable.

—Gracias, Candela. Hazle pasar.

Se quedó contemplando el retrato de su esposa, junto al espejo, sobre la repisa de la chimenea, y acarició el cristal. Ella había sido una belleza desde el principio. El amor de su vida, su compañera y su amiga. Su confidente y mucho más.

Oyó unos pasos sobre la tarima y un carraspeo lo devolvió a la realidad. Argas llevaba un traje de corte italiano, el pelo cano engominado hacia atrás y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Tenía la cara surcada de arrugas y las cejas muy finas y perfiladas.

—Poeta —le espetó con tono irónico para luego darle un cálido apretón de manos—. Veo que sigues con esa manía tuya de andar descalzo.

Antón sonrió y le golpeó cariñosamente en el hombro.

—Estás más viejo. Claro, es que han pasado años desde la última vez que viniste a España.

Argas alzó las manos dramáticamente y luego las dejó caer lentamente.

—No todos podemos conservarnos en formol como tú, Antón. Pero me alegra ver que sigues manteniendo esa belleza de actor de cine. Te aviso que los hombres que envejecen más despacio lo hacen luego muy rápido, amigo. Será difícil para ti asimilarlo. Ponme una copa de ese vino tuyo y dime cómo te ha ido todo.

Como él, Petro Argas era un niño de San Torbe, un huérfano de la guerra que se había forjado un futuro a base de mucho trabajo. Pero, a diferencia de él, se había ido trasladado al extranjero, animado por unos familiares lejanos con los que había convivido en Suiza durante años hasta fundar su propia empresa.

Argas era uno de esos hombres ambiciosos que nunca tenía suficiente. Siempre pendiente de las acciones y las contrataciones con cualquier país que pudiera darle un poco más de lo que ya tenía. Se acomodó en uno de los sillones y se abrió la chaqueta con elegancia, mientras hacía girar el líquido borgoña de su copa frunciendo el ceño.

—¡Ah, este vino! —exclamó—. No hay mejor vino que el gallego, Antón. Puedo recorrer el mundo de una punta a otra sin encontrar un vino como este. Ese sabor a madera... Es delicioso.

Antón esbozó una sonrisa agradecida y se sentó frente a Argas mientras se colocaba su jersey de cisne correctamente y cruzaba las piernas.

—¿Sabes? La última vez que nos reunimos todos fue para el entierro de Jonás Romano, Roberto Acosta y Richard Armani —murmuró Antón con voz queda—. Me he propuesto que no se convierta en un hábito entre nosotros. Todos estamos en contacto a través de nuestros negocios de un modo u otro, pero apenas nos vemos y vamos cumpliendo años. Hicimos una promesa y juramos mantenerla.

—Y lo hacemos, Antón. Cada uno desde su centro de operaciones, como diría Jeremías Malbaseda, pero lo hacemos. ¿Acaso no es así?

Antón asintió con prudencia, aunque la afirmación de su amigo no era algo que le resultara suficiente. Tomó la copa para dar un largo trago de vino y dejó que su amigo continuara hablando.

—Tengo en Suiza un muchacho español que necesita nuestra ayuda, Antón. Está algo perdido, pero estoy intentando ayudarle. El mundo para él

en estos momentos no tiene ningún sentido. Es un chico joven, guapo, muy inteligente y trabajador, de buena familia. Tiene diecisiete años y un futuro prometedor. Se llama Darío Cross, su familia tiene muy cerca de aquí una casa de indios. Mi intención, si tú lo ves oportuno, es que viaje a España y se quede un tiempo bajo tu tutela. Lo ha pasado mal, Antón.

—Sigues siendo el buscador de las almas perdidas —apostilló él socarronamente—. Háblame de su lado más oscuro.

Argas alzó la vista hacia el alto techo y examinó la lámpara de araña cuyos cristales titilaban.

—Ya está en su primer año de carrera. Es un chico con un coeficiente alto que ha saltado varios cursos. Un caso espectacular. Su padre es un viejo conocido mío y lo cierto es que cuando lo conocí me recordó terriblemente a ti y a Alexander. Tuvo una novia, pero la relación acabó dramáticamente. Ella se suicidó. No era una chica estable, pero el joven Cross se culpa de todo y se ha mantenido en una especie de letargo insano. Sus padres son gente de negocios que viajan por todo el mundo, y apenas prestaron atención a la adolescencia de ese chico porque era demasiado perfecto; su casaca, para ser más exactos, era demasiado perfecta pero poco más.

Antón sonrió suavemente y se acarició la perilla con la mano.

—Lo cierto es que pensé que Darío Cross podía pasar un tiempo bajo mi tutela, pero ya sabes que mi vida es bastante solitaria. No tengo los medios que podrías tener tú en Quimera, ni mucha ayuda... Además, en un mes y medio viajaré a Japón por trabajo y no quiero dejarlo solo. Temo por él. Es un joven brillante, amigo, pero no controla sus impulsos. Está desbocado. Es un pequeño Adonis impulsivo, le gusta lo extremo y no le importa si es hombre o mujer. Aunque ahora está pagando penitencia por sus actos.

Al decir esto, dejó caer la mano sobre la rodilla y su mirada se perdió en el infinito durante varios segundos.

Antón se levantó; necesitaba notar la suavidad de la alfombra bajo sus pies descalzos, caminar de un lado a otro como solía hacer cuando una situación le hacía pensar más de la cuenta, cuando los recuerdos del pasado le invadían las entrañas y su cerebro comenzaba a funcionar a mil por hora.

«Somos diferentes, hemos nacido en una época que no nos tocaba vivir. En un siglo equivocado.»

—Sabes que cuando construí Quimera sobre San Torbe tenía un fin —dijo entonces sin mirar a su amigo—. Fuimos chicos osados. Al principio le eché

la culpa al hastío, a nuestra decadencia y abandono. ¿Por qué no buscar compañía donde fuera? Pero no era así, Argas, no era así. Con el tiempo pensé que quizás aquellas reuniones nocturnas y las relaciones que se generaron eran una forma obscena de escapar del terror que pasábamos en ese orfanato, pero sería mentirme, y mentirnos. No había una razón, no había una enfermedad. Hoy por hoy, en los tiempos en los que estamos, seguimos involucionando, por así llamarlo. La sociedad va de moderna, pero posee una doble moral demasiado peligrosa que juzga. En el fondo, el mundo no ha cambiado tanto, las mentes no avanzan. ¡No era así como lo había imaginado!

—Luchas demasiado con esos pensamientos, Antón —repuso Argas sin moverse del sofá—. Alexander, tu buen amigo, vive a varios kilómetros de aquí y aparta la mirada cada vez que te cruzas con él. Todos somos conscientes de esa realidad y ese dolor. Ha formado su familia, su pequeño microcosmos y reniega de lo que fue e hizo, aunque, en el fondo, nunca se alejó de San Torbe y podría haberlo hecho. Pero volvió a este pueblo y se quedó aquí a vivir. No tengo claro si por la necesidad de no desprenderse de ese pasado del todo o para enfrentarse a él y decirse a sí mismo: «Estoy aquí, mira. Tengo una familia normal. Lo he conseguido». Pamplinas...

Antón parecía profundamente trastornado. Se pasó la mano por su poblada cabellera y volvió a dejar la vista fija en un punto de la noche más allá de la cristalera, de los árboles y sus ramas juguetonas. Los diminutos farolillos diseminados por los caminos de la finca comenzaban a encenderse.

—Deberías escribir un libro, Antón. Un libro de San Torbe. Cuando nosotros no estemos aquí, por mucho que nos esforcemos en contar a nuestros hijos lo que realmente pasó, nunca usarán las mismas palabras ni lo harán con la misma fuerza o dolor que nosotros. ¿Lo has pensado alguna vez?

Antón dejó escapar una sonrisa tímida y lo contempló desde el otro lado del salón.

—Me tomas el pelo.

—¡En absoluto! Tratamos de ocultar nuestros recuerdos. Lo hemos hecho durante más de cuarenta años, Antón. Tu intención al crear Quimera sobre Torbe no era enterrar nuestros fantasmas, siempre lo has dicho. Era crear sobre sus cimientos y sus galerías un lugar que representara lo contrario a lo que nosotros vivimos aquí: el libre albedrío. La culminación de nuestras necesidades y que todos los que pasaran por aquí pudieran ser y hacer lo que

desearan sin ser juzgados por los de ahí fuera. El mundo sigue sin estar preparado para nuestra naturaleza más cruel, amigo. Nada nos hubiera diferenciado de nuestros antepasados primates si no nos hubiera dado por pensar en algún momento de la evolución.

Al decir esto soltó una estridente carcajada y bebió.

—¡Oh Argas...! No has perdido tu vehemencia. Quimera es mi hogar y un lugar de retiro para todos los que, como nosotros, se sienten diferentes a lo que la sociedad ha definido como normal. Nuestros amigos están muriendo, Argas, y nuestra responsabilidad no es solo hacia sus hijos, sino hacia todos los que, como ese chico tuyo, Darío Cross, se sienten perdidos. Haz que venga cuando acabe su curso, que pase aquí unos meses. Será una buena compañía para mi hija Catinca.

Argas estiró las piernas haciendo crujir sus rodillas y se incorporó para depositar la copa sobre una mesita supletoria de madera de caoba.

—Mañana tengo que poner al día ciertos asuntos en la constructora Acosta y regresaré a Suiza en el último vuelo de la tarde, pero volveré el mes que viene. Haré que Cross me acompañe para que tú mismo puedas hablar con él y conocerlo antes de que se instale aquí un tiempo. Te advierto que es un chico delicado y problemático con sus sentimientos, aunque ese detalle no creo que te intimide —terció con humor—. Para entonces también habrán venido los demás, podremos reunirnos otra vez y hablaremos de todo lo que ha pasado estos últimos años y de cómo debemos afrontar ciertas situaciones con los hijos de los que han fallecido. Deben de estar unidos como lo estuvimos nosotros. Nuestra promesa sigue intacta, Antón. No lo dudes ni por un momento.

—Nunca lo he dudado, Petro —susurró.

Antón acompañó a su amigo hacia la puerta y le ayudó a ponerse el abrigo y la bufanda.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Argas le dirigió una mirada de cariño y se puso los guantes. Apoyó la mano derecha sobre su hombro y lo apretó con firmeza.

—No todo fue tan terrible —dijo—. Y aunque te duela lo que te voy a decir, San Torbe nos forjó y nos hizo lo que somos. Mira todo lo que hemos conseguido Antón, todo lo que nos rodea, los años de trabajo, de esfuerzo por superar la pobreza que nos persiguió durante tanto tiempo. Ese sitio fue el comienzo de todo.

—Te comprendo —afirmó—. Lo sé.

Argas salió al exterior y se detuvo a los pies de la escalera. Soplaban una fría brisa que movía su cabello y las hermosas enredaderas que trepaban por los laterales de las jardineras. Del Mercedes negro aparcado frente al camino, salió un hombre vestido con traje negro y le abrió la puerta.

—Nos vemos en un mes, poeta —anunció con contundencia descendiendo los peldaños.

—Un mes —contestó Antón.

2

A Antón le gustaba observar a su hija mientras dormía. La inocencia y serenidad que le transmitía no la encontraba en ningún otro sitio. Hubiera dado la vida por ella desde el día en que la escuchó llorar por primera vez. Desde que falleció su esposa, siempre la había protegido, a veces en exceso. Le dolía que Catinca hubiera perdido a su madre tan pronto, tras una enfermedad que se les antojó eterna y dolorosa. Pero a pesar de todo, era una niña fuerte, con el mismo carácter decidido y descarado de Eleonor. Una niña algo caprichosa, pero de gran corazón, con una belleza natural fuera de lo común y unos rasgos exuberantes que empezaban a marcarse a medida que cumplía años.

La arropó con cuidado de no despertarla, apartándole el cabello de los ojos y la besó en la frente. Se hubiera quedado como muchas otras noches, custodiando sus sueños, pero decidió apagar la pequeña lamparita y salió al pasillo. El servicio ya se había retirado, así que, sin mucho sueño, descendió las escaleras del primer piso y se dirigió a su despacho. Se sentó frente a la mesa y reguló la altura de la silla. Esa era una de las pruebas de que Catinca había estado allí, jugando con el nivelador de altura una vez más. Le gustaba girar velozmente sentada sobre el doble almohadillado de piel. No era la primera vez que lo bajaba al máximo con la intención de gastarle una broma, y que al sentarse la nariz le llegara casi a la altura de la encimera.

Se rio mientras abría uno de los cajones del escritorio y palpó con los dedos el fondo. Arrastró una caja de madera barnizada con un anclaje metálico de color dorado y la depositó sobre la mesa. Abrió la tapa con un gesto solemne y sacó varias fotografías desgastadas, de color sepia. La primera mostraba a Eleonor con el cabello recogido en un bonito moño, y el cuello decorado con un camafeo y perlas. En aquel retrato no debía de tener

más de veinte años. Ya no estaba en San Torbe, sino con una buena familia que la había adoptado. Jamás dejó de escribirle cartas y mandarle fotos. Antón le había prometido que iría a buscarla cuando saliera de aquel lugar y que se casaría con ella. Eleonor lo esperó, aunque su nueva familia no comprendía la razón de su soledad o la falta de entusiasmo por los chicos de buena posición que solían presentarle en los bailes de salón y las óperas.

Observó la siguiente imagen y depositó el resto dentro de la caja. Aquella fotografía tenía el año escrito por detrás: 1954. Antón sonrió nada más darle la vuelta, pues recordaba perfectamente el día en que la tomaron, aunque por aquel entonces no debía de tener más de ocho o nueve años. Salía junto a sus amigos, delante de la verja de la entrada de San Torbe, en fila, como diminutos figurines enjutos vestidos con pantalones cortos y camisas desgastadas. Richard Armani con su gesto desconfiado, Jonás Romano, Roberto Acosta y, junto a él, con el pelo rizado y mirada risueña, Alexander Soller. Faltaban varios en aquella instantánea, pero no había podido conseguir ningún recuerdo de Petro Argas, o los primos Jeremías y Llosa Malbaseda en aquella época. Tenía fotografías de ellos muchos años después, cuando empezaban a hacerse un hueco en el mundo y podían pagarse un fotógrafo profesional. Lo cierto es que su aspecto era desolador y famélico. Ellos no habían vestido nunca pantalones de bombacho y camisas blancas con lazos de tafetán que hacían de corbata. No eran niños privilegiados de ciudad, de esos que se paseaban con botones dorados en sus chaquetas de terciopelo. Tampoco tenían juguetes con los que presumir delante de sus amigos, ni siquiera alguna de aquellas canicas o peonzas tan habituales hasta en un orfanato como San Torbe. Nada.

Sujetó una pequeña libreta con dedos temblorosos y, tras quitar la goma, hojeó el interior.

Cada cual con su quimera (Esta libreta pertenece a Alexander Soller)

Bajo un inmenso cielo gris, sobre una inmensa polvorienta llanura sin caminos, sin hierba, sin siquiera un cardo o una ortiga, me encontré con unos hombres que caminaban encorvados. Cada uno de ellos cargaba sobre la espalda una enorme quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón o como la impedimenta de un soldado romano.

BAUDELAIRE

Antón la cerró, incapaz de seguir leyendo, y la depositó sobre la mesa apartando la caja a un lado. Entrelazó los dedos y se quedó en silencio escuchando el sibilante viento y el suave golpeteo de las ramas contra las paredes de la casa y sus ventanales.

En aquel instante, una conversación del pasado sacudió su mente.

—Es muy sencillo, Antón. Si lees lo que Baudelaire escribe encontrarás significado a sus palabras. Los hombres llevan sobre su cuerpo una inmensa quimera y cuando él les pregunta adónde van con tal peso, solo responden que no lo saben, pero que creen que deben avanzar y superarse. «Les impulsaba una necesidad invencible de andar.» Sus rostros estaban fatigados y serios, pero no mostraban desesperación. ¡No les importaba! ¿Lo comprendes?

—¡Oh, Alexander! No estoy seguro. Llevan un monstruo sobre su cabeza, avanzan cansados, pero no se quejan.

Antón recordó aquel instante como si estuviera contemplando una película antigua en lo más profundo de su cabeza. Ambos solían reunirse de noche para leer, para que Alexander le enseñara las bonitas novelas que poseía. Su amigo le hablaba de los grandes poetas y de los escritores prohibidos, le hacía recitar y escribir una y otra vez distintos párrafos para que no se le olvidaran nunca o para perfeccionar su lectura y su decadente escritura en el pizarrín de clase. Alexander tenía ese privilegio, pues se ocupaba de la biblioteca del orfanato bajo el control del director Goretti. Y eso, unido a que era uno de los más mayores, le permitía salir del edificio a menudo para hacer los recados del director. Y, como lograba conseguir algo de dinero, podía comprarse libros usados o ropa que luego él mismo arreglaba. Había sido muy feliz junto a Alexander durante aquellas noches eternas, rodeados de libros y poemas. Con él había aprendido a amar la literatura y a comprender las insondables ideas de los artistas románticos.

—No, Antón —le había dicho con ternura—. Fíjate bien. Ellos llevan esa quimera, ese peso sobre los hombros. Llevan sus miedos, sus temores y sus frustraciones en forma de un monstruo, pero, en el fondo, quieren superarse, quieren seguir caminando porque debe ser así.

—¿Quieres decir que debemos avanzar en la vida tal como somos? ¿Con todo el peso que nuestros ideales y nuestros miedos nos provocan?

—¡Exacto! —había exclamado Alexander echándose a reír—. Es justo como yo lo interpreto, aunque no sabremos nunca qué pensaba el autor realmente cuando escribió esto, pero tú lo entiendes como yo. Lo has comprendido como yo.

Antón se inclinó en el sillón y contempló la habitación durante unos breves instantes. Por algún lugar de aquellas inmensas estanterías diáfanas había varios libros de Baudelaire esperando ser leídos otra vez.

—Algún día alguien vendrá a buscarnos, Antón —le había dicho aquella noche tumbado sobre la cama a su lado y mirando al techo—. El edificio de las chicas siempre es un avispero de matrimonios buscando niñas a las que enseñar costura y buenos modales. A ellas se las llevan antes si están bien alimentadas y tienen un pelo bonito. Nosotros no tenemos tantas posibilidades, pero tampoco moriremos aquí...

—Richard dice que siempre viene alguien y que incluso puede que nuestros padres nos encuentren, aunque pasen años. Hace mucho que la guerra terminó, Alexander.

Nunca olvidaría las palabras que Alexander había pronunciado aquella noche.

—La guerra sigue dentro de los corazones de las personas, Antón. Hay mucho odio, mucha sed de venganza entre hermanos y antiguos amigos. Si tú caminaras por el pueblo como a veces hago yo, te darías cuenta del miedo en los ojos de la gente. Se traicionan unos a otros. ¿Sabes? Mi padre era maestro en un pueblo del norte. Un día vinieron a buscarlo dos hombres y le dijeron a mi madre que se lo llevaban a dar un paseo... Jamás volvió. Sé que lo mataron, aunque ignoro la razón. Mi padre no pertenecía a ningún bando, mi padre era un buen hombre y aun así no volvió.

Al recordar aquella época, Antón sintió un profundo hastío. Se dio cuenta de que jamás se había parado a repasar los detalles de su vida y eso le hacía mucho daño. Temía sus recuerdos, eso era algo innegable. Decirse lo contrario sería mentir, engañarse a sí mismo, inventarse una firmeza que nunca había poseído, pero que tampoco deseaba del todo. Nunca había preguntado al resto si tenían tan alejadas sus vivencias en San Torbe. Para él, los demás habían logrado dejar a un lado la infancia y todo lo que allí habían pasado juntos. Pero en el fondo sabía que cada uno lo sufría a su manera, como solían decirle a menudo. En esos casos, Antón asentía y se quedaba pensativo, creyendo quizá, que ese sentimiento doliente era debido a que él

había decidido vivir en Quimera y la tierra que pisaba cada mañana al despertarse era la misma tierra de su niñez.

—Señor...

La voz aterciopelada de su ama de llaves le despertó de aquella ensoñación. Al girarse, contempló a la mujer envuelta en una bata de color rosa palo y con el pelo cano suelto sobre los hombros. Candela tenía los ojos pequeños, redondos y muy juntos. Aquel rasgo hacía que tuviera un semblante bondadoso, acompañado de una tez pálida y arrugas poco pronunciadas. No recordaba el tiempo que llevaba trabajando para él en aquella casa. Ni siquiera le había preguntado si en algún momento se había sentido incómoda con todos aquellos hombres y jóvenes que visitaban la casa, yendo y viniendo de un lado a otro. Ella se mantenía cauta y discreta ante todo lo que observaba; amaba a Catinca y, aunque era mayor que él, tenía un vigor envidiable y una energía que jamás la abandonaba.

—¡Candela, me has dado un susto de muerte! —exclamó Antón.

La mujer se aproximó al escritorio y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Se encuentra bien? Es tarde y nunca se queda tanto tiempo aquí encerrado.

Antón asintió suavemente y metió la libreta dentro de la caja.

—Todo bien, Candela. La visita de mi buen amigo Argas me ha traído ciertos recuerdos. —Arrastró dos de las fotos sobre la encimera y las situó frente a ella—. Mira, siéntate. ¿Ves esa imagen? Soy yo con mis amigos en esta misma finca hace muchos años. Esa es Eleonor. Está muy bonita en esta foto.

La mujer se sentó muy despacio mientras tomaba ambas fotografías y las observaba con curiosidad.

—Siempre fue una mujer muy hermosa. Ustedes tenían pinta de necesitar un par de cocidos —musitó. Luego frunció el ceño y sonrió—. Más bien una decena de ellos. Pobrecitos, qué delgados estaban todos.

Antón soltó una suave carcajada y se reclinó hacia atrás.

—Tú eres mayor que yo, Candela. ¿Dónde estabas en los años cuarenta y cincuenta?

—En Argentina. Mis padres tenían parientes lejanos allí y nos marchamos toda la familia en barco. Hubiera sido una locura quedarse en España. Regresé ya casada en los setenta y me asenté con mi marido en Galicia. Tuvimos mucha suerte, la verdad. No todo el mundo tenía la posibilidad de

viajar. Además, mi hermano era sacerdote, temíamos por él... y por todos.

—Comprendo.

—¿Dice que esta casa fue ese orfanato del fondo? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Había dos edificios. El que sale en la fotografía era el de los chicos, sobre el que construí esta casa. En la imagen no se ve, pero detrás, a varios metros, estaba el edificio de las chicas. Si miras hacia la parte de atrás de la finca, donde está la piscina, verás varias rocallas. Justo ahí.

Candela ladeó la cabeza y dejó escapar un leve quejido.

—Es bastante tétrico. No sé por qué tenían esa costumbre de construir edificios tan horribles para escuelas, orfanatos o incluso hospitales. Al menos este era de piedra; los de cemento y ladrillo eran todavía peores.

—He mantenido la fuente de piedra del jardín, la verja de hierro, y los sótanos. Todo lo demás lo tiré abajo y construí esta casa. ¿Cuántos años llevas trabajando para mí?

Candela se puso seria y cruzó los brazos.

—Tiene usted peor memoria que yo, por lo que veo. Casi quince.

—Discúlpame, por favor —dijo en tono afligido—. Tengo buena memoria para ciertas cosas, en cambio para otras soy un verdadero desastre.

—Es normal que no lo recuerde, usted siempre trabajó y viajó mucho. —Guardó silencio un instante y preguntó, señalando una de las fotografías—: ¿Puedo hacerle una pregunta?

Antón asintió.

—Este muchacho. El de su derecha. Se parece muchísimo al jovencito que viene por aquí de vez en cuando.

—Dominic —contestó Antón sonriendo—. Ese muchacho de la imagen se llamaba Jonás Romano. Falleció hace bastantes años, su hijo era muy pequeño cuando sucedió. Desde que abandonó el orfanato no gozó de mucha salud. Tienes muy buena vista, Candela, es cierto que guarda gran parecido con su padre.

—¡Ah, soy vieja, pero sigo teniendo vista de pájaro!

—Estudia Derecho. Es un joven ambicioso y ha venido un par de veces por aquí. Me gustaría que viniera más a menudo, la verdad. Lo cierto es que desearía que todos los hijos de mis amigos disfrutaran de esta casa y fuera como un hogar para ellos.

—Catinca se pone muy contenta cuando viene a pasar unos días. Esta casa

es un lugar estupendo para estudiar, supongo. Si vienen de la gran ciudad esto es un paraíso.

Por un instante, guardó silencio. Antón estaba pensativo y parecía preocupado y ella lo notó.

—Señor Andrade, sé que solo soy el ama de llaves, la niñera y lo que demonios crea conveniente, pero sin duda usted está muy afligido y aunque no sirva de mucho me gustaría ayudarle si se encuentra mal o...

Antón sonrió ante la invitación y el gesto apesadumbrado de Candela.

—No digas tonterías, Candela. Siempre te he tenido en muy alta estima y aprecio tu trabajo y tu compañía. Eleonor te adoraba y sé que estuviste a su lado cuando yo tenía que viajar y Catinca era un bebé. No te preocupes. Supongo que todos tenemos nuestros momentos de melancolía y esta noche me ha tocado a mí. Son muchos años en esta casa y nunca me paré a pensar porque estaba demasiado ocupado. Ahora que mi vida lleva un ritmo más tranquilo, mi cuerpo no se acostumbra a meditar y evocar ciertas cosas y situaciones... No sé si me explico.

Candela asintió y se ajustó el cinturón de la bata. Al levantarse de la silla tomó las fotografías de la mesa, las metió en la caja y cerró la tapa.

—¿Ve lo que acabo de hacer? Es lo mismo que hacemos con nuestros recuerdos muchas veces. Los aireamos de vez en cuando, pensamos, reímos o lloramos y luego volvemos a guardarlos. Pero ¿sabe una cosa? Eso no los destruye. Siguen en esa caja, como sus fotografías.

Antón se quedó perplejo.

—No me mire así. Sabe que tengo razón. Usted me ve como una anciana, pero pasé muchas noches con su esposa y ella no era lo que se dice muy discreta con su pasado. Lo que le quiero decir es que conozco su historia de amor, por encima, claro —murmuró mirando de soslayo—. Soy una mujer mayor, pero moderna.

Dicho esto, alzó los brazos con las palmas hacia arriba como si se dispusiera a suplicar a Dios y los dejó caer de golpe. Antón se frotó la perilla y soltó una ronca risotada.

—Me sorprende tu talante. ¿Estarías dispuesta a que te contara la historia de nuestra infancia? ¿De veras te interesa? Sinceramente, hay cosas difíciles de entender hasta para una «mujer mayor, pero moderna» como tú —comentó con sorna—. Y no es que menosprecie tu compañía y tu sinceridad, pero sin duda hay ciertas cosas de mi pasado que no sé cómo encajarían fuera

de mi entorno o de mis amigos.

Candela sacudió la cabeza y puso los brazos en jarra.

—Señor Andrade. Voy a preparar café.... —repuso con tono irritado—. Quizás ese es el problema, que jamás ha contado nada fuera de su círculo. ¿Teme que me asuste? Yo fui algo cabaretera...

Una estrepitosa carcajada retumbó en el despacho y Candela alzó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Oh Candela, en serio que necesitaba este momento con toda mi alma —contestó secándose las lágrimas—. Cabaretera... —repitió sin dejar de reír.

—Sí. Cabaretera, señor Andrade, cabaretera. Una mujer de la gran ciudad, exiliada con toda su familia, pero con unos fuertes pensamientos independientes y un carácter duro y algo revolucionario. Ya me entiende —apuntilló—. Si decidí servir en las casas de otros y ocuparme de sus hijos tras la muerte de mi marido, no fue solo por pura necesidad, sino porque me gusta. No considero que por eso haya perdido la identidad que siempre tuve, pero ya soy vieja y los tiempos de luchas existenciales ya han acabado. Yo nunca pude tener hijos, creo que fue una de las razones más fuertes que me llevaron hasta esta casa, la soledad, mi amistad con Eleonor, Catinca...

Antón se la quedó mirando, profundamente consternado por sus palabras y su sinceridad.

—Está bien Candela, hace apenas unas horas mi amigo me recomendaba escribir un libro con la clara intención, creo, de que soltara todo lo que llevo dentro. Quizá no sea mala idea escuchar mi propia voz por encima de mis pensamientos y compartíroslos contigo. Sin embargo, te advierto que escucharás cosas poco comunes y algunas posiblemente no las comprendas o no te gusten.

Se levantó de la silla y caminó en dirección a la puerta tomando del brazo a la anciana.

—Ve a por ese café, Candela. Nos sentaremos en los sofás frente a la chimenea y te contaré todo desde el principio.

Dicho esto, la miró de reojo y puso una mueca parecida a una sonrisa.

—Cabaretera —murmuró—. Honestamente, no te veo yo con faldas de flecos dando saltos.

Candela avanzó por el pasillo y descendió las escaleras de madera que daban al *hall*.

—Señor Andrade, todos tenemos nuestro pequeño lado oscuro. Usted mejor que nadie debería saberlo.

3

Alba alzó la vista por encima de los rosales y contempló a su hijo meciéndose en el balancín del porche. Era tarde, pero a él le gustaba sentarse allí aunque hiciera un frío terrible, fumarse un cigarrillo y contemplar las estrellas; una costumbre que su padre le había inculcado desde que era muy pequeño, y que había convertido en un ritual después de cenar. Ahora que él no estaba, su hijo seguía haciéndolo noche tras noche, y aunque había deseado mil veces sentarse a su lado y compartir ese momento, nunca se había atrevido. Temía interrumpir sus pensamientos, molestarle incluso. Era un muchacho que había tomado la iniciativa frente a todo lo que su padre le había dejado: los negocios, la casa, incluso a ella misma. Alba no podía pedirle nada porque todo se lo daba de un modo u otro. Él siempre cuidaría de ella. Siempre estaría pendiente de que no le faltara nada.

Roberto era la viva imagen de su padre cuando tenía su edad: el mismo cabello negro ondulado, los mismos ojos rasgados y grandes, esa perilla fina y discreta que siempre se dejaba, sutilmente recortada, y que tan bien le quedaba en su rostro afilado y masculino. ¿Por qué estaba tan preocupada por él entonces? Durante aquellos segundos trató de imaginar qué era lo que pasaría por su cabeza. Todas esas reuniones, las horas de trabajo excesivas que tenía que pasar con tan solo veintitrés años, las noches en vela, los viajes... ¿Sería acaso su hijo feliz de ese modo? No lo sabía. Su juventud no merecía tanto trabajo, tantas responsabilidades que no le dejaban tiempo para otras muchas cosas.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre. Hacía días que había recibido aquella carta y todavía no la había abierto. Reconocía la letra de Antón, una bonita letra cursiva de trazos finos sobre un papel grumoso y algo amarillento, como antaño.

Querida Alba:

Dentro de un mes se celebra el aniversario de Quimera. Deseo con todo mi corazón que vengas a casa y reuniros a todos. Me gustaría, querida amiga, poder verte una vez más, poder veros a todos aquí. Por favor, haz lo imposible por estar. Es importante tu presencia.

Siempre tuyo: A. A.

Apretó la hoja contra su pecho y luego la dobló cuidadosamente antes de guardarla en su bolsillo. Avanzó por el caminito de piedras mientras se abrochaba la chaqueta, para que el frío no le calara los huesos, y se aproximó a su hijo por detrás. Al inclinarse hacia su mejilla y besarle, Roberto pegó un brinco y a punto estuvo de tirar el cigarro sobre sus pantalones y quemarse.

—¡Ah, mamá! Me has asustado —exclamó. Luego la tomó de la mano y, tras besarle el dorso, la hizo caminar por un lateral y le ofreció asiento a su lado—. Siéntate conmigo.

Su madre lo besó en la frente y se acurrucó a su lado mientras él pasaba el brazo por encima de sus hombros y la estrechaba contra su costado.

—¿Va todo bien hijo? Últimamente te veo algo triste y apenas paras en casa.

Su hijo apagó la colilla en uno de los maceteros y sonrió soltando el humo.

—Todo bien, mamá. Ya sabes que nunca he sido el alma de la fiesta. No te preocupes, solo pensaba. Me gusta la soledad después de un largo día de trabajo.

Alba sonrió y pasó la yema de los dedos por su rostro. Su hijo tenía una mirada misteriosa, la misma que había hecho que se enamorara de su padre tiempo atrás, y un talante taimado y elegante que le recordaba a los modales de antaño, con sus gestos solemnes y suavidad en las formas.

Para ella siempre había sido un niño pausado y sensato, distinto a los de su edad. Jamás se peleaba, no jugaba en el parque y, ya de joven, se pasaba horas leyendo, sin importarle la televisión o si debía salir al bar de moda para conocer chicas o tomarse unas cervezas con los amigos.

—Mañana viene Petro Argas a la constructora —dijo rompiendo el silencio—. Es de tu plena confianza, ¿verdad?

—Claro que sí, cariño. Es un amigo de la infancia. Tu padre lo quería muchísimo. Un buen hombre, con su genio y sus manías, pero todo un señor.

Confía en él.

—Sabes que lo hago. Es la cuarta vez que lo veo y es muy amable — murmuró Roberto acariciándole los dedos de las manos—. Es un hombre sorprendente y me recuerda mucho a papá por su forma de hablar.

Alba sonrió satisfecha. Si por un momento su hijo supiera... No, nunca sería capaz de confesarle su pasado. Su padre no lo había hecho y ella no se sentía con fuerzas para hacerlo sola. Lo miró discretamente y asintió. Desvió la vista hacia las flores del jardín y permaneció en silencio unos instantes.

—Ya sabes que hemos mantenido siempre a nuestros amigos cerca, Roberto. Todos estaban en el funeral de tu padre. Siempre te ayudarán. Recuérdalo, hijo.

Observó la efímera emoción que detectó en los ojos de Roberto, iluminándole el rostro y prosiguió con tristeza:

—No siempre estaré aquí cariño mío. Ya tengo sesenta años y...

—No digas tonterías, mamá. ¿Acaso no te ves? —inquirió—. Eres una mujer bellísima. ¡Mírate! Por el amor de Dios... y tienes una salud de hierro ¿Por qué ibas a irte? No vuelvas a decir eso. No lo hagas...

—Hijo... Estoy bien porque pago por ello y si aparento veinte años menos es por lo que es... Seamos sensatos. Tengo una edad y tú, mi único hijo, nunca me has presentado una mujer, una novia, ni siquiera una amiga. Trabajas demasiado desde que tu padre no está y a tu edad deberías hacer otras cosas. Deberías vivir un poco más.

—No necesito a nadie. Al menos por el momento. Además, te tengo a ti...

«Ya lo sé. Pero no porque no la necesites, sino porque no encuentras lo que realmente precisas para ser feliz.»

—Mañana tengo un día muy largo y necesito dormir —continuó para cambiar de tema—. Papá tenía negocios con Richard Armani y, ahora que su hijo también ha cogido las riendas, creo que es el momento de retomarlo. Es lo que él hubiera querido. Por eso me voy a reunir con Carlo Armani, así podremos decidir qué hacer con los proyectos que tenían entre manos.

—Me alegra oírte hablar así —asintió Alba con satisfacción.

Roberto volvió a besarla en la frente y en la mejilla y se incorporó. La arropó con una manta de hilo que cogió de un diminuto baúl de mimbre que reposaba en un rincón del porche y se agachó frente a ella.

—No te quedes aquí mucho tiempo. Comenzará a helar.

Observó cómo su hijo se alejaba hacia la casa. Después, escuchó el sonido

ronco y seco de la puerta al cerrarse perezosamente. Miró al cielo y se acurrucó en el balancín. Se soltó el pasador del pelo y su espesa cabellera azabache se desparramó sobre los hombros, tapándole el pecho y parte de la espalda con alegres serpentinatas. Volvió a sacar el papel que guardaba en el bolsillo y acarició los bordes con las yemas de los dedos.

Después de aquello, su mente viajó a una conversación del pasado, y se estremeció.

—¿Cómo lograremos reunirnos, Richard? Los dos edificios están flanqueados siempre por varias religiosas y vuestros tutores. ¡Es una locura!

—No seas tonta, Alba. Los viernes por la noche Goretta está tan borracho que no atinaría a ver un elefante en mitad del jardín delantero y esas monjas desquiciadas que os controlan se duermen a las ocho cuando se apagan las luces y se cierra la verja. Es tan sencillo como esperar a las diez. Bajaremos por el túnel del sótano. Hemos pasado varias noches averiguando dónde da y hay una galería inmensa que comunica los dos edificios. ¡Es sorprendente! La limpiaremos, llevaremos mantas y lámparas de aceite y podremos reunirnos allí las noches del viernes y del sábado.

Evocó la sonrisa sutil de Roberto mientras hacía rodar sus ojos hacia ella con encomiable serenidad. Todo un caballero encerrado en el cuerpo de un adolescente de largos dedos de pianista, nariz afilada y fuerte aplomo. Aquel día, años atrás, había deseado en ese mismo momento que él pudiera ser el amor de su vida, su esposo, el padre de sus hijos y su compañero. Y en su eterna fantasía, en sus anhelos más profundos y secretos, aceptó su juego. ¡Qué ironía!

—Estaba pensando —había dicho entonces él, sin apenas apartar la mirada de ella—, que no sería mala idea siempre y cuando mantengamos un orden y lleguemos aquí en riguroso silencio.

Richard y Jonás se habían mirado antes de explotar en una carcajada. Roberto los había observado de soslayo con un gesto de desdén.

—Todo un figurín —había gruñido Argas.

Alba soltó una carcajada al recordar aquel episodio de San Torbe. Richard Armani había sido un chico impetuoso de cabello rubio, casi blanco, y ojos de un azul tan intenso que a veces dolía mirarlo. Por el contrario, Jonás y Argas, como Antón, eran chicos morenos y de facciones más agresivas y angulosas. Podía parecer que ellos eran los más proclives a meterse en peleas, pero nada más lejos de la realidad. Y es que Richard, a pesar de su apacible y

angelical rostro, era sin duda el más problemático y guerrero, aunque los momentos más divertidos siempre venían de su mano y eso era un pequeño rayo de luz en un lugar tan sórdido y triste como San Torbe.

Olvidó durante un instante la noche que pactaron aquellas reuniones y centró su recuerdo en Eleonor y Micaela, sus dos compañeras de habitación en el orfanato, y las mejores amigas que había tenido en toda su vida. Mejor dicho, las únicas. Eleonor, tan parecida a ella, con el cabello castaño y los ojos esmeralda, su voz timbrada y su dulzura y paciencia. Sabía que jamás podría superar su muerte, como tampoco superó no tenerla los últimos años que vivió. Y eso la hería profundamente. Cada vez que la imagen de su amiga volvía a su memoria, un velo de tristeza cubría su rostro. Por aquel entonces, Eleonor era una jovencita tímida y algo sofisticada que solía leer de noche la Biblia y cuyo carácter educado y meloso hacía que su relación con las religiosas fuera buena. Huérfana de nacimiento y con una única tía como pariente cercano, acabó en el orfanato cuando esta falleció de un infarto. Era lo que había dispuesto su tía en testamento, para que su sobrina se dedicara a la vida religiosa.

Micaela era la antítesis de Eleonor. Tenía el cabello cobre y unos enormes y redondos ojos color avellana. Era mucho más alta que ellas y tenía un carácter más marcado y una actitud menos sumisa y más dictatorial. Era una jovencita rebelde, independiente y de ideas fijas, que solía reírse descontroladamente cuando se imaginaba a sí misma como la esposa obediente y servicial de un hombre, o la madre de una familia numerosa, que era lo que todas las demás muchachas deseaban ser en un futuro. No. Ella era Micaela Bernal, al menos ese era el nombre y apellido que figuraban en las actas de las religiosas, también huérfana y sin familia conocida. Una niña delgada y patilarga de mejillas arreboladas y pelo liso y brillante, la misma que se encaraba con todo aquel que pretendiera decirle lo que tenía que hacer como más de una vez le pasó con Richard Armani o con Jeremías y Llosa Malbaseda, los dos primos de raíces italianas que de vez en cuando la sacaban de quicio con sus provocaciones continuas y ese don que tenían para hacer que Micaela hirviera como una olla a presión.

—Pero Micaela, no tiene sentido lo que dices —le había dicho la dulce Eleonor una tarde mientras bordaban—. A nosotras nos enseñan a cocinar y a coser para ser buenas esposas el día de mañana. ¿Qué harás si no?

Micaela, con los ojos en blanco y el bastidor costurero entre los dedos

como si fuera un escudo más que un utensilio de costura, se encogió de hombros y arrugó la nariz.

—No voy a dedicar mi vida a un hombre porque sí, Eleonor. Ni voy a ser una fábrica de hacer bebés y bollos de canela con azúcar. ¿Por qué no puede ser al revés? Yo podría trabajar o estudiar. ¡Tendré un marido que me cocine y me borde!

Eleonor soltó una ruidosa carcajada que luego calmó melodiosamente mientras miraba a las monjas que las vigilaban.

—¿Te estás escuchando? —murmuró entre dientes aguantando la risa—. ¿Tú la oyes, Alba? ¡Un hombre que te cocine y te borde!

—Y que te ate los cordones de los botines —añadió Alba con humor—. Y que tenga los bebés por ti.

Las tres rompieron a reír hasta que una de las monjas mandó guardar silencio.

—Pues no sería mala idea —continuó Micaela—. Me conformo con que borde y cocine y me limpie la casa. Yo trabajaría. Lo mantendríamos en secreto para que no fuera la burla de todos los vecinos, pero sería mi esclavo.

Soltó otra risa contenida y luego alzó la cabeza en un gesto digno.

—Tendré dos esposos. Creo que sería lo mejor, porque mi casa será como un palacio y uno con todo no podría. Además, tendría que complacerme...

—¡Oh, Micaela! —exclamó Alba—. Qué obscena eres.

Micaela alzó el bastidor con una mano y otra de las religiosas le llamó la atención.

—Deja de menear el bastidor como si fuera una veleta, Micaela —le susurró Eleonor—. Eres un desastre. Así jamás encontrarás marido... O esclavos.

Dicho esto las tres rompieron a reír.

Alba se levantó del balancín y se dirigió al interior de la casa. Durante unos segundos se mantuvo quieta intentando adaptarse al calor del salón. Su hijo ya se había acostado, pero ella, a pesar de lo tarde que era, no tenía ni pizca de sueño.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Sintió una punzada lacerante en el corazón nada más sentarse en el sofá y cerrar los ojos, pero no era algo físico. No era el corazón lo que realmente le dolía, sino los recuerdos.

Su mente saltó en el tiempo varios años hasta recuperar una escena con

Roberto. Mientras rememoraba la voz suave y denodada del muchacho, por un instante casi pudo sentir su presencia...

—Cierra los ojos, Alba, y confía en mí.

Recordó sus largos dedos sobre la piel, su cálido susurro en el oído. Él le había prometido que nunca la dejaría, que siempre estaría con ella y que volvería a buscarla fuera donde fuera, viajara donde viajara. Él la encontraría.

—Me mientes. Te olvidarás de mí cuando me vaya de este lugar.

—Jamás haría eso. Eres mía —le había asegurado una de tantas noches a escondidas.

Sonrió. San Torbe había sido un lugar horrible durante mucho tiempo, y los únicos momentos de felicidad habían sido los que pasaron en aquel rincón especial que ellos mismos habían creado para verse. Pero luego todo cambió, y lo que creían horrible se volvió aún más oscuro y terrible con la llegada de aquel hombre al orfanato...

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se quedó medio dormida con las manos aferradas a la carta de Antón y la mirada fija en las llamas de la chimenea. Por un momento deseó volver a ver a su marido, durante unos segundos, en algún lugar que no fueran sus propios sueños. ¡Le echaba tanto de menos! Se sentía incompleta sin Roberto. Totalmente sola.

Evocó en su duermevela la primera noche de libertad después de irse del orfanato. Ella había logrado que una buena familia, un matrimonio de edad avanzada sin hijos, se ocupara de ella, la acogiera en su casa y la tratara como la hija que nunca habían tenido. Y él apareció aquella noche bajo su ventana, como una presencia fantasmal, vestido con una elegancia portentosa, enfundado en un traje tipo sastre estilo Brooks Brother, en aquel tono plomo carbón que tanto comenzaba a llevarse, una camisa blanca y una fina corbata.

Hacía más de un año que ella soñaba con aquel momento. Noches enteras sin dormir imaginándose que él regresaba para cumplir su promesa y llevarla a dar un paseo, enseñarle aquel lugar especial que sus amigos habían descubierto y prometerle el mundo. Y allí estaba él, con una sonrisa perspicaz, apoyado en el tronco de uno de los árboles del jardín, fumando un cigarro. ¡Tenía que ponerse preciosa para él! Recordaba claramente su falda de circunferencia con enaguas en tablas hasta las rodillas, que ella misma había cosido con una preciosa tela que había comprado en un modisto de la ciudad; la camisa de seda con botones dorados y un diminuto cinturón para marcar la cadera que aún no tenía. Cuando salió a la calle colocándose los

inmaculados guantes largos y el bolsito, parecía una diminuta Audrey Hepburn, le había dicho Roberto. Ella había sonreído aunque le temblaban las piernas por los nervios y él la había tomado de la mano.

—El pueblo de Torbe ha crecido y es como una pequeña ciudad.

—¿Y los demás?

—Nos esperan. Han pasado muchas cosas en este último año, Alba. Cuando se tiene necesidad y ganas, uno prospera y las cosas han mejorado un poco para todos.

Ella lo había mirado con un amor tan profundo que dolía.

—¿Lista, mi preciosa perla?

—¿Lista? ¿Para qué? —le había preguntado temblorosa.

—Para conocer el mundo que te has perdido toda tu vida, Alba...

4

Antón respiró hondo y miró a Candela con una mezcla de escepticismo y gratitud. Aunque no estaba seguro de que el ama de llaves pudiera comprender aquella historia, por primera vez en su vida se sentía con ánimos de contársela a alguien.

—Estoy convencido de que cuando acabe mi relato, querida Candela, nos verás de un modo diferente y posiblemente juzgarás nuestros actos. Al salir de San Torbe, aunque habíamos pasado por un verdadero infierno, cometimos el pecado de los excesos, sin remordimientos y sin mirar atrás excepto para sonreír. No obstante, comenzaré por el principio sin detenerme mucho en los detalles para no alargar esta historia demasiado.

Llegamos casi todos a la vez, o al menos eso es lo que recuerdo. Roberto Acosta era el mayor, creo que tenía dos o tres años más que yo, y fue el que se desarrolló más rápido de todos, supongo que por mera genética. Richard Armani, Jonás Romano y yo teníamos nueve años en la imagen que viste en el despacho y no salimos del orfanato hasta ya pasados los diecisiete, algo poco habitual, pues ya contábamos con edad para trabajar, pero eso te lo explicaré más adelante.

Los primeros meses de colegio nos adaptamos bien. Enseguida conocimos a los dos primos Malbaseda, Jeremías y Llosa, y poco tiempo después se unieron a nosotros Petro Argas y Leonardo Ardini. Formamos un pequeño cónclave distribuidos en varias habitaciones. San Torbe tenía tanto espacio que de lo único de lo que no nos podíamos quejar era de tener que dormir en amagos de barracones con camastros en fila llenando las habitaciones hasta las ventanas. Cada uno de nosotros tenía pocos compañeros por habitación y eso, en aquella época, era un lujo poco común en ese tipo de sitios. No puedo dejar de mencionar que inicialmente San Torbe había sido creado para los

huérfanos de los republicanos de la guerra, pero después de terminar el conflicto y sobre todo en esta provincia, la población disminuyó drásticamente debido a las acusaciones que se hacían unos a otros como venganza. Por lo tanto, las muertes siguieron fraguando las mentes de los hombres. Se urdían traiciones y, durante muchos años, el miedo se alojó en las familias y era habitual que cada semana llegaran niños que habían perdido a sus padres.

Goretti era el director del colegio, un hombre obeso, de perilla cana y mirada inquisitoria que, a golpe de vara, nos hacía caminar en fila por los pasillos todas las mañanas. Siempre tenía una expresión de enfado en su rostro, nunca estaba relajado y jamás lo vi sonreír. Era un hombre amargado y encerrado en un lugar en el cual no era feliz, pues, sin duda, se consideraba mucho mejor que todos los profesores que nos daban clases. Se codeaba una vez al mes con las familias más acomodadas de la provincia y, de paso, recibía fuertes sumas de dinero para mantener el colegio, pero que él se embolsaba en gran medida. Goretti fue un hombre que nos atormentó sin miramientos. Digamos que siempre intentábamos no acabar en el despacho del director, porque todo el mundo sabía que quien entraba salía con el culo rojo de varazos... eso si tenía suerte y no era enviado a la celda de aislamiento. Yo no era un chico que se metiera en problemas, al menos no al principio, pero Richard Armani, el más joven de todos, era especialista en liarla. Él odiaba las injusticias y la tiranía que recibíamos. No era capaz de mantenerse callado o de controlar las expresiones de su cara, y eso le valió más de un castigo. No es que los demás fuéramos cobardes, válgame Dios, simplemente éramos niños y teníamos miedo.

La naturaleza confirió a Richard una belleza propia de un ángel. Era un joven de pelo rubio y ojos azules, y su piel parecía tallada en marfil. Supongo que por eso, los chicos mayores se metían con él. Y por eso la primera pelea no tardó en llegar, cuando uno de ellos intentó propasarse con Richard y él lo empujó por las escaleras hasta acabar aterrizando junto a los zapatos de Goretti, con dos dientes rotos y un tobillo torcido. Perdimos de vista a Richard durante tres días con sus noches, y cuando volvió a la habitación, estaba tan desolado y pálido que parecía un vampiro. Tres días en la celda de aislamiento con una única comida al día apagaron a Richard durante varios meses. Dejó de hablar, al menos un tiempo, y su rostro se transformó de la bondad al odio. Jonás Romano, el padre del muchacho que sueles ver en

Quimera, no se apartó de él en ningún momento y durante el tiempo que Richard se mantuvo como un alma en pena, tanto Jonás como Roberto fueron lo que se dice, sus guardaespaldas.

Un comienzo duro para todos hasta que logramos adaptarnos o, mejor dicho, logramos conocer el orfanato y aprovechar su inmensidad para crear nuestro mundo paralelo, donde no existíamos más que nosotros. Supongo que para todos los niños que llegan a un sitio así, los inicios son difíciles y, a medida que pasan los años, uno se va haciendo al colegio y a las manías y excentricidades de quienes lo dirigen, hasta el punto de saber cómo hacer las cosas para librarse de los correctivos.

Pues bien, dormíamos en dos habitaciones: Jonás, Richard, Roberto y yo en una y en la contigua los Malbaseda, Leonardo y Petro Argas. Cuando las luces se apagaban y los pasos de Goretti, o de cualquier profesor que hiciera guardia, desaparecían por los amplios pasillos, nos juntábamos todos y nos pasábamos horas bajo la luz de las velas, soñando con todo lo que íbamos a hacer cuando saliéramos de allí, imaginándonos las familias que tarde o temprano se ocuparían de nosotros o en la posibilidad, como en el caso de los primos Malbaseda, de que algún pariente lejano italiano lograra dar con ellos.

—¿Habéis visto el edificio de las chicas? —dijo una noche Petro—. El de las monjas, detrás del muro. ¡Está lleno de chicas! He subido a la tapia esta tarde y casi me caigo del susto.

Petro Argas era por aquel entonces un chico de mirada sagaz y nariz afilada que solía mantenerse al margen de las trifulcas. Pero no era ningún ángel. Cada noche se escapaba con Llosa, o cualquiera de los otros, e investigaban todos los rincones prohibidos del edificio. Él fue el primero en dar con los túneles que comunicaban los dos edificios. Una noche llegó medio ahogado y lleno de tierra, asegurando que en el sótano había galerías que daban al mismísimo edificio de las monjas.

—¡Son túneles subterráneos! —exclamó—. ¡Los he visto! Hay una inmensa sala vacía con una puerta al fondo y lleva directamente a una de las habitaciones de las chicas. ¡Las oí hablar! ¡Ellas me respondieron!

—Mantén la calma —le recomendó Jonás—. Si sigues gritando así, nos van a pillar a todos aquí. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Por el amor de Dios... Tenéis que venir. Pasa justo por debajo del jardín trasero y acaba directamente en ese edificio. Ellas me contestaron. ¡Me contestaron!

Aquella noche, todos nos quedamos sumidos en una especie de trance, meditando el sinfín de posibilidades que se nos venían encima, y que eran directamente proporcionales a los castigos que nos podían caer si nos pillaban. Sin embargo, después de varios meses de mutismo de Richard, este se levantó del suelo, alzó los brazos como si en cualquier momento fuera a echar a volar y dijo:

—Hagámoslo. No perdemos nada. Prefiero que me castiguen mil veces por disfrutar una noche, que morir de aburrimiento en este maldito sitio. Al menos sentiré que sigo vivo.

Roberto soltó un gemido de queja y negó con la cabeza taxativamente.

—Nos arriesgamos mucho.

—¿Y qué? —preguntó Richard abriendo los ojos como platos—. Si logramos verlas, al menos tendremos con qué soñar en la celda de castigo. ¿Qué vamos a perder si no tenemos una mierda?

—Richard tiene razón —afirmé yo—. No perdemos mucho. Podemos bajar el viernes de noche. Goretti sale a cenar y vuelve borracho como una cuba. Se oyen sus ronquidos en todas las plantas. Es cuando menos profesores hay en el edificio.

Decidimos esperar al viernes para realizar nuestra incursión en los sótanos del edificio, conscientes de que todo podría salir mal y dispuestos a aceptar las consecuencias que vendrían. Teníamos entre once y catorce años. No pretendíamos nada obsceno, solo necesitábamos vivir experiencias, conocer a las chicas que vivían a pocos metros de nosotros, enclaustradas del mismo modo. Vivir... sin más.

Pero durante esa misma semana ocurrió algo que cambiaría mi vida para siempre, aunque en ese momento no lo podía saber. Me encontraba en la entrada principal del colegio. Había tardes en las que, después de clase, me quedaba durante horas apoyado en la ventana, observando el exterior: la fuente de piedra que aún se conserva fuera, los juegos de los más mayores con las peonzas de madera o las canicas. Oí un ruido detrás de mí y me giré. Una marabunta de libros se había desperdigado casi a mis pies y un alumno mayor que yo intentaba alcanzarlos sin soltar los que aún mantenía apilados en sus manos. No lo dudé ni un segundo y corrí en su ayuda casi en el acto. Me impactó su talante, tan distinto al de otros alumnos de cursos superiores al mío, que solían ser desagradables y prepotentes con los más pequeños. Se trataba de un chico de pelo ondulado y peinado hacia atrás, con un bonito

jersey de cuello de cisne, de aspecto impoluto y muy bien parecido. Al principio dudé si era un alumno o un profesor joven. Su aspecto distaba mucho de los demás y mientras pensaba en todo eso él me sonrió amablemente y me dijo su nombre: Alexander.

—Gracias por tu ayuda —me dijo—. Me ocupo de la biblioteca del segundo piso, y si Goretti llega a ver este estropicio, seguro que me llevo una reprimenda.

No recuerdo si le contesté en ese momento. Creo que me quedé con cara de idiota observando cada gesto y cada detalle de Alexander. Sus ojos claros, su sonrisa... Era un pequeño caballero que aparentaba más edad de la que realmente tenía. Cuando recogimos los libros y fui capaz de decirle cómo me llamaba, le seguí por el pasillo y le ayudé a colocarlos en las mesas de las aulas.

No sé cómo explicar todo lo que Alexander me enseñó durante los siguientes años en San Torbe. Era un chico risueño con una mirada amable y llena de aspiraciones e ilusiones, algo que pocos de nosotros en aquel momento teníamos. Siempre veía la parte positiva de las cosas. Lo que te quiero decir, Candela, es que mientras los demás observábamos el exterior con cierto recelo y tristeza, Alexander era capaz de transmitir la serenidad del que sabe qué vendrá después. Y eso, de un modo u otro, era contagioso. Así pues, tras conocerme, permitió mi compañía en los días sucesivos y yo me convertí en su pequeño ayudante para repartir los libros en las distintas aulas. Poco tiempo después me enseñó la bonita biblioteca que Goretti cerraba con llave recelosamente, las estanterías diáfanas repletas de libros antiguos, novelas encuadernadas y cuentos que yo jamás había visto en mi vida y que me dejaron embelesado.

Pasaba con él muchas noches, mientras Alexander me leía libros maravillosos de los que apenas guardo recuerdo alguno. Era un alumno con ciertos privilegios, pues si bien era cierto que cuidaba y ordenaba la biblioteca de San Torbe, también se ocupaba de abastecer de libros a las monjas del colegio de las chicas, cuidar su biblioteca y hacer ciertos recados que le permitían salir del orfanato una vez por semana al pueblo, ganar alguna propina y comprar algún capricho sin mucho valor como cigarrillos, libros viejos para él en los mercadillos y poco más. Además, disponía de su propia habitación, no tenía que compartirla con nadie y eso hacía que nuestros encuentros nocturnos fueran tranquilos y discretos. Me enseñó a

escribir con mejor caligrafía y conocí los grandes clásicos de la literatura como Dickens o Baudelaire, que era otro de sus favoritos.

Alexander se unió al grupo con mucha facilidad pues tenía un carácter tranquilo, como Roberto Acosta, con quien se llevaba de maravilla. Además, contagiaba su alegría y sus sueños a los demás, y nos hablaba del pueblo, nos dejaba libros con imágenes en color y cigarrillos. No obstante, lo que más embelesaba a todos eran sus historias sobre las chicas del colegio de al lado. Él, que conocía bien el lugar, nos informó de cómo era el edificio y la razón por la cual habían podido hablar con Argas en aquella galería subterránea. Aquel colegio había sido un convento y las habitaciones estaban situadas en los sótanos a diferencia de las nuestras, que estaban en las plantas superiores.

—Las monjas dormían antiguamente en celdas y ahora esas celdas se han hecho habitaciones mucho más confortables.

—¿Y esos túneles? —preguntó Jeremías Malbaseda.

—Se usaban para comunicar los dos edificios y se hicieron para protegerse de las bombas en la guerra.

—Cuanto sabe este chico —afirmó Richard con el cigarrillo entre los labios y su eterno y ya habitual aire chulesco—. Me muero de ganas de ver a esas chicas. Seguro que son un poco más mayores que nosotros y ya tienen tetitas.

Leonardo soltó una estrepitosa carcajada seguida del resto. Recuerdo bien aquella noche, metidos todos en la habitación de los Malbaseda porque nunca me había reído tanto desde nuestra llegada al orfanato. Leonardo era un chico muy callado y tímido, diminuto y algo torpe, con unos ojos enormes de un color verde brillante que me recordaban a las gemas. Pestañeó varias veces como si tuviera una bandada de palomas en la cara y volvió a reír sin control.

—Tú siempre tan delicado en las formas, Armani —le espetó Jonás mientras jugaba con la caja de cerillas—. Si no tienen ahora, ya tendrán. No creo que sea algo que nos arruine la velada de mañana.

—A mí me gustan repolludas —se oyó entonces al fondo.

Argas se encogió de hombros ante el estrepitoso rugido de risas y al momento nos callamos porque oímos los pasos de alguien por el pasillo.

—Si nos pillan a todos aquí, nos colgarán del sauce del jardín —susurró ahogadamente Jeremías.

Nos quedamos como estatuas mientras las pisadas se aproximaban a la habitación. Estábamos aterrados. Guardamos silencio durante un rato,

limitándonos a mirarnos los unos a los otros en la penumbra de las velas. Fue un milagro que la puerta no se abriera. Con Goretti fuera de sí, hubiéramos dormido todos en el patio. Los pasos avanzaron lentamente y aquel taconeo diabólico se alejó para nuestra tranquilidad.

—Esas tetitas... —murmuró Armani entre sombras.

Esta vez nos reímos en silencio, y creo que puedo asegurar que, aquella noche, todos soñamos con ellas.

A las diez de la noche del día siguiente, Goretti se balanceaba aferrado a la balaustrada mientras intentaba subir peldaño a peldaño canturreando una extraña melodía que más que una canción parecía el sonido gutural de un grajo. Me asomé por el hueco de la puerta y al mirar hacia el otro lado oí las risas contenidas de los primos Malbaseda mientras sus cabezas, una sobre la otra, observaban al director y su orondo cuerpo alcanzando el descansillo del primer piso con mucha dificultad.

Una hora más tarde descendíamos todos al sótano en absoluta oscuridad. Debo decir que actualmente la mayoría de los accesos están tapiados por pura prudencia, y que solo mantengo la primera sala que uní a las otras dos, donde está el salón oriental que tú conoces, Candela. Pero por aquel entonces, aquello era como un laberinto de pasillos. Todo parecía mucho más grande de lo que realmente era y a veces el sonido del agua descendiendo por las paredes de tierra y barro nos provocaba temor y un escalofrío por el cuerpo.

Nunca olvidaré el momento en el que Alexander, usando una especie de ganzúa, abrió la puerta que nos separaba de las chicas, y la sensación que tuve al verlas. Durante años pensé que si los ángeles tenían rostro debía de ser como el de aquellas niñas, con sus camisones de algodón blanco y sus batas largas, la desnudez de sus tobillos y sus largos cabellos, unos morenos y otros dorados o cobres. No es necesario decirte que fue la primera vez que vi el rostro de Eleonor, la primera vez que la tomé de la mano y la bese en la mejilla, que aspiré el olor de sus cabellos...

Todos los malos momentos que habíamos pasado en aquel lugar se desvanecieron por completo en aquellos instantes. Ellas también se habían reunido en una habitación y eran un pequeño tumulto de faldas y alegría. No podría enumerar a todas y cada una de ellas, pues mi memoria no da para tanto, pero puedo decirte que estaba la que sería mi esposa, Eleonor, con su cabello castaño, sus ojos color esmeralda y aquel aspecto frágil y delicado que siempre transmitió; Alba Llorente, la que sería años después la mujer de

Roberto Acosta, y Micaela... ¡Ah, la sibilina Micaela! Una muchacha de armas tomar: alta y delgada, con el pelo rojo como el fuego y unos ojos feroces y decididos, pero cuya alegría y humor fue para nosotros un soplo de aire fresco y que, además, se convirtió en otra buena amiga con el paso de los años.

Recuerdo a Richard Armani clavado al suelo como una estatua observando a las dos bonitas gemelas de cabello rubio que reían nerviosamente mientras se tapaban la boca con las manos. Retazos de recuerdos que tuvieron su significado y que más adelante te contaré.

Creo que los únicos que reaccionaron como hombrecitos fueron Roberto, Alexander y Jonás. Los demás estábamos congelados por los nervios y la emoción. Aunque tampoco necesitamos mucho tiempo para espabilar, pues la energía de Micaela se hizo presente desde el minuto cero.

—¡Oh vamos, nos os quedéis ahí parados como bellotas!

Dio varias zancadas decididas y, meneando las caderas, entró en la galería observándolo todo como una pequeña exploradora.

Alexander, que conocía a las chicas, hizo las pertinentes presentaciones y todo el grupo se encaminó a la habitación que sería durante muchas noches nuestro pequeño microcosmos. Pactamos vernos cada viernes y sábado a la misma hora en aquel lugar que fuimos acomodando a nuestro antojo. Alexander consiguió varias velas y lámparas de aceite en sus incursiones al pueblo; otros, mantas para sentarnos, cigarrillos, revistas y libros... Una noche las chicas nos sorprendieron con varias botellas de vino y pan con azúcar. ¡Aquello era increíble!

—Estas monjas son unas borrachuzas empedernidas —decía Micaela mientras bailaba en círculos con los brazos estirados y se reía—. Tienen un almacén repleto de esas botellas. Ni en cien años se beberían todo ese vino.

Con qué poco uno se conforma cuando no tiene nada... Y cuánto nos quedaba por vivir sin apenas ser conscientes todavía de los buenos momentos que nos aguardaban. Sin embargo, aún quedaba lo peor, al menos para nosotros. Se formaron fuertes lazos de amistad, de amor eterno, algo que en estos tiempos ha dejado de tener significado, pues ya no existen las largas esperas para querer o demostrar los sentimientos a través de una carta escrita o un primer beso.

Divagaciones, querida Candela. Solo alargo y degusto los recuerdos buenos que aún conservo, pues más tarde todo se tornó desagradable y

traumático. Mataron nuestra inocencia y nuestros anhelos más profundos, y nos hicieron hombres demasiado rápido. Argas siempre me dice que todo eso nos hizo lo que somos y que debemos estar agradecidos por ello. Yo todavía lo dudo...

5

Cuando Argas llegó al hotel, se apuró a quitarse el abrigo y ponerse cómodo. Encendió la lamparita del escritorio mural y depositó sobre él varios periódicos. Siempre escogía el mismo hotel cuando iba a Galicia, por su cercanía al bosque y al aeropuerto. Era un lugar apartado en mitad de la nada, rodeado de abetos, tejos y acebos, que además olía a eucalipto. Desde su ventana, podía disfrutar de un paisaje fascinante para un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en la bulliciosa ciudad. Salir a dar un paseo hubiera sido lo propio en él a esas horas de la noche, pero estaba cansado y algo aturdido. Contempló su imagen en el espejo de la pared frontal y se alisó la cabellera cana con la palma de la mano para que la gomina no perdiera el efecto deseado. Siempre impoluto, siempre perfectamente peinado. Petro Argas todavía mantenía su adorada mata de pelo y se sentía orgulloso de ello. Sintió un escalofrío y se acercó al termostato para comprobar si estaba puesta la calefacción. Acto seguido, se dirigió a la cama, se sentó sobre la colcha de hilo y tomó el teléfono para marcar la extensión de recepción.

—Señor Argas, buenas noches. ¿Qué desea?

—Señorita, necesito que me ponga con Suiza al número que le voy a dar.

—Claro, señor. Ahora mismo.

Tras darle el número, la mujer se mantuvo unos instantes en silencio y al momento la determinación de su voz le sobresaltó mientras jugueteaba con el cable del teléfono.

—Señor, le paso la llamada.

Se oyó un crujido al otro lado y la voz juvenil de Darío retumbó en sus oídos.

—Argas. Buenas noches.

—¿Cómo va todo, muchacho? ¿Todo bien?

—Todo bien... —murmuró—. Estaba estudiando, pero me duele terriblemente la cabeza y ahora estaba tumbado en el salón, escuchando algo de música. ¿Qué tal el viaje?

Argas sonrió. Aunque no solía expresarlo, sentía un amor fraternal e incondicional por ese joven.

—Mañana salgo a primera hora hacia Madrid para hacer una visita de trabajo. Regresaré en el último vuelo de la tarde —comentó—. Me gustaría que te pasaras por mi oficina a media mañana y le pidieras a Blanca la documentación de la última obra en Bucarest. ¿Harías eso por mí, chico?

—Claro. Lo que necesites.

—Perfecto. Por cierto, quería proponerte que el mes que viene viajaras conmigo a España. Quiero presentarte a una persona y ofrecerte unos días de tranquilidad en una casa que está muy cerca de una propiedad que tienen tus padres aquí en Galicia. Te sentará bien. Yo hoy no he podido quedarme allí porque salgo pronto, pero deseo que en el próximo viaje me acompañes.

—Lo que tú desees, Argas —repuso con un suspiro—. La verdad es que me encuentro un poco más animado. No me gusta alejarme de ti. Quizá sea buena idea lo que propones...

Argas se apoyó en el cabecero de la cama y cerró los ojos un instante mientras visualizaba a Darío sentado en el sofá del salón de casa. Era como si lo viera en aquel momento, con sus ojos azules entornados, los rizos cortos de su cabellera dispersados por la frente, sus mejillas arreboladas, su juventud, su tristeza...

—No será mucho tiempo, Darío, solo unos días. Antón es un buen amigo de la infancia, ese lugar es un sitio acogedor y maravilloso, y te sentirás bien a su lado. Quimera es perfecta para que seas tú mismo.

Oyó un quejido lastimero y se hizo el silencio.

—Ser yo mismo... —susurró—. Ser un monstruo. ¿Por qué querría ser yo mismo, si cada vez que lo hago provocho dolor?

—¡Ah, mi pequeño Adonis! —exclamó con humor—. Cuando yo tenía tu edad, no era un ejemplo de cordura y moderación. Ya te he contado muchas veces cómo fue mi juventud y los excesos y locuras que cometí. Debes aceptar como eres y soltar aquello que llevas dentro. Nunca fuiste el culpable de lo que le pasó a Melisa, Darío.

—Mi forma de amarla no ayudó... —dijo el chico—. No me apartes de ti.

—No te aparto de mí, Darío. Pero debes aceptarte, debes ser lo que

realmente quieres sin importar lo que esté establecido en esta maldita sociedad. ¿Te gustan las muchachas? Disfrútalas. ¿Prefieres los hombres? También está bien. Explora tu alter ego, querido niño.

Darío soltó un jadeo. Argas se sorprendió al percatarse de su melancolía y súbitamente deseó estar en casa para poder consolarle.

—Venir a Quimera unos días te sentará bien —insistió—. Conocerás a Antón. No te haces a la idea de lo mucho que tienes en común con él, Darío. No obstante, primero vendrás conmigo el mes que viene. Tú mismo podrás ver la casa, conocerlos y decidir. Además, solo serán unos días, mientras yo viajo. Sabes que no quiero que te quedes solo en casa.

—Haré lo que tú me digas —contestó con voz queda—. Por cierto, he leído el libro que me has regalado —prosiguió—. No sé qué decirte.

Argas soltó una profunda carcajada y se repantingó entre los cojines.

—No es gracioso, Argas. Ese Marqués de Sade era un tipo sobrecogedor. A su lado yo soy la madre Teresa de Calcuta. Pobre *Justine*.

—¿Has aprendido algo leyendo esa novela?

Por primera vez oyó reír a Darío de una forma natural.

—¿Qué debo decirte? —inquirió—. ¡Es desequilibrante! ¿De veras que leíais este tipo de libros cuando erais jóvenes?

—Todos... No me has respondido a la pregunta. Dime, ¿qué has aprendido?

Le hubiera gustado tener esa conversación con el chico delante, entender de algún modo lo que le pasaba por la cabeza en aquellos instantes, ver el brillo en sus ojos, observarlo de cerca.

—Que ella quería desesperadamente mantener su virtud por encima de todo, ser una buena chica, ser pura, pero solo le trajo problemas. Y que su hermana *Juliette*, en cambio, más dada al vicio y a los excesos, prosperó en la vida. Fue feliz...

Argas sonrió.

—Así es. Lo has comprendido.

—Pero Argas, yo no soy *Justine*, no busco una vida de virtud. No quiero ser ella, es decir, aunque soy consciente de que mi forma de amar es cruel, por así decirlo, no podría hacerlo de otro modo. ¡No querría hacerlo de otro modo!

Argas enarcó las cejas.

—Por supuesto que no eres *Justine*, Darío, ni pretendo que lo seas. Tú eres

como *Juliette* y no es censurable. Ahora solo tienes que aceptarlo. Tu sexualidad es parte de ti. Tus impulsos y tus demonios forman parte de ti. Lo único que debes hacer es aprender a controlarlos, a usarlos y a disfrutarlos sin que te destruyan.

El joven Darío murmuró algo que no llegó a escuchar. Parecía repetir en voz baja sus palabras.

—¿Por qué me ayudas, Argas? ¿Qué importancia tiene un chico como yo para ti? Eres un empresario, un hombre sin hijos que ha vivido como le ha dado la gana y ha hecho lo que siempre ha querido sin censura, sin temor. ¿Qué necesidad tienes de ofrecermé tu casa y tus vivencias? No logro comprenderlo.

«Cumplir nuestra promesa», pensó, pero no lo dijo.

—Muchacho, cuando yo salí del orfanato era un pequeño hombre como lo eres tú ahora, un pequeño hombre lleno de frustraciones y de miedos. Odiaba el mundo porque no me había dado nada bueno, o mejor dicho, odiaba el mundo porque lo bueno que me había ofrecido duró muy poco comparado con todo lo malo. Lo que te quiero decir es que salí de allí deseando enfrentarme a esa sociedad, a ese sistema de disciplina y autoritarismo extremo en el que había vivido. Quería vengarme, reírme de su ética, burlarme de su tradicionalismo y sus mentes cerradas.

—Pero entonces, vuestra actitud, o mejor dicho vuestros vicios adquiridos fuera del orfanato, no eran más que un acto de venganza y no un deseo o una necesidad como es mi caso...

Argas se echó a reír.

—Bueno, si tengo que serte sincero empezó como una venganza. Sí, no puedo mentirte en eso, pero los placeres que descubríamos a medida que explorábamos nuestra propia sexualidad y nuestros, digamos, discretos juegos, no hicieron más que acrecentar nuestro gusto por ellos. Y esa venganza se fue transformando en una necesidad y, a posteriori, en un modo de vida. ¿Entiendes? Un modo de vida controlado para que no nos afectara en nuestro día a día.

Darío asintió.

—Puede que lo comprenda, pero ¿por qué me ayudas?

—Porque eres igual que nosotros y nos necesitas. Tienes las mismas carencias afectivas, aunque hayas tenido unos padres que te lo han dado todo. Pero a veces eso no es suficiente. Has sufrido una tragedia, te sientes culpable

y despreciable por ello, pero no es así. No debe ser así.

—Soy raro, Argas... —sentenció.

—Eres diferente —le corrigió él—. Maravillosamente diferente, con una mente privilegiada y una belleza fuera de lo común y, no me malinterpretes, te digo todo esto porque ambas características son dos armas para convertirte en un hombre brillante siempre que se te guíe para no volcar tus frustraciones en los demás y convertirte en un tirano, en un ser acomplejado o en un peligro para ti mismo.

Darío volvió a reír.

—Hablar contigo hace que me sienta mejor. Es una terapia.

—Descansa, chico, y piensa lo que te digo. Mañana seguiremos con esta conversación en casa. Hay tiempo, mucho tiempo...

Dicho esto se despidió de él y colgó. Llamó al servicio de habitaciones y pidió la cena. No hubiera comido nada. Con los años su apetito voraz había disminuido bastante y las cenas copiosas le sentaban mal, pero sentía algo de hambre y optó por un ligero menú con un consomé y ensalada. Mientras esperaba, se dio una ducha rápida y se puso el pijama y una bonita bata cobalto que siempre llevaba en su equipaje. Las corrientes en los hoteles eran un enemigo silencioso y era proclive a los catarros. Siempre cogía frío, odiaba el frío. Se ató el cinturón del batín mirándose en el espejo y observó que sus ojos eran más grises, más viejos si cabe, y estaban algo más hundidos. Oyó los pasos de alguien al otro lado de la puerta y varios golpecitos discretos. Su cena había llegado.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Despertó sobresaltado y envuelto en un sudor pegajoso. Estaba confuso, desorientado. Encendió la luz de la lámpara de la mesita, miró la hora y se quedó inmóvil en la cama. ¿Qué había sido aquella pesadilla tan horrible? Eran las dos de la madrugada y el corazón iba a salirse del pecho. Se incorporó con la intención de recuperar el aliento y sintió miedo al revivir aquel mal sueño.

—¡Argas, tienes que venir conmigo, tienes que parar esto!

La voz de Antón resonó en su memoria. No había sido una pesadilla. Eran sus recuerdos, que volvían. Y debía recordar. Creyó percibir el olor de la tierra y el limo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan nervioso? —le había preguntado.

Antón se aferraba a su brazo con desesperación.

—¡Son Jonás y Richard! ¡Están en el patio con Goretto! —gritaba Antón mientras lo arrastraba hacia el exterior del edificio, hacia el tumulto de chicos que se amontonaban en uno de los laterales del patio y observaban la escena que se estaba desarrollando.

Goretto portaba la vara de madera en la mano derecha y dos profesores de cursos superiores se mantenían frente a sus amigos, que estaban de rodillas sobre el barro. Era todo una tragedia, un circo horrible y humillante. El director se había arremangado la camisa bajo el chaleco hasta los codos y miraba al resto amenazadoramente, mientras los otros dos profesores desvestían de cintura para arriba a Richard y Jonás.

—¡Dejaré bien claro qué es lo que pasa en San Torbe cuando alguien incumple las normas! —había exclamado con el rostro sudoroso—. ¡Seré implacable con todos aquellos que desobedezcan, que falten o usen la violencia con otros profesores!

—Pero ¿qué ha pasado? —le había preguntado. Antón estaba desencajado y temblaba—. ¡Antón! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás?

Y entonces vio al resto: Jeremías junto a la fuente de piedra; Llosa con la cara roja y el labio partido apoyado en Leonardo, y Alexander con rostro descompuesto junto a la tapia. Empujó a Antón para que recuperara la cordura, estaba llorando y no dejaba de murmurar palabras ininteligibles.

—¡Antón! ¿Qué ha pasado?

—El profesor... El profesor de matemáticas. El profesor Valdespino. Estaba con Llosa en el aula de arriba, estaba castigado y le ha pegado. ¡Mira su labio!

—¿Y qué tienen que ver Richard y Jonás? ¿Qué pasa? ¿Por qué les pegan a ellos?

Antón no era capaz de apartar la vista de los golpes que estaba recibiendo Jonás en la espalda. Su amigo tenía el cabello por los ojos y permanecía recto con la mirada clavada en Valdespino, un profesor de menos de treinta años, de rostro níveo y pelo negro y corto que mantenía la nariz tapada con un pañuelo ensangrentado.

—Le gustan los morenos de ojos verdes —les susurró un alumno mayor antes de irse hacia las escaleras.

—¿Cómo? —No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Se volvió hacia Antón y lo zarandeó—. ¡Antón, háblame! ¡Dime qué demonios ha

pasado!

—¡Ha intentado propasarse con Llosa! —gritó fuera de sí—. ¡Llosa lo insultó y Valdespino le pegó!

—¡Cálmate! —imploró—. Escucha... Cálmate y dime qué ha pasado. No grites así.

El sonido de los golpes cortaba el aire. Uno tras otro, uno tras otro...

—Llosa gritó... gritó como un loco y salió despavorido del aula. Nosotros pasábamos por delante y cuando lo vimos, Jonás y Richard entraron y le rompieron la nariz a Valdespino.

Había mirado a su amigo. Sus ojos apenas se movían, estaban fijos en un punto: en Jonás y Richard. Recordó el momento en el que quiso avanzar con la intención absurda de parar aquello. Richard lo había mirado discretamente, como si le dijera: «No lo hagas, no vengas, no debes hacerlo».

Goretti había descargado su furia sobre Jonás hasta que este hundió las manos sobre la tierra y se quedó a cuatro patas con la cabeza gacha y la espalda llena de brechas.

—Richard... —había sollozado Antón a su lado.

Pero Richard sonreía. Había elevado la vista por encima del tumulto, del polvo y de la tierra que se alzaba sobre sus caras, y había mirado directamente a los ojos a Valdespino. Goretti lanzó su primer golpe certero y el sonido de la vara contra la carne de Richard retumbó en sus cabezas, revolviéndoles las entrañas.

—No pueden hacer eso. No está bien. No está bien. ¡No pueden! —mascullaba una y otra vez Antón

«No. Basta ya.»

Argas se levantó de la cama, entró en el baño y abrió el grifo para mojarse la cara y la nuca con agua fría. Cerró los ojos tratando de no hacer caso a sus recuerdos y volvió a la cama, pero aquellas imágenes no se iban de su mente. ¡Estaban ancladas a él! Era aquel lugar, volver a España, pasear por Torbe y ver sus bosques y sus caminos de tierra.

—Duérmete maldito viejo —murmuró para sí.

Pero era imposible. Todavía veía a Richard y a Jonás sobre la tierra con las rodillas clavadas en el barro y las manos por delante respirando aceleradamente. Sus espaldas eran un enjambre de heridas. Goretti tenía la camisa por fuera del pantalón y el sudor le caía a chorretones por la cara enrojecida y colérica.

—¡Todos a las aulas! —gritó dando largas y torpes zancadas mientras se dirigía a las escaleras seguido del resto de profesores—. ¡Vamos!

Valdespino había desaparecido y el tumulto permitió que ellos pudieran avanzar hasta sus amigos.

—Hijo de puta... Maldito hijo de puta —mascullaba Alexander mientras intentaba levantarlos del suelo con la ayuda de Leonardo—. ¡Llosa!

Llosa no dejaba de llorar e hipar. Estaba paralizado por el miedo y miraba la escena como si temiera quemarse si se acercaba demasiado.

—Llosa, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho ese cabrón? —preguntó Alexander.

Él se sorbió los mocos y negó con la cabeza una y otra vez. Fue Jonás quien, tras ponerse la camisa, se giró hacia él y lo devolvió a la realidad.

—No llegó a tocarte, ¿verdad?

—Lo intentó... De veras que lo intentó, pero yo le insulté. Le dije que era un cerdo degenerado. ¡Un puto asqueroso de mierda y que me daba asco!

—Lo mataré —rugió Richard en un arrebato de ira—. Mataré a ese hijo de puta y mataré a Goretti. Los mataré a todos.

Miró al techo. La habitación era demasiado clásica para aquellos dos apliques modernos. Fue un pensamiento estúpido, una forma de alejarse de todas aquellas imágenes, de aquellos recuerdos. Sentía los latidos de su corazón un poco más lentos y relajados y le dio gracias a Dios por no haber sufrido un infarto aquella noche. ¿Por qué tanta reminiscencia de repente? ¿Por qué, habiendo ido tantas veces a Quimera, era ahora cuando los recuerdos le atormentaban de esa manera? Hasta ese mismo año todo lo que les unía eran negocios y más negocios. Visitaba a sus amigos, pero siempre por separado. Unas veces iba a Fiore a ver a los Malbaseda, otras a Londres para reunirse con Leonardo y comer con él mientras hablaban de negocios y recordaban su juventud, «la otra juventud»...

El entierro de Jonás había sido otro discreto encuentro que duró poco, y luego el de Roberto y el de Richard. Eran muy pocas y breves las veces que se habían visto. Pero ahora era diferente, ahora todo se tornaba más difícil para ellos. Al salir de San Torbe habían hecho una promesa y debían cumplirla. Por primera vez en más de cuarenta años se reunirían en Quimera y eso era, sin lugar a dudas, lo que despertaba sus demonios.

Sin apagar la luz cerró los ojos, pero no para dormir, sino para pensar. No podía librarse de aquella sensación de desasosiego, de aquellos rostros

infantiles en la habitación de Richard y Jonás mientras intentaban entender por qué les hacían eso, por qué aquellos hombres, cuya única responsabilidad era cuidar de ellos y educarles, se comportaban de esa forma ruin y perversa. No tenían respuestas. Nadie les había dado nunca una palmadita en la espalda, nadie les había sonreído al terminar una tabla de multiplicar para que supieran que lo habían hecho bien, que estaban avanzando. Sus dos amigos permanecían boca abajo con la espalda al aire intentando que sus heridas se curaran lo más rápido posible. ¡Qué estupidez! Ni siquiera les habían vendado o les habían medicado para que el dolor remitiera. ¡Nada!

Pero aquella noche ocurrió algo que cambiaría levemente su vida en San Torbe por un breve tiempo. Oyeron pisadas sobre las baldosas de mosaico del pasillo y sintieron aquel miedo atroz que les envolvía. Estaban perdidos. Era bien sabido que si les pillaban a todos en la misma habitación dormirían en el patio, en el mejor de los casos, o en la celda de aislamiento si la cosa se complicaba. El pomo giró. La reacción general fue apagar las velas, gatear hasta la parte más alejada de la puerta y esperar aterrados observando aquella silueta descomunal que lo había ocupado todo y que se mantenía en el umbral sin apenas moverse. Era un hombre.

—Está bien —dijo—. Sé que estáis todos aquí. No quiero que hagáis ni un ruido ni os mováis cuando encienda las velas.

Cerró la puerta tras de sí. Estaban muertos de miedo, inmóviles, esperando lo peor, aguardando su condena. Argas oyó sollozar a Llosa no muy lejos de él. Podía ver la sombra del hombre avanzando por la habitación, las cabezas de Richard y Jonás examinando aquella presencia fantasmal que se deslizaba por la estancia en total silencio.

El extraño se inclinó hacia las velas y fue encendiéndolas una a una. Vieron un pantalón oscuro y un chaleco con un corbatín sobre una camisa blanca y quedaron pasmados.

—Bien... Vosotros cuatro. Venid aquí —ordenó señalándole a él, los Malbaseda y Leonardo—. Tú, Alexander, coge ese macuto que tengo en la puerta y tráelo.

Nadie se hubiera imaginado que el profesor Stefan, un hombre de menos de treinta años y rostro aceitunado que impartía clase de francés a los alumnos más mayores, estuviera allí en aquel momento. De carácter campechano, Stefan era el único que a veces compartía mesa en el comedor con los alumnos o jugaba al fútbol con ellos en el patio. Él era muy rubio,

siempre iba bien peinado y olía a colonia. Eso era lo que recordaba de Stefan; eso y que había sido amable.

Alexander obedeció y situó el macuto a su lado mientras el maestro se sentaba sobre la cama de Jonás e inspeccionaba sus heridas.

—Escúchame, Romano. Voy a curarte esto, pero necesito que estés muy callado. Va a dolerte, pero es señal de que curará. ¿Me has entendido?

Jonás asintió muy despacio y apoyó la mejilla sobre la almohada.

—Si sientes la necesidad de gritar, muerde la almohada, pero no hagas ni un solo ruido. Si lo haces, Goretti aparecerá en lo que canta un gallo y todos tendremos problemas. Y eso no es lo que queremos, ¿verdad?

Todos respondieron que no.

Stefan dirigió la vista hacia la cama de Richard, que lo miraba con los ojos muy abiertos, y sonrió.

—Y tú igual, pequeño demonio —le dijo.

—Maestro —preguntó Alexander con un susurro—, ¿por qué hacen esto? ¿Por qué nos tratan así?

Stefan sacó varias cajas de su macuto y extrajo una gasa impregnada en una masa compacta que aplicó sobre las heridas de Jonás, que hundió la cabeza en la almohada y gruñó desesperado.

—Eso es, muchacho, aguanta un poco, dejará de dolerte en unos momentos. Luego te vendaré y te daré un jarabe que hará que no te venga la fiebre. —Se giró hacia Alexander y negó con la cabeza—. No lo sé, Alexander. No tengo ni la menor idea, pero os daré un consejo a todos. No queráis ser héroes aquí. Nunca lo seréis. Limitaos a estudiar y huid de los conflictos, porque siempre saldréis perdiendo.

—Valdespino intentó propasarse con Llosa —murmuró Antón desde uno de los rincones de la habitación.

—Bebe esto, Romano. Lo sé, Antón, sé qué tipo de individuo es Valdespino, pero jamás lo reconocerá. Alejaos de él. Sin más... Dudo que vuelva a intentar algo. Que nadie le diga nada no significa que Goretti no sepa de qué pie cojea, pero no harán nada. Si vuelve a las andadas, huid. Es la única forma de que no os toque y no sufráis las consecuencias de un ataque de ira.

Tras decir esto, se situó en la cama de Richard y ejecutó los mismos pasos que había hecho con Jonás. Primero le impregnó de unguento con una gasa y luego le vendó la espalda cuidadosamente y le dio el jarabe. Al terminar,

echó una ojeada al labio de Llosa, le entregó el macuto a Antón y le ordenó que lo guardara debajo de alguna cama o en algún lugar donde nadie pudiera encontrarlo.

—Tú te ocuparás de curarles por la noche del mismo modo que lo he hecho yo, ¿de acuerdo?

Antón asintió.

Los miró a todos con una discreta amabilidad y se dirigió a la puerta.

—No tardéis en volver a vuestras habitaciones. Y sed prudentes.

Tras decir aquello, salió y sus pasos se perdieron por el pasillo hasta que desaparecieron del todo.

«Él era un ángel en aquel palacio de barro y de cemento.»

Argas suspiró. Miró el reloj. Eran las tres de la mañana. El sueño le vino gradualmente mientras su memoria se mantenía encadenada a San Torbe.

6

—Siempre he pensado que nuestro mayor problema en San Torbe, Candela, no fueron los castigos que nos infringían cuando consideraban que hacíamos algo mal.

Como en todo colegio que se precie, orfanato o infierno, llámalo como prefieras, estudiábamos fuertemente y a golpe de regla. A veces, aquellos que mantenían el colegio con sus donaciones pasaban a visitarlo. No era habitual, porque a nadie de la alta sociedad le gustaba mezclarse con nosotros. No sé si mencioné que el orfanato de San Torbe pertenecía a las monjas del edificio de al lado y había sido cedido para nuestro uso, pero como sí te comenté, esas donaciones eran las que nos daban de comer, nos vestían y nos educaban. Así que cuando esa «aristocracia de lo absurdo» pasaba por el centro, Goretti se ocupaba de que estuviéramos perfectamente aseados, sonriéramos y fuéramos amables con las señoras y señores que nos «permitían vivir». Los alumnos más listos eran los que se colocaban en las filas delanteras para que les preguntaran sobre geografía, historia, religión, formación del espíritu nacional, ciencia o francés. Ellos contestaban con una buena retórica, las señoras engalanadas sonreían satisfechas y los señores con trajes caros asentían convencidos de que su dinero iba a parar a un buen sitio. En fin, algo ridículo que por aquel entonces era normal.

Fuimos creciendo. Cada viernes por la noche y cada sábado nos reuníamos en las galerías subterráneas con las chicas y ese ritual era el que, de algún modo, nos hacía felices. Yo me enamoré perdidamente de Eleonor, Roberto se prendó de Alba, Richard se enamoraba cada mes de una jovencita diferente y así pasábamos el tiempo, entre nuestros ángeles de cabellos etéreos, castigos, azotes, celdas de aislamiento y Alexander...

Pero antes de explicarte lo que aconteció con Alexander y sus

consecuencias, me gustaría hablarte de una persona que fue importante en nuestro desarrollo. Alguien que apareció repentinamente en nuestras vidas y que nos dotó de una vía de escape para alejarnos de la desesperación. Ese fue el profesor Stefan.

Stefan Levi era un joven de unos treinta años, bien parecido y amable con los chicos, que impartía clases de francés, no porque estuviera formado para ello, sino porque su madre era francesa y él hablaba la lengua perfectamente. Con el tiempo, supimos que Stefan pertenecía a una de las familias más ricas de Barcelona y que su traslado a Galicia había sido vocacional. Era médico, aunque eso nadie lo supo hasta muchos años después, al igual que su procedencia. Su padre le había impedido dedicarse a la docencia y le había obligado a estudiar medicina, pero cuando este falleció, se alejó de su entorno y acabó en Torbe.

Por aquel entonces, nadie sabía gran cosa de Stefan. Era un profesor más, aunque bastante respetado. Trabajaba por amor al arte y eso interesaba mucho al director. Cómo no. Y no solo eso. Era un joven de cabello rubio, piel aceitunada, ojos turquesa y muy alto. Cuando la «aristocracia de lo absurdo» aparecía de visita cada cierto tiempo, las hijas de las damas elegantes se volvían locas con aquel profesor tan atractivo de labios carnosos. Goretti se daba cuenta de eso y no dudaba en explotarlo: palmoteaba a Stefan en la espalda, le ofrecía un puro que siempre rechazaba, y le hacía responsable de la clase de avanzados recordándole la importancia de su función y lo mucho que dependía el orfanato de esos benefactores y filántropos.

Stefan era un romántico, un soñador empedernido y nosotros lo conocimos más profundamente después de una buena azotaina a Jonás y Richard en el patio. Él apareció aquella noche en la habitación, pero en vez de reñirnos y sacarnos a rastras hasta nuestros respectivos dormitorios, curó sus heridas y procuró que no nos faltara una mínima atención sanitaria.

Stefan se compadecía de todos nosotros. Él era un hombre íntegro y bueno que se daba cuenta de las injusticias, los abusos y los continuos maltratos, pero luego se fue y no pudo salvarnos de lo inevitable.

Me distraigo, no lo puedo remediar. A medida que relato los detalles que recuerdo, los veo más nítidamente en mi memoria. Como iba diciendo, Stefan nos salvó de más de una bronca o castigo. Durante mucho tiempo ignoramos cuándo se enteró de nuestras escapadas nocturnas. Él solía quedarse en el colegio como cuidador, hacía los paseos por los pasillos, controlaba la verja

de la entrada y que todos durmiéramos a una hora determinada, por lo que tuvo que descubrirlo en algún momento. Con el tiempo, volvimos a verlo (te contaré ese encuentro un poco más adelante y su repercusión), y reconoció que lo había sabido desde el principio. Incluso conocía la sala que habíamos acomodado para tal fin, pero jamás tocó nada y, por supuesto, jamás nos delató.

Pues bien, fue pasando el tiempo y nos fuimos haciendo un poco más hombres. Yo seguía compartiendo noches de lectura con Alexander; me escapaba de la habitación mientras los demás dormían y pasábamos horas leyendo libros, hablando de todo lo que queríamos hacer cuando saliéramos de allí, en qué queríamos trabajar... Alexander quería ser profesor y escritor o cualquier cosa que tuviera que ver con las letras, no lo tenía muy claro. Yo quería ser piloto de naves espaciales. Él se reía de mí cuando le decía eso y a veces me enfadaba. Yo era libre de soñar y ante esa afirmación, él asentía apretando las mandíbulas y me decía que tenía razón.

—¿Me escribirás cuando estés en otra galaxia? —bromeaba. Luego volvía a coger uno de sus libros, se repantingaba en la cama y decía—: No te enfades, Antón, solo bromeo, puedes ser lo que tú quieras. ¡Ya lo sabes!

Recuerdo una noche realmente divertida. Alexander me estaba leyendo alguno de sus cuentos o novelas, no lo sabría decir con exactitud, y oímos unos golpecitos muy suaves en la puerta. Nos pusimos en alerta y casi se nos sale el corazón por la boca hasta que vimos a Richard en el umbral. Todos teníamos un pijama de rayas idéntico para dormir, de chaqueta de botones y pantalón, pero Richard nunca se ponía la parte de arriba, sino que se quedaba con la camiseta interior de tirantes y eso le confería un aire insolente y chulesco.

Saltó como un misil sobre la cama tras cerrar la puerta y comenzó a hojear los libros que Alexander tenía desperdigados sobre la cama.

—Poetas... —dijo dirigiéndose a nosotros con sorna—. No sé cómo no os cansáis de leer esta letra tan pequeña. Vais a quedar bizcos.

Frunció el ceño mientras pasaba las páginas de uno de los libros y sonrió.

—¡Richard! —exclamé yo. Me estaba aplastando el pie. Richard ya empezaba a ser más corpulento que los demás—. ¿Qué quieres? Eres un plomo. ¡Quita de encima!

Alexander lo miraba fijamente. Estaba recostado conmigo, pero podía ver perfectamente sus ojos rasgados clavados en Richard.

—Cigarrillos. Alexander, necesito cigarrillos. Es cuestión de vida o muerte. Me muero por uno.

Sonrió entrecerrando aquellos ojos azules que enamoraban a todas y Alexander se puso rojo. Yo me sorprendí ante aquella reacción, aunque no entendí el significado de su cambio de expresión hasta pasados unos días.

—Vamos, Alexander... Sé bueno con Richard... Un cigarrito... —suplicó. Ladeó la cabeza y tomó otro libro que estaba a mis pies—. ¡Cómo pesa! ¿El Quijote?

Alexander asintió muy despacio. Richard comenzó a leer en voz alta.

—«En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no...» —recitó con voz cavernosa. Al momento cambió de postura, se irguió con el libro entre las rodillas y arrugó el ceño—. ¿Qué mancha? ¿En un lugar de qué mancha?

—¿Cómo que de qué mancha? —pregunté yo descolocado.

—Uno no puede estar en una mancha. Una mancha es una mancha. Que gilipollez.

Aquello nos provocó un ataque de risa a Alexander y a mí. Richard lanzó el libro otra vez sobre la cama y sin dar importancia a nuestra reacción, volvió a ponerse de rodillas y gateó hacia Alexander, que estaba a punto de ahogarse por sus propias carcajadas. Era como un jaguar de ojos inmensos, mirada juguetona y mechones rubios desordenados.

—Alexander —susurró—. Deja de reírte y dame esos cigarrillos.

Alexander volvió a ponerse rojo, mientras yo seguía encajado en el costado de mi amigo, como si fuera un recién nacido, y Richard le cabalgaba las rodillas. Se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Por favor. Por favor. Por favor.

Y comenzó a besuquearle las mejillas una y otra vez.

—Vale. ¡Vale! Para ya —contestó nervioso. Alexander saltó de la cama empujándonos a ambos y se dirigió al armario—. Toma —le dijo entregándole un paquetito de cigarros—. Y no te los fumes todos hoy. No tendré más hasta el jueves.

—Te amo, Alexander.

—Sí... sí... Ya lo sé. Anda, vete. Eres un incordio. Ten cuidado.

Richard se marchó después de guiñarnos un ojo. Y si recuerdo ese detalle es porque, con el tiempo, comprendí lo que implicaba aquel gesto.

Fue la primera vez que sentí algo extraño hacía Alexander. Algo que no podía explicar, algo que me rasgaba las entrañas y que no lograba entender...

Se encendió dentro de mí cuando vi su rostro teñido de rojo. Aquel semblante seguro, mostrando una vulnerabilidad que jamás había imaginado en él. Sí, Richard era una belleza rubia y un pícaro, y Llosa personificaba la dulzura, con su piel morena y unos ojos verdes seductores, pero Alexander era un pequeño Apolo, un joven de ojos almendrados que representaba para mí la belleza, la armonía, la perfección, el equilibrio y la razón. Yo podía hablar con él de todo lo que deseara y no solo eso, le admiraba. Quería ser como él, quería poseer su talante, su facilidad de palabra y su inteligencia. Era todo. Era todo para mí... Quizá yo sentía todo eso desde mucho antes de aquella noche. No lo recuerdo. Posiblemente la señal que detecté cuando se ruborizó ante Richard me avisó de que Alexander se sentía atraído por los hombres y ahondé en mis propios sentimientos. No lo recuerdo. ¿Cuándo se supone que se saben esas cosas? En aquel momento yo apenas tenía quince años. Había visto a mi amigo debilitar a Alexander de una forma pícaro e intencionada. ¿Acaso él ya lo sabía? ¿Acaso el rubor de Alexander se debía justamente a la posibilidad de haberse dado cuenta en ese preciso instante?

En los días sucesivos sentí pánico y me alejé discretamente de Alexander. Necesitaba pensar, profundizar en mis sentimientos, saber qué me estaba pasando y por qué, aun en aquella tesitura, seguía deseando y amando a Eleonor con locura. Él nunca me preguntó qué me pasaba, ni por qué había dejado de ir a su cuarto por las noches. Fue como si lo supiera o como si estuviera implícito en mi comportamiento.

Dejé de pasar las horas de recreo con él en la biblioteca y me volví meditativo y solitario. A veces, Jonás, Roberto, o los primos Malbaseda intentaban hablar conmigo. Todos estaban preocupados por mí, no sabían qué me sucedía. Yo lo achacaba a mi amor por Eleonor, a la necesidad de verla más a menudo, a un malestar o a un resfriado... A cualquier tontería. ¡Qué estúpido era! Y cómo subestimaba a mis amigos... ¡A mis hermanos!

—Aprovecha el momento porque mañana no sabemos si estaremos aquí.

Aquellas palabras de Richard bajo el sauce del patio me arañaron el corazón hasta lo más profundo de mi ser. Sé que lo miré con desesperación. Lo miré saturado de temor y dudas, y me eché a llorar. Sin embargo, él no me preguntó la razón de mi llanto, no me hizo ni una sola pregunta. Se limitó a abrazarme, sin más...

Y volví a la habitación de Alexander aquella noche, lleno de una incertidumbre que iba en aumento a medida que me acercaba a él. Alexander

estaba apoyado en el cabecero de la vieja cama, con su eterno libro entre las manos y la lamparita de aceite iluminando su rostro. Yo me quedé en el umbral de su puerta como si esperara una autorización que me permitiera volver a su lado. Estaba avergonzado, confundido... Y él, muy lejos de enfadarse o reprocharme algo, me miró con ternura y dijo:

—Pasa, Antón... Llegas en el mejor momento. Tengo un nuevo libro de poemas. Seguro que te gusta.

Me dormí apoyado en su hombro sin entender ni una sola palabra de aquellos versos y, cuando desperté, él seguía con la lamparita encendida y miraba al vacío sin hacer nada. Yo me volví a dormir observándole. Y regresé al día siguiente y al otro...

—¿Has besado alguna vez a una mujer? —le pregunté una noche. Él me miró consternado y asintió.

—Claro, Antón. Ya no soy un niño, incluso soy mayor que tú. He besado a varias mujeres. ¿A qué viene esa pregunta? Voy a seguir leyéndote.

Alexander tomó el libro otra vez y lo abrió por la página marcada.

—No hay nada que se parezca a esa experiencia, ¿verdad? Eleonor tiene los labios suaves y sabe muy dulce. Ella a veces me deja besarla y siempre huele a flores.

Me acurruqué sobre su pecho y deslicé la yema del dedo por la aspereza de la página amarillenta.

—Hay muchas cosas en esta vida que se asemejan al beso de una mujer, Antón. Muchas...

«¿Has besado alguna vez a un hombre? No lo sé amigo, prueba... Igual es una de esas cosas que se asemejan a besar a una mujer.»

Él me miró de una forma extraña, como si intentara penetrar en la profundidad de mis pensamientos. Yo no era capaz de mantenerle la mirada mientras permanecía en silencio contemplándome.

—¿Por qué me miras así? —pregunté.

—No te miro de ningún modo. Vamos, sigamos leyendo. Túmbate aquí.

Obedecí y apoyé la cabeza en su hombro para poder ver las hojas y los dibujos de su libro. Pero aquellos dibujos no me importaban lo más mínimo. Solo deseaba observar la fina piel que cubría su muñeca cuando pasaba las páginas, contemplar cómo su pecho subía y bajaba en cada respiración, cómo su voz, que ya era la de un hombre, recitaba las bonitas estrofas de algún cancionero.

—Algún día me casaré con Eleonor —afirmé. Y me incorporé repentinamente, colocándome de rodillas a su lado.

Alexander esbozó una leve sonrisa y cerró el libro.

—El amor es un misterio y a veces es cruel —murmuró.

Yo le miré sin verle. Mi mente galopaba por encima del edificio, de los sauces, de los jardines y los parterres, evocando la imagen de Eleonor y sus bonitos labios del color de las rosas.

—Prométeme que si hago esto no te perderé como amigo.

Aquellas palabras salieron de mi boca sin apenas ser consciente de ello y sentí pánico.

—¿Qué?

—Que me perdones, Alexander.

No sé qué fuerza interior logró sacar de mis entrañas el impulso para aproximarme a él y besarle. Alexander estaba con los ojos muy abiertos observando lo que hacía, sin moverse, con la manta por la cintura y el rostro crispado por la duda. En el momento en que mis labios se posaron sobre los suyos, mi cuerpo experimentó una descarga eléctrica que me dejó petrificado y desorientado. Yo solo pensaba: «¡Me va a matar! ¡Va a empujarme fuera de la cama y me va a echar de su lado para toda la eternidad!»

Pero Alexander no se movió. Mi beso se prolongó eternamente, o esa fue la sensación que tuve mientras por mi cabeza pasaban todo tipo de catástrofes que podrían acontecer: que me diera una buena tunda, que dejara de hablarme, que me tratara como un bicho raro en mitad de aquel infierno, que me odiara, que sintiera asco de mí...

Y en mi oscuridad, noté su mano en mi cabeza, sus dedos largos enredándose en mi pelo mientras su otra mano se posaba en mi cintura, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, y creí morir de felicidad. ¡Él quería lo mismo que yo! ¡Sentía lo mismo que yo!

—Espera, Antón...

Su boca se separó de mis labios y me sentí vacío y desamparado. Alexander me miró con tristeza. Sus ojos brillaban bajo la luz de la lamparita de aceite y parecían sobrenaturales y duros.

—¿Estás seguro de lo que haces?

Yo me ofendí. Abrí la boca para decir algo, pero apenas me salieron las palabras.

—Dime, Antón. Háblame.

—Crees que soy estúpido porque no entiendo tus libros...

—No. Eso no es así —me interrumpió.

—Déjame seguir, Alexander —repuse con dureza. Era la primera vez que yo hablaba de esa manera, pero estaba roto de dolor—. Crees que no los comprendo, crees que jamás seré tan listo como tú y eso me duele porque lo noto en tus ojos, lo noto en la forma de hablarme. No es así. Te escucho cada noche, comprendo cada párrafo que sale de tu boca, he asimilado tus novelas de aventuras, los clásicos que me lees. ¡Lo comprendo todo! Solo me gusta oírte, escuchar tu voz, estar a tu lado.

—Nunca quise darte a entender que fueras...

—No sé lo que me pasa. No entiendo nada, porque nadie me ha explicado nada en mi vida, Alexander. Solo sé que cuando estoy a tu lado no quiero irme a ningún otro lugar, no deseo alejarme de ti, pero no comprendo nada, ni este sentimiento ni esta necesidad. ¡Me siento morir!

Pasé de la tristeza a la desolación más absoluta, y no por él. Alexander apenas había movido un músculo de su cuerpo y su rostro ovalado no me había dado a entender ningún rechazo o censura. Fue escucharme a mí mismo, ser consciente realmente de que yo amaba a mi amigo de una forma que nunca me hubiera atrevido ni siquiera a imaginar.

Le expliqué entre susurros y con la mirada perdida entre los pliegues de la manta lo que había sentido la noche que Richard le había sacado los colores, la noche en la que nuestro amigo había jugado con él de una forma deliberada. Yo no era ese chico rubio con rostro de ángel, ni tenía los impresionantes ojos verdes de Llosa, o la belleza de Jonás, tan masculina, o la elegancia de Roberto. Yo no poseía ningún atributo destacable que pudiera gustarle y comprendía que quizá me había excedido. Me encontré disculpándome y farfullando, pero él seguía mirándome, ahora con un gesto divertido.

—No tiene gracia, Alexander —gruñí avergonzado.

—Estás tan preocupado por observar cómo crecen los demás que ni siquiera te has fijado en lo que te has convertido tú. ¿Por qué crees si no que Eleonor te ha elegido a ti y no a cualquiera de los otros?

Saltó de la cama dejándome de rodillas como un monaguillo y sacó algo de uno de los cajones del desvencijado escritorio de madera.

Luego se sentó a mi lado, en el borde de la cama, y colocó un espejo delante de mi cara.

—No tienes los ojos verdes, ni azules como Richard, pero los tienes casi negros, enormes y con unas pestañas tan tupidas y brillantes, que cuando miras a la gente los hipnotizas. Y fíjate en tu boca, los labios gruesos, las mejillas altas, y la simetría de tu rostro. ¿Sigues pensando que no tienes ningún atributo?

Aparté la vista de mi propio reflejo y él me besó. Me hervía la cara.

—¿Soy tan dulce como Eleonor? —preguntó pegado a mí.

Yo me reí.

—Eres muy dulce, pero no posees su timidez.

—Y tampoco tengo sus flamantes curvas que van en aumento...—bromeó.

—Es diferente. Vuelve a besarme.

Él así lo hizo. Luego se apartó de mí y se metió en la cama.

—Ven, duerme conmigo. No es necesario que vuelvas a tu habitación. Es muy tarde y podrían pillarte. Es mejor que salgas temprano.

—¿Y qué pasará mañana, Alexander?

Me rodeó con sus brazos y yo apoyé la cabeza en su pecho.

—Sabes que si nos pillan nos meteremos en un buen lío. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí.

—Pero yo no quiero mentirles a los demás. No quiero mentir a Eleonor. La quiero tanto como a ti.

Alexander soltó una suave risa. Yo me sentía seguro entre aquellos brazos tan largos y masculinos.

—Los demás no son tontos, Antón, pero no hablo de ellos, sino de todo lo demás. Hay que ser prudentes y comportarnos como siempre. No mientas si no quieres a Eleonor, pero no esperes que lo comprenda. Somos diferentes, hemos nacido en una época en la que no nos tocaba vivir. En un siglo equivocado. Podemos pasarlo realmente mal si las personas inadecuadas se dieran cuenta de esto.

Y qué razón tenía, Candela. Alexander conocía el mundo mucho más que cualquiera de nosotros. Él iba a Torbe siempre que tenía la oportunidad y nosotros no habíamos salido de allí más que para alguna excursión de fin de semana o una leve visita al pueblo, siempre acompañados de profesores.

Una cárcel de ladrillo, barro y tierra. Y aún quedaba lo peor.



Antón depositó la taza de café sobre la mesa y observó los suaves dibujos tallados de las patas en forma de flores. Candela se mantenía inmóvil y en silencio, como una muñeca de porcelana a la que hubieran dejado decorando el sofá. Tenía las manos entrelazadas sobre sus rodillas, la mirada muy fija en él y los labios apretados en un rictus algo desconcertante. Antón estaba convencido de que aquella mujer no salía de su asombro. ¡Y lo que le quedaba!

—Entiendo que no comprendas lo que acabo de explicarte —dijo con afecto—. También comprendería que no quisieras que siguiera con esta historia. Hay ciertas cosas muy íntimas que tendré que contarte y que posiblemente te incomoden.

Candela se inclinó hacia adelante y se apartó el cabello cano. Tomó la jarra de café y se sirvió un poco más.

—¿Sabe una cosa, señor Andrade? Mi hermano era sacerdote, creo que se lo dije. Mi marcha del país fue indiscutiblemente para protegerle de la persecución que la guerra civil causó sobre ellos.

—Lo recuerdo. Pero no entiendo adónde quieres llegar.

Candela alzó la mano pidiéndole paciencia.

—Mi hermano se enamoró perdidamente de un hombre, señor Andrade. Era un par de años mayor que yo, pero siempre fui su confidente y testigo directo de su sufrimiento cuando se dio cuenta de que ese amor no saldría adelante. Por eso se hizo sacerdote. Mi pobre hermano renunció al amor a partir de entonces. No quería casarse solo para aparentar lo que no era. Se hizo sacerdote para evitar explicaciones y excusas, o mancillar el apellido de la familia. ¿Me comprende ahora?

Antón la observó con detenimiento, como si la viera por primera vez.

—Estoy consternado, Candela.

—Creo que por el momento, esta «mujer mayor moderna» no tiene nada de qué sorprenderse. ¿Quiere más café? No se preocupe, no suelo cargarlo. Podría tomar diez tazas y dormiría como un bebé.

Aceptó y se recostó en el sillón.

—Nadie debería decirnos cómo debemos vivir nuestra vida —prosiguió ella entregándole la taza—. No existe nada censurable en ningún comportamiento sexual o moral mientras no se haga, claro está, incumpliendo la voluntad del otro.

Antón asintió.

—Pero eran otros tiempos, querida Candela. El mundo, nuestro país, estaba patas arriba y nadie nos había enseñado absolutamente nada de la vida, de las relaciones afectivas o del amor y el sexo. Todo era pecado, todo estaba mal si no era lo que la mayoría hacía y aceptaba. Comenzamos a ver un poquito del mundo cuando Stefan Levi, aprovechando la ausencia de Goretti algunos fines de semana, nos llevaba al pueblo y nos compraba un helado o nos dejaba pasear por sus calles empedradas, ver las tiendas y los bonitos establecimientos de libros.

—¿Y por qué se fue? —preguntó ella—. Porque usted dijo que se marchó, ¿no es así? Si su presencia era vocacional, si tapaba sus visitas a los sótanos y era un maestro que se preocupaba por todos ustedes, no debería haberse ido. Tendría que haberles protegido de alguna manera, por el amor de Dios.

Antón suspiró profundamente.

—Su marcha fue inevitable porque su madre enfermó gravemente. Él tuvo que partir apresuradamente de Torbe y pasó un tiempo hasta que pudo regresar. Demasiado...

Candela guardó silencio unos momentos mientras hacía girar la cucharilla de metal dentro de la tacita de porcelana.

—¿Qué fue lo que pasó, señor Andrade? ¿Qué ocurrió?

—Espera. Antes de llegar a esa parte, me gustaría hablarte un poco más de ellas. Aunque como podrás imaginar fuimos nosotros los más afectados; ellas formaron parte de muchos momentos de felicidad. Algunos tuvieron consecuencias, pero a pesar de todo fueron realmente buenos.

—¿Su esposa Eleonor?

—Mi esposa Eleonor, Alba y Micaela. Había más muchachas, como las gemelas y otras tantas, pero ellas no fueron tan importantes. Eleonor venía de

una familia muy religiosa y su tía, antes de morir, le pidió que fuera monja. ¡Imagínate! Su tía la envió al colegio religioso con esa idea, pero Eleonor no tenía ninguna intención de cumplir los sueños de su tía. «Las fieles hermanas de la caridad», creo que se llamaban, pero no me hagas mucho caso porque ahí sí que puedo decirte que no lo recuerdo bien.

—Pero esas monjas no eran crueles con ellas, ¿verdad? —preguntó Candela

—En absoluto. Tenían clases mañana y tarde, como nosotros, pero ellas acudían a misa, todos los días, a una capilla que se encontraba dentro del edificio. Estudiaban las mismas asignaturas que nosotros, y una más que a Micaela le sacaba de quicio: Educación del hogar.

Antón soltó una profunda carcajada y se pasó los dedos por la perilla.

—Oh, señor... Micaela tenía un temperamento fuera de lo común para una niña criada en un convento de los años cincuenta; era terriblemente impulsiva. Era alta y delgaducha, y tenía una larga melena pelirroja y tiesa que parecía un velo, porque apenas se movía cuando caminaba. Nunca me olvidaré de sus terribles cabreos cuando nos contaba en el sótano lo que tenían que estudiar.

«¿Por qué diantres tengo yo que aprender cómo se limpia una casa o una cocina?», se preguntaba haciendo aspavientos mientras la mirábamos y nos reíamos. «No tiene gracia, Romano. ¡Qué os enseñen a vosotros a hacer la colada o cómo se pulen los muebles! ¡Yo nunca seré una esposa servicial y sumisa!»

«Cálmate, Micaela. Algún día te querrás casar, si es que alguien te aguanta», bromeaba Jeremías Malbaseda. «Tendrás hijos y tendrás que cuidar de todos ellos.»

«Mejor que no vayas por ahí», imploraba mi dulce Eleonor.

«¿Cuidar de todos ellos? ¡Una mierda! Ellos serán los que cuiden de mí. Ya le dije a mis amigas que yo jamás serviré a un hombre, en todo caso serán ellos los que me sirvan a mí y seré rica, muy rica. El día que os invite a mi gran palacio os haré limpiar a todos los muebles de rodillas y me haréis la colada. Y tendré esclavos.»

Imagina nuestra cara cuando Micaela soltó tal afirmación con las mejillas encendidas, sus ojos marrones brillantes y fijos en nosotros como si fuera a devorarnos en cualquier momento y sus bracitos en jarra. Rompimos a reír al unísono.

«Micaela... Richard se puso en pie y se aproximó a ella. ¿Qué tipo de incienso queman en ese convento para estar tan afectada? ¿Hombres de rodillas? ¿Limpiando tu «palacio»? ¿Esclavos?»

Micaela lo miró ferozmente y esbozó una sonrisa algo amenazadora.

«Y tú serás el primero, Richard Armani. Y luego vosotros dos, Malbaseda. Os pondré a fregar los suelos de rodillas por todas esas impertinencias que me decís. ¡Ah, y me casaré con un hombre como ese profesor que tenéis de francés!»

Aquello ya fue demasiado. Cuando se giró haciendo volar su camisón y se cruzó de brazos junto a Alba, todos, absolutamente todos, estábamos por los suelos muertos de risa. Válgame Dios, era una muchacha que no se agotaba nunca... Ella se enfadaba mucho cuando alguno hacía alguna broma sobre sus sueños de futuro, pero luego se reía, empujaba a los chicos y acababa bebiendo vino con ellos mientras hablaba de todo lo que era pecado mortal para las monjas.

Antón se encogió de hombros y se levantó para coger un puro de una bonita caja de madera de caoba y marfil. Lo encendió tranquilamente y se aproximó a la chimenea.

Creo que las tres tenían un elemento diferenciador que las hacía únicas. Alba era sumisa, discreta y prudente. Eleonor representaba la ambigüedad, porque a veces parecía tímida, pero cuando se reía ante ciertas insolencias o barbaridades notábamos que en su interior ardía una llama de revolucionaria que deseaba salir. Pero Micaela era como un hombrecito lleno de atributos femeninos maravillosos. Ella bebía vino como nosotros y fumaba como una loca mientras hablaba de tonterías y reía las gracias de los chicos. Era nuestra Cleopatra... Puro fuego.

—Les querían, ¿no es así? —preguntó Candela algo afectada.

—Con toda el alma. Ellas nos curaban las heridas cuando los azotes con la pala de Gorette nos dejaban el culo rojo o la espalda malherida; ellas nos abrían la puertecita de su habitación cuando necesitábamos que los brazos de una mujer nos balanceasen hasta dormirnos anhelando quizá los de nuestra madre...

Antón rio con un tono más aplacado. El reloj de pie de madera dio las doce, pero apenas tenía sueño y Candela lo miraba fijamente. Esperaba.

—Y entonces sucedió una cosa un tanto desagradable. Otra más. Pillaron a Richard Armani durmiendo con las gemelitas rubias...

—¡No! ¿Las monjas?

—Exactamente. Se quedaron dormidos, no oyeron el reloj del pasillo, ni el toque de aviso para levantarse y cuando la religiosa entró en la habitación de las muchachas y se encontró con aquella escena, sufrió un desmayo y tuvieron que asistirlo. El asunto tuvo su gracia. Sobre todo cuando todo el colegio se enteró de lo que había sucedido en el convento. Richard estaba en boca de todos, era un dios, un héroe. Pero para las monjas era un demonio con cara de ángel y para Goretti un sinvergüenza que debía ser castigado sin ningún tipo de compasión. Así que Richard pasó una semana en la celda de castigo y luego fue azotado en mitad del patio delante de todos con la misma perorata archiconocida por parte de Goretti sobre lo que no se permitía en San Torbe y las consecuencias de no cumplir con la disciplina. No contento y satisfecho con todo aquello, le dieron varias duchas de agua helada. Jonás no lo soportó; no era capaz de asimilar aquel trato vejatorio, aquella forma de mellar a su amigo, así que en un ataque de furia arrancó la manguera de la mano de Goretti y la tiró al suelo.

Ten en cuenta que por aquel entonces ya tenían algunos sus dieciséis años y su fuerza ya no era la de un niño de diez. Jonás representaba la figura masculina en todo su esplendor: era fuerte, de facciones toscas, viriles, un chico malo, ya me entiendes, que transmitía ferocidad en todo lo que hacía y una fuerte determinación. No le sirvió de mucho. Acabó al lado de Richard de rodillas bajo el chorro de agua helada durante media hora. Fue terrible. Recuerdo al profesor Stefan discutiendo con Goretti sobre aquellos procedimientos tan inhumanos en su despacho. El maestro le instaba a abandonar ese tipo de castigos, recordándole que pronto habría familiares que recuperarían a sus hijos y sería denunciado. Que todo eso algún día trascendería. Yo creo que esa fue una de las razones por las que tardamos un poco más en salir del orfanato. Goretti se ocupó de ralentizar nuestra identificación o de informar sobre nosotros a las autoridades pertinentes para que no apareciéramos en el registro de huérfanos. No lo sé... Era un cobarde. Eso lo sabíamos todos.

Tras ese episodio, Richard y Jonás enfermaron de neumonía y pasaron varias semanas en cama. Nos temíamos lo peor, pero Goretti enviaba al doctor casi todos los días y además estaban las atenciones nocturnas de Stefan Levi, que acudía siempre que podía. Goretti estaba muerto de miedo, todo hay que decirlo. Imagínate cómo explicar una catástrofe de esa índole si

hubiera sucedido algo malo. Qué pensaría «la aristocracia de lo absurdo» y qué sería de él sin sus cuantiosas donaciones.

—Pero se curaron, ¿no? —preguntó Candela.

—Más o menos. Piensa que todo lo que te estoy narrando son pequeños fragmentos de lo que sufríamos en San Torbe, pero hubo muchos más y otros que no recuerdo. Sus jóvenes cuerpos, nuestros jóvenes cuerpos, quedaron tocados para siempre. La humedad de la celda de aislamiento, las duchas de agua fría en pleno invierno, la falta de determinados alimentos... Teníamos una genética envidiable porque nos desarrollamos bien pasados los quince años, pero por dentro estábamos rotos y por eso algunos... ya no están.

Antón se estremeció. Por primera vez en muchos años sintió la desgarradora necesidad de llorar, pero se recompuso. No debía hacerlo. Ahora no.

—La cuestión —prosiguió apelando a su talante— es que después de ese episodio pasamos unos meses en una especie de tranquilidad anormal. Goretti nos dejó relativamente tranquilos un tiempo, supongo que por miedo o qué se yo. Seguimos con nuestras clases, nuestras visitas de fin de semana a los sótanos y le pusimos nombre a la habitación de reuniones. La llamamos Quimera.

—Quimera... Como la casa —murmuró Candela.

—Es una ilusión que se anhela o se persigue, pero que es muy improbable que se realice, aunque luego Alexander nos leyó un bonito poema de Baudelaire que hablaba de unos hombres que portaban una quimera muy pesada y aun así caminaban porque debían superarse. Así que entre tanto significado nos pareció un nombre perfecto. Era emocionante porque ya no íbamos a los sótanos o a las galerías; íbamos a Quimera.

—¿Y lo suyo con el joven Alexander? ¿Llegó a contárselo a Eleonor?

Antón miró a Candela y sonrió con una mueca algo burlona.

—Señor Andrade —gruñó—. Recuerde: mujer mayor moderna.

Él se echó a reír.

—Está bien, Candela. Luego no me digas que no te advertí....

Candela elevó la cabeza con dignidad y luego la sacudió. ¿Intentaba atormentarla? Estaba intrigada.

—Por el amor de Dios, ¿qué paso?

Antón soltó el humo prolongando aquel momento deliberadamente y enarcó las cejas.

—Decidí bajar un día entre semana a nuestra pequeña Quimera. Era la única manera de poder hablar con ella a solas, explicarle las cosas, mis sentimientos hacia Alexander y todo lo que había estado pasando entre nosotros. Realmente no era mucho lo que tenía que contarle. Nuestros encuentros eran simples besos o toqueteos, éramos muy jóvenes, aunque tengo que decirte que Alexander tenía mucha más experiencia que yo en ese aspecto. Qué diablos, yo no tenía ninguna experiencia, así que tampoco era muy difícil superarme, y no debemos olvidar que Alexander iba al pueblo... Bien, como te decía, me armé de valor una noche y decidí esperar a que todos estuvieran durmiendo para bajar al sótano y reunirme con Eleonor. Era simple, solo tenía que aguardar a que todo estuviera tranquilo, deslizarme por los pasillos discretamente y llamar a la puertecita. Al principio se sorprendió, era muy tarde y por suerte su cama era la que más pegada estaba a la puerta y pudo escucharme. Alba y Micaela estaban profundamente dormidas, así que me siguió hasta nuestro rinconcito secreto y yo creo que se lo expliqué de la mejor forma que pude...

Nunca olvidaré la expresión de su rostro, su boca entreabierta por la sorpresa, por las dudas... Tenía los ojos muy abiertos y una sonrisa amarga mientras intentaba asimilar todo lo que yo le estaba transmitiendo. Estaba sentada de lado sobre la manta del suelo con el camisón hasta las rodillas, su bata abierta y unas bonitas zapatillas color perla calzando sus pies desnudos. Las velas que habíamos encendido para poder ver algo le conferían un aire casi religioso. Estaba meditabunda, creo que no lograba digerir todo lo que yo intentaba que entendiera. Le dije que la amaba, que era la mujer más maravillosa del mundo y que deseaba casarme con ella, pero por otro lado no podía obviar mi atracción hacia Alexander. ¡Cómo iba a comprender aquella pequeña mujer lo que le estaba diciendo si ni siquiera lo comprendía yo! Creo que me hice un lío terrible cuando Eleonor me miró con desilusión. ¡Oh señor, la veía tan frágil! ¡Tan asustada!

Pero sucedió algo. Envuelta en una profunda mudez elevó la cabeza por encima de la mía y clavó la vista en un punto alejado de los dos, más allá de la oscuridad de la habitación. En aquel momento quería que me dijera algo, pero Eleonor guardaba silencio concentraba en aquel lugar, así que me giré. Alexander estaba de pie en el umbral de la puerta y nos observaba en silencio.

«Quizá yo pueda decir algo...», murmuró avanzando.

Eleonor tenía los ojos húmedos. Yo estaba convencido de que en cualquier momento se levantaría y desaparecería para siempre de mi vida, pero no lo hizo. Miraba a Alexander confundida. Yo estaba desolado. Estaba muerto de miedo. Él se sentó a su lado y la besó en la mejilla mientras apartaba sus mechones por detrás de las orejas.

«¿Querernos a los dos? ¿Cómo es eso posible? No lo comprendo...»

Fue lo único que salió de su garganta de una forma ahogada. Luego miró al suelo cohibida y sollozó. En ese momento deseé protegerla, rodearla con mis brazos y decirle que la quería, que todo iba a salir bien. Estaba tan asustada, tan confundida...

Alexander me miró y si en algún momento intentó decirme algo, no fui consciente. Él estaba sentado a su derecha y yo permanecía de rodillas frente a los dos. Eleonor apenas se movía y seguía mirando la manta como si buscara algo entre sus pliegues, como si temiera mirarnos y enfrentarse a todo aquello.

«Eleonor, es difícil comprenderlo. Antón está perdidamente enamorado de ti y tú lo sabes. Lo que nosotros sentimos es diferente, este amor no implica nada de lo que tú tienes con él, yo jamás podría darle la amplitud que tú posees, no podría completarle. Solo soy su amigo», dijo entonces Alexander.

«Su amigo...», repitió ella suavemente. «No... Los amigos no hacen esas cosas. Eso es pecado, es antinatural... No lo entiendo. ¡No quiero entenderlo!»

Al decir eso intentó levantarse, pero Alexander se lo impidió rápidamente sujetando su brazo. Yo estaba mudo.

«Puedo demostrártelo. Puedo, si tú me lo permites, pero deberás confiar en nosotros, deberás dejarte guiar.»

Eleonor era la viva imagen de la desesperanza. Sus ojos empezaban a reflejar ira.

«No hay nada malo en esto, Eleonor. Permítemelo...», repitió implorante Alexander. «Y si después de esto sigues pensando lo mismo, respetaré tu decisión y me apartaré. Nadie lo sabrá, nadie se enterará de nada de lo que pase esta noche aquí, ni lo que has escuchado.»

Me sentía demasiado conmocionado como para comprender de qué estaba hablando. Eleonor se secó las lágrimas con la manga de su camisón blanco y sopesó lo que Alexander le había dicho.

«Está bien», afirmó. Clavó la vista en mi amigo y luego me miró con

dureza. «Adelante. Demostradme lo que tengáis que demostrarme de una vez.»

«Permíteme entonces.» Y al decir esto, Alexander le desató el cinturón de la bata y lo tomó con ambas manos como si fuera un presente. Eleonor observaba atentamente mientras yo examinaba las expresiones de mi amigo intentando descubrir qué se proponía, qué pretendía hacer con ella. Entonces, con sumo cuidado, le vendó los ojos. Eleonor se sobresaltó y se llevó los dedos a la tela. Estaba temblando y yo iba a desmayarme.

«¿Por qué me tapas los ojos?», preguntó nerviosa.

«Tranquila, Eleonor. Confía en nosotros. Si llegado el momento te sientes incómoda, yo mismo te desataré la venda y dejaré que vuelvas a tu habitación, pero ahora tienes que confiar. No vamos a hacerte nada malo.»

Desperté de mi estado de ensoñación por puro instinto cuando vi a Alexander deslizar sus finos dedos por encima de las rodillas de Eleonor apartándole la tela del camisón hasta casi la cadera. Pese a todo el miedo que había sentido hacía escasos minutos, algo se encendió en mí cuando su boca femenina se abrió en un gesto de asombro y temor. Eleonor bajó una mano hacia la de Alexander, pero este le pidió calma y ella, para mi sorpresa, volvió a su posición. Se puso recta y, al notar nuevamente los dedos de Alexander más íntimamente entre sus piernas, refuló contra la pared y quedó sentada, temblando y asustada con las palmas de las manos a ambos lados de su cuerpo y las piernas ligeramente abiertas. Alexander me hizo un gesto y me acerqué a ellos. La respiración entrecortada de Eleonor me volvió loco. Totalmente loco. Alexander colocó el dedo índice sobre sus labios instándome a que me mantuviera en silencio y sonrió. ¿Dónde había aprendido mi amigo aquellas cosas tan retorcidas? No lo sabía. Cogió mi mano e hizo que mis yemas acariciaran la suave tela de algodón de la ropa interior de Eleonor, que dio un brinco y sacudió la cabeza.

«Tranquila, Eleonor», dijo Alexander. «Yo estoy aquí. Deja que él te toque.»

¡Ah, aquello era una locura, una dulce locura! Mis yemas volvieron a rozar la suave tela y sentí la humedad de su sexo impregnándolo todo. Se humedeció los labios, sacudió de nuevo la cabeza y buscó el contacto de Alexander mientras yo no dejaba de jugar tirando del tejido, rozando ligeramente la carne de su piel, primero con un leve contacto, luego metiendo los dedos debajo de la ropa interior y acariciando sus labios que estaban

hinchados y muy mojados.

«Oh, no, basta. Esto no está bien. No está bien.»

Pero antes de que pudiera decir una palabra más, Alexander la besó apasionadamente.

«Espera, Eleonor... Espera un poco más. Deja que siga acariciándote», susurró.

Eleonor, que seguía pegada a la pared, se escurrió hacia abajo respirando aceleradamente hasta acabar tumbada, obligada de algún modo por Alexander, que seguía besándola mientras mis dedos la atormentaban haciendo que ella se acercara más a mí sin darse cuenta.

«Eleonor, voy a soltar los botones de tu camisón y voy a abrirlo...»

Eleonor se puso rígida al escucharme decir eso, mientras mi amigo me miraba con aprobación y enrollaba el camisón hasta su enjuta cintura, desnuda y deliciosa. Solté suavemente los cinco botones, contándolos uno a uno mientras sus senos comenzaban a asomar. Hasta ese mismo momento apenas conocía mis demonios, jamás me los habían presentado. Yo era joven y ella una pequeña mujer de curvas deliciosas que nos enseñaba su cuerpo de forma gradual y como parte de un juego que no sabíamos hasta dónde iba a llevarnos, pero cedió... Cedió por la excitación y los susurros de Alexander. Cedió por mis caricias y mis besos, porque aquello era nuevo y todo lo que su cuerpo experimentaba era algo que no podía reprimir, que no podía rechazar. ¡Estaba tan bonita! ¡Tan salvaje!

En aquel momento tenía el cabello desparramado en mechones por toda la manta, sus pechos asomaban juguetones por el escote en «uve» de su camisón, y sus piernas desnudas y separadas eran una invitación a la desesperación... más absoluta.

Antón hizo una pausa y se puso de pie. Se acercó a la ventana. Empezaba a llover suavemente y las diminutas gotas moteaban los cristales formando dibujos irregulares. Observó su reflejo en el vidrio, luego su atención se centró en la inmóvil figura de Candela, que sujetaba con ambas manos la taza de café, y pensó que quizá todo aquello era demasiado intenso hasta para una mujer que se consideraba moderna, demasiado explícito. Se dio la vuelta y la miró. Intentaba descifrar la expresión de su rostro gastado. Sin embargo, Candela no parecía afectada o asustada por su relato, sino que daba la sensación de que aguardaba.

—Fue una noche un tanto atípica e intensa —dijo al fin saliendo de su

ensoñación—. Y tengo que confesarte que hasta el último momento no tenía ni la más remota idea de lo que Alexander pretendía con aquel juego. Sin embargo, aquella intimidad tenía un fin. Eleonor había perdido la visión de todo lo que pasaba a su alrededor; era una muchacha que aceptaba los besos y las caricias vinieran de donde vinieran, sin ningún tipo de censura o reprobación, y eso, unido a su total abandono, era lo que realmente tenía importancia, lo que le enseñaba de algún modo que aun amándome con toda su alma, ella podía ceder ante el placer como yo. —Antón dejó escapar una suave risa y se encogió de hombros—. ¡Ah, cuando quitamos la venda! Bueno, la cinta de la bata. Era como una pequeña ninfa con el corazón desbocado. Sus ojos se movían de un lado a otro a una velocidad de vértigo, estaba despeinada, medio desnuda, desorientada y excitada. La belleza femenina en estado puro podría decir. ¿Sabes lo primero que dijo?

—¿Qué dijo?

—«Besaos.» Sí, yo me quedé con una cara muy parecida a la que tienes tú ahora, Candela. Aquella petición me dejó desconcertado y fuera de juego, algo que no le pasó a Alexander. Supongo que dentro de su travieso plan estaba la posibilidad de que la recatada Eleonor despertara de su decente y púdica moral.

—¿Y lo hicieron? —preguntó Candela. Luego soltó un resoplido y negó con la cabeza—. Qué pregunta más estúpida, cómo no iban a hacerlo. Se trataba de eso, ¿verdad?

Antón asintió. Se acercó nuevamente a la mesa y se sentó en el sillón frente a ella.

—Sin duda.

—Y ese muchacho. Ese Alexander, ¿de dónde sacaba esas ideas? Usted dijo que iba al pueblo, pero...

—Candela, por el amor de Dios —le interrumpió Antón riendo—. ¿De dónde las iba a sacar?

Candela abrió los ojos como platos y se llevó la mano a la mejilla.

—Oh no... —exclamó Antón—. Alexander no iba a prostíbulos. Alexander salía regularmente al pueblo, como ya sabes. Él me confesó aquella misma noche que hacía varios meses una mujer que acababa de enviudar le había preguntado a Goretti si alguno de sus muchachos podría dedicarle unas horas al mes a enseñarle a escribir y a leer bien. Goretti, lógicamente, no veía a una viuda joven, sino a una mujer rica sin marido que

deseaba formarse y que le agradecería muy bien, económicamente hablando, ese detalle por su parte. Así que le pidió a Alexander que la visitara, cosa que hizo. Ya te imaginas lo demás... Ella estaba sola, era joven y Alexander, aun aparentando muchos más años de los que tenía, era un alumno de San Torbe, no un profesor. Nadie podía imaginarse que aquel pequeño Apolo acabaría conquistando a la viudita...

Después de ese encuentro fortuito arrojados por nuestra pequeña Quimera, las visitas nocturnas fueron repitiéndose, siempre una vez por semana, porque no queríamos arriesgarnos mucho y sabíamos que, si nos pillaban, arder en el infierno sería el menor de nuestros problemas. Yo me sentía abrumado, mi cabeza solo deseaba poseerla, y verla jugar con mi amigo «especial» no hacía sino acrecentar aún más mi apetito por ella, mi anhelo por sentirla de otro modo mucho más íntimo. Eleonor, por su parte, fue desarrollando actitudes de confianza en sí misma que me dejaban, nos dejaban, cautivados. Ya no era la muchacha tímida y apocada que había entrado la primera noche por la puerta, no se sentía retraída cuando Alexander le susurraba obscenidades al oído o cuando yo le instaba a que se quitara la ropa. Ella nos miraba sutilmente con un gesto pícaro y comenzaba a soltar los botones del camisón muy despacio como si con ello supiera que nos torturaba. Supongo que para una mujer joven como Eleonor, pues por aquel entonces quince años eran lo que eran, ver a dos chicos con la boca abierta esperando ávidos, le otorgaba una seguridad indestructible. Ese aplomo lo transmitía de una forma feroz y a veces más atemperada; eran dosis de descargas eléctricas que nos recorrían todo el cuerpo y nos invitaban de algún modo a lo que nosotros mismos habíamos creado en ella...

—Señor Andrade —interrumpió Candela—. ¿Nunca se lo contaron a los demás? No solo esos escauceos, sino lo de su relación con el chico.

Antón hizo un gesto de asentimiento.

—Lo hicimos. A todos. Muy poco tiempo después, creo recordar. Una de esas noches de sábado, rodeados de vino, pan dulce y cigarrillos. Fue un sábado largo y relajado, pues Goretti se había ido el fin de semana y el control de Stefan no nos preocupaba ni nos asustaba tanto. Se acercaba el verano, quedaba un mes para ser exactos, y eso calmaba relativamente a los profesores. Muchos chicos del colegio, con familia, se irían a pasar dos meses fuera de San Torbe y los que nos quedábamos no éramos un número muy elevado.

Recuerdo esa noche muy bien porque estaba tan nervioso que creí que me desmayaría más de una vez. Había preparado el discurso cientos de veces. Me preocupaban mis amigos, mis hermanos allí; temía su rechazo y el cambio que podría gestarse en ellos tras saber todo aquello. Qué equivocado estaba... No recuerdo nada de lo que salió de mi boca cuando confesé aquello. Nada. Sé que Micaela cesó de dar vueltas en círculo bailando y se quedó de pie inmóvil, totalmente en silencio, y eso sí que era difícil en ella... Recuerdo a Richard, que sin duda ya lo sabía, y su sonrisa de aprobación; la boca abierta de Roberto y Alba sentados siempre ligeramente apartados del grupo; Jonás negando con la cabeza; los Malbaseda como figuras de cera con los ojos abiertos como platos, al igual que Leonardo, y Argas, que nos observaba paralizado.

¿Qué podía hacer? Se hizo un silencio que me arañó el alma y sentí que la habitación daba vueltas a mi alrededor. Yo era muy aprensivo, pero Alexander se aproximó a mí y recuerdo oírle decir:

«Poeta, estás pálido. Bebe un poco de vino o caerás redondo.»

A todo esto, Eleonor, que no se había pronunciado, gateó hacia nosotros y se situó junto a mí colocándome la mano en la frente por si tenía fiebre.

«Por el amor de Dios, Eleonor, no tengo fiebre, solo estoy a punto de sufrir un infarto si estos capullos no dicen nada», imploré. Me estaba agobiando.

La frase debió hacer mucha gracia porque lo siguiente que escuché fue un ataque de risa generalizado.

«¿Los tres juntos?», exclamó Micaela, que seguía tiesa como un poste de la luz en mitad de la sala. Nos miró con curiosidad y luego sacudió la cabeza. «¡Eleonor! ¿Tú con los dos?»

«¿Tenemos que entrar en detallitos innecesarios?», murmuró Alexander.

Micaela en ese momento alzó los brazos hacia el cielo como si estuviera a punto de soltar una letanía y exclamó:

«¡Arpía con suerte!»

Otra vez las risas me provocaron un terrible dolor de cabeza y me llevé las manos a las sienes. Creo que mientras todo esto sucedía, mis amigos lo asimilaban. Hasta que Jonás alzó la cabeza de entre las rodillas y puso una mueca que bien podía haber sido un amago de sonrisa.

«A mi me parece perfecto. Sinceramente.»

«Siempre que no les pillen y les corten esas pollitas juguetonas», se oyó a

Jeremías Malbaseda.

—Lo aceptaron —murmuró Candela con cierta melancolía—. Y en aquellos tiempos solo podía venir de muchachos extraordinarios, adelantados a una época que efectivamente no les correspondía.

Antón la miró. Su estómago se había contraído ante aquella declaración sin precedentes.

—Así es. Eran extraordinarios. Son extraordinarios —musitó.

—Un apoyo que hubiera salvado a mi hermano de morir de tristeza y que no tuvo, y en muchachos mucho más jóvenes —afirmó—. Estoy afligida... Por favor, señor Andrade, continúe.

—Quiero hacer un inciso. Cuando llegamos, muchos de los niños no sabíamos si nuestros padres o familiares estaban vivos; otros los habían visto morir, pero, como el resto, esperaban que algún familiar, cercano o lejano, fuera a buscarlos. Con el paso de los años, los mayores fueron saliendo de aquel centro, y empezaron a llegar chicos que, aun con familia, estudiaban en ese colegio. La mayoría eran hijos de madres viudas que pagaban una pequeña cantidad a San Torbe y eso les permitía dejar a sus hijos entre semana en el centro, trabajar para sacarlos adelante, visitarlos cuando desearan y llevarlos de vacaciones. Para nosotros, el verano se nos antojaba eterno y aburrido allí metidos, pues salíamos en contadas ocasiones y por un breve espacio de tiempo que apenas nos daba para disfrutar de la belleza de un pueblo que ya parecía una ciudad. Al menos para nosotros.

Pero sucedió otro acontecimiento poco antes de que llegara el verano. Todos recibimos una carta. Todos. Fue algo novedoso. Hasta Goretti se sorprendió ante aquel montón de misivas dirigidas exclusivamente a nuestra atención, los chicos «olvidados».

Ninguno de nosotros la abrió en el momento. Esperamos ansiosos a que terminaran las clases y corrimos hasta la habitación de Alexander, quien también había recibido una igual. Nos quedamos de pie delante de su cama con la carta en la mano como idiotas y Alexander, que ya la había abierto, no esperó mucho para leernos su contenido:

Estimado Alexander Soller:

Esto es para ti. Solo para ti. Haz con ello lo que te plazca. Llega el verano.

Tras terminar de leer el breve texto volcó el sobre y un montón de billetes se desperdigaron por la cama. Alexander nos miró. Permanecíamos estáticos aferrados al papel grumoso mientras nuestras pupilas se dilataban ante tanto dinero. Yo fui el siguiente en abrir el sobre y, al hacerlo, todos los demás me imitaron. Nuestras cartas decían exactamente lo mismo: una nota escueta y breve con las mismas palabras pero con nuestro nombre precediendo el encabezado. Y luego estaba aquella cantidad ingente de dinero, aquellos fajos de billetes que jamás habíamos visto juntos. ¡Era una locura! ¡Una maravillosa locura!

Recuerdo a Leonardo Ardini con una expresión de susto en su joven rostro dejándose caer en la destartada silla de madera del escritorio de Alexander con la mirada perdida y la mano en el pecho diciendo:

«¿Le importamos a alguien? ¿Veis ese dinero? ¡Jamás había visto tanto dinero!»

«¿Puede ser cosa de tu viuda, Alexander?», le susurré aprovechando la algarabía que se había formado en torno a Leonardo.

Él se encogió de hombros y se frotó la frente con la mano. Estaba desconcertado. Asustado y a la vez emocionado.

«No... No lo sé. No recuerdo haberle dicho vuestros nombres. No sé... Es muchísimo dinero, Antón, y Goretti se va en vacaciones, solo se quedan dos tutores y uno de ellos es Stefan Levi...»

Todos lo miraron y quedaron en silencio.

«¿Tenéis idea de todo lo que podemos hacer con este dinero y sin Goretti en el colegio?»

Claro que lo sabíamos y, sin lugar a dudas, estábamos a punto de comprobarlo.



Atravesó el pórtico central renacentista que daba a la urbanización y se quedó observando los bonitos jardines y las estatuas distribuidas a ambos lados del camino. Habría jurado haber visto a los chicos dirigirse a la piscina, aunque luego el murmullo se había desplazado hacia una de las casas y los había perdido de vista. Malditos veinte años. ¡Quién los tuviera! Él, sin duda, era mucho más responsable a esa edad que todos sus sobrinos juntos. Llosa subió por la escalinata de acceso a la casa, cruzó el *hall* y salió al patio interior para comprobar que la fuente central funcionaba correctamente y la hojarasca no había tapado los sistemas de desagüe incrustados en la piedra. Aquel patio cuadrado le encantaba, le recordaba a los monasterios renacentistas, con sus corredores en las primeras plantas que dejaban ver las puertas a las distintas habitaciones y se comunicaban entre sí. Él había restaurado cada baldosa y mosaico de aquella antigua construcción con sumo cuidado; había respetado cada columnata, cada baldaquín, cada bóveda de la antigua edificación, y de sus hermanas, que, unidas, constituían la urbanización Malbaseda. Aquel había sido el trato: convertir aquel lugar en su hogar, pero respetando todo lo que guardara un pedazo de historia.

Alzó la vista hacia el corredor y se ajustó la corbata. Aguzó el oído y, colocando los brazos en jarra, tensó todos los músculos del cuerpo y soltó un rápido y agudo silbido al aire. No tardaron ni diez segundos en abrirse las puertas acristaladas de dos habitaciones del piso de arriba, y dos de sus sobrinos se asomaron al corredor aferrándose a la barandilla de madera para mirar hacia abajo.

—¡Llosa! —exclamó uno de los muchachos, un joven de cabello castaño y tez morena con unos inmensos ojos verdes. Quizás el sobrino que más se parecía a él cuando era joven—. ¿Vienes a comer?

—Baja, Marco. Sé que mis dos víboras están con vosotros. Así que diles a mis hijas que salgan de donde estén o su padre subirá a por ellas y las sacará a rastras.

El otro muchacho que reía divertido se giró con elegancia y dijo algo que no pudo escuchar. Al instante, Llosa oyó un fuerte taconeo por las escaleras delanteras y sus dos hijas aparecieron por un lateral del patio corriendo como si les persiguiera el mismo diablo. Llosa frunció el ceño y ladeó la cabeza hacia la derecha haciendo acopio de toda su paciencia, que no era mucha.

—Señoritas. A casa.

Y dicho esto salieron corriendo hechas un remolino de faldas y lazos. Al instante volvió la vista al cielo y miró a los dos chicos.

—¿Qué te hace tanta gracia, Franco Malbaseda? —le espetó al otro chico. Llevaba la camisa abierta y de su cuello colgaba una cadenita de plata con un crucifijo que se balanceaba sinuosamente—. No voy a preguntar qué diablos hacían mis hijas con vosotros allí arriba porque no me apetece tener una apoplejía, así que mover vuestros cuerpos lozanos y juveniles y ayudadme a buscar a vuestro tío Jeremías, porque ya he recorrido las otras tres casas y se me agota la paciencia y las fuerzas.

—Sí, señor —contestó Franco con tono irónico.

El chico se arregló la camisa y se abrochó los botones abiertos mientras descendía las escaleras junto a su hermano.

—Me faltan dos —gruñó Llosa mientras los examinaba.

—Guian está en Florencia con mi padre —explicó Marco, el mayor—. No creo que vuelvan hasta la noche o quizá mañana. Tenían una reunión.

Llosa alzó una ceja y se cruzó de brazos. Tenía que reconocer que los hijos de Alonso habían crecido demasiado y en poco tiempo. Marco era un muchacho serio y responsable, pero de mirada feroz. Y luego estaba Franco, una belleza griega con la dosis precisa de picardía, un peligro en pantalones y un demonio de ojos claros; después el joven Guian, el más prudente de los cuatro, y el pequeño Alexis... ¡Una prole!

—Alexis debe estar en casa de la tía Divania. No le he visto en todo el día. Creo que se fue a primera hora con el abuelo. ¿Pasa algo? —repuso Franco.

Llosa se giró. Todavía tenía la elasticidad y la rapidez de hacía veinte años y eso le agradaba.

—No. En absoluto. Llevo media hora buscando por la urbanización a Jeremías y no doy con él. Cuando construimos estas casas para toda la

familia no tenía pensado jugar al escondite con ninguno de vosotros. Hacedme un favor: si lo veis, decidle que lo estoy buscando. Estaré en mi despacho. Es tardísimo.

Los dos muchachos asintieron al mismo tiempo. Llosa les regaló una afable sonrisa y les golpeó la espalda en señal de cariño.

—Y una cosita más... —dijo aproximándose más a ellos—. Que no se os olvide la mayoría de edad en los jóvenes Malbaseda. Es decir, que si os pilló jugando con cualquiera de ellos antes de esa edad os arrancaré las pelotas y me haré una corbata con ellas.

Franco soltó una risa nerviosa y su hermano le dio un codazo.

—¿Entendido, mis hermosos sobrinos?

—Entendido, tío... —respondió Marco.

—*Bene*. Ahora me voy. Os quiero, chicos...

Dicho esto se dio la vuelta y se dirigió a su casa.

La urbanización de los Malbaseda era un conjunto de viviendas idénticas construidas a partir de unas antiguas mansiones italianas de la época de los Medici. Ellos habían respetado su arquitectura y se habían asentado allí hacía más de treinta años. Tenían negocios distribuidos por toda Roma y Florencia: constructoras, varios despachos de abogados y dos empresas de telecomunicaciones. A Llosa le resultaba gracioso cuando había quien los comparaba con la mafia calabresa, pero era al único. Sus primos se molestaban bastante ante esos comentarios. Y es que no tenían nada que ver con la realidad. Los Malbaseda eran una familia tranquila, formada por cuatro primos: Jeremías, Jacobo, Alonso y Llosa. Jeremías tenía dos hijas, como él. Alonso y Jacobo, por el contrario, tenían una prole de varones con las hormonas disparadas y de edades muy similares entre sí. De todos ellos, Marco y Franco, los mayores, eran su debilidad. Le recordaban terriblemente a él y a Jeremías cuando tenían su edad y sentía por ellos un amor incondicional.

Todos estudiaban en los mejores colegios y universidades, les habían procurado una educación extraordinaria. Querían que recibieran lo que ellos no habían tenido siendo niños y no dudaban en darles todo tipo de facilidades. Por las mañanas se dedicaban a estudiar en sus respectivos centros privados y por las tardes la mayoría recibía clases de idiomas, música o deportes.

Habían formado una familia estructurada y bien avenida. Los cuatro

cabezas de familia no habían discutido por nada en toda su vida y todos los primos se llevaban bien entre ellos. Los mayores cuidaban de los más pequeños y las chicas siempre iban acompañadas por alguno de los chicos cuando salían, algo atípico en aquellos tiempos, pero obligatorio en la conducta de un Malbaseda. A Llosa le hacía gracia ese orden estricto en las relaciones personales. De esa manera era muy difícil que algún muchacho se aventurase a conquistar a cualquiera de las jovencitas Malbaseda. Todos conocían a la familia, todos sabían que las bellas adolescentes estaban flanqueadas por más de diez primos dispuestos a preservar a sus primas de cualquier contacto con el exterior. Extraño y poco común, pero así era el universo de los Malbaseda y así los habían educado desde muy pequeños.

Para muchos esa actitud resultaba anticuada. Todos eran conscientes de ello y sabían lo que a veces se contaba por el pueblo. Sí, los Malbaseda eran gente amable y muy caritativa; participaban en todas las celebraciones religiosas, financiaban todo tipo de eventos, aportaban cantidades muy elevadas para reconstruir cualquier edificio de Fiore... Siempre se podía contar con su dinero, pero nunca con su hospitalidad. Eso era un coto cerrado para todo el que no fuera Malbaseda y los más ancianos se ocupaban de que los jóvenes heredaran esa actitud hermética para pasarlo de generación en generación.

Todo esto no era un capricho excéntrico, en absoluto. El apellido Malbaseda tenía siglos de historia y bajo ningún concepto permitirían que quedara relegado a un rincón tras una boda. Por eso, los mayores habían decidido crear una norma: si alguna de las hijas llegara a casarse con un hombre no Malbaseda, los apellidos de su descendencia se invertirían por el bien de la familia. Cabe decir que esto no era algo definitivo, pero sí inamovible; ellos siempre añadirían algo más con cada cambio o cada nuevo acontecimiento, pues para los mayores la familia era lo más importante.

Llosa atravesó el patio central que unía las cuatro casas y entró en la suya. Su mujer había ido a Roma a hacer unas compras y posiblemente había quedado para cenar con cualquiera de sus cuñadas, algo muy habitual entre ellas. Subió al piso de arriba, comprobó que sus hijas estuvieran ya en las habitaciones y volvió a descender a paso ligero los peldaños de la escalinata de mármol hasta llegar al despacho. En el fondo adoraba las noches porque era cuando menos movimiento había en las casas. Estas siempre estaban abiertas para todos los de la familia. Los de fuera eran harina de otro costal.

El terreno estaba cerrado por un muro y una enorme puerta de hierro forjado. Había seis cámaras distribuidas por todo el perímetro y dos enormes rotwailers en la puerta de acceso. Su intimidad era lo más importante, los extraños eran extraños y siempre sería así.

Tenían una rutina bastante clara. Las mañanas eran silenciosas, los jóvenes iban a Roma o a Florencia a estudiar y ellos a sus respectivos trabajos. Él se ocupaba de las constructoras, su primo Jeremías de las empresas de telecomunicaciones, Alonso llevaba los despachos de abogados y Jacobo las relaciones internacionales. Nunca se inmiscuían en el trabajo del otro, aunque todo el dinero iba a un fondo común. El fondo de la familia.

Las tardes eran caóticas. El jardín central que unía las cuatro viviendas, como un pequeño campus, era un ir y venir de gente de una casa a otra. Las clases de música se daban en uno de los salones de su casa, las de idiomas en la casa de Jeremías y así sucesivamente hasta completar todas las actividades diarias que hacían los chicos y las chicas Malbaseda. Por lo tanto, no era extraño tropezarse con profesores, sobrinos, sobrinas, las madres de todos ellos y los tíos y tías de aquí para allá, siempre con prisa, y siempre con el tiempo justo. Un caos maravilloso, pero sin duda una vorágine diaria.

Se movió velozmente cuando se dio cuenta de que le faltaba algo importante. Se acercó a la mesa y rebuscó entre las pilas de papeles colocados pulcramente sobre el escritorio hasta que la encontró: la carta. Había llegado hacía dos días y ya la había leído más de veinte veces. Se aproximó a la ventana y observó los olivos y los cuidados parterres que decoraban las entradas de las viviendas. Jeremías no tardaría en pasar por ahí, en algún lugar tenía que estar metido y llegaría con paso lento, el pelo engominado como era habitual en él y las mejillas tensas como si estuviera enfadado eternamente. Los aspersores en el exterior comenzaron a sonar y pequeñas gotitas motearon los cristales ligeramente.

Bajó la vista y acarició el suave tacto de la carta entre los dedos, dirigió la mirada hacia un espejo de marco dorado que colgaba de una de las paredes y se asustó. Hubiera jurado que la imagen que proyectaba aquel reflejo era la de un niño de pelo negro y ojos verdes con un pijama de rayas azul.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Cerró los ojos y luego volvió a mirarse en el espejo. Su pelo aún mantenía el color negro de su juventud, sus ojos verdes estaban un poco más claros, más gastados, pero sus mejillas se mantenían elevadas y angulosas. Tenía la

boca grande pero no desproporcionada, marcada por una pequeña y casi imperceptible cicatriz en el labio, que le recordaba, cada vez que la miraba, un episodio desagradable de su infancia y bastante traumático para él... «Valdespino».

Apretó los puños y, sin darse cuenta, arrugó la carta que aún sujetaba. Sí, tenía sesenta años, pero jamás superaría los recuerdos de su niñez, ni los buenos, ni los malos. Por eso había decidido triunfar en la vida, ser un hombre importante y mantenerse en la medida de lo posible joven, mental y físicamente. Y se sentía bien. Cuidaba su alimentación hasta la obsesión más absoluta, hacía todos los días deporte y su cuerpo, a pesar de la edad, podía ser la envidia de cualquier jovencito que se preciara. ¡Ah, que ingrata podía ser la vida cuando uno guarda un rencor tan profundo en el alma! ¿Dónde coño estaba Jeremías?

Oyó la puerta cerrarse con un fuerte estrépito por la corriente y unas suelas de zapatos golpearon el mármol del suelo dirigiéndose directamente hacia él.

«Y tú vendrás... donde esté, del modo que esté para salvarme de este infierno delicioso en el cual me encuentro para huir de todo.»

Un hombre delgado de cabello negro engominado avanzó directo a él como si fuera a devorarlo.

—Por fin apareces —gruñó Llosa.

Jeremías lo besó en las mejillas e, inclinándose sobre la diminuta mesa llena de licores, se puso una copa. Tenía las cejas contraídas, como si algo le preocupara, y el traje gris perla le pesara. Se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se desplomó en el sofá haciendo un ruido seco.

—*Santa Madonna* —murmuró dando un trago—. No sé cómo ha sido tu día, pero el mío empieza a enervarme hasta lo más hondo.

Llosa lo miró divertido. Su carácter agrio no cambiaría por muchos años que pasaran. Se miró la mano y dejó la carta sobre la mesa. Su primo dirigió la vista a la misiva y negó lentamente con la cabeza. Dio otro trago y paladeó.

—Tengo una igual. Es de Antón. No te molestes.

—Estás cansado, primo. Se te ve más viejo cuando estás tan agotado. Mira qué arrugas.

Jeremías le lanzó una mirada inquisitoria, sonrió con maldad y se humedeció los labios.

—Tú estarías igual si no pasaras por el quirófano tan a menudo. Figurín. Acepta tus años.

Llosa se echó a reír.

—Debemos ir —afirmó recuperando la compostura.

—¿Debemos? Me niego —respondió Jeremías—. No necesito escarbar en las heridas, Llosa. Siempre que he hecho negocios con Antón ha sido en Roma o en Florencia. Incluso cuando he viajado a España me he reunido con él en Madrid por una única razón: no pisar ese sitio.

—Ahora es diferente, Jeremías.

—Y eso, ¿por qué? —comenzaba a irritarse, algo habitual en él—. Estoy cansado, Llosa. No tengo ganas de hablar de ciertos temas.

Llosa alzó la mano apelando a su paciencia y Jeremías farfulló algo que no entendió.

—Jeremías. Hicimos una promesa. A veces tengo la sensación de que te olvidas de ello. ¿Dónde queda tu honor? ¿Tu palabra?

—No he roto mi palabra —respondió lacónicamente.

Silencio.

Llosa se quedó de pie mirando por la ventana con las manos metidas en los bolsillos del pantalón mientras Jeremías bebía a pequeños tragos de su copa.

—Tienes razón —manifestó Llosa—. Todos estamos unidos por nuestros negocios de un modo u otro y nos ayudamos. Nos hemos visto durante más de cuarenta años y hemos cuidado los unos de los otros, pero eso no fue lo único que nos prometimos. Ahí fuera hay más gente. Y lo sabes.

Jeremías lo miró incrédulo.

—Creo que se te olvida lo que pasaste allí, lo que te hicieron —repuso Jeremías—. A mí no. Y soy consciente de que no fue ni la mitad de lo que sufrieron ellos. ¡Maldita sea! Soy muy consciente. Solo tengo que mirarte el labio para recordar aquel grandísimo hijo de puta pederasta que te persiguió día y noche hasta que te rompió la boca, y no tenías ni catorce años, Llosa. ¿Eso es lo que quieres recordar? ¿O prefieres hacer memoria de las veces que nos dieron con la pala o con la vara? ¿O las duchas de agua fría? Sin mencionar las palizas de Becker, aquel médico chiflado que casi nos mata. ¡No sé qué elegir!

Una mueca amarga le cruzó la cara al oír aquellas palabras.

—¿Quieres saber qué quiero recordar, viejo egoísta? —le espetó.

Jeremías se sorprendió de su cambio de talante.

—A mis amigos... Quiero recordar ese verano que sin duda fue el mejor de nuestras vidas y nos hizo ser lo que somos ahora. Quiero visitar la tumba

de Jonás, de Richard, de Roberto. Quiero pisar esa casa y ver en qué la ha convertido Antón. Quiero evocar a Stefan Levi y todo lo que nos dio, que fue mucho, y quiero hacerlo con todos.

—Por el amor de Dios, Llosa, ¿puedo irme ya?

—¡No!

Jeremías dejó la copa sobre la mesa de cristal y se inclinó hacia atrás.

—Valdespino abusó de ti durante varias semanas hasta que fuiste lo suficientemente valiente para enfrentarte a él. ¿Eso quieres recordar? ¿Quieres que ellos sepan la verdad?

—Lo hubieran matado si les hubiese dicho la verdad, Jeremías, y lo sabes. Ellos no debían saberlo. ¡Yo les protegía!

—¿Y quién te protegió a ti? —gritó—. ¿Eh? ¿Quién? No tienes ni la menor idea de los años que me costó superar aquellas noches en las que iba a buscarte, sin poder hacer nada, sin poder ayudarte. Llevo cargando con eso toda mi jodida vida y ahora viene nuestro Antón y nos invita a esa maldita mansión para hacernos recordar...

—¿De veras crees que esa casa no te hará recordar algo más? —preguntó implorante—. ¿Eres tan hipócrita contigo mismo? ¿Acaso no recuerdas lo bueno? ¿Ese verano? ¿El local de Cecilia Bishop?

—No —dijo Jeremías con un movimiento de cabeza—. No soy hipócrita conmigo mismo, Llosa, solo me asustan mis recuerdos. Sigo teniendo pesadillas y cuando veo a nuestros chicos ya hechos unos hombres, deseo que ellos vivan la plenitud de su vida con la libertad que nosotros no tuvimos.

Llosa se acercó a la librería y sacó un paquete de tabaco de una cajita de madera. Encendió un cigarro y se aproximó a la ventana. Jeremías se removió en el sofá, pero Llosa no lo miró. Estaba molesto con él. No. No era eso lo que él recordaba, no eran los momentos sórdidos con lo que se había quedado. Él veía más allá... mucho más allá... Con la mirada perdida en el jardín, intentó hacérselo entender a su primo.

—Prometimos, cuando disfrutamos la vida desenfrenadamente, que jamás dejaríamos a ninguno solo, que siempre nos protegeríamos y nos ayudaríamos. Siempre... Pero no fue solo eso, Jeremías, eso fue solo una parte de esa promesa. Soy consciente de que lo hacemos, de que nuestras empresas son una. Desde España, pasando por Suiza, Londres y Francia, somos un entramado de pequeños canales que nos unen. ¡Eso lo sé! Pero ¿y lo demás? Juramos que nuestros hijos, y los hijos de nuestros amigos, jamás

estarían solos, que se conocerían y regresarían a esa Quimera cuando cumplieran una edad prudente, cuando acabaran sus estudios; que intentaríamos que siguieran lo que nosotros empezamos. ¿Acaso se conocen nuestros hijos con los chicos de Roberto o de Richard? Maldita sea, son nuestros herederos. ¡Ellos son los que continuarán todo esto cuando nosotros no estemos!

—Lo sé —respondió Jeremías—. Créeme que lo sé.

—Voy a ir más allá —prosiguió Llosa—. Porque tú estabas presente como todos cuando juramos que ninguno se mantendría alejado de Quimera. Prometimos que ningún chico, fuera quien fuera, sufriría por ser diferente. ¡Que ninguno pasaría por lo que nosotros pasamos!

—Los tiempos han cambiado.

—¡Eso es mentira, Jeremías! Nada ha cambiado. El mundo ha progresado, pero el ser humano sigue igual. ¿No lo ves?

—El libre albedrío... —Jeremías tenía los ojos húmedos—. Aquel verano fue una locura. Nuestros chicos hacen lo que desean con quien desean, pero siempre aquí, protegidos por nuestros muros. No querría imaginarme qué diría la gente de Roma o Florencia, o de Fiore sin ir más lejos, si supieran lo que permitimos bajo nuestro techo. Es gracioso, nuestra historia está plagada de verdaderas salvajadas sexuales, desde Tiberio a Nerón, pasando por Calígula. Descendemos de degenerados adictos a lo prohibido, fuimos una civilización sodomita, bizarra, incestuosa y con un fuerte componente familiar en las relaciones afectivas. Pero ahora todo asusta. Todo es censurable. Todo está mal.

—Antón tiró abajo San Torbe y construyó Quimera, Jeremías. Y no pasa un solo día de mi vida en el que no me pregunte por qué no he ido a esa casa en más de cuarenta años ni una sola vez, porque yo sí lo deseo. ¡Quiero cerrar ese ciclo! Quiero conocer al hijo de Richard, quiero formar parte de su vida de un modo u otro. ¿Sabías que es igual que su padre, que es una copia exacta de nuestro amigo? Y ahora él está solo. Es huérfano como lo fuimos nosotros. Como el hijo de Jonás Romano, o Roberto Acosta. ¿Acaso no desearías ver a Alba? ¿A Micaela?

—Los vi en el funeral de Acosta. Los he visto en todos los funerales.

—¡No de ese modo! ¡No cinco minutos para dar un maldito pésame! Oh, Señor... No es tan difícil.

Se quedó pensativo mirando los ribetes dorados de la alfombra persa

mientras su primo sopesaba todo lo que acababa de decirle. Escuchar todo aquello era para Jeremías como una penitencia, un recuerdo desagradable de su propia debilidad. Él había sufrido, pero no por los golpes que soportaba como un pequeño soldado apoyando las manos en el escritorio de Goretta, sino por Llosa. Solo por él.

—Dentro de dos días es el cumpleaños de Guian —dijo Jeremías en un vago intento de calmar la atmosfera—. Cumple veinte años. No tengo que darte detalles del tipo de fiesta que pide, claro... Todo lo que no abarque la palabra «bacanal» no le interesa.

Llosa sonrió.

—No me esperaba menos de él —repuso. Se movió lentamente y se sentó frente a Jeremías—. Que se ocupe Marco. Siempre se le han dado bien esas cosas.

Cuando volvió a mirar a Jeremías, aquella extraña y profunda melancolía se desvaneció lentamente. Así eran sus recuerdos: un niño de piel oliva y ojos profundamente seductores que intentaba huir del dolor de sentirse diferente; un niño cansado de la vida, débil y terriblemente atormentado, pero no destrozado. Nunca destrozado... Apagó el cigarro en el cenicero de cristal y se reclinó sobre el respaldo de la butaca.

—Lo siento, Llosa. De verdad que lo siento —murmuró Jeremías—. Llevaba muchos años creyendo que todo aquello lo había superado, lo había apartado definitivamente de mi vida, pero cuando murió Jonás, cuando volví a ver a casi todos en aquel funeral me di cuenta de que estaba equivocado. Totalmente equivocado...

—Pero yo no quiero olvidar. Me niego a olvidar. Somos así por todo lo que pasamos. —Llosa bajó la cabeza y suspiró—. Somos así por todo lo que experimentamos. Todo.

—Está bien, Llosa —masculló y rio amargamente—. Iré contigo... Iremos a Quimera dentro de un mes, pero no esperes que vayan todos. Aunque te resulte difícil comprenderlo, posiblemente alguno piense del mismo modo que yo.

Dicho esto se levantó del sofá, tomó su chaqueta y se acercó a él para besarle nuevamente en ambas mejillas afectuosamente.

—Voy a dormir. Descansa, hermano.

Tras escuchar cerrarse la puerta de la entrada, Llosa permaneció unos segundos meditativo. Miró el vaso de coñac que Jeremías había dejado sobre

la mesa y lo cogió para darle un trago.

Examinó la carta de Antón y cerró los ojos. Aquel sobre le recordaba al que habían recibido todos una mañana de mayo, hacía ya muchos años. Un sobre con una carta anónima y con mucho dinero. ¿Cuántas veces durante los siguientes días hablaron de cómo gastarlo? Era incapaz de acordarse. Solo recordaba su corazón acelerado mientras el coche de Gorette se alejaba por el camino de tierra y barro para pasar un mes en casa de una tía; recordaba el orfanato medio vacío y a Stefan Levi, con sus ojos brillantes y aquel pelo rubio ceniza iluminado por los rayos de sol frente a las escaleras de la entrada. Aquella misma tarde se fueron al pueblo. Compraron comida y ropa nueva, recorrieron todas las calles y merendaron en un bonito café con una de aquellas gramolas rojas y blancas que ponía discos a gusto de quien lo pagara. Alexander les enseñó cada rincón de Torbe, pasaron horas en una juguetería del centro viendo barcos, aviones, coches deportivos e infinidad de revistas y tebeos; fueron al cine y vieron una película de indios y vaqueros, comieron por primera vez golosinas y bebieron un refresco que sabía a gloria.

—¿Vendrán los muchachitos a la fiesta de Bishop esta noche?

La voz timbrada de aquella joven de largos cabellos dorados y ojos color miel, que les ofrecía un folleto a cada uno, los había dejado patidifusos en mitad de la calle. Sus ojos se clavaron en aquel prominente escote que no dejaba nada a la imaginación, con un corsé ajustado y una falda larga y elegante sobre unos botines diminutos de color verde oliva.

—¿La fiesta de Bishop? —repuso Richard con su eterna pedantería—. ¿Qué fiesta es esa?

—La fiesta de inicio del verano. Ahí tenéis la dirección. La casa de indianos a las afueras de Torbe. ¿Acaso no conocéis a Madame Bishop?

Por supuesto que no la conocían. No conocían nada. Pero Alexander se adelantó, porque él sí sabía de qué hablaba aquella diosa de pelo rubio.

—Gracias. Claro que iremos. Siempre que haya chicas tan guapas como tú.

La mujer se rio afablemente y pasó los dedos por los rizos de Alexander.

—Entonces os veré allí, muchachitos. Y será un placer atenderos.

La joven se fue por la calle empedrada moviendo las caderas al compás de sus tacones. Todos estaban un poco descolocados y Richard parecía un perro de presa a punto de salir disparado calle abajo detrás de ella.

—¿Quién es Madame Bishop?—quiso saber.

Alexander sonrió. Sacó una piruleta del bolsillo de su pantalón y se la metió en la boca con un gesto pícaro y juguetón.

—La dueña del mayor burdel que jamás he visto, desde fuera, claro —apostilló él.

Todos se echaron a reír.

—No os riáis. Es una mujer muy influyente. Sus fiestas son archiconocidas.

—¿Nos han invitado a un burdel lleno de putas? —preguntó Richard con los ojos muy abiertos—. ¡Oh señor, gracias!

—Deja de gritar, Armani —le ordenó Jonás entre dientes—. Estás dando la nota y parecemos imbéciles.

Llosa rio al recordar a Richard dando saltos en mitad de la calle como si fuera idiota. Antón sujetaba el folleto como si le hubieran obligado a memorizarlo; parecía releer todo lo que ponía: la hora, la dirección, la imagen de la casa iluminada por farolillos...

—Tenemos que ir —dijo Jeremías.

—Sin duda —afirmó Leonardo con gesto solemne.

Y aquella misma noche conocieron a Madame Bishop...



Alexander frenó con el coche delante de la casa y se quedó observando la enmarañada verja que rodeaba el perímetro de la finca. Estaba oxidada, posiblemente cerrada a cal y canto, aunque sabía por los vecinos de Torbe que alguien había comprado la propiedad de Bishop y ya habían empezado las obras de remodelación en su interior. Apagó el motor del vehículo y salió a la noche fría. El aire gélido le golpeó la cara y tuvo que abrocharse el abrigo de lana y subirse el cuello para protegerse de las bajas temperaturas. Rodeó la finca. El jardín aún mantenía la belleza de años atrás, con sus bonitas palmeras, los magnolios, las camelias y la buganvilla enredándose por todos los recovecos. Ni siquiera sabía por qué estaba allí a esas horas de la noche. Había cerrado el negocio muy tarde y deseaba pasear, necesitaba respirar antes de llegar a casa. Alexander suspiró al comprobar que las ventanas abovedadas de la parte norte habían sido arregladas y lucían unos nuevos cristales que apenas dejaban ver el interior, dada la oscuridad de la noche y la poca luz que emanaba de las farolas más cercanas. Se aproximó a la verja y empujó suavemente. Para su sorpresa estaba sin candado. Avanzó por el caminito central hasta las escaleras. Toda la casa absorbió su atención cuando llegó al primer escalón y se quedó contemplando el esplendor de todo el conjunto. Los balcones de hierro forjado habían desaparecido y sobre sus muros de mampostería revestidos todavía resonaban los recuerdos de las luces ambarinas, el chasquido de las copas y la música... Cerró los ojos y evocó aquel momento maravilloso.

Estaban de pie delante de la puerta de doble hoja y aquella mujer voluptuosa llena de perlas les miraba desde lo alto y sonreía.

—Bienvenidos a la mansión Bishop, queridos.

Rememoró la suave voz de Madame Bishop y se giró para contemplar el

jardín una vez más. ¿Por qué estaba allí? Por aquella carta.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Dio varios pasos y subió la escalera. Se sentó en el último peldaño y contempló la noche, las estrellas rutilantes, la hermosa vegetación mecida por el aire gélido. Imágenes, recuerdos, todos aquellos fragmentos olvidados en su memoria invadieron su cabeza desordenadamente y se echó a llorar; por todos ellos, por los que estaban, por los que se habían ido...

—Perdóname... —susurró balanceándose—. Yo no soy como tú. Ya no...

Sacó la carta del bolsillo del abrigo y la observó unos segundos, para luego romperla en pequeños pedacitos que dejó caer sobre las escaleras de piedra sin apartar la vista de ellos. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y suspiró. Sí, aquel lugar había sido un oasis, una pausa en sus vidas, un paraíso. ¡Ah, claro que sí! Claro que recordaba hasta el más mínimo detalle de aquella casa. Sus pasillos enmoquetados en colores borgoña y dorados, el salón de fumadores con sus mesas de palisandro bajas, sus patas retranqueadas, los sofás y butacas en terciopelo dorado con aquellos espléndidos ribetes de colores. Lámparas de araña con cristales titilantes, pequeñas barras de bar tapizadas en cuero o forradas en madera de caoba, habitaciones lustrosas con chimeneas, camas con doseles altos, mosquiteras y divanes traídos de los locales más elegantes de París.

Madame Bishop era una mujer de cincuenta años bien llevados, con cabellos negros que formaban tirabuzones, labios rojos y mejillas sonrosadas. Una mujer llena de curvas con un inmenso trasero que contoneaba de aquí para allá como si fuera la misma reina de Babilonia, como si se tratara de una dama de alta alcurnia venida del mismísimo París. Ella había comprado aquella propiedad años atrás, había decorado los jardines con hermosas figuras traídas de Grecia y Roma, y había forrado las paredes interiores de la mansión hasta media altura con maderas nobles y papeles satinados, y colocado unas pequeñas lamparitas ancladas que mantenía suavemente encendidas cuando las luces centrales se apagaban para dar mayor intimidad.

La mansión tenía un baño en cada una de las habitaciones con unas bañeras enormes y profundas con patas forradas de plata. Sus toallas olían a lavanda, y sus almohadas a frescor y primavera.

Para ellos aquel lugar fue un paraíso, y no por todas aquellas mujeres hermosas que siempre estaban pendientes de ellos. Era la calidez del lugar, las suaves luces ambarinas, los olores, la belleza de las formas, el simple

placer de un baño caliente de espuma y pétalos de rosa, una enorme cama con suaves tejidos y ese amor tan desconocido, esa sutil entrega del que espera... «Lo que tú deseas...»

Nadie se atrevía a hablar mal de Madame Bishop. Nadie mencionaba lo que allí sucedía porque la dama conocía a todo el mundo y todo el mundo la respetaba y la temía. Oficialmente era un hotel de paso, un lugar exótico donde comer o cenar algún plato francés, descansar de un largo viaje, charlar de negocios e incluso fumar unos buenos puros traídos de Cuba. Pero lo cierto era que aquel lugar era el mismísimo templo de Afrodita.

—Por favor, caballeros, sean bienvenidos a la mansión Bishop. Pasen hacia el salón de fumadores, les pondremos algo de beber y en breve les enseñaremos las instalaciones —había dicho una joven de rasgos indios y labios carnosos. Ella también llevaba aquel corsé ajustado apretando sus pequeños pechos y una falda muy similar a la de la muchacha que repartía los folletos, pero mucho más corta e insinuante. Entrar en aquel lugar era como retroceder un siglo.

Aquella noche y durante los primeros minutos en la mansión no hubo palabras entre ellos. Eran unos jóvenes de dieciséis años que aparentaban mucho más y eso era algo que acababan de comprobar sin lugar a dudas. Nadie podría imaginarse que eran meros estudiantes en un orfanato porque sus ropas estaban impecables, eran hermosos, sonrientes y educados, y lo más importante: tenían mucho dinero en el bolsillo.

Todos observaban a su alrededor cada detalle, pero él los observaba a ellos... Examinaba a Antón, con su camisa blanca ligeramente abierta que dejaba entrever su piel eternamente morena; a Richard y sus ojos azules extremadamente abiertos; Llosa y su temor al contacto; a su primo y a Petro pendientes de él en todo momento; a Leonardo y su desparpajo; a Roberto con sus miradas discretas repasando a cada mujer hermosa que pasaba a su lado y le sonreía, y Jonás, con sus pupilas oscuras clavadas en aquellas muchachas, directo y amenazador, lleno de deseo.

«Cada cual con su Quimera...»

—Caballeros. —Una joven se aproximó a ellos y con una inclinación de cabeza los saludó—. Acompañenme. Pernoctarán en el hotel como regalo de la casa. Les enseñaremos sus respectivas habitaciones y los servicios que pueden contratar. Es la fiesta de inicio de verano, acepten este detalle como nuevos clientes.

Recordó la sensación que le produjo caminar por aquel inmenso pasillo flanqueado de puertas. Una bonita joven pelirroja le había acompañado a su habitación y, tras dejarle unos minutos a solas, había vuelto con unas toallas limpias y un albornoz suave y blanco que dejó sobre la colcha.

—¿Qué desea el señor?

Aquella interpelación lo dejó fascinado. Todo lo que él había experimentado hasta ahora se había borrado de su mente y se sintió pequeño, muy pequeño. Se sentó en la cama y observó a la mujer.

—¿Sería posible que pudiera dar una vuelta por la planta sin ser molestado? Me gustaría asegurarme de que mis acompañantes están a gusto. Ha sido idea mía que conozcan la mansión de Madame Bishop y no me perdonaría que no estuvieran bien atendidos.

¡Qué teatrero era cuando se proponía algo oculto!

—Por supuesto, señor, faltaría más. Haga lo que desee y, cuando regrese a su habitación, solo debe llamar a ese timbre de la pared y vendré a atender sus necesidades.

Él sabía qué hacer y sobre todo a quién no debía molestar.

—Dígame una cosa, señorita. Necesito el número de dos de las habitaciones. La de Llosa Malbaseda y la de Antón Andrade. ¿Podría decirme dónde se alojan?

La muchacha asintió con la cabeza y salió, para regresar al poco con una nota entre los dedos.

—La doce y la quince, señor. Al final del pasillo.

Dicho esto sacó de su cartera un billete y se lo entregó a la mujer. Ella sonrió en señal de agradecimiento y se lo introdujo en el escote, algo que le provocó instantáneamente ganas de acostarse con ella, pero se contuvo.

—Una cosa más —le dijo antes de que ella cerrara la puerta. La mujer se giró y esperó—. ¿Podré disponer de ti en una hora y media?

—Por supuesto, señor. Una hora y media.

Y así fue como se encaminó al final del pasillo y sin más preámbulo entró en la habitación de Llosa Malbaseda.

Estaba solo, sentado sobre la mullida cama. Al verlo se sobresaltó y sonrió con la mano apoyada en el pecho.

—Me has dado un susto de muerte, Alexander. ¿Qué haces aquí?

Se sentó a su lado y le pasó la mano por los hombros. Llosa estaba nervioso. Él sabía por qué.

—Sé lo que ha pasado con ese hijo de puta.

Su amigo iba a replicar algo, pero no dijo nada.

—Tranquilo. Comprendo muy bien por qué no lo has contado y eso te honra, pero te ha roto por dentro y lo veo.

—No... —murmuró bajando la cabeza y aclarándose la garganta—. No tienes ni idea de...

—Hizo lo mismo conmigo antes de que llegais —le confesó—. Y tampoco nadie lo supo. Tampoco nadie lo sabrá...

Llosa abrió los ojos y lo miró consternado.

—¿Por qué estás aquí, Alexander? ¿Por qué haces esto?

Tomó aire y observó el papel floreado de las paredes y los candelabros sobre la chimenea.

—Ellas no van a hacerte daño, Llosa. El amor no implica dolor. Abandónate a este amor, es diferente. Incluso si proviniera de un hombre, tampoco sería igual a lo que tú has experimentado y eso es lo que necesitaba decirte, eso es lo que necesito que comprendas. Yo lo comprendí con ayuda, me veía con una mujer en el pueblo, aunque no es algo que muchos sepan, y ella me ayudó, me hizo superar toda esa mierda.

—Dios mío... Estoy aterrado...

—Lo sé.

—No sé si seré capaz, Alexander... —admitió angustiado—. No te vayas...

En ese momento apoyó la mano en su mejilla y le besó la otra con dulzura. Llosa cerró los ojos, estaba llorando.

—No te vayas... —repitió.

—No lo haré. Al menos al principio... —respondió con un leve toque de humor.

Su amigo se rio. Llosa era muy hermoso, pero eso él ya lo sabía...

La mujer que entró era una muchacha de pelo rubio ceniza, ojos verdes con largas pestañas cinceladas en negro y unas mejillas arreboladas y deliciosas. Estaba de pie delante de Llosa y mantenía la mirada clavada en la alfombra. Él era mucho más alto que ella.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Llosa amablemente.

—Anabel —respondió sin levantar la vista.

Llosa y él se miraron. Habían comprendido en milésimas de segundo que aquella chica no era la típica meretriz con experiencia que saltaba sobre sus

clientes como una diosa del sexo. Estaba cohibida, esperando, nerviosa. Tenía una expresión de rubor en su rostro y parecía ojear discretamente a Llosa.

—Verás, Anabel —dijo él, sentado en la cama—. No te asustes, yo no soy tu cliente, es él.

Ella no comprendió lo que intentaba decirle.

—Solo estoy aquí porque quería asegurarme de que mi «hermano» tiene todo lo que necesita y la mujer, es decir, tú, es suficientemente hermosa para él.

Se levantó de la cama y se situó detrás de ella. La muchacha quedó cercada por ambos y por primera vez alzó la cabeza y ladeó el rostro observándolo todo.

—¿Por qué esta ropa? —preguntó Llosa. Hablaba muy bajito, parecía agotado.

—Es elegante, señor, sensual. Madame Bishop quiere dar un toque victoriano a la mansión.

Le soltó los cordones del corsé en silencio bajo la atenta mirada de Llosa y luego los botones de la falda hasta que todo cayó al suelo. La joven no llevaba nada debajo y quedó totalmente desnuda ante ellos. Llosa dio un paso atrás y él le apartó sus largos cabellos del rostro y de su cuello de cisne mientras se aproximaba a su oído y le susurraba:

—Escúchame, Anabel, eres realmente bonita, perfecta para él. Ahora tienes que ser delicada, mi hermano es tímido. Lleva la iniciativa. Vamos Anabel, haz tu trabajo.

La mujer comenzó a soltar los botones de la camisa de Llosa y después le quitó los pantalones y la ropa interior. Él no se resistió aunque parecía cada vez más afectado y confundido.

Fue el momento en el que Anabel pasó a un segundo plano, cuando contempló la belleza de Llosa: su piel, su cuerpo de hombre, un pequeño coloso inmóvil que observaba atentamente los pequeños pechos de la joven Anabel que, muy cerca de él, le colmaba de besos. Sintió una descarga eléctrica por todo su cuerpo cuando ella pasó los dedos por el pecho de su amigo y los deslizó hasta su pelvis. Llosa abrió los ojos y reuló hacia la cama.

—Sigue Anabel... —le ordenó.

Llosa lo miró y tragó saliva. Ambos podían verse perfectamente, pues eran

mucho más altos que ella, así que cuando ella deslizó los dedos hasta su sexo, Llosa clavó la vista en él. Aquello lo dejó fuera de juego y deseó por un momento no marcharse de allí jamás.

—Olvídate de todo —le murmuró a Llosa con apenas un hilo de voz—. ¿Me oyes?

—Eso intento...

Sonrió. Besó a su amigo en la frente y tras esto salió de la habitación en dirección a la número quince, hacia su pequeño amante, su ángel...

Cuando entró en la estancia vio a una hermosa mujer con el pelo negro revuelto sentada a los pies de la cama. Su corsé aprisionaba su pecho, que parecía a punto de estallar, y su falda estaba arremangada por encima de las rodillas, dejando al descubierto unas bonitas piernas donde asomaban la puntilla de las medias y un ligero. Frunció el ceño cuando lo vio y miró de reojo hacia el baño.

—¿Señor, qué hace aquí? —preguntó con una mezcla de sorpresa y picardía.

—Lo mismo que tú —respondió con ironía. Y se lanzó sobre la cama colocándose de lado y apoyando la cabeza sobre su mano—. ¿Y el cliente?

—En el aseo, señor.

—¡Perfecto! —exclamó.

La joven lo miró confundida. De repente, la puerta del aseo se abrió y salió Antón con una toalla enrollada en la cintura. Al verle allí, se paró en seco.

—Ah, que bien... Reunión de poetas —dijo Antón—. ¿Y tu musa?

—Aguardando —declaró él—. Tenemos toda la noche y yo muy poca prisa. Dormiré arropado por los hermosos pechos de mi pelirroja y me mecerá entre sus brazos como hacía mi madre.

Antón puso los ojos en blanco y lo empujó haciéndole rodar hacia el otro lado de la cama para luego sentarse. En ese momento, tuvo un pensamiento revelador: nunca había visto a Antón desnudo. Como mucho lo había toqueteado en sus juegos nocturnos, pero ahora estaba ahí con aquella toallita minúscula y aquel cuerpo dorado imberbe tan bien formado, esperando saber qué hacía allí su amigo.

—¿Y bien? —quiso saber Antón mirando a la joven morena. Pero la pregunta iba dirigida a él, sin duda solo a él.

—Soy un poco mirón —contestó.

La mujer se levantó de la cama y se desprendió rápidamente de toda la

ropa ella sola. La antítesis de Anabela se llamaba Sonia y sí, parecía algo mayor y más experimentada, pues gateó por la cama como una gata en celo hasta colocarse encima de Antón y comenzó a besarle por toda la cara mientras él no dejaba de reír.

—Sonia parece que está contenta con tu presencia.

—Sonia es una chica lista —siseó él.

—Mucho, señor. Y si quiere mirar estará encantada. ¡Es realmente excitante!

¡Qué bien sabía hacer aquella dama de la noche su trabajo! Deslizó la lengua por el pecho de su amigo y, mordiendo la toallita, se desprendió de ella en un abrir y cerrar de ojos, algo que activó brutalmente el deseo de Antón, que se encendió repentinamente y se puso rígido cuando la muchacha se balanceó sobre sus rodillas pasando sus finas uñas por la pelvis y su sexo erguido. ¡Ah!, aquella curvatura de su espalda femenina moviéndose como una ola y sus enormes pechos, rosados y juveniles, aproximándose a Antón cuando se inclinaba hacia adelante y deslizaba sutilmente la lengua por su barbilla.

Le resultaba muy difícil no sucumbir a aquella escena tan erótica. Era cierto que él tenía un poco más de experiencia en asuntos amorosos, pero aquello lo estaba excitando de una manera desconocida. No podía dejar de mirar a Antón, que se había abandonado totalmente a aquella maestra de las artes, que con sus dedos diestros y sus contoneos alargaban su tormento y le conducían, sin duda alguna, al placer más absoluto. Pero no, aquello no había hecho más que empezar. Para su sorpresa, Antón apartó a la mujer y la tumbó sobre la cama; estaba fuera de sí, estaba descontrolado. Se colocó sobre ella y la penetró bruscamente arrancándole un gemido delicioso, un ronroneo obscuro que hizo que su cara y su cuello se tiñeran de rojo y el recuerdo de Eleonor, junto a los dos, le inundara las retinas confundiendo y exaltando al mismo tiempo. Y entonces Antón tiró de él con la fuerza de un titán y lo arrastró hacia ellos como si fuera muy pequeño y su peso de adulto no significara nada, no existiera, no importara. Lo miró duramente clavado en la mujer y le susurró a dos palmos de su boca:

—Nadie abrirá esa puerta... Lo sabes, ¿verdad?

Asintió muy despacio pero no dijo nada y Antón lo besó apasionadamente.

Tras apartarse de él, Antón giró a Sonia, que parecía una muñeca de trapo entre los dos. Desde atrás la penetró muy despacio. Podía ver en sus ojos la

presión que la encendía, notaba como su boca húmeda se abría a medida que el sexo de su amigo rozaba las paredes de su deliciosa flor y se contraía. ¡Ah, qué tortura! ¡Qué maravillosa tortura! No reconocía a su amigo pero le encantaba.

—Tócale —susurró Antón a la joven—. Vamos... despacio...

Ella obedeció y acarició su miembro mientras las embestidas desde atrás la empujaban hacia él irremediabilmente.

—Besaos —jadeó Sonia.

—Otra igual —gruñó torturado por los dedos de ella.

Abrió la boca con la intención de soltar un quejido, pero la lengua de Antón le llenó completamente. Perdió el hilo de la realidad abandonado a las caricias de la mujer y los besos de Antón. Notaba cómo la joven jadeaba cada vez más rápido, cómo su piel ardía, su cuerpo se contraía y se tensaba mientras sus gemidos eran cada vez más intensos, más claros y desenfrenados. Pero cuando ella ahogó su grito y su cuerpo se relajó, Antón se apartó...

Se inclinó sobre el cuello de Sonia y le dijo algo al oído. Al instante ella sonrió y, recomponiéndose de la mejor forma que pudo, se levantó y se encerró en el baño. El ruido del agua llenando la bañera lo dejó desubicado.

—¿Qué pasa?

—Se ha ido a dar un baño. Está saciada...

—Pero... —dijo y se rio—. Por el amor de Dios. ¿Qué has hecho con mi amigo? No te reconozco.

—Creo que si dieras una vuelta por las habitaciones en estos momentos no reconocerías a nadie, Alexander.

Él asintió. Antón le regaló una dulce sonrisa y una fila de dientes blancos coloreó su rostro aninado.

—¿Me dejarás que te quiera? —le preguntó dulcemente.

Alexander sintió un nudo en el estómago.

—Siempre lo he hecho, poeta.

—Entonces abrázame y dejemos a un lado nuestras quimeras.

Alexander se incorporó y se encogió de hombros mientras echaba una última ojeada al edificio. ¿Cuántas veces había descendido aquellas escaleras aquel verano? Muchas. Aquella noche les había cambiado a todos irremediabilmente, les había hecho sacar los instintos primarios que todo joven debía desarrollar en algún momento de su vida, y con ellos se habían

ido muchos miedos y muchas frustraciones. Allí, en aquel lugar tan hermoso, rodeados de preciosas damas de la noche, se sintieron los hombres que nadie les había enseñado a ser. ¡Qué irónico! Y que real.

Se dirigió al coche con la extraña sensación de dejar, una vez más, una parte de él en aquel lugar, porque a veces soñaba con aquellas noches, con el olor de las sábanas recién planchadas, el suave aroma de su bonita pelirroja o la piel sedosa de Antón bajo sus dedos. «Sí, otra vez estoy aquí y no quiero alejarme de ti. No quiero ver tu casa desde lejos y no ser capaz de abrazarte y decirte que sigo queriéndote con toda mi alma por encima de este dolor», dijo para sí.

A veces, mientras el sueño le llegaba, volvía a evocar los días que siguieron a su primera noche en la casa de Madame Bishop, la llegada de la terrible Micaela, un capítulo aparte, y todo lo que aquella dama adulta francesa tenía guardado para ellos. Y qué hermoso se veía todo en su mente, qué brillantes imaginaba los rosales en flor y la frondosa vegetación del jardín de atrás; qué fuerte crecía la graciosa buganvilla y cómo trepaban las enredaderas hasta los balcones.

No. Tenía que irse de allí. Necesitaba volver a casa, desintoxicarse de todos aquellos recuerdos y abrazar a su mujer y a sus dos hijos pequeños. Subió al coche y avanzó por el camino de acceso a la carretera central mientras la inmensidad de la casa menguaba paulatinamente hasta transformarse en un pequeño punto en el horizonte. Cuando dejó de verla frenó bruscamente, se derrumbó sobre el volante y comenzó a llorar lo que no había llorado en cuarenta años.

«Volvería atrás, volvería a hacer todas y cada una de las cosas que hice por ti. Solo por ti. Pero no me pidas que vuelva a tu lado, porque no lo voy a hacer.»

10

Cuando regresó del aseo, Antón había desaparecido, pero al instante apareció con un platito de porcelana con algo de repostería. No es que fuera una hora muy lógica para ese tipo de alimento, pero tampoco lo era para cenar otra vez y acabar los dos en urgencias con un empacho. La historia que le había relatado hacía tan solo unos segundos sobre la mansión de aquella tal Bishop, había dejado a Candela desconcertada y a la vez muy sorprendida. En la vida hubiese imaginado que Antón Andrade se hubiera prestado a aquellos juegos amorios tan arriesgados. Era cierto que, tras su «medio jubilación», lo había conocido un poco más y había descubierto en él un aire más afable, más abierto. A veces había escuchado alguna de las conversaciones que tenía con sus amigos y había podido intuir que no había sido un santo, pero no esperaba algo así. O quizá sí...

—¿Sabe una cosa, señor Andrade? —se apresuró a decir. Deseaba seguir escuchando aquella historia—. Yo soy una persona observadora y discreta, pero siempre he tenido curiosidad por ciertos detalles de su vida que veo a menudo. A veces me resulta muy difícil no escuchar sus conversaciones.

Antón soltó una carcajada y atizó el fuego de la chimenea.

—Ay, Candela...

—¡Oh, por Dios! Yo no le espío, no piense eso por favor, pero ustedes dejan las puertas abiertas y cuando hablan se oye todo, usted lo sabe.

Él asintió sin mirarla.

—Lo que le quiero decir es que, por ejemplo, hoy, su amigo, el señor Argas, le habló de un joven y le dijo que necesitaba su ayuda. Si lo desea no me responda, lo comprendería, no es asunto mío, pero... ¿Su ayuda para qué?

Antón se volvió y observó a Candela sentada en un extremo del sofá con aquella horrible bata y unas zapatillas a juego que no dejaba de mover con

aquel tembleque de pierna que siempre tenía cuando se quedaba quieta en un sitio durante mucho tiempo. Su pelo parecía más blanco de lo que realmente era y sus regordetas mejillas brillaban bajo la luz que proyectaba la lámpara y el reflejo de las llamas en la chimenea.

—Verás, Candela, igual sin saber toda la historia te sorprenderá un poco lo que voy a decirte, pero después lo comprenderás mejor. De todas formas, respondiéndote a tu pregunta te seré muy franco: Darío Cross es hijo de unos buenos amigos de Argas. Es un muchacho que, aun teniendo una vida estudiantil intachable y una familia estructurada, es un desastre para las relaciones personales y afectivas. Nosotros tenemos negocios, los padres de Darío también, y llegará un momento en que ese muchacho tendrá que tomar las riendas de todo ese imperio y con su capacidad, sin lugar a dudas, lo llevará a lo más alto. Eso, si su vida afectiva no destruye todo lo demás... Y ahí entramos nosotros.

—¿Ustedes? —preguntó Candela sin comprender del todo qué quería decir.

—Sí. Nosotros. «Separa tus vicios de tus negocios y tu familia. Haz lo que desees rodeándote de los que son y piensan como tú, pero luego sal a la calle y sé uno más, no des pie a que te juzguen, no des opciones a que duden de tu moralidad porque si algo no gusta o está fuera de las normas que la sociedad tiene, te condenan, hablan, sentencian y no hay marcha atrás» —manifestó—. Es... una forma de resumir lo que pretendemos.

Al observar la duda en su rostro se sentó en la butaca más próxima a ella y dejó escapar un suave resoplido.

—Te pondré un ejemplo con el chico que has visto venir por aquí, el hijo de Jonás Romano, Dominic. Ese muchacho va a montar su bufete cuando acabe la carrera, que por cierto está sacándose con matrículas de honor. Otra joya intelectual, pero con una brecha muy profunda. Dominic es muy impulsivo y muy parecido a su padre; tiene temperamento pero lo esconde tras una frialdad que usa como escudo; las relaciones sentimentales para él son como un juego: «Te uso, me sacio y te aparto de mi vida». Es muy dominante para todo y no es capaz de mantener una relación estable, primero porque no lo desea y segundo porque usa los momentos íntimos para, digamos, jugar sin ciertos límites. Darío es ambiguo, y tiene cierta inclinación por los chicos, aunque su última relación fue con una mujer y, como Dominic, no controla sus impulsos, algo que puede traerle problemas si un

día conoce a una joven como cualquier muchacho de hoy en día por la calle y decide seducirla.

—Comprendo. El chico juega de un modo que puede llegar a asustar a una mujer —afirmó con rotundidad Candela.

Antón la miró.

—Son muy jóvenes —continuó—. Es importante que alguien les enseñe que los impulsos deben de ser dirigidos correctamente para no malinterpretar esos encuentros sexuales o esas inclinaciones hacia ciertos actos.

Candela alargó la mano, tomó su taza y bebió un sorbo.

—Sin duda los genes sí son determinantes —dijo con una leve sonrisa.

—Puede ser. A veces me sorprendo de lo mucho que se parecen a nosotros, tanto sus hijos como los jóvenes como Darío. ¿Coincidencia? ¿Causalidad? ¿Casualidad? No lo sé. Cuando te siga explicando todo lo que aconteció después de nuestra primera visita a Madame Bishop comprenderás por qué construí esta casa. Contener un instinto no es exterminarlo y tú tienes un claro ejemplo en la historia que vivió tu hermano, sin ir más lejos. Nosotros no tuvimos esa suerte... —Hizo una pausa y fijó su atención en el pequeño plato de porcelana fina—. ¿Lista? Aún queda un poco.

—Sin duda, señor Andrade —respondió ella acomodándose.

—Nuestra primera visita a la mansión Bishop fue algo revelador que nos cambió a todos en mayor o menor medida. Sentíamos una inexplicable felicidad, fruto sin duda de aquella maravillosa experiencia: nuestras primeras relaciones sexuales. Ninguno sintió ningún tipo de remordimiento al respecto y con ello me refiero sobre todo a mí y a Roberto, pues éramos los que estábamos unidos a Eleonor y Alba. Pero era normal en aquellos tiempos: un muchacho de esa edad no podía llegar a una relación sentimental sin ningún tipo de experiencia sexual previa, no podía ser un novato por llamarlo de alguna manera por lo que eso, unido al trato que recibimos en la casa, nos hacía desear volver una y otra vez cada noche.

Los días de verano de aquel mes en San Torbe se preveían muy tranquilos. Stefan sabía que nos íbamos al pueblo por las tardes a pasear... y, para nuestra sorpresa, no nos preguntaba absolutamente nada sobre nuestras salidas. Volvíamos a la hora de cenar y, cuando todos dormían, nos escapábamos a la mansión. La cancela nunca estaba cerrada con llave, algo atípico, pero lo achacábamos a la personalidad de Stefan y al hecho de que éramos pocos alumnos por aquellas fechas. El maestro siempre nos sonreía

cuando nos veía llegar por la tarde, levantaba la mano en un gesto afable y siempre decía lo mismo: «¿Todo bien mis chicos?», y seguía a lo suyo.

Siempre llegábamos una hora antes del «toque de la mañana», que era como llamábamos al timbre que usaban para despertarnos y, dado que dormíamos como leones en la mansión, nunca nadie detectó nada fuera de lo normal, nada que pudiera descubrir nuestras secretas huídas y, menos aún, dónde acabábamos.

Por su parte, Madame Bishop adoraba que fuéramos a verla. Nuestra presencia dotaba a la casa de un ambiente alegre y juvenil; Richard y Argas, sin ir más lejos, solían jugar a las cartas con tres o cuatro clientes habituales. Era tal la alegría de Madame Bishop que llegó un momento en que dejó de cobrarnos por ir a ver a las chicas y hasta nos ofreció un pequeño sueldo por acudir a la casa consciente de la importancia de nuestra presencia y la fuerte mejora que nuestra asistencia generaba en su economía, aunque Madame Bishop tenía otros planes para nosotros que más adelante te comentaré. Alexander también jugó un papel muy importante en la casa, pues provocó con sus ideas que Madame Bishop contratara los servicios de tres o cuatro muchachos jóvenes para aquel particular harén; él siempre decía que el país estaba muy reprimido y que no solo las mujeres eran el objeto de deseo de su tipo de clientes y qué razón tenía... Aquellos jovencitos con pinta de querubines eran un reclamo brutal en el hotel, la gente venía de todos los puntos del país, se ocultaban unos días en la mansión dando rienda suelta a sus fantasías más ocultas y luego regresaban a su hogar con sus familias para volver en cuanto tenían una oportunidad.

—¡Ah, mis angelitos maravillosos! —exclamaba Madame Bishop cuando nos veía llegar—. Mis preciosos, preciosos angelitos.

Ella siempre sonreía con sus regordetas mejillas empolvadas, siempre nos abrazaba cuando entrábamos en la casa, nos apretujaba entre sus dos enormes pechos y nos besaba una y otra vez hasta que nos faltaba el aire. Es muy duro decir esto, pero para nosotros aquella mujer fue lo más parecido a una madre.

—¿Y las muchachas? —preguntó repentinamente Candela—. ¿Su esposa, Alba y Micaela?

—Buena pregunta, Candela, casi me olvido de ellas —respondió riendo—. Eleonor y Alba se fueron la primera semana de junio con dos familias que

querían conocerlas, como si fuera una acogida provisional, una prueba para saber si las muchachas estaban preparadas para ocuparse de una casa y de dos matrimonios que ya tenían su edad. Así que la única que se quedó en el orfanato, dado su temperamento, fue Micaela. Eso sí, te diré que en breve Micaela cobrará una importancia abismal en esta historia.

—¡Oh, por Dios! ¿No me diga que la llevaron a esa casa?

Antón se rio. Hizo un gesto con la mano implorándole paciencia y continuó:

—Varios golpecitos en la puerta de mi habitación me despertaron una de aquellas noches. Yo estaba acompañado de una de las muchachas con las que solía «jugar» y supuse que era Alexander, aunque por otro lado me extrañó, pues él tenía la libertad de entrar cuando lo deseara y así lo hacía a menudo. Abrí la puerta y me encontré con Madame Bishop. No recuerdo la hora exacta, pero era de madrugada, la casa estaba en total silencio y allí estaba ella, plantada en el pasillo en mitad de la oscuridad, con la única luz de un candelabro que llevaba en una mano y encajada en un camisón largo lleno de volantes. Me hizo un gesto para que guardara silencio y me pidió que la acompañara. Yo estaba medio dormido y por suerte me había puesto los pantalones, así que la seguí por el pasadizo hasta una puerta que llevaba a una serie de aposentos en el sótano y, de ahí, a una habitación que me dejó totalmente conmocionado y acabó de despertarme.

El lugar era un habitáculo sin ningún tipo de lujo y con las paredes originales de piedra. Estaba iluminado por una serie de antorchas al más puro estilo medieval y repleto de máquinas rudimentarias situadas cada una a más o menos un metro de la siguiente. Había una jaula de barrotes gruesos, una especie de potro tapizado en cuero con cuatro patas de madera maciza, poleas, mesas, una inmensa cruz anclada a una de las paredes por unas enormes argollas metálicas que deslizaban a su vez unos cables que se perdían por el techo y que hacían de soporte a otra máquina igual de espeluznante para mí en aquel momento. No lograba comprender qué eran todos aquellos aparatos tan extraños. Recuerdo una silla con anclajes en las patas y en los reposabrazos que me dejó estupefacto, una especie de círculo de cuero con tres agarraderas, un amarre metálico a la pared con una especie de correa extensible. ¡No daba crédito! ¿Qué era todo aquello? Y, sobre todo, ¿qué hacía yo allí en mitad de la noche con Madame Bishop observándome atentamente? Creo que se me contrajo el estómago del susto y recuerdo que

pensé: «Ya lo sé. Esta mujer se ha vuelto loca y yo soy su primer sacrificio». Te puedo asegurar que mi segundo pensamiento fue salir corriendo de aquel sótano hasta llegar a San Torbe.

Antón soltó una profunda carcajada cuando vio la cara descompuesta de Candela y continuó:

La miré convencido de que estaba loca y ella sonrió como una abuelita enternecedora. Estaba a punto de largarme de allí cuando el resto llegó en manada; ellos también habían sido despertados por varias «empleadas» y conducidos al sótano. Te podrás imaginar sus caras. Pues igual a la mía. Creo que Madame Bishop no habló en ese momento porque estaba disfrutando de nuestro repentino ataque de pánico. Aguardó pacientemente a que sus empleadas se retiraran y entonces se echó a reír.

—¡Ah mis angelitos! No os asustéis. He creído conveniente esperar a esta hora de la madrugada para que ningún cliente curioso nos interrumpa —nos dijo—. Como sabréis, os habéis convertido en mis pequeños talismanes, todos mis clientes vienen y van, pero vosotros siempre estáis aquí y creí conveniente enseñaros mi última adquisición. Compartirla con vosotros antes de la gran fiesta.

¿Gran fiesta? ¡Si aquello parecía la mazmorra de la Santa Inquisición! Nos miramos unos a otros sin decir una sola palabra. Jonás y Argas toqueteaban todos los objetos seguidos de Richard y Roberto; Alexander, Llosa y Jeremías parecían estatuas de sal, y Leonardo se aferraba al pomo de la puerta como si en cualquier momento fuera a salir despavorido de allí.

—¡Esto es acojonante! —fueron las primeras palabras de Richard—. ¿Estos aparatos son para follar?

—Hijo de mi vida. Qué boquita tienes —gruñó con cariño Madame Bishop—. Algo así, aunque por vuestras caritas de susto, creo que nunca habéis oído hablar de Donatien Alphonse.

—El Marqués de Sade —respondió Alexander. Todos le miramos y él se encogió de hombros con una sonrisita pícara—. Sí, señora. Yo he leído algo de él.

—¡Exacto *mon chéri*! Un escritor maldito en mi país durante muchos años, pero con una gran cantidad de devotos. Sus libros fueron censurados por considerarse una aberración producto de su mente enferma, pero lo cierto es que a lo largo de los años las prácticas sexuales más... digamos «especiales» se deben a él y a sus obras.

—¿Esto para qué sirve? —preguntó Jonás cogiendo una especie de plataforma rectangular con tres agujeros.

—Eso es un cepo, querido mío. En el agujero del medio metes la cabeza y en los otros dos las manos. Es un instrumento de castigo, como todos los demás. Y eso que está tocando Roberto es un potro de tortura.

Aquella noche, Madame Bishop nos explicó con calma y bajo la luz de las antorchas la función de todas y cada una de aquellas máquinas. Nos confesó que una vez al año se celebraba una fiesta en honor al Marqués y que cada vez se hacía en un lugar diferente, de forma clandestina. Ese año le tocaba a ella, y los invitados llegarían de todos los lugares del mundo; hombres y mujeres muy importantes que disfrutaban con ese tipo de prácticas y que estaban dispuestos a pagar una suma de dinero indecente con tal de saciar su apetito... Lo cierto es que su confesión era por una sencilla razón: ella poseía muchas mujeres en sus filas para complacer las parafilias de los hombres que venían, pero ningún muchacho. Nos dijo que cada vez era más habitual que las mujeres más liberadas se unieran a esas fiestas; damas que buscaban ser sometidas o incluso someter, aunque ese no era el caso. Te podrás imaginar nuestras caras: era imposible estar más anonadados ante sus palabras y, sobre todo, ante la cantidad de dinero que estaba dispuesta a pagarnos si accedíamos. Por supuesto, con una formación previa.

Aquello nos venía grande, pero no éramos conscientes de ello. La fecha de la celebración era el cinco de agosto y para entonces Goretta ya habría regresado a San Torbe y escaparnos sería imposible. Al día siguiente nos pasamos la hora de la comida discutiendo sobre el tema y buscando la forma de, al menos, coquetear con todo aquel asunto. La curiosidad nos mataba, pero nuestras posibilidades eran mínimas. Tengo que decirte que los viernes y los sábados por la noche seguíamos bajando a ver a Micaela y ella estaba al tanto de todas nuestras aventuras y sabía que después de verla nos íbamos a la mansión, pero cuando le contamos lo de aquella sala de torturas casi le dio un ataque de nervios. Nos suplicó y luego nos amenazó con contarle todo si no la llevábamos. Otro problema añadido a la situación: sacar a Micaela del convento y llevarla con nosotros.

—Tenemos que decirle a Bishop que estudiamos en San Torbe —murmuró Roberto aquella tarde—. Y que es imposible. No podemos negarnos así sin más después de todo lo que ha hecho por nosotros sin darle una explicación.

—Es mucho dinero, podríamos irnos de aquí con todo ese dinero —repetía Leonardo una y otra vez.

—Nos cerrará la puerta en las narices —dije yo.

—Mejor eso que mentirle y no ir. No lo entendería —contestó Argas.

Lo cierto es que nunca nos había preguntado dónde estudiábamos, cuántos años teníamos o algo personal, pero era lógico; esas preguntas nunca se hacían en la mansión de Bishop, aunque estábamos convencidos de que cuando le confesáramos la verdad, acabaría nuestra aventura en aquel palacio del placer para siempre. Y lo hicimos. Fuimos una tarde a finales de junio mientras ella arreglaba los rosales bajo un sol abrasador y brillante.

Antón se quedó en silencio. Cogió el puro que dormía sobre el cenicero y lo encendió lentamente dando suaves caladas.

—Santo cielo ¿Y qué pasó? ¿Qué dijo? —preguntó nerviosa Candela.

Él la miró y sonrió.

—Pues que ya lo sabía.

—Madame Bishop era una mujer excepcional y yo me sentía subyugado ante aquella presencia tranquila y pausada que escuchaba atentamente nuestras explicaciones sin interrumpir. Cuando acabamos, se quedó allí de pie con una cesta de mimbre en la mano, sopesando todo lo que acabábamos de decirle. Al menos eso creíamos hasta que habló.

—Angelitos. Desde el día en que entrasteis por esa puerta ya sabía de dónde veníais. No hay nada que Madame Bishop no sepa. —Avanzó por el caminito de piedras y acarició uno de los rosales que crecía cerca de la verja. Nosotros estábamos avergonzados y la seguimos—. Llevo trabajando desde los doce años y mi vida no ha sido fácil. No tengo esto porque me lo hayan regalado, es lo que os quiero decir. Lo tengo porque no he hecho nada más que trabajar y me he saltado las normas de esta sociedad y lo más importante, me he encarado con ella. Por supuesto que reconozco que no es un negocio que a todo el mundo le agrade, soy muy consciente de ello, pero hago feliz a la gente y me pagan por ello. ¿No es eso algo bonito? Para mí es suficiente. Os diré algo que puede que os sirva para el resto de vuestra vida: la información da poder y en mi caso es imprescindible para que te dejen vivir en paz. Saber todo es una obligación y vosotros... no eráis un caso diferente a cualquiera de mis clientes.

—No lo comprendo, señora —dijo Alexander—. ¿Por qué no nos dijo nada entonces?

—Sabía que tarde o temprano vosotros mismos me lo diríais. Por el amor de Dios, muchachos, estamos en una provincia diminuta. Torbe es una pequeña ciudad, mis tentáculos llegan hasta la capital y atraviesan el país entero hasta Francia. ¿Cómo no iba a saber quiénes erais? Es ridículo.

Tenía su sentido, aunque nosotros no nos habíamos dado cuenta.

—¿Y no le importa? —preguntó Richard.

Ella lo miró con una sonrisa sincera.

—Me importa mi negocio y todo aquello que lo haga crecer y lo ensalce, angelito. Vuestra presencia lo dota de frescura, de juventud y de alegría. Los juegos de cartas, las negociaciones en la sala de fumadores y todo lo que sucede en la planta del hotel es lo que me importa. Y con respecto a ese Gorette, que no tengo el gusto de conocer, no debéis preocuparos. Yo misma me ocuparé de él, en el caso de que sigáis deseando conocer la parte oscura y apasionante de este negocio que tantas alegrías me ha dado. No puedo decir lo mismo de la niña del convento, esa tal Micaela. No tengo buena mano con las religiosas, pero si lográis sacarla de allí, será bien recibida. Me gustan las jovencitas con temperamento y me gustaría conocerla.

Antón levantó las manos con las palmas hacia abajo y se golpeó las rodillas con efusividad.

—Y eso dijo. Así, de sopetón. Subió los dos tramos de escaleras que daban a la casa y sonrió como siempre hacía, como una abuelita.

—Me deja usted totalmente alucinada con su vida, señor Andrade. No tengo la dicha de conocer las prácticas que conllevan esos aparatos del sótano de la señora Bishop, pero conozco al Marqués de Sade y algo de su obra, así que imagino por dónde van los tiros —dijo con cierto aire insolente—. Pero hay algo que me sigue desconcertando. ¿Quién les dio ese dinero de los sobres? ¿La viuda?

—Espera. Vayamos por partes. Si me salto ahora ciertos acontecimientos puede que no sea fiel a lo que sucedió. Mi memoria a veces falla.

Después de aquello, regresamos a San Torbe y Madame Bishop nos recomendó que el mes de julio evitáramos cualquier escapada hasta que ella se pusiera en contacto con nosotros. No teníamos ni idea de lo que aquella mujer tenía en mente, pero lo que teníamos claro era que no nos darían unos días de libertad para irnos con ella, si es que aquel era su plan. Así que

hicimos lo que nos pidió y dejamos nuestras aventuras nocturnas.

Todo iba bien, pero con la llegada de julio regresó nuestro peor tormento: el director Goretti que, por cierto, venía acompañado por un médico de origen alemán llamado Becker. El hombre que, sin duda alguna, nos destrozó la vida...

El maestro Stefan tuvo que irse el mismo día en que llegó Goretti. Su madre había enfermado hacía pocos días y, aunque había dos profesores más en el orfanato, no quiso partir hasta la llegada del director. Ni siquiera pudo despedirse de nosotros.

Nada más llegar, Goretti nos reunió a todos en el aula de matemáticas y nos presentó a aquel hombre grotesco, de pelo blanco engominado, ojos grises y mirada feroz e inquisitiva. Era un individuo que daba miedo, tenía un acento duro, un rostro anguloso y una altura descomunal; nos informó de que pasaría allí el verano, con la intención de «curar» a algún muchacho si se ponía enfermo y a ayudar a su amigo Goretti en caso de que lo necesitara. Estaba de vacaciones en Galicia y no regresaría a su país de origen hasta que todo el profesorado volviera de sus vacaciones. Nosotros no le dimos excesiva importancia a su presencia y nuestro mayor error fue seguir en aquel estado de ensoñación y relajación. No veíamos el peligro, o al menos no éramos conscientes de él. Aquella misma noche bajamos todos a nuestra quimera, y le contamos con todo lujo de detalles a Micaela todo lo que Madame Bishop nos había dicho. Aún nos quedaba una noche de libertad, dado que Goretti y ese hombre no se instalarían hasta el día siguiente en el colegio, por lo que era el momento de llevarla con nosotros. Ella no dejaba de bailar en círculos mientras repetía una y otra vez que no tendría ningún problema, que las monjas dormían como lirones a partir de las nueve de la noche y que conocía perfectamente el convento para escaparse por una puerta de atrás y regresar antes de que pudieran darse cuenta de su ausencia. Alba y Eleonor no regresarían hasta pasado un mes y medio y la soledad la estaba matando.

Creímos tenerlo todo controlado hasta que nos topamos de frente con Becker una de tantas noches en las que Alexander y yo leíamos en su cuarto. Ahí empezó nuestro particular infierno: aislados y sin Stefan Levi en el colegio, no teníamos ni idea de lo que se nos venía encima...

Se levantó del sillón y apagó el puro en el cenicero. En esos instantes, mientras observaba el rostro de Candela concentrado en él, sintió que el

corazón se le rompía en pedazos. Una sucesión de imágenes desagradables le pasaron por la cabeza y se volvió hacia la ventana, consciente de lo difícil que era para él contar en voz alta lo que había pasado aquellas semanas en San Torbe.

—Señor Andrade —dijo Candela—. Quizá prefiera seguir con la historia mañana. Ya es muy tarde y le veo agotado.

—Es difícil, Candela. Muy difícil. Estoy a punto de sacar por primera vez de mi interior todos esos recuerdos y me aterra el mero hecho de pensarlo. Pasamos de la alegría más absoluta, al dolor y la desesperación en tan solo unos días, y fue realmente duro para nosotros. Sobre todo para mí y Alexander.

Candela comenzó a recoger las tazas de porcelana y las jarras y platitos que había desperdigados por la mesa.

—Entonces descanse, señor Andrade, y mañana me sigue contando su historia. Es realmente asombrosa.

Él la miró y asintió. Se dirigió hacia la puerta, pero la voz de Candela le hizo frenar en seco.

—Señor Andrade. Me gustaría hacerle una pregunta. No tiene nada que ver con la parte triste...

—Claro, Candela. Pregunta lo que desees.

—¿Qué fue de Micaela? Digo en la actualidad.

Antón se giró apoyado con la mano en el marco de la puerta y se quedó observándola unos segundos con un gesto afable.

—Bueno... No quiero adelantarte mucho. Solo te diré que cumplió su promesa.

Candela arrugó la frente.

—¿Cumplió su promesa? ¿Quiere decir que tuvo un palacio y que se casó con un hombre como Stefan y le hace fregar el suelo de rodillas?

Ambos rompieron a reír.

—Oh, por Dios, Candela, eso ha estado muy bien, créeme. Pero que muy bien. Creo que hoy voy a dormir mucho mejor pensando en esta última frase que te ha salido del alma, amiga mía.

Candela asintió con un gesto altivo. Tomó la bandeja de la mesa y avanzó hacia él.

—No me ha contestado, señor Andrade. ¿Fue eso?

—No, querida —respondió dirigiéndose a las escaleras—. Ella cumplió su

promesa. Es una mujer importante e independiente y sí, tiene esclavos.

Candela quedó petrificada a los pies del primer escalón mientras Antón subía y se giraba para guiñarle un ojo.

—¡No! —exclamó ella.

—Oh sí... —murmuró él sin dejar de reír mientras desaparecía tras la puerta de su dormitorio.

11

A las ocho de la mañana ya estaba sentada delante de su mesa y hojeaba atentamente los informes de los nuevos alumnos. Estaba agotada, aunque no era de extrañar; apenas había logrado pegar ojo aquella noche y la maldita ópera en Garnier no le había gustado lo más mínimo, por no mencionar la cena con aquellos aburridos individuos que apenas conocía. Ese tipo de invitaciones que debía atender pero que detestaba profundamente.

Rita entró como una exhalación, dando largas zancadas con unos altísimos tacones de aguja que se clavaban en la alfombra. Dejó una taza de café recién hecho sobre la mesa y se dejó caer en la silla confidente frente a ella.

—Buenos días, Micaela. Tienes un aspecto... ¿Horrible?

—¿Alguna vez te han sumergido en el Sena durante veinte minutos seguidos? —preguntó Micaela con aire insolente—. Porque te aseguro que yo sentiría un placer inmenso en estos momentos, querida Rita.

Rita sonrió con malicia, estiró el brazo revolviendo unas carpetas de la mesa y apartó tres hacia un lado.

—Llevas veinte años queriéndome ahogar en el Sena, querida. Ya no me impresionan tus amenazas, guárdatelas para el «bellezón» que está a punto de entrar. No debe de tener ni treinta años y solo le falta mover la colita cada vez que oye tu nombre en el pasillo.

¡Ah, le iba a estallar la cabeza! No tendría que haber bebido aquel vino espumoso, pero era eso o morir de aburrimiento.

—Esa maldita reunión de anoche, la fiesta y la odiosa ópera —masculló Micaela con los dedos apoyados en las sienes—. Te hice mi socia para ahorrarme ese tipo de acontecimientos. Es a ti a quien le gustan esos actos.

—Y yo soy también tu amiga y creí adecuado que salieras a que te diera el aire —alegó Rita. Se apartó el cabello rubio de la cara y pestañeó varias

veces con sorna—. Además, yo tenía planes.

—Las mujeres de tu edad ya no tienen planes —gruñó Micaela.

Rita soltó una profunda carcajada y se inclinó hacia delante como si fuera a saltar sobre su amiga en cualquier momento.

—Se te ven los pechos, Rita. Perdón, tus nuevos pechos —bromeó Micaela—. ¡Ah, está bien! Haz pasar a ese chico a ver qué tenemos esta mañana. ¿Han llegado Lina y Ángela?

—Sí, señora. A las siete y media. Están en el piso de abajo.

Rita se irguió, se ajustó la falda de tubo con elegancia y se abrochó el botón superior de la camisa.

—¿Qué carpeta es? —preguntó Micaela apartando el correo.

—La dos. Se llama Abel, no recuerdo su apellido. —Abrió la puerta y se giró con malicia—. Tienes quince minutos, le haré esperar un poquito más. Es encantador cuando se pone nervioso.

—Pérfida.

—Yo también te quiero, Micaela.

Cuando Rita cerró la puerta giró un poco la silla y observó la finca a través de la ventana. París se veía maravilloso desde aquella pequeña colina; era como observar la ciudad desde una torre fortificada. Los rayos de sol se filtraban por la ventana, pero no con una intensidad que molestara o aturdiera; más bien la amodorraban. Se situó frente al escritorio y ojeó el correo que tenía en un pequeño montón. Apartó varias cartas de publicidad; no había nada interesante o urgente a primera vista: dos o tres invitaciones a eventos, cartas del banco y de sus abogados... y un sobre rectangular con un papel grumoso y amarillento que le llamó la atención.

—¿Qué coño...?

El corazón se le aceleró nada más abrir el sobre. Reconocería su letra aunque tuviera que leer la carta a través de un muro de contención. Era de Antón.

Se puso rígida y un dolor lacerante le atravesó las sienas de derecha a izquierda. Se llevó de nuevo las manos a la cabeza y se reclinó sobre el respaldo de cuero mientras clavaba la vista en el papel.

—Siempre tuyo... —releyó en alto—. Antón Andrade...

Durante unos instantes, Micaela quedó paralizada, con la vista perdida en un punto indeterminado de la mesa. Ni siquiera oyó el golpeteo discreto en la puerta, ni los pasos decididos que se aproximaban a ella. Su cabeza era un

continuo devenir de imágenes, rostros juveniles, instantes breves con mucho significado. Cuando alzó la cabeza y lo vio delante de su mesa, clavó la vista en el hombre y solo dijo un nombre:

—Jonás.

—Oh, no Madame Bernal. Mi nombre es Abel. Abel Dumont.

Volvió en sí en milésimas de segundos. Se disculpó con el joven y le invitó a sentarse mientras intentaba arreglarse la camisa de seda y se ajustaba discretamente el cinturón de su pantalón de sastre. Estaba totalmente abrumada.

—Disculpe, señor Dumont —dijo—. Tiene un gran parecido con alguien que... conocía. Tome asiento, por favor. ¿Quiere tomar algo?

El hombre se negó con amabilidad. Era realmente increíble el parecido que tenía con Jonás Romano. El pelo negro azabache, las mejillas elevadas, sus ojos oscuros casi negros, los labios gruesos, la mandíbula ancha. ¡Todo!

—Bien, déjeme unos segundos para leer su dossier.

Tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse. Era como si todas las imágenes olvidadas hubieran tomado sentido por primera vez en su vida, y eso dolía. Alzó la vista nuevamente y se quedó observando a aquella replica de Jonás mientras él parecía entretenido mirando la librería de su derecha. Su nariz respingona y la curvatura de sus hombros eran parte de una fisonomía casi perfecta, aunque tenía que reconocer que ese chico irradiaba dulzura y amabilidad.

—Bien. Señor Dumont...

—Por favor, llámeme Abel.

Ella asintió.

—Bien. Abel. Me gustaría saber qué te ha traído a la mansión Bernal y si tienes claras las normas de la casa y a qué te comprometes firmando el contrato que hemos preparado para ti, que supongo que ya habrás leído. Si tienes alguna duda, es el momento de aclararla.

El hombre apartó la vista de la librería lentamente y sonrió con timidez. Llevaba un traje gris perla sin corbata y la camisa ligeramente abierta.

—Lo he leído, Madame, varias veces si le soy sincero. Sus abogados ya me han respondido a todas mis dudas y creo que no tengo nada que añadir o discutir. Me expongo a esta experiencia por propia voluntad y gusto. —Se encogió de hombros con una suave sonrisa en los labios y suspiró ruborizado—. Llevo una vida bastante frenética laboralmente hablando, y creo que

necesito que tiren del carro un tiempo por mí, no sé si me entiende, Madame... No quiero pensar.

—Comprendo. En tu dossier, dices que te es indiferente si se ocupa de tu adiestramiento un hombre o una mujer, pero que prefieres una mujer si tienes que elegir —añadió Micaela—. Si hay algún error, por favor, interrúmpeme. Indicas que eres heterosexual, tienes treinta y cinco años, eres profesor universitario, titulado en ingeniería, soltero y sin ningún compromiso. ¿Es así?

—Es así, Madame.

—¿Eres consciente de que estarás incomunicado aquí durante un mes?

—Sí.

Micaela pasó una página y continuó:

—No indicas ningún tipo de límite en tu ficha y no tomas ningún medicamento que se te deba administrar... Te informo que pasarás un examen médico y que con la firma del contrato nos autorizas a investigar todo lo que pone en tu dossier. Es una medida de precaución. No nos gustaría tener ninguna mala experiencia con algún periodista curioso.

—Lo comprendo, Madame. Lo veo lógico —respondió mirándola fijamente.

Micaela lo observó con detenimiento y ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿Sucede algo?—le preguntó ella. Su mirada era realmente dura. La imagen de Jonás se fundió con la de aquel hombre y volvió a verlo con veinte años sentado frente a ella.

—¿Por qué lo pregunta, Madame?

—Tengo cincuenta y nueve años, Abel, y creo que todavía puedo detectar ciertos aspectos de la personalidad de un cliente observándolo unos minutos. Por eso tengo este negocio y por eso me va tan bien.

Abel resopló y se humedeció los labios con un gesto que a Micaela le pareció infantil y delicioso.

—Perdone si cree que he subestimado su inteligencia. No voy a negar que tengo mi temperamento y que no soy un esclavo al uso, si quiere llamarlo así. No soy fácil, pero creo que eso no será un problema. Deseo quedarme aquí, que me acepte. Necesito pasar este mes.

Micaela se levantó y caminó por el despacho mientras intentaba pensar con claridad.

—¿Quieres una copa? —le preguntó—. Será la última que tomes en

mucho tiempo.

—No bebo, Madame. Pero muchas gracias.

De repente, Micaela se giró, se apartó la espesa cabellera pelirroja y se sentó en el borde de la mesa. Tenía al chico a dos palmos de ella. Abel elevó la vista y clavó sus profundos ojos negros en sus piernas y luego en su rostro.

—¿Me permite decirle algo, Madame?

Micaela sonrió. Tomó una pitillera de plata, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Supongo que tampoco fumas —comentó. Él asintió—. Dime.

—Me habían hablado de su belleza y de lo bien que llevaba sus años, pero no me esperaba una mujer sin una arruga y menos con ese cuerpo.

Micaela evocó a su cirujano, la bicicleta estática y las ensaladas tediosas y soltó una risa discreta.

—Que ricura —dijo. Al momento se puso seria y, mientras volvía a su silla, le espetó—: Podría ser tu madre.

Silencio. Micaela examinó atentamente al chico. Tuvo la sensación de que llevaba horas encerrada en aquel despacho y, al ver la carta sobre la mesa, experimentó una mezcla de tristeza y melancolía. Cerró el dossier y volvió a su realidad.

—Bien, creo que no hay nada más que decir. Estás dentro. Mañana empezará tu adiestramiento y tus objetos personales serán requisados hasta que termines la instrucción en la mansión. Mi socia te acompañará a la firma del contrato y luego podrás irte a descansar. Entrás a las ocho de la mañana. Ni un minuto más, ni un minuto menos.

Abel palmoteó sus rodillas y le dio las gracias con elegancia.

—Una cosa más antes de que te vayas... Abel...

Él estaba a punto de levantarse. Se puso recto y arqueó las cejas.

—Se te olvidó poner una cosa importante en tu informe.

—¿Qué quiere decir, Madame?

Micaela sonrió. Se inclinó hacia adelante y entrelazó los dedos de las manos mientras entrecerraba los ojos.

—Se te olvidó poner que eres dominante y que tu adiestramiento en Bernal es algo necesario para perfeccionar tus dotes. «Un buen dominante primero debe ser el mejor sumiso». Un buen lema, ¿verdad? Pero muy real.

—Madame...

—No me interrumpas, querido —intervino—. No es necesario. Tienes

unas manos preciosas, muy varoniles y cuidadas, pero no veo que estés sudando por los nervios, algo poco habitual, te lo aseguro, por no mencionar el hecho de que no has bajado la mirada en ningún momento, ni te has movido, un signo de que sabes controlarte y de que no sientes ningún tipo de vergüenza o complejo. Seguridad... Poco habitual en esta casa, cuando se trata de hablar de sometimiento o entrega a un nivel tan personal...

—Madame. Me fascina... Tengo que reconocer que deseaba saber hasta qué punto era buena.

La voz de Abel intensificó de pronto su recuerdo de Jonás.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

—Ya...

—Si tiene claro todo eso, ¿por qué me acepta? —preguntó él con un gesto de malicia en el rostro.

Ella lo miró con franqueza.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —inquirió levantándose—. ¿No deseas abandonarte? Eso es lo que aquí hacemos. Es más, yo misma me ocuparé de tu entrenamiento dado que creo que tu finalidad es ser el mejor y eso te honra. Eso me gusta.

El rostro de Abel se iluminó súbitamente.

—No esperaba menos, Madame —dijo, se puso en pie y se aproximó a ella—. Todo un reto para mí.

Ambos se miraron unos instantes y Micaela sonrió.

—Bienvenido a la mansión Bernal, Abel. Mi socia te acompañará. Un placer conocerte y hasta mañana.

Abel se inclinó ligeramente e hizo una elegante reverencia.

—El gusto es mío, Madame. Hasta mañana.

Y dicho esto, besó el dorso de su mano y salió del despacho con paso firme y decidido.

«Eres todo un reto para mí...»

Salió del despacho después de ver el coche de Abel desaparecer tras la verja y girar por el camino de acceso a la autopista. Tenía la carta en el bolsillo del pantalón y muchas ganas de quedarse sola unos momentos. Rita la interceptó por el pasillo de la segunda planta, pero ella apenas escuchó lo que le estaba diciendo. Saludó a varias mujeres que se cruzó por el camino y se dirigió al ala norte, donde estaban las habitaciones privadas. Necesitaba pensar, necesitaba digerir aquella misiva, aquella petición de Antón: volver a

Quimera...

Entró por una puerta de doble hoja y la cerró bruscamente dando dos vueltas a la llave. La habitación le pareció más grande de lo que realmente era cuando intentó llegar a la cama para derrumbarse sobre ella. Se quitó los zapatos de tacón y sepultó la cara entre los almohadones de raso. Otra vez aquel profundo dolor, aquella sensación de ahogo y desolación. El mismo sentimiento de frustración que había sentido cuando asistió al funeral de Jonás, luego al de Richard y Roberto. No, no era frustración; era rabia e impotencia. Era esa tortura permanente al recordar todo lo bueno y todo lo malo.

Volver a ese lugar. Pisar el suelo que tantos años los vio crecer. ¡No sería capaz! ¡No quería ver ciertas cosas! Sin embargo, había tantos buenos momentos, tantas emociones enterradas allí, tantas experiencias maravillosas. Sí, como aquella noche...

Aún recordaba el día en que le contaron aquella increíble historia sobre la mansión Bishop. Al principio se había sentido mal. Ella estaba sola sin sus dos amigas, que se habían marchado dos largos meses, y la habitación se le antojaba inmensa y aterradora. Sí, había perdido los nervios, porque deseaba ir con ellos, ser parte de todo aquello, respirar aire, caminar por la ciudad dormida iluminada por cientos de farolas, bailar en aquel salón y descubrir todos aquellos secretos que solo los hombres podían disfrutar en aquella época. ¡Ella estaba viva! ¡Estaba viva!

Se había dormido llorando desconsoladamente; se había dormido sintiéndose pequeña e insignificante y solo el sonido de la puerta la había devuelto a la realidad. Y ahí estaba él, inmóvil en mitad de la oscuridad como un ángel de la muerte y en total silencio, mirándola mientras ella se incorporaba asustada y se secaba las lágrimas que aún mojaban sus mejillas y su boca.

—Hablas en sueños —le dijo con apenas un hilo de voz.

Ella lo miró confundida.

—¿Qué haces aquí, Jonás? Podrían pillarte las monjas y...

—¿Y qué Micaela? ¿Qué más me pueden hacer?

Para contentarla, Jonás se aproximó a la puerta y escuchó durante unos instantes.

—Llevan horas dormidas... ¿Qué quieres? ¿Por qué no te has ido con los demás a hablar de vuestras noches en esa maldita mansión?

Jonás se acercó a su cama y se sentó a su lado. En aquel momento, Micaela comprendió que Jonás ya no era aquel niño rebelde que se metía en líos por defender a sus amigos; ya era todo un hombre. Su silueta era inmensa, y sus brazos bajo aquella camiseta eran fuertes y varoniles.

—Vendrás con nosotros, Micaela. Ya lo sabes. Simplemente tenemos que buscar la forma de sacarte de aquí, y si tenemos que vestirme de hombre para que te dejen entrar, lo haremos...

Micaela se rio, pero al instante se enfureció de nuevo con él, con todos.

—Pero ¿por qué no me lo dijisteis antes? ¡No me lo dijisteis y sabíais que estaba sola!

Al verla fuera de sí, Jonás le tapó la boca y le pidió que no gritara. Ella le empujó con fuerza, pero apenas fue capaz de moverlo y acabó sobre ella intentando que se calmara.

—Micaela... No grites... —susurró—. No te dijimos nada porque no creíamos que desearas venir a un lugar así. ¿No te das cuenta? Maldita sea...

Aflojó la fuerza de su mano. Ella respiraba aceleradamente y sentía sus ojos clavados en su cuerpo. Tenía ganas de abofetearlo, de estrangularlo lentamente. Estaba decepcionada.

—Soy vuestra amiga... Yo te he curado las heridas cuando Goretti te pegaba, yo te he consolado y ahora que hemos crecido, os olvidáis de mí cuando más os necesito y estoy sola. Y os vais a ¿qué? ¿Qué hacéis allí que no pueda hacer yo? ¡Dime!

La besó con ferocidad haciéndola callar y le sujetó las manos por encima de la cabeza. Ella estaba descolocada y apenas reaccionó.

—Eres un reto para mí... —le dijo. Y deslizó una mano por debajo de su camión hasta rozar su ropa interior.

—¿Qué haces?

—Enseñarte lo que hacemos allí... —le susurró mientras le arrancaba la ropa interior—. No se me ocurre una forma mejor de hacerlo.

—¿Estás loco?

—Dámelo a mí, Micaela... —murmuró con un hilo de voz ronca—. Y luego vete a esa mansión y disfruta de todo lo que te brindan sus habitaciones, pero antes dámelo a mí y no a otro.

Intentó quitárselo de encima, pero realmente no sabía si deseaba alejarse de él o que no se fuera de su lado. Jonás la sujetaba con una mano mientras con la otra se desabrochaba los botones del pantalón. Ella trataba de mover

las piernas, de apartarle de algún modo, pero fue imposible. Sintió su calor repentinamente y sus labios se clavaron en su boca mientras la penetraba por primera vez en su vida y el dolor le perforaba y la partía en dos.

—Tranquila... El dolor se irá...

Y el dolor se fue. Se aferró a él con desesperación y deseó que no dejara de moverse así, que no se fuera nunca, que aquello jamás terminara.

—Te quise tanto... —murmuró Micaela aferrando la hoja de papel empapada en sus lágrimas.

Se incorporó y comprobó que había manchado los hermosos cojines con el rímel. Con un suspiro, se levantó y se dirigió al tocador, un mueble de madera oscura con un bonito espejo ovalado lleno de cajones con tiradores en color oro.

—Mierda... Parezco la viuda negra —susurró entre dientes. Sacó su polvera, varios lápices negros y una cajita de sombras e intentó reconstruir aquel desastre.

«Micaela...»

La suave y denodada voz de Jonás resonó en su interior y creyó volver a verlo en el reflejo del espejo, justo detrás de ella.

—¿Qué os han dicho? ¿Podré ir con vosotros?

—Madame Bishop estará encantada de recibirte. Sabe de tu temperamento y tu talante decidido y le gustaría conocerte, Micaela.

Aquellas palabras de Alexander mientras todos la miraban con emoción la hicieron la muchacha más feliz del mundo en aquel momento. Pero de repente cayó en la cuenta de algo muy importante.

—No tengo nada bonito que ponerme —murmuró y se desplomó sobre la manta—. ¡Mierda!

—Creo que eso lo puedo arreglar yo —respondió Jonás mientras entraba por la puerta del sótano con una bolsa de tela verde de la que sacó un hermoso vestido azul cobalto que la dejó anonadada—. Creo que es de tu talla... Eres alta. Si te queda más corto de lo normal estarás todavía más irresistible.

Ella se abalanzó sobre él y lo besó con tanta efusividad que los demás dejaron de reír al instante y se quedaron sorprendidos ante aquella nueva situación.

—¿Me he perdido algo? —preguntó entre dientes Richard.

—Nos hemos perdido en general —comentó Leonardo, siempre cauto en

palabras pero atento a todo y a todos.

—Jonás Romano —dijo entonces Jeremías con cierto aire insolente—. ¿Vas a dejar que Micaela pruebe las máquinas del horror contigo? No te veo yo de rodillas fregando los suelos de su palacio.

Jonás chasqueó la lengua.

—Bueno, siempre se podría llegar a un acuerdo si luego es ella la que las usa y se pone de rodillas —respondió él, mientras se apartaba levemente de ella.

Antón y Alexander rompieron a reír bajo la atenta mirada de Llosa, que parecía disfrutar de aquel instante.

—Y digo yo... —intervino Roberto—. ¿Cómo va a salir la damisela del castillo?

Ella se giró bruscamente con los ojos muy abiertos y brillantes y sonrió.

—Por la puerta —les respondió.

Y por la puerta salió, bajo la expresión de sorpresa de todos, balanceando una llave de hierro que bien podría pesar más que ella y con aquel hermoso vestido puesto y su larga y preciosa melena suelta ondeando por la brisa. Se agachó junto a los arbustos de un pequeño parterre, depositó la llave bajo una enorme piedra y, sacudiéndose las manos con elegancia, se atusó el pelo y sonrió.

—Lista —anunció—. Vamos, rápido. ¡Vamos!

Se inclinó hacia el espejo y aplicó un poco de colorete en sus pálidas mejillas. Satisfecha, volvió a cerrar los ojos para seguir viendo aquella película del pasado que estaba tomando forma en su cabeza. Recordó la mansión, a la mujer hermosa que en aquel momento le había parecido muy mayor pero extremadamente bella, y las luces amarillas que se reflejaban en las ventanas y todo el bullicio.

Al entrar en aquel lugar y ver el *hall* enmoquetado en colores rojos y aquella inmensa lámpara de araña balanceándose sobre su cabeza, había creído morir de emoción.

—Oh, pero que preciosidad de muchacha —exclamó la mujer—. ¡Qué pelo tan bonito y que ojos tan felinos y expresivos! ¿Eres Micaela?

Ella saltó a sus brazos y la besó efusivamente en la mejilla.

—Gracias, señora. No sabe lo feliz que me siento en este momento. Este lugar es maravilloso, es precioso.

Y había corrido por el pasillo hasta la sala de fumadores y había subido a

zancadas las escaleras.

¡Ah, aquellas hermosas habitaciones del piso de arriba! Las camas de maderas nobles, los altos doseles y las bonitas colchas de hilo fino llenas de ribetes bordados, llenas de colores, llenas de vida...

Corrió por aquella mansión hasta que Jonás la frenó en seco en mitad de un pasillo y se la llevó a aquel sótano. Y su rostro se iluminó ante todos aquellos aparatos que parecían sacados del mismo templo del dolor. No tenía ni la menor idea de para qué servían, pero mientras paseaba a su lado y tocaba con las manos la madera y el cuero, se imaginó mil formas de dar uso a aquellos objetos y se volvió loca de felicidad.

—Veo que te gusta la mansión Bishop —murmuró él con humor.

Sonriendo, ella saltó a sus brazos y lo besó con intensidad. Le suplicó que la llevara a aquellas habitaciones de reyes y que le explicara todo lo que sabía, todo lo que hacían allí. ¡Deseaba saberlo todo! ¡Todo!

Jonás se rio.

—Subamos, Micaela. Quiero hacer algo contigo que estoy seguro que te gustará.

Lo miró con curiosidad y, aferrándose a su mano, lo siguió hasta los pisos superiores y entró con él en una de las habitaciones más alejadas del pasillo.

—Siéntate en la cama.

Ella lo observó. Era como un guerrero salvaje de piel oscura y ojos inquisitivos que caminaba por la habitación como si aquel lugar hubiera sido siempre su casa. Su único hogar...

Obediente, ella se descalzó y saltó sobre la inmensidad del colchón. Enterró la cabeza entre los cojines bordados, olisqueó el perfume más fascinante que jamás había olido y se quedó tendida mirando el techo hasta que oyó la puerta y se incorporó.

—Hola, pérfida. —Richard estaba de pie ante ella y contemplaba con descaro sus piernas desnudas mientras balanceaba una enorme botella de cava en la mano derecha.

Intentó taparse con el vestido y arrugó el ceño.

—¿Una copita? —preguntó Richard con su aire petulante.

—¡Oh, por favor, sí! ¡Sí!

—Ya lo sabía yo...

Bebió aquel líquido dorado hasta que no pudo parar de reír. Ella flotaba sobre la colcha, sentía las voces cariñosas de sus amigos como pequeñas

descargas de felicidad y un suave balanceo que la llenaba de calma y de excitación. Un beso tierno en la mejilla, un beso en la comisura de los labios y la boca de Richard llenando la suya de licor.

Juegos...

«Aprovecha el momento porque mañana no sabremos si estaremos aquí, Micaela...»

Jonás apartaba su larga melena y besaba su cuello. Apenas podía moverse, no daba abasto. ¿Era eso lo que experimentaba Eleonor cuando estaba con Alexander y Antón? ¿Era esa excitación tan pulsante lo que había cambiado a su amiga? ¿Lo que hacía brillar sus ojos cada mañana de un modo diferente? Tenía que serlo...

Recordó despertar en mitad de la noche entre Jonás y Richard y abrazarse a ellos desesperadamente. Su suave piel, la cálida respiración en su nuca, el calor de sus cuerpos rozando el suyo, rodeándola por completo con sus fuertes brazos y ese amor... Ese amor tan incomprendido, tan diferente y tan amplio... Ese amor...

Estaba lista para volver al trabajo. Se levantó del taburete, se colocó la camisa y descendió la amplia balaustrada de madera hasta llegar al primer piso. Dos mujeres jóvenes de unos veintitantos años la esperaban embutidas en dos preciosos corsés negros y ocreos y unos pantalones negros tan ajustados que parecían pintados en su piel.

—Madame... Los muchachos están listos y ahora mismo desayunan en el comedor.

—¿Cuántos son este mes?

—Veinte, Madame, y quince chicas. Tony y Pablo están abajo con ellas, se están preparando. Han pasado las analíticas y, según el psicólogo, ninguno tiene nada que llame la atención ni esté fuera de lo normal.

—¿Edades?

Las jóvenes la siguieron por el salón central hasta el comedor.

—Entre veinticinco y treinta y cinco años, Madame.

—¿Han llegado los otros instructores?

—Están todos en la mansión. Ya se han instalado en las habitaciones y hemos cerrado la finca. No queda nadie más por llegar.

—Perfecto. Avisa a Rita, por favor, y dile a Evan que le necesitaré mañana

para un asunto especial con un cliente.

Sonrió, escuchó el suave ronroneo de las voces apagadas de todos los chicos que estaban en el comedor y abrió las puertas mientras se hacía un silencio absoluto y el sonido de los vasos y los cubiertos cesaba al instante.

Y mientras avanzaba, volvió a escuchar su voz grave. Una voz llena de autoridad y a la vez de un amor incondicional y eterno. Jonás...

«Algún día serás como ella, Micaela, algún día conseguirás todo lo que desees, harás de tu vida, tu trabajo, tu pequeño mundo. Porque eres fuerte y tienes un don especial. No dejes nunca de luchar por ello. Nunca te rindas.»

12

Estuvo tentado de llamar a Micaela más de diez veces a primera hora de la mañana, pero no se sentía con fuerzas, no en ese momento. El colegio y el bullicio de los chicos correteando escaleras arriba y abajo le daban dolor de cabeza. No podía permanecer allí por más tiempo o se volvería loco, así que decidió acabar de arreglarse, con un suéter de cuello de cisne, unos pantalones de traje grises sencillos y una chaqueta de corte militar bastante cómoda. Se metió en el aseo, se peinó y frunció el ceño cuando divisó otro grupo furtivo de canas ocultas bajo su mata de cabello negro. Estaba seguro de que aquellas hebras blancas no existían la noche anterior, pero claro, era la misma cantinela de siempre: hoy estaban, mañana no y al poco volvían...

—Nota mental... —murmuró Leonardo—. Teñirme.

Tomó un pequeño frasco de perfume y se echó unas gotas en las muñecas, metió su cartera en el bolsillo y dio un último vistazo a la imagen del espejo. Estuvo a punto de sufrir un infarto cuando divisó detrás de él a la joven Emilia, que, en camisión y descalza, lo miraba fijamente con sus largos cabellos rubios diseminados por los hombros y aquellos ojos terriblemente azules.

—Niña, ¡qué susto me has dado! ¿Qué haces aún así? ¿Te has vuelto a dormir?

La joven, que no había cumplido los dieciséis años y aparentaba muchos menos por su diminuta estatura y delgadez, le sonrió perezosamente y se frotó los ojos con los dedos. Bostezó y avanzó hacia él.

—Lléveme con usted, profesor, no quiero ir a clase —murmuró abrazándose a él medio dormida—. A Tate Modern o a Portobello. Hay cosas maravillosas en ese mercadillo.

Leonardo suspiró con paciencia, la besó en la cabeza y luego soltó sus

brazos para liberarse de ella.

—No puedo, tesoro mío. Tengo que hacer cosas, pero no tardaré en regresar. Deberías estar ya vestida y lista para tus clases, los demás ya están desayunando.

La joven lo miró con tristeza y puso un puchero.

—Vamos tesoro, sé buena chica, aséate, ponte bonita y sube a las clases con tus compañeros. Cuando regrese hablaremos, mi pequeño amor.

Ella sonrió.

—Podría ir con usted, tengo las lecciones al día. He leído los tres volúmenes de Dickens y mi trabajo sobre la Revolución industrial ha tenido la mejor nota de la clase. También tengo los exámenes de español preparados y...

—Obedéceme, Emilia —dijo mirándola fijamente pero con amabilidad y ternura—. Haz lo que te pido. Volveré pronto.

La muchacha bajó la mirada y asintió con tristeza.

—Y cálzate, no me gustaría que te clavaras alguna astilla de madera.

—Qué guapo es.

—Emilia... A clase.

Ella se rio con la mano en la boca, le lanzó un beso y salió corriendo a gran velocidad por el pasillo alfombrado. Leonardo se asomó a la puerta y la vio desaparecer entre el tumulto de muchachos que subían las escaleras cargados de libros.

Atravesó el corredor y descendió la amplia escalinata que daba al *hall*. Se quedó observando las bonitas figuras griegas y los cuadros de las paredes y luego se dirigió hacia la cocina, que era como un avispero de hombres y mujeres.

—¿Te vas? —le preguntó Miriam, una profesora de unos treinta años que daba clase de literatura, de largo cabello negro y ojos almendrados. Toda una belleza europea de anchas caderas y curvas deliciosas—. ¿No te quedas hoy?

—No. Tengo que ir a Londres y pasar por uno de mis apartamentos. Luego haré unas gestiones en el Ministerio y regresaré para comer. ¿Alguna novedad antes de que me vaya?

—Varias —respondió un hombre de pelo negro y complexión atlética, que estaba sentado frente a la mesa con una taza de té entre las manos—. Han llegado dos chicos españoles nuevos. Vienen del internado de Santa Catalina, están asustados y creo que han sido maltratados, aunque no he querido

indagar más y ponerme furioso. Están arriba descansando. Los hemos logrado sacar de allí con ayuda del Ministerio, ya me entiendes, pero no están bien, Leonardo, necesitarán mucho trabajo y muchas horas con el psicólogo.

Leonardo se quedó pensativo hasta que otra mujer de rostro níveo y pelo cobre le entregó una taza de café y lo besó en la mejilla con dulzura.

—Me ocuparé yo de ellos. Desayuna algo y luego haz lo que debas.

—Gracias, Anna. Lo que dice Stuart me deja un poco desconcertado. ¿Qué años tienen los chicos?

—Unos diecisiete años —respondió Stuart—. No tienen la mayoría de edad, de eso estoy seguro. Quizá sean más jóvenes. Aún no tenemos sus fichas.

—Entonces que se instalen en el ala sur de la mansión. No pueden tener ningún contacto con el edificio norte. Ya lo sabéis.

—Ya hemos pensado en eso —murmuró Anna—. No te preocupes, tendrán un tutor con ellos en todo momento, hasta para salir al jardín y pasear por los alrededores.

Leonardo dejó la taza de café sobre la mesa y se dirigió con paso rápido hacia la puerta.

—Tengo que irme. Os veré a mediodía.

—Espera —le dijo Stuart—. Hay una cosa más. Te ha llamado varias veces una tal Micaela Bernal, dice que es urgente que te pongas en contacto con ella. Muy urgente.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos en un vano intento de ordenar sus pensamientos.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Stuart levantándose de la silla.

—No, tranquilo. Estoy bien. Llamaré a esa mujer desde el apartamento. Tengo que recoger una documentación allí. Gracias.

Estaba saliendo por la puerta cuando Stuart corrió tras él.

—Leonardo. Su teléfono. El de Bernal... —exclamó con un papel en la mano.

—No te preocupes, Stuart —dijo junto al coche—. Me lo sé de memoria.

A través del espejo retrovisor vio la inmensa casa con sus ventanas de marcos blancos, el jardín con sus altos cedros, las amplias terracitas cubiertas, llenas de plantas aromáticas, los parterres y los setos delimitando los rincones con bancos y fuentes que él mismo había escogido años atrás. Un guardia de

seguridad le hizo un gesto con la cabeza para darle los buenos días y le abrió el portón metálico con un mando a distancia. Esperó con el coche en marcha hasta que este se desplazó por los rieles metálicos y salió para tomar el primer giro a la derecha, en dirección a la autopista.

Llegó al apartamento en menos de media hora. Era el único lugar donde podía estar solo y meditar. Se quitó la chaqueta y se sentó en el sillón. Tenía dos hermosas librerías de madera de caoba llenas de libros que él mismo había comprado en los mercadillos de Londres, muchos de ellos, primeras ediciones. Se sentía muy orgulloso de aquel tesoro; es más, le había costado años reunir esas joyas de la literatura inglesa, por no hablar del dinero, pero eso era lo de menos; el dinero...

Miró el teléfono sobre la mesita supletoria. Por un instante estuvo tentado de coger el auricular, pero su mente se decantó por empezar a organizar su próximo viaje y así no tener que pensar. Hacía tan solo tres meses que había vuelto de África y ahora deseaba regresar al Cairo si la situación allí se lo permitía. Sí, ese sería su próximo viaje. Así llenaría las habitaciones de la mansión con hermosos bustos de faraones, relieves, maquetas, alguna que otra pieza interesante de cerámica y luego cogería a los chicos y les explicaría cada uno de aquellos tesoros, y después los llevaría al Museo Británico para que pudieran admirar todas las antigüedades que dormían allí. Sería estupendo volver a contemplar el atrio de cristal y acero, la sala de lectura y aquellos inmensos volúmenes, ver las momias, que los chicos contemplaran todas aquellas antigüedades asiáticas y la colección de numismática más completa del mundo. ¡Ojalá llegara algún momento en sus vidas en el que pudieran viajar tanto como él! Recorrer todos aquellos sitios maravillosos, contemplar los grandes volcanes, las selvas o aquellos hermosos parajes del Amazonas... Pero eran muy jóvenes, demasiado jóvenes para tan siquiera comprender lo que el mundo les ofrecía...

«Llama a Micaela.»

Sintió su propia voz en lo más profundo de su cerebro y apoyó la mano sobre el teléfono mientras miraba al suelo con la cabeza entre las piernas.

—Dios mío, dame fuerzas... —murmuró—. Dame fuerzas... No quiero pensar...

Cogió el auricular y marcó el número. La voz timbrada y femenina de su amiga le atravesó los tímpanos y estuvo a punto de colgar.

—Bernal, dígame.

—Hola, Micaela —susurró suavemente.

—¿Leo?

Silencio.

Leonardo se recostó en el respaldo y se frotó la barbilla con suavidad.

—El mismo. Sé que me has llamado y no creo que sea para intercambiar esclavos de Francia a Inglaterra. Así que ve al grano, por favor...

—Tengo la carta. Supongo que tú también —dijo ella con afecto—. ¿Cómo estás?

—Supongo que estoy como tú: agotado de pensar.

Sintió su risa afectuosa y un ruidito seco, como si se moviera en la silla.

—Me gustaría saber qué piensas y qué vas a hacer. ¿Sigues ahí, Leo?

—Sí, Micaela, estoy contigo. No lo sé, cariño mío, no lo sé... No me siento con fuerzas. No me apetece.

—Te entiendo —murmuró Micaela y luego preguntó, con la intención de cambiar de tema—: ¿Cómo va la escuela, Leo?

Leonardo reflexionó unos segundos y sonrió.

—Bien, querida. Ya sabes que son chicos sacados de casas de acogida. Algunos nos dan algún que otro problemilla, pero nada que no se pueda solucionar. Hay verdaderos intelectuales entre nuestras filas. No quiero imaginarme qué hubiera sido de ellos si no llegan a la escuela. Serán joyas.

Micaela se rio con ganas.

—Leo, por el amor de Dios. Te pregunto por la otra escuela —repuso, remarcando las últimas palabras.

—Perdóname, querida, tengo la cabeza saturada estos días. Bueno, todo sigue como siempre; los vicios no cambian, como mucho se transforman, y tenemos muchas personas interesadas en formar parte de todo esto, pero comprenderás que no todo el mundo tiene cabida. Sería una locura y acabaríamos todos en los periódicos y yo encabezando las filas de líderes sectarios más buscados del país.

Otra risa de Micaela y un suspiro profundo lleno de melancolía le atravesó el corazón.

—Oh, Leo... Mi adorado Leo. Pequeños dominantes aprendices, es el legado de Bishop. ¿Verdad, querido? Y pensar que tú eras el más reacio a todos esos juegos; es más, nunca participaste.

—Yo era un mero observador, querida mía. Me gustaba la teoría. Todo lo demás vino solo, ya lo sabes.

—Leo —musitó con una voz dura—. Debes ir y lo sabes. Yo soy prescindible, pero tú no. Solo es un consejo de amiga.

Leonardo se encogió de hombros y sonrió con cierta nostalgia.

—No lo tengo claro, Micaela. No voy a mentirte. Estoy hecho un lío.

—Leo —susurró—. ¿A cuántos chicos has sacado de la calle, les has dado una formación y has hecho de ellos unos hombres de negocios triunfadores? Deja de compadecerte ya, eres un gran hombre.

Leonardo se rio. No lo pudo remediar.

—Lo que te pasa a ti es que te encantan los instructores jóvenes que te mando para ese club de lujo que te has montado... ¡Venga ya!

—Te hablo muy en serio. Aunque tengo que reconocer que tienes razón, tienes buena mano para formar a los chicos... —Hizo una pausa, como si meditara sus palabras—. Leo, piénsalo bien. Prométemelo.

—Lo haré, tesoro. Lo haré.

—¿Necesitas algo de mí? —le preguntó Micaela como siempre.

—Sí —musitó él—, dormirme entre los pliegues de tu vestido y que me balancees mientras me cantas *La Vie en rose* hasta que me duerma, Micaela... Eso necesito de ti. Siempre serás la niña fuerte y decidida con su vestido azul cobalto.

—Leo... —Su voz sonaba implorante.

—He visto a Antón muchas veces, pero nunca he ido a Torbe. He temido ese día desde que nos fuimos cada uno por nuestro lado y no he dejado de temerlo. ¿Qué quieres que te diga?

—No es tan duro —respondió ella.

—¿Ah no? Entonces, ¿por qué no vas?

Se hizo otro incómodo silencio y Micaela resopló.

—Leo, yo no temo Torbe. No temo Quimera. No temo mis recuerdos de la infancia, yo temo este presente... Temo el hoy, allí.

¿Qué significaba aquella revelación? Leonardo no comprendía aquellas palabras.

—No... No entiendo qué quieres decir.

—Cuando Jonás murió, perdí al amor de mi infancia, perdí a mi amigo y perdí un amante y tú lo sabes. Había mucha gente en su funeral, estabais todos, o casi todos... Me arrodillé delante de su pequeño hijo, Dominic, y lo besé en la mejilla. Nunca olvidaré los ojos de ese niño, esa forma melancólica de expresar el dolor sin decir nada, sin apenas moverse, aferrado a la mano de

su madre. Era un niño... Fue duro para mí, pero no tanto como enterrar a Richard y Roberto. No soporté ver a sus hijos porque ellos ya no eran niños, eran hombres y eran réplicas exactas de los que habían sido mi familia, mi todo en Torbe. —Hizo una pausa y se quedó en silencio unos instantes—. Leonardo, cuando entré en esos velatorios y vi a esos dos hombres de pie, vestidos de luto, se me vino el mundo abajo con todos mis demonios. No te haces una idea de lo mucho que podemos llegar a parecernos a nuestros padres. Yo no era consciente de ello hasta que los vi y no sé si deseo volver a verlos, aunque me pase la vida ayudándolos desde la distancia.

—Te comprendo —dijo—. Cada cual con su quimera, ¿verdad, Micaela?
Ella se rio.

—Así es... Por eso te pido que lo pienses. No es la misma situación e hicimos una promesa.

—Lo pensaré, ya lo sabes, pero no puedo mentirte y decirte que iré.
Ella asintió con un suave siseo y se despidió de él.

—Pronto iré a verte. Tengo ganas de pasar unos días en tu palacio.
—Cuídate, mi niña fuerte.

Tras decir esto colgó, se quedó mirando el cable del teléfono y luego ladeó la cabeza en dirección a la librería.

—Mírame, Leonardo, mírame a mí. Tienes que ser fuerte.

El suelo estaba sucio. Las plantas inferiores, bajo las aulas de los más pequeños, eran una especie de despachos con puertas de marco de madera y cristal satinado corroído. Él estaba en una sala fría y vacía con varias claraboyas que apenas dejaban pasar la luz del sol dada la mugre acumulada con el paso de los años. Estaba temblando y tenía un golpe en la mejilla. Sí, ahora lo recordaba, la cara le ardía por aquella bofetada que le había derribado haciendo que su cabeza se golpeará contra el duro suelo y todo había desaparecido para él.

—Leo. —La voz de Jonás lo devolvió a una realidad aterradora—. Leo, mírame. Habla conmigo. Leo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

Miró a su derecha y luego a su izquierda. Jonás estaba de rodillas delante de él y un poco más atrás estaba Richard, que permanecía apoyado contra la pared en cuclillas, frotándose las manos y mirando al vacío con un gesto desolado y meditabundo.

—Leo, te has dado un golpe contra el suelo, tienes la mejilla muy

hinchada, pero necesito que me mires, necesito saber que me ves y que puedes levantarte —prosiguió Jonás—. Vamos amigo, levántate y no dejes de mirarme.

—Jonás...

Se aferró a él torpemente. Las piernas no le respondían, sentía una debilidad extrema y no tenía ni la más remota idea de lo que había sucedido; no comprendía por qué estaban allí metidos, por qué Richard no se movía ni por qué le habían pegado de ese modo.

—Jonás... ¿Qué ha pasado? No recuerdo nada. Háblame...

Ladeó el rostro hacia Richard. Jonás hizo que pasara el brazo por su cuello y lo cargó mientras su otro amigo volvía en sí, se levantaba rápidamente y abría la puerta para que ellos pudieran salir.

—Becker te ha golpeado. Te has caído sobre esas malditas baldosas y has perdido el conocimiento. Llevo cinco minutos intentando que despiertes.

Seguía sin recordar ciertas cosas. Notó la cara hirviendo y un latido profundo y lacerante en la mejilla, como si el mismo corazón le bombeara dentro.

—¿Y los demás?

—Tenemos que subir. Tienes que acostarte. Te curaré —respondió Jonás.

—¿Richard? —preguntó y al momento inclinó la cabeza hacia adelante, se soltó de Jonás, y comenzó a vomitar.

Sintió una mano sobre su frente, apretando con fuerza su piel hirviendo y cómo le apartaban el pelo de los ojos y le ayudaban a incorporarse.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —sollozó—. ¿Qué me ha pasado?

—¡Basta! —le rogó Richard—. Hay que salir ya de aquí.

—¿Y los demás? ¿Dónde están Antón, Argas y Alexander? ¿Y los Malbaseda?

Lo arrastraron hasta las escaleras y le ayudaron a subir uno a uno los peldaños que daban al piso superior. El *hall* estaba totalmente vacío. Cuando por fin llegaron a la habitación, lo tumbaron en la cama, cerró los ojos y sintió una manta cubriendo su cuerpo, que temblaba, y el roce de un vaso de cristal en sus labios.

—Bebe, es agua. Necesitas hidratarte —le ordenó Richard.

Fue consciente en ese momento de que estaba enfermo, muy enfermo. Tenía el cuerpo húmedo, la frente, los labios y los ojos le ardían y apenas podía respirar sin sentir dolor.

—¿Me estoy muriendo? —susurró delirante.

La voz de Jonás le llegó como si fuera una suave melodía que flotaba por el aire y penetraba en su cabeza de un modo disonante y acompasado.

—Te vas a poner bien... Ya vienen...

Cayó en un profundo sueño, un sueño lleno de imágenes bonitas: la suave y taimada voz de su madre meciéndole entre sus brazos, una canción susurrada en su oído, un beso, una sonrisa...

«¡No recuerdo su rostro! ¡No recuerdo a mi madre!»

Despertó delirando varias veces.

«Duerme mi precioso niño. Duerme mi amor.»

—Mamá...

Tosió. Escupió sangre. No podía respirar.

—Richard, no llegan... ¿Dónde están Llosa y Jeremías?

Voces desordenadas. Voces lejanas.

—Leo. Mírame...

—¿Eleonor? ¿Eres tú? —Tenía su hermoso rostro femenino sobre la cara, pero aquello tenía que ser una alucinación por la fiebre. Ella jamás podría entrar en San Torbe—. Eres un sueño, un sueño hermoso y bonito. Creo que me muero...

—No, Leo... No cierres los ojos. Mírame, Leo...

Alzó la mano para tocar su cabello y ella se la tomó con cariño.

—¡Eres tan bonita!

«Ya están aquí.»

Más voces. Roberto... Roberto discutía con alguien.

«Richard está llorando y él nunca llora.»

—¡Leo! —gritó un hombre—. ¡Leo, abre los ojos!

Súbitamente unos brazos lo alzaron con firmeza, su cabeza cayó hacia atrás y su cuerpo comenzó a moverse al compás de las pisadas de quien lo transportaba. Se lo llevaban. Vio a unas monjas en el pasillo, sombras funestas que se desplazaban flotando por encima del suelo, lo miraban con tristeza, se compadecían de él. Miró hacia arriba y lo vio. Ese hombre. Un ángel de cabello rubio y ojos claros.

—Tú eres un ángel de luz...

Y se desmayó.

Abrió los ojos en mitad de la noche y vio a dos monjas al fondo de la habitación. Era sobria, estaba tenuemente iluminada y solo había una cama y

un armario de madera. El ángel estaba sentado en una silla junto a él; leía un libro y su mano se apoyaba discretamente sobre los labios. Quizás era una Biblia y rezaba por él, pensó. No fue consciente del tiempo que pasó. Oía las campanas de la iglesia, no comprendía por qué estaba allí, por qué le dolía todo el cuerpo y aquella aguja terrible se clavaba en su vena sujeta a un tubo con un gotero.

—Leo...

El ángel le hablaba.

—Hola, ángel.

Él sonrió, se tendió a su lado sobre la cama y comenzó a besarle la frente y las mejillas, rodeándole con el brazo, permitiéndole aspirar aquel aroma sutil y maravilloso que emanaba de su piel.

—Sigues enfermo Leo, pero ahora estás mucho mejor. Te pondrás bien. Estás en el convento de las monjas, ellas te están cuidando.

Parpadeó confuso. Abrió los ojos y clavó la vista en él.

—Maestro...

—Sí Leo, soy Stefan.

¡Oh, era él! ¡Había vuelto, era él!

Se aferró con fuerza a sus brazos y comenzó a llorar desconsoladamente. Stefan lo abrazó con firmeza.

—Calma, mi muchacho... Calma... Aún estás muy débil.

—¿Y los demás? ¿Dónde están los demás?

—No te preocupes. Están bien. Ya vendrán a verte; ahora tienes que descansar y dormir.

Pasadas tres noches más en el convento, él comenzó a sentirse mejor. Las religiosas le daban de comer abundantemente. Por la mañana le hacían beber un gran vaso de leche con una rebanada de pan untada en manteca y luego le dejaban dormir hasta el mediodía, que era cuando le cambiaban, le aseaban, le ponían un pijama limpio y luego se iban con una sonrisa y un suave pellizco en los mofletes. Cada noche, el maestro Stefan iba a verlo y se sentaba junto a él mientras le contaba alguna historia para que se quedara dormido. Cuando al fin le retiraron la vía y pudo caminar por sí solo, Stefan le explicó lo que había sucedido...

—¿Recuerdas a ese hombre que vino con Goretti? ¿Ese médico alemán llamado Becker?

—Sí, maestro. Creo que sí.

Stefan estaba tumbado con él en la cama y lo arropaba con cuidado mientras su brazo rodeaba sus hombros y dejaba que su cabeza se apoyara sobre su pulcro chaleco.

—Parece ser que pilló a Alexander y a Antón en un momento delicado, Leo. Les encerró hace dos semanas en una habitación como en la que tú despertaste. Han pasado un verdadero tormento, no creo que sea necesario que yo te lo cuente, no es agradable. Ellos ahora están bien, pero no tengo claro si se recuperarán del todo después de lo que ese chiflado ha plantado en sus corazones. Intentasteis ayudarles, y tú recibiste un golpe muy fuerte. Te enfrentaste a Becker, te golpeó y perdiste el conocimiento. Estuviste encerrado tres días sin agua y sin comer y cogiste una infección.

—Pero usted se había ido con su madre, ¿verdad?

—Sí, pero me localizó Cecilia Bishop. No te haces una idea de lo que ha movido esa mujer para encontrarme —respondió sonriendo—. Creo que os tiene mucho cariño. Fue Micaela la que salió disparada hacia la mansión de esa mujer para avisar de lo que estaba pasando. Como no ibais a verla, se ofuscó y le dio por entrar en el edificio.

—Lo sabía todo, ¿verdad? Usted dejaba la cancela abierta para que pudiéramos irnos.

Stefan soltó una risa seductora. En aquel momento él pensó que si algún día llegaba a ser alguien quería ser como Stefan Levi.

—Ah, Leo, claro que sí... Sabía dónde ibais y cuándo volvíais. De eso se trataba, ¿no? De que disfrutarais la vida.

Y entonces se incorporó azorado. Lo miró a los ojos, aquellos ojos llenos de amor y compasión, y en el fondo de su corazón lo supo.

—Fue usted... Usted nos dio los sobres con ese dinero, con todo ese dinero. Fue usted.

Pero antes de que su maestro pudiera responder, la puerta se abrió y entró Micaela como una marabunta junto con Eleonor y Alba.

—¡Leo! ¡Leo! —gritó como loca—. ¡Ya estás bien! ¡No nos dejaban verte, Leo!

Y rompió a llorar amargamente aferrando los pliegues de las sábanas hasta clavar los dedos en sus piernas.

Alba lo besó y luego Eleonor. Seguía acurrucado en los brazos de Stefan y no pensaba moverse de allí aunque las tres bailaran desnudas sobre la cama. Sonrió y se aferró más a su maestro.

—¿Sabes que vienen todos? ¿Y sabes que ese Goretta ha sido expulsado del centro y que ya no volverá más? ¿Y sabes qué...?

—Calma, Micaela —imploró con cariño Stefan—. Creo que tanta información es excesiva. Ve por partes.

—Escucha, Leo —dijo Alba afectuosamente—. Hay cosas que no recuerdas por el golpe que te diste. No te asustes, es normal. Estamos a finales de julio. Has estado dos semanas en cama.

Él se encogió de hombros.

—Aun así —prosiguió Stefan—, te quedarás aquí unos días más. En cuanto puedan, vendrán a verte los demás. Yo ahora tengo que irme, mi muchachito.

¡No! ¡No dejaría que se apartara de su lado!

Lo aferró implorante y lo miró como si el mundo fuera a acabarse.

—No... No se vaya, maestro. No me deje. ¡No se aleje de mí!

—Tranquilo, Leo, no voy a dejarte. Tengo que ausentarme para solucionar unas cosas. Volveré más tarde. Ahora debes descansar y tus amigas se quedarán contigo el tiempo que necesites. Ellas cuidarán de ti.

—¿Eso significa que vuelve a San Torbe? ¿Qué se queda? —preguntó nervioso.

—¡Pues claro! —exclamó Alba—. Ahora él es el director.

Leonardo se levantó del sillón y se puso su chaqueta de corte militar, se acercó al espejo del pasillo y se arregló el cuello cuidadosamente. Sí, él le había sonreído antes de salir de la habitación cuando le gritó feliz: «¡Sé que fue usted, maestro!», y Stefan le guiñó un ojo. El mismo que entre delirios y fiebre, casi al borde de la muerte, le había acompañado como un ángel con sus inmensas alas desplegadas en su mente.

13

Cuando vio a su hija en el umbral de la puerta de la cocina no pudo evitar sonreír. Estaba radiante. Llevaba una bonita falda larga de zíngara con elegantes bordados en color oro y una camiseta ceñida a juego. Catinca tenía una forma muy personal de vestir, lejos de las modas y las conductas sociales de los adolescentes; ella era especial, era única y diferente y a Antón le gustaba que lo fuera. A ella le daba igual quién era el cantante de moda si podía escuchar una buena ópera o una pieza de jazz; no le importaba qué tiempo haría al día siguiente, o si llovía mientras paseaba por el jardín y se mojaba su melena castaña llena de rizos; tampoco le preocupaba pasarse dos horas intentando maquillarse como Cleopatra si luego veía una película que le hacía llorar y su rímel se corría.

Catinca había estudiado en los mejores colegios de Santiago, pero había sido ella misma la que había tomado la decisión de quedarse en casa y continuar sus estudios allí. Antón había buscado a los mejores profesores particulares y le había ofrecido a su hija todas las facilidades del mundo. Nunca le había preguntado por qué había tomado aquella decisión, porque él ya lo sabía. Ella no era una niña fácil de comprender y desde muy pequeña las demás alumnas del colegio solían meterse con ella. Más de una vez, siendo muy pequeña, su esposa Eleonor había tenido que ir a recogerla al colegio porque se metía en alguna pelea. Catinca, en vez de regresar llorando o compadeciéndose de sí misma, siempre lo hacía con ese brillo rabioso que solía inundar sus ojos cuando algo la enfadaba o molestaba, cuando se sentía defraudada y triste. Tras la muerte de su madre, ella había dejado de intentar adaptarse a las costumbres establecidas. Se le había agotado la paciencia y no se sentía con fuerzas para enfrentarse al mundo, a la crueldad de sus compañeras o a los profesores que exigían en ella un comportamiento que no

estaba dispuesta a adoptar.

Por eso Antón se había dedicado a viajar con ella todos los veranos. Quería que conociera el mundo, que disfrutara de todas aquellas ciudades que solía ver en los libros de historia o en sus películas antiguas. Primero se la llevó a Italia y a la preciosa Grecia. Catinca era como una pequeña niña embobada sobre la más alta de las gradas del teatro de Epidauro. En Venecia, le enseñó la Catedral de San Marcos con sus mosaicos en el interior; recorrió todas y cada una de las calles de Roma, las catacumbas, los preciosos mausoleos y el Coliseo... Luego llegó París, donde Notre Dame y la Sainte Chapelle fue quizá lo que más impacto tuvo para ella; Londres, Berlín y, con el tiempo, Egipto. Allí Catinca pasó el mejor verano de su vida descubriendo por primera vez lo que era estar en una pirámide, los templos con sus relieves pintados en las inmensas columnas que soportaban tan exquisitamente aquellas toneladas de piedra; Keops, sus galerías, sus secretos.

Era como una pequeña exploradora vestida con un pantalón camel y su camisa de lino. Ella era capaz de pasar horas en alguno de los museos comparando todo lo que había leído desde su edad más temprana, o fotografiando cada una de las cosas que veía con una pasión fuera de lo normal. A ella no le importaba coger un avión con su padre y pasarse catorce horas sin moverse hasta llegar a cualquiera de los lugares maravillosos que él tenía preparado para que viera; no le importaban las colas insufribles para poder disfrutar de la catedral Metropolitana en México o los largos paseos que los guías turísticos tenían organizados por los monumentos más importantes de Londres, Berlín, o Moscú. Con todo ello, Catinca había descubierto casi la mitad del mundo antes de cumplir los catorce años y para Antón aquello era quizá más importante que todas esas lecciones que podía aprender en el colegio. Su hija era una apasionada de la historia, del mundo, de la libertad y, mientras él viviera, no habría nada que Catinca no pudiera llegar a conocer.

—Papá, me miras como si hubieras visto un fantasma —le dijo sonriendo mientras se servía café en una de las tazas de porcelana—. Tengo que irme rápido, ya ha llegado la profesora.

—Cati, desayuna tranquila —imploró Antón—. Siempre vas con prisas, hija.

Ella lo miró con dulzura y sacudió la cabeza con humor. Cogió un bollo de la encimera de la cocina y, tras besar a su padre, salió disparada escaleras

arriba.

—¡Luego os veo! —gritó desde lo alto de la balaustrada.

Candela no pudo contener la risa. Se giró hacia Antón y se colocó con delicadeza un mechón de pelo cano por detrás de las orejas. Llevaba el cabello recogido en un moño, un vestido floreado que le llegaba hasta la rodilla y un bonito delantal blanco con bordados de hilo.

—¿Ha dormido bien, señor Andrade? Porque por la cara que pone parece que le haya pasado un camión por encima.

—¡Ah, querida Candela! He dormido, que ya es bastante, aunque tardé bastante en conciliar el sueño. Supongo que es el precio que uno paga cuando remueve su pasado con tanto ahínco.

Dos tostadas saltaron en el fondo de la cocina y Candela se apuró a sacarlas de la tostadora y a servir las en la mesa.

—Coma —le ordenó con ternura—. Son integrales y la mantequilla baja en grasas. Así que no mire las tostadas como si fueran dos granadas de mano, señor Andrade.

Antón se rio y Candela tomó asiento frente a él con su taza de té en una mano y la jarra de zumo de naranja en la otra. Le sirvió un vaso y lo miró fijamente.

—¿Piensa en sus amigos? —preguntó ella.

Antón asintió.

—Les mandé a cada uno de ellos una invitación para venir a Quimera. Nos hemos visto infinidad de veces. Algunos más, otros menos, pero siempre hemos estado en contacto de algún modo, ya sea por el trabajo o por teléfono... Sin embargo, el único que ha pisado esta casa es Petro Argas y no estoy convencido de que los otros quieran venir. No lo estoy, Candela.

—Tendrá que esperar —dijo ella con calma—. Sería una pena que no conocieran esta casa y lo que ha hecho con ella. El saloncito del sótano... En fin, todo cobra un sentido diferente después de saber lo que vivieron aquí.

—Sin duda —murmuró—. Sin duda alguna.

Se miraron durante unos segundos hasta que Candela puso un gesto de súplica.

—No me torture, señor Andrade. Siga con su historia, por el amor de Dios.

Antón sonrió y, tras perderse unos instantes en los reflejos matutinos que el sol dejaba sobre su camisa, alzó la vista y suspiró. Ella era consciente de lo difícil que era para él continuar con la historia, de lo mucho que le dolían los

recuerdos.

—Creo que ayer te comenté que solo nos quedaba una noche para disfrutar de nuestra libertad antes de que Goretti y aquel médico se incorporaran a filas, por decirlo de algún modo. Lo cierto es que Micaela conoció la casa de Madame Bishop y te puedo asegurar que, para mí, recordarla bailando en círculos como solía hacer en mitad del salón central bajo la atenta mirada de tantos hombres, es como ver a Catinca en la actualidad. Estaba preciosa y feliz. Radiante. Llevaba su vestido azul cobalto, unos zapatos de charol, aquella melena pelirroja cabalgándole los hombros y aquellos enormes ojos tan llenos de vida... Vi la felicidad más absoluta en ella —dijo. Se rio para sí y negó con la cabeza—. Corría por los pasillos como si estuviera totalmente loca, se metía en las habitaciones vacías y enterraba la cabeza en las colchas; luego volvía a salir a toda velocidad, bajaba las escaleras de madera y se quedaba contemplando las lámparas de araña, los candelabros de plata diseminados por las mesas y las chimeneas, las alfombras y sus ribetes... Y nosotros éramos felices viéndola así. Todos la mirábamos como si fuéramos padres prematuros de una niña que acabara de descubrir el mundo por primera vez. Creo que la queríamos más de lo que fuimos conscientes nunca.

—¿Y la mujer? ¿La tal Bishop? —preguntó Candela.

—Enamorada de su vitalidad —respondió Antón—. Cecilia Bishop se veía reflejada en ella. Micaela no censuraba nada; bajó al sótano y, en vez de asustarse como nosotros, se quedó atontada con todos aquellos artilugios y pasó horas preguntándole qué hacía con ellos y luego palmoteaba emocionada, besaba a Cecilia en las mejillas y le agradecía una y otra vez la invitación a la casa y lo feliz que era. Imagínate la escena. No dábamos crédito, aunque era algo que esperábamos dado su temperamento. Jonás acompañó a Micaela en todo momento. Era una niña, pero ya estaba muy formada y temía que alguno de los clientes confundiera a nuestra amiga con una de las mujeres de la casa.

Aquella noche fue maravillosa, quizá porque en el fondo de nuestro corazón éramos conscientes de que no sabíamos cuándo regresaríamos, así que la exprimimos al máximo. Volvimos a San Torbe con prudencia, un poco más pronto de lo habitual, no sin antes escuchar una y otra vez a Madame Bishop recordarnos que debíamos ser cautos y dejar en sus manos el mes de agosto. Y todo volvió a la normalidad. El colegio casi estaba desierto, éramos una veintena de alumnos, dos maestros, el director y su amigo alemán. No

tengo conciencia de si fue al tercer o cuarto día, pero sí recuerdo que fue la primera semana porque no pudimos bajar a ver a Micaela ni una sola vez cuando todo se precipitó. Era de noche y yo estaba metido en la cama con Alexander mientras leíamos uno de sus libros. De repente, la puerta de la habitación se abrió y apareció aquel hombre. Becker entró como una presencia de otro tiempo, con sus ojos grises clavados en nosotros y una expresión de asco en su viejo rostro surcado por infinidad de arrugas profundas que a veces parecían cicatrices. Quedamos paralizados. Su figura lo ocupaba todo, vestía un traje negro, un sombrero y aquellas gafas apoyadas en la punta de la nariz que le hacían retorcer el gesto grotescamente cuando clavaba la vista en nosotros.

Estábamos perdidos. Nos señaló y empezó a bramar que éramos una aberración. Sus gritos insultándonos despertaron a toda la planta; oí las puertas de las habitaciones abrirse, los susurros de los chicos por el pasillo y los gritos secos de «¡Todos a la cama!» de Goretti mientras intentaba llegar a nuestra habitación.

«¿Sabías lo que hacen tus chicos de noche?», le espetó Becker a Goretti que permanecía impávido frente a nuestra cama. «¡Esto es deleznable! ¡Están medio desnudos y juntos en la cama!»

Él sí lo sabía, Candela, porque nos había estado vigilando. Pasé muchas horas de soledad intentando entender qué pequeños detalles podrían haberlo puesto en alerta y estaba convencido de que habíamos sido descuidados. Nadie entraba en una habitación de madrugada de ese modo si no estaba seguro de que iba a encontrarse con algo, y Becker lo sabía. Nos sacó de la habitación bajo la atenta mirada de Goretti, que parecía haber sufrido un ictus, y nos hizo dormir en dos habitaciones del sótano donde se guardaban los viejos pupitres apilados bajo sábanas. Pasé horas sobre un suelo de baldosas blancas y frías, sin una manta o una almohada, con mis pantalones de pijama y sin camiseta, temblando y aterrado, mientras el polvo ensuciaba cada poro de mi piel y apenas me dejaba respirar sin toser. Sabía que amanecía porque tenía dos ventanucos rectangulares sobre mi cabeza que permitían pasar levemente la claridad del día a través de los cristales sucios y, aunque ya estábamos en verano, aquellas habitaciones eran frías y desangeladas. Grité el nombre de Alexander, pero él no me contestó. Pasé horas sentado contra la pared esperando que alguien me viniera a buscar, pero nadie lo hizo. Al llegar la noche, aquel médico volvió y me sacó a rastras

para llevarme a una habitación contigua donde me dio cinco minutos para comer y beber un poco de agua.

«Os curaré esta desviación», me dijo con su voz gutural. «Si esto sale a la luz, si algún alumno llega a enterarse de lo que tú y tu amigo hacíais, no quiero pensar qué será de Goretti y de este colegio.»

Goretti apareció poco tiempo después, mientras yo esperaba temblando mi terrible castigo. Me repitió una y otra vez que era una vergüenza, que si los benefactores de San Torbe se enteraban de lo que hacían sus alumnos estaba perdido, se quedaría sin dinero. Yo no entendía nada. ¿Qué demonios les importaban a esas mujeres ricas qué hacíamos o dejábamos de hacer? ¿Acaso lo que hacíamos nosotros era más reprochable que lo que hacía aquel maldito Valdespino? ¿Quién iba a enterarse de nada? Pero Goretti era un pobre desgraciado que carecía de sentido común y que se había dejado engatusar por su amigo. Becker le repetía continuamente lo peligroso que era que aquella relación antinatural llegara a saberse.

«¡Cualquier alumno puede correr el rumor!», gritaba señalándome. «Ya he tratado casos como este, Goretti. Son anomalías que se pueden modificar y tratar como una enfermedad.»

Maldita sea... Era un adolescente frente a dos hombres que hablaban verdaderas barbaridades que no llegaba a comprender. Aquel chiflado caminaba en círculos mientras hablaba de plantas para hormonarme, shock farmacológico y lobotomías. Tuve un ataque de pánico cuando le escuché hablar de la castración, de los electroshock y las terapias de aversión aunque ni siquiera sabía qué significaban.

Antón se levantó repentinamente de la silla y se aproximó hacia la ventana mientras apartaba la cortina y oteaba la entrada de la casa. Candela lo miró y se quedó totalmente en silencio hasta que él se giró y se apoyó en la encimera de granito.

—Desapareció tres días, Candela, y volvió con todo lo que necesitaba para destrozarnos la vida.

—Santo cielo... —murmuró ella con la mano en la boca.

—Una manta —continuó—. Eso fue lo único que nos dieron. Una manta... A los tres días, nos trasladaron a la misma habitación. Un zulo diminuto que no habíamos visto en la vida, a pesar de nuestras caminatas nocturnas por el sótano. Alexander estaba destrozado y, por los moratones de sus brazos, deduje que él sí se había enfrentado a aquel médico. Cuando entró

en el cuarto no fue capaz de decirme ni una sola palabra; parecía medio drogado, agotado, enloquecido. Yo gateé hacia él, le cogí la mano y lloré suplicándole que me dijera algo, pero Alexander miraba al vacío como si yo no estuviera, como si no fuera capaz de verme o sentir que estaba a su lado.

Vi pinchazos en su brazo y supe que le habían administrado algún tipo de calmante para tenerlo controlado. Sentí que mi corazón dejaba de latir y me aferré a él con desesperación, apoyando la cabeza en sus piernas, tumbándome en el suelo y suplicándole que no me dejara solo, que volviera... que volviera...

Pasamos la noche bajo el sonido estridente de una voz que repetía una y otra vez por un viejo altavoz en lo alto de la pared que la homosexualidad era una aberración que debíamos curar. Desperté en mitad de la noche al sentir la mano de Alexander acariciándome el pelo y creí morir de alegría cuando me abrazó. Jamás olvidaré lo primero que mi amigo me dijo cuando me incorporé lleno de lágrimas y me miró con los ojos inyectados en rabia y dolor.

«Antón... Pase lo que pase... Hagan lo que te hagan repite siempre: No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

«¿Qué te han hecho?», le pregunté desesperado y llorando mientras me sujetaba con fuerza. «¡Qué te hizo ese cabrón!»

«Antón...», murmuró sin fuerzas. «No temeré al dolor porque me hace fuerte... No temeré al dolor porque no puede apoderarse de mí...»
Recuérdalo...Y no dejes de mirarle a la cara. No tengas miedo. No cedas...»

Becker entró a primera hora de la mañana, o eso me pareció, y me sacó a rastras de la habitación. Oí los golpes en la puerta de Alexander diciéndole que no me hiciera nada, que él pagaría aquel castigo, que la culpa era suya, pero no le hizo caso. Era como si los gritos y los insultos de Alexander apenas le llegaran; no le importaban. Llevaba una bata blanca y una caja en la mano. Me metió en la habitación de los muebles apilados de la primera noche, pero algo había cambiado. En el centro había puesto una silla de madera con dos correas en cada reposabrazos y en las patas delanteras. Me obligó a sentarme, me ató y colocó una mesa supletoria junto a mí con una especie de proyector de diapositivas dual negro que dirigió hacia la pared blanca. En aquel momento, sentí un terrible pinchazo en el brazo. Me inyectó algo que comenzó a quemarme terriblemente y una serie de imágenes de hombres desnudos me invadieron la retina... Todas sus diapositivas eran de

hombres: hombres en poses provocativas, jóvenes griegos en pinturas clásicas besándose, imágenes eróticas por doquier. Y mientras me amenazaba para que no dejara de mirar, empecé a sentir unas terribles náuseas y mareos que fueron aumentando cada vez más hasta que no pude aguantar y vomité.

Antón volvió a sentarse. Tomó su taza de café, dio un largo trago y fijó la vista en Candela.

—Nos inyectaba apomorfina y nos provocaba náuseas y vómitos para hacernos creer que ese malestar era producto de nuestro asco ante las imágenes homosexuales que veíamos en la pared. Una y otra vez, día tras día... De noche, eran sus salmos; por la mañana las diapositivas, y varios días después las descargas... —Se quedó en silencio y luego la miró y sonrió—. No temeré al dolor porque me hace fuerte... No temeré al dolor porque no puede apoderarse de mí... Se lo repetí cada día, con cada tortura y cada bofetada. Y no cedí, Candela... No cedí.

Pasamos semanas allí abajo. A veces, Alexander se preguntaba qué estarían haciendo los demás, qué les habrían hecho para impedir que nos ayudaran. Estábamos al borde de la locura y creo que lo único que nos mantenía vivos era la compañía del otro y la remota serenidad que nos procuraban los recuerdos, nuestros recuerdos... La situación era terrible. Nos entregaban dos bandejas al día de comida y una toalla para cada uno con una palangana llena de agua y jabón para asearnos. Poco más... Una noche, oímos tumulto a lo lejos, pero apenas teníamos fuerzas para acercarnos a la puerta y escuchar. Alexander estaba muy débil, acurrucado sobre la manta, y fui yo quien gateó hasta el otro extremo de la habitación y pegué la oreja contra la puerta. Era Leonardo, estaba seguro de que era su voz grave y la de Richard de fondo.

«Son ellos...», murmuré nervioso palpando con mis dedos la puerta. «Alexander... Oigo a Leo y a Richard... Son ellos, estoy seguro de que son ellos.»

Golpeé la puerta con las pocas fuerzas que me quedaban, pero nadie respondió a mis gritos. Alexander apenas se movió y yo, temiéndome lo peor, corrí a su lado lo más rápido que pude y me abracé a él.

«Alexander... No me dejes ahora... Dime que estás bien...»

Perdí el sentido de la realidad. Sé que oí gritar a Leonardo; creo que escuché la voz de Stefan mientras me sumía en un profundo sueño apoyado en el estómago de Alexander, rezando para que su corazón no dejara de latir.

Un torbellino de sensaciones y recuerdos me invadieron en aquella habitación: evoqué a Eleonor y su preciosa sonrisa, nuestros juegos secretos y aquella forma de besarme con aquellos labios carnosos y cálidos que tanto placer me procuraba; recordé a Micaela girando y bailando, a Alba y su amor por Roberto, las risas de Richard y mis amigos... El tiempo dejó de significar algo para mí, la oscuridad apenas me molestaba; me había acostumbrado a aquel infierno y estaba seguro que moriría allí. Y soñé... Soñé con la primera noche que abrimos aquella puerta de madera bajo los pasillos subterráneos de nuestra particular cárcel. Soñé con la primera vez que vi a aquellos ángeles de cabellos de mil colores, sus bonitos brazos desnudos moviéndose sobre al aire y sus sonrisas. El dolor y la tristeza suplantaron mi soledad. Alexander me sonreía en aquel sueño cálido y me repetía una y otra vez que debía ser fuerte, que no debía temer el dolor porque me hacía fuerte... No sé el tiempo que pasé en aquel estado de ensoñación. Sé que me desperté violentamente cuando alguien me golpeó varias veces la mejilla y grité desesperado hasta que unos brazos me aferraron con fuerza y me inmovilizaron. Yo no dejaba de gritar, no dejaba de llorar y, al abrir los ojos y no ver a Alexander, intenté zafarme de aquel cuerpo poderoso y arañé el suelo mientras me arrastraban hacia atrás y volvían a rodearme con firmeza contra un pecho.

«Antón... Antón. Ya está... Ya está. Todo ha terminado.»

Yo gritaba el nombre de Alexander. Gritaba y me ahogaba en mi propio llanto.

«Está bien... Antón, Alexander está bien. Soy yo... Soy Stefan... Cálmate, muchacho. Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado? ¿Qué os han hecho?»

Alcé la vista inundada en lágrimas sin apenas ver la imagen que me abrazaba en el suelo y lloré... Lloré con la desesperación de aquel que cree que nadie le oye; grité como si me hubieran desgarrado las entrañas; grité pensando, quizá, que así escupiría todo mi dolor, todo mi odio y mi desolación.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte. No temeré al dolor porque no puede apoderarse de mí.»

Sé que lo repetí noche tras noche, hora tras hora mientras me encontraba en la cama de una habitación bajo la atención de varias monjas y de Stefan Levi. Era consciente de que estaba enfermo, pues tenía mucho calor y los ojos me vibraban de una forma desagradable o esa era mi percepción. Oía a

mis amigos, y la suave y timbrada voz de Eleonor como un sueño lejano, y el llanto de Micaela... Pero creí que todo aquello era producto de mis pesadillas y que había muerto en aquel sótano. Deliraba una y otra vez. Una noche, vi a Alba apoyada en el borde de la cama, sentada a mi lado con unos pequeños trapitos blancos que me colocaba en la frente. Aquella imagen me hizo gracia y rompí a reír con debilidad.

«Antón, ríes en sueños», susurró, y su voz me hizo abrir los ojos.

«Alba, bonita. Me río porque eres un sueño, tú estás lejos y yo muerto...»

Pero sentí su cálida mano en mi mejilla, el roce de sus labios en mi frente y la pasión de un beso dado con el mayor desconsuelo que jamás había percibido. Estaba vivo. Era la única explicación. Estaba vivo y ella cuidaba de mí por alguna extraña razón que no llegaba a comprender. Ella estaba allí, junto a mi cama, con sus bonitos mechones de pelo azabache desperdigados sobre su vestido blanco, sus largos dedos y sus finas manos que se afanaban por colocarme las sábanas cuidadosamente mientras me frotaba el pecho y la frente con aquellos trozos de tela frescos que me hacían sentir bien y calmaban el calor.

«Alexander...»

«A tu lado, Antón. Duerme a tu lado.»

Y me giré con las pocas fuerzas que tenía y lo vi durmiendo en la cama contigua. ¡Oh, Señor! El mundo y todo lo que había sufrido se desvanecieron en el instante que fui consciente de que él estaba bien, de que él había sobrevivido a aquella agonía, a aquel suplicio sin sentido que nos había arrastrado noche tras noche sin saber ni siquiera si viviríamos para contarlo.

Antón suspiró y pasó la mano por encima del brazo de Candela, que sollozaba.

—Por el amor de Dios, señor Andrade... —dijo enterrando el rostro en un pañuelo de hilo blanco que sacó del bolsillo del delantal—. Fue terrible. ¡Espantoso!

—Lo fue, Candela, pero sobrevivimos. La noche que nos bajaron al sótano, pasamos desapercibidos. Goretti contó al resto que habíamos ido unos días al pueblo con un amigo y que regresaríamos en una semana y eso sinceramente nadie se lo tragó. Era estúpido hasta para las mentiras.

—¿Y los demás? ¿Cómo lograron...?

—Fue complicado para todos. Intentaron bajar al sótano y acabaron en la celda de aislamiento de tres en tres. Leonardo se enfrentó a Becker y este le

golpeó con tanta fuerza que quedó dos o tres días inconsciente en el suelo de una de las habitaciones contiguas. Richard, Jonás y Roberto estaban en la celda, y los Malbaseda estaban con Argas, custodiados por dos maestros, uno de los cuales era Valdespino, que no se movía ni se manifestaba por todo lo que tenía que callar, que era mucho. Fue una locura que solucionó Micaela. Histérica, pensaba que no íbamos a verla porque nos escapábamos a casa de Bishop —dijo riendo—. ¡Ah, por Dios! Entró en San Torbe como una loca, buscando nuestras habitaciones sin importarle con quien se encontrara; estaba enfadada y fuera de sí. Ella fue la que vio a Becker descender al sótano y cuando comprendió lo que pasaba, salió disparada por la puerta principal.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Candela extrañada.

—Esa mujer tenía una estrella encima. ¡Salió por la puerta principal y nadie la vio! Como la vez que se escabulló del convento. ¡Por la puerta principal! La cuestión es que estaba tan asustada que escapó en mitad de la noche, descalza, en camisón y sola. Aquella niña salió en busca de Cecilia Bishop en mitad de la noche atravesando el bosque, los caminos de tierra y la carretera hasta llegar a la mansión horas después. Fue una locura. Una locura que nos salvó la vida.

Al amanecer, Madame Bishop apareció en San Torbe con dos de sus clientes más importantes. Dos hombres que pertenecían al gobierno y que intimidaban bastante, según nos contó Micaela. Llamó a la puerta con tanta fuerza que a punto estuvo de tirarla abajo. Cuando Gorette abrió indignado por aquel escándalo y sudando como un cerdo, Cecilia lo empujó y entró en el orfanato. Creo que lo siguiente que pasó lo contó doscientas veces Micaela mientras estábamos recuperándonos. Gorette gritó que una prostituta no irrumpía así en su colegio y ella le asestó un puñetazo con tanta fuerza que lo tiró al suelo. Madame Bishop no era tonta; era una mujer que sabía lo que debía hacer. Media hora después de irrumpir en el colegio con aquellos dos hombres, los benefactores de San Torbe estaban al tanto de lo que había pasado en el colegio y aparecieron con un ejército de abogados y policías. Bishop llamó aquella misma noche a media Barcelona para localizar a Stefan Levi y nada más recibir la noticia, Stefan cogió su coche y viajó durante toda la noche hasta llegar a San Torbe.

Todo fue una locura. Nadie daba crédito a lo que había ocurrido allí dentro. Se juntaron en el orfanato, como te dije, toda la aristocracia de Torbe, abogados, policías, Bishop y sus dos extraños guardaespaldas, Stefan Levi

que llegó casi derrapando por el camino de tierra y un tropel de monjas del convento que no daban crédito a lo que les estaban contando. Fue como ir descubriendo la funesta realidad en cada paso que aquella comitiva iba dando. Primero sacaron a mis amigos de la celda de aislamiento. Llosa y los Malbaseda habían permanecido encerrados con llave en su habitación bajo el control de Valdespino, aterrados porque sabían de lo que era capaz aquel hombre. Encontraron a Leonardo en una de las habitaciones del sótano. Había cogido una infección espantosa y tuvo que pasar días postrado en la cama. Y llegaron a nuestro zulo, donde aún sonaban los salmos espeluznantes de aquel demente desequilibrado, y al cuarto de los muebles, donde nos encontramos. Sé que los de la aristocracia, aterrados por lo que estaban presenciando, no dudaron en mandar un batallón de médicos al colegio para que se ocuparan de nosotros el tiempo que fuera necesario con la discreción más absoluta. Nadie hizo muchas preguntas. Solo deseaban hacer pagar a los culpables sus pecados y no era necesario que todo el pueblo se enterara de lo acontecido bajo aquel techo.

Cuando Becker regresó de la ciudad y subió los peldaños que daban a la puerta principal, aquellos dos extraños hombres vestidos de negro le esperaban en el último tramo de las escaleras de piedra junto a la puerta. Sé por Micaela que le entregaron un papel y se lo llevaron. Con el tiempo supimos que Becker había formado parte del grupo de médicos nazis que, en 1935, habían hacinado a más de diez mil homosexuales en los campos de concentración para experimentar con su «enfermedad». Becker era uno de aquellos perros de presa que marcaban a los homosexuales con un triángulo rosa con el fin de diferenciarlos como los presos de menos valor y rango, lo que los convirtió en carnaza para los primeros campos de exterminio. Muchos murieron por los trabajos forzados y otros fueron expuestos a experimentos científicos tan agresivos que acababan con ellos. Aunque la guerra en Alemania había terminado en 1945 y todos los presos habían sido liberados, no se había reconocido la tortura injustificada hacia esos presos ni siquiera cuando terminó el conflicto. Además, Becker había seguido ejecutando clandestinamente sus experimentos y su viaje a España le activó esa parte cruel y despiadada. Nadie reconoció a todos esos homosexuales como víctimas del nazismo; simplemente fueron ignorados, olvidados con el tiempo. Nadie fue castigado por esos crímenes; ninguno de los dementes que ejecutaron y masacraron a tantos y tantos civiles por su condición sexual

fueron condenados. Sin embargo, Becker cometió un error lo suficientemente importante para ser buscado en su país. Por lo visto, había practicado un aborto consentido a una de las hijas de un coronel alemán. La intervención se complicó y la joven acabó muriendo. El padre de la muchacha, que había querido mantener oculto el embarazo porque el padre de la criatura era judío, acusó a Becker de asesinato. Ya ves, Candela. Nadie condenaba las atrocidades ejercidas por aquellos sinvergüenzas contra miles de personas, pero sí la muerte de una muchacha de la alta sociedad. Suficiente para devolver a Becker a Alemania y ser juzgado y condenado para el resto de sus días.

¿Qué más puedo contarte? Pasamos semanas en la cama intentando recuperarnos. Goretti fue detenido junto con Valdespino. Fue el propio Jeremías Malbaseda el que lo denunció por abusos, algo que yo sé que ejerció sobre Llosa, aunque jamás lo contó para no generar una batalla campal que perjudicara a sus amigos. Sabe Dios lo que pasó Llosa en silencio durante meses. ¡A saber cuántos otros pequeños infiernos hubo de los que no supimos nada! «Cada cual con su Quimera...» Así era, como el poema de Alexander. Como aquellos versos que encerraban mucho más significado que pude darle leyéndolo durante años y comprendiendo si cabe, que Alexander conocía el dolor y la desesperación que cada uno pasábamos a nuestra manera. Porque seguíamos caminando. Sí, como aquellos hombres que cargaban sus Quimeras, sin importar su peso, su malestar o dolor, esperando de algún modo llegar a algún lugar mejor...

—Desearía leer ese poema, señor Andrade —murmuró Candela—. Me gustaría si no tiene inconveniente.

—Por supuesto —afirmó él. Salió de la cocina y al cabo de unos instantes regresó con la libretita entre las manos—. Puedes verlo en las primeras páginas. Era la libreta de Alexander y me la regaló poco tiempo después. La guardo desde entonces y a veces leo sus poemas. Es el primero —le dijo señalando la página—. Baudelaire.

Ella comenzó a leer, quedó meditativa unos segundos y luego cerró la libreta con un gesto solemne y sacudió la cabeza apoyando las manos sobre la mesa. Antón volvió a sentarse frente a ella y la analizó discretamente.

—Es duro hasta para quien lo escucha, ¿verdad? Por eso ahora quizás entiendas a mis amigos un poco más. Es muy duro sufrir lo que nosotros pasamos y muy duro ver a tus amigos sufrir y no poder hacer nada para

impedirlo. Todos perdimos algo en San Torbe. Todos dejamos una parte de nosotros en esta tierra que jamás recuperamos, que nunca nos devolvieron.

—¡Pero las cosas cambiaron! —exclamó azorada—. Quiero decir, las muchachas volvieron y las monjas se ocuparon del colegio, ¿no es así?

Antón sonrió.

—Sí, querida. Las cosas cambiaron. Stefan Levi fue nombrado director del colegio y las monjas siguieron cediendo el edificio a los alumnos y sus profesores, aunque Stefan sustituyó a más de uno y trajo gente joven más revolucionaria y amable, más humana y con muchos más valores y sentimientos por la enseñanza. Y sí, fue él quien nos había entregado esos sobres al comienzo del verano. El profesor de familia rica que había renunciado a una vida perfecta por enseñar, tenía suficiente dinero como para compartirlo con todo el pueblo el resto de su vida, pero lo usó para algo más importante: darnos una juventud. Una oportunidad.

Aún recuerdo la voz de Leonardo al contármelo.

«Fue él, Antón», me decía Leonardo desde la cama cuando pude verlo una tarde de final de julio. «¡Fue él quien nos dio los sobres! ¡Yo lo sabía, sabía que era nuestro ángel! ¡Vi sus alas en sueños!»

Leonardo tenía el cabello negro revuelto y sus mejillas estaban más hundidas y demacradas por la enfermedad. No obstante, sus ojos oscuros brillaban con fuerza y sonreía con la boca abierta mientras elevaba los brazos intentando abarcar todo el espacio posible.

«Sí... Fue él», murmuró Richard desde un rincón de la habitación. Estaba sentado en una silla de madera y se balanceaba hacia atrás con las piernas estiradas. «Levi... su apellido es judío, ¿lo sabíais? Por eso sintió ese desasosiego cuando vio a Becker. Algo en él se activó... Seguro que fue así. Y dejó a su madre moribunda por nosotros. Ella murió ayer arropada por el resto de los familiares lejanos que tenía, pero Stefan prefirió apartarse de su lado y volver a Torbe para ayudarnos.»

Yo sabía que Richard era un muchacho fuerte y decidido; siempre lo había demostrado, siempre nos había protegido desde nuestra llegada a San Torbe. Sin embargo, al igual que pasó con Jonás, o incluso Roberto, su maltrato se alargó en el tiempo como pequeñas dosis de veneno que fueron absorbiendo sus jóvenes cuerpos. Sí, nosotros habíamos pasado un infierno durante casi un mes y ahora estábamos recuperándonos, pero ellos... Ellos sufrieron los castigos y los encierros, las duchas de agua fría y la pala durante muchos

años y aún no sabíamos que todo aquello les pasaría factura con el paso de los años.

—Fallecieron demasiado pronto, ¿verdad? —musitó Candela quedamente. Antón se encogió de hombros y asintió.

—Sobre todo Jonás. De algún modo, el resto ya habíamos conseguido una estabilidad para toda nuestra familia. Sin embargo, Jonás acababa de invertir todo su dinero en un buen negocio cuando murió. Su muerte prematura dejó a un niño demasiado pequeño sin padre y a una madre que con los años perdió poco a poco las ganas de vivir y la cordura. Ese muchacho, el jovencito que ves venir de vez en cuando a la finca, ha tenido que sobrevivir solo porque nunca quiso una mínima ayuda... Y lo está logrando. Lo está logrando. —Antón bajó la cabeza y jugueteó con el pequeño cuaderno con la mirada perdida—. El día que falleció Jonás, Micaela casi se vuelve loca en su entierro. Para ella, aquel hombre, aun habiendo pasado los años, era toda su vida porque fue toda su infancia y su juventud más loca. Su hijo es una réplica exacta de su padre y temo que no sea capaz de tenerlo delante. Sufrió cuando tuvo que enfrentarse a los hijos de Roberto y Richard, que eran mucho más mayores cuando los vio, y si eso la afectó de aquel modo, no quiero ni imaginar lo que sería para ella tener delante a una copia de Jonás.

Las mujeres tenéis una sensibilidad ante ciertas situaciones que para mí es un don de la naturaleza: veis más allá de la condición humana, sois conscientes de infinidad de detalles a los que nosotros no damos importancia y vuestro amor y empatía supera con creces todo lo que nosotros podemos sentir o soñar. Estáis hechas para crear y amar; estáis preparadas para sufrir con más intensidad que nosotros. Pero son divagaciones mías, Candela. Son meros pensamientos desde mi perspectiva.

—Nosotras parimos —dijo lentamente—. Somos difíciles, mucho más que los hombres, pero somos más sensitivas ante todo. —Levantó la cabeza muy despacio y alargó la mano hacia Antón—. Dígame una cosa. Su historia no acaba aquí, ¿no es cierto?

—En absoluto, querida mía —contestó con un tono burlón—. Es aquí donde empieza realmente nuestra historia. San Torbe ahora estaba gobernado por nuestro ángel de la guarda y todos los que nos habían amargado la infancia y parte de la juventud ya no estaban. Argas suele decir que fue entonces cuando comenzó nuestra verdadera vida, nuestra particular locura y nuestra libertad. Yo prefiero llamarlo el comienzo de las edades bárbaras. No

todo iba a seguir igual, como decía el poema de Baudelaire. No estábamos condenados a esperar siempre...

Segunda parte

Las edades bárbaras

14

Se quedó en el rellano del pasillo de la primera planta y apoyó la espalda contra la pared mientras observaba las amplias cristalerías de las mamparas que daban al despacho principal. Sacó un pañuelo de hilo azul y se secó el sudor de la frente. Madrid seguía siendo demasiado bulliciosa y apabullante para él. No era una ciudad que le desagradara en exceso, pero había muchas cosas que no habían cambiado, como la posibilidad que tenía de sufrir un infarto cada vez que tomaba un taxi o aquellos ataques de ira que la gente sacaba de las mismas entrañas en mitad de cualquier atasco a primera hora de la mañana. Aquella actitud no dejaba de resultarle chocante a Argas. Él adoraba las ciudades tranquilas y ordenadas, su casa en Zúrich, los paisajes repletos de tejadillos en pico y las hermosas montañas de Lauterbrunnen y aquellos maravillosos viñedos de Lavaux. No, aquello no tenía nada que ver con su vida; no concebía ni comprendía esa ansiedad en los rostros de la gente.

Se incorporó lentamente y guardó su pañuelo en el bolsillo interior de la chaqueta mientras avanzaba un poco más hasta llegar a la puerta. Dudó unos segundos. El joven Roberto estaba acompañado de otro hombre, pero no podía verlo pues se hallaba de espaldas a él. Antes de que Roberto lo viera, Argas giró a la derecha y entró en el aseo para arreglarse el cuello de la camisa y la endemoniada corbata que no era capaz de poner recta, y se mojó la cara con agua fría. Su pelo cada vez estaba más poblado de canas, aunque no le disgustaba en absoluto aquella imagen. Para tener sesenta y dos años tampoco estaba tan mal. Sí, era cierto que su rodilla derecha empezaba a jugarle malas pasadas, pero físicamente se encontraba bien y las arrugas le hacían interesante y atractivo, ¡qué demonios! Sonrió, gruñó algo en alemán y se dirigió de nuevo hacia la puerta del despacho. Allí estaba el hijo de

Roberto. ¿Cuántas veces lo había visto? Cuatro o cinco, y cada vez se parecía más a su padre. Tenía los mismos movimientos y expresiones que su padre; el mismo aire sibarita y elegante, su misma perilla recortada, fina y negra que dejaba ligeramente dibujada en una barbilla afilada y una nariz larga pero bien formada. Roberto alzó la mano cuando se percató de su presencia y le hizo un gesto amable para que entrara. Argas salió de sus meditaciones comparativas y entró rápidamente casi chocando con la última persona que esperaba encontrar allí, aunque sabía que no tardaría en verlo: Carlo Armani, el vástago de Richard.

—Me alegro de volver a verte, Argas —oyó decir a Roberto. Pero él estaba totalmente avasallado por la presencia juvenil de Carlo, que lo miraba fijamente con aquellos inmensos ojos aturquesados y una expresión en su rostro de suma tristeza, aunque sonreía—. ¿Argas? —insistió Roberto con humor—. ¿Estás aquí?

—Sí. No esperaba encontrarme al pequeño Armani justamente ahora. Muchacho, has crecido mucho, eres... todo un hombre ya.

—Argas. Me alegro de verte —dijo Carlo extendiendo la mano.

—Espero que estés bien y que pronto arranques con la empresa. Sabes que tienes todo nuestro apoyo. No voy a soltarte una perorata existencialista ahora como hice con Roberto, pero sin duda ya sabes de nuestra predisposición.

El chico sonrió y se apartó hacia un lado mientras Roberto se aproximaba a Argas y lo abrazaba cariñosamente para luego ofrecerle algo de beber.

—No, gracias, Roberto. Seré breve.

Se sentaron a una mesa de juntas ovalada en un extremo del despacho y Argas paseó la mirada por aquellos dos rostros tan familiares.

«Pase lo que pase, cuidaremos de los nuestros. No dejaremos nunca que nada les falte. Y si algún día no estamos, los demás serán su familia. Nuestro vínculo es sagrado. Hagamos de esto algo que perdure en el tiempo, que no se pierda nunca y que nos sobreviva.»

—¿Te encuentras bien, Argas? —La voz de Roberto le despertó de su particular trance y sonrió.

—¡Ah! Sin duda. Solo meditaba. Bien, muchachitos... Os pasaré los contratos que tenemos en curso con las dos empresas. Ya que Carlo está aquí, aprovecho para decirte, hijo, que haremos lo mismo. Mis empleados ahora mismo están recopilando toda la información y viajarán a Madrid la semana

que viene para ponerlos al día de todo lo que vuestros padres tenían pendiente en el extranjero. Proyectos y más proyectos. Mucho trabajo, pero supongo que eso es algo con lo que ya contabais. Ahora que los dos tenéis las carreras terminadas y os pondréis al frente de este infierno, creo conveniente documentaros y asesoraros en la medida de lo posible...

Carlo comenzó a reír y Argas arrugó el ceño. Aquel «niño» era clavado a Richard y eso le incomodaba.

—Por el amor de Dios... —murmuró el chico—. Hablas como mi padre y como esos italianos que vinieron a verme el mes pasado. Es como si tuviera una cinta puesta permanentemente en mi cabeza. ¿No podríamos relajarnos todos un poquito? Esto parece una reunión masónica y nosotros dos iniciados.

Se balanceó hacia atrás sobre la silla y cruzó los brazos desenfadadamente.

—Hijo de su padre... —gruñó Argas—. Vale. Supongo que estaréis hartos de tanta palabrería. Ya lo sé.

Roberto movió la cabeza muy despacio.

—Es complicado, Argas, pero no te preocupes. Ya estamos recibiendo todos esos dossiers y últimamente dormir se ha convertido en algo superfluo. Estamos agotados, pero todo saldrá bien. Será como siempre ha sido o mejor...

—Lo sé —respondió Argas lacónicamente—. Eso no lo dudo.

Observó de reojo a Carlo, que parecía sumido en su propio mundo y tragó saliva.

—Descansad el fin de semana y aprovechad vuestra juventud antes de que la perdáis... —sugirió—. Me gustaría que cuando tengáis centrados todos vuestros asuntos, aceptéis una invitación cordial por mi parte para visitar mi casa cuando lo deseéis. Supongo que será lo mismo que os han dicho los Malbaseda...

Roberto rio discretamente. Carlo puso los ojos en blanco y asintió.

—¿Cómo está tu madre, Roberto? ¿Cómo se encuentra Alba?

—Bien, Argas. Ya sabes que su belleza y salud siguen ahí. No te negaré que después de morir mi padre se ha apagado mucho, pero me ocupo de ella y de que nada le falte. Aunque estos últimos días apenas la veo. Necesito dedicarle más tiempo.

Roberto ensombreció el rostro y se quedó en silencio unos momentos.

—Dile que le mando todo mi cariño y que desearía verla pronto —

murmuró Argas. Luego los miró con una leve sonrisa—. ¿Ya conocéis la casa de Antón?

—No —respondió Roberto—. Pero tengo muchas ganas de pasar unos días allí; me ha dicho que es un lugar muy tranquilo y especial. Creo que nos vendría bien una villa solariega, aire puro lejos de la ciudad. Siempre he tenido curiosidad por recorrer los bosques de Galicia.

—Por el amor de Dios, Roberto, pareces un conde —bramó Carlo—. ¿Te estás escuchando? ¿Villa solariega? ¿Pasear por los bosques? Si tengo que olvidarme del mundo preferiría meterme en los pliegues de alguna falda para luego arrancarla. ¡Oh perdón! Se me ha escapado...

Argas rompió a reír mientras Roberto miraba a Carlo con desdén.

—Solo piensa en el vicio. Hace poco que lo conozco, pero tengo la extraña sensación de que llevo viviendo con él diez años... Me agotas, Carlo... —le espetó Roberto.

Argas levantó las cejas y elevó las manos como si se dispusiera a entonar una plegaria.

—¡Ah! ¿Cómo era aquella frase...? «Respetemos eternamente el vicio...»

—«...y no combatamos sino la virtud» —dijeron los dos chicos al unísono para luego mirarse asombrados.

Argas soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Muy bien! —exclamó.

—¿Cómo sabías...? —Roberto se ofuscó y se giró hacia su amigo con cara de susto.

—¿Yo? ¿Y por qué yo? ¿Y tú? —contestó Carlo—. Es una estúpida frase de Sade, mi padre era un poco cargante con su filosofía.

—Y el mío.

—Masones... —susurró Carlo con sorna mientras miraba a Argas—. Seguro.

—Gustos literarios iguales, muchacho —respondió este—. Ten en cuenta que somos de la misma edad y hemos pasado... mucho juntos.

Se puso en pie con la extraña sensación de haber pasado por un instante que jamás olvidaría en toda su vida y se ajustó el cinturón del pantalón para disimular su desasosiego.

—Quimera es una mansión algo palaciega a las afueras de Torbe, un pueblecito gallego muy cercano a la frontera de Portugal. Antón posee unos jardines estupendos rodeados de montañas y bosques y el lugar es

ciertamente un retiro para esta vida que lleváis. Tiene unos robles maravillosos, sauces y una piscina en la parte de atrás que es una delicia. Solemos reunirnos de vez en cuando, es una forma menos agotadora de hablar de negocios y ahora vosotros formáis parte de este circo empresarial. No dejéis de ir. Os encantará.

Todos se levantaron.

—Os lo digo muy en serio a los dos —continuó Argas sin apartar la vista de ellos—. Además, si tu problema son los pliegues de las faldas —dijo mirando a Carlo—, te puedo asegurar que allí encontrarás alguna que otra, eso si no prefieres ir acompañado desde aquí. Todos seréis muy bien recibidos, vayáis con quien vayáis.

Sí. Aquello era lo que él deseaba. Lo que todos deseaban.

—Te agradecemos la invitación, Argas —dijo Roberto tímidamente—. Antón ya nos ha comentado su intención de invitarnos en los próximos meses. Así tendremos tiempo suficiente para poner al día todos nuestros asuntos y podremos pasar a conocer ese fantástico lugar. Nos ha hablado de posibles negocios y sobre todo de contactos que nos pueden interesar.

Argas asintió mientras sentía los ojos sobrenaturales de Carlo clavados en su rostro. ¿Estaba sonriendo de aquella manera tan habitual en Richard cuando tramaba algo? Se oyeron unos pasos en el pasillo que se perdieron en la lejanía; Argas se frotó la frente y lo miró con curiosidad.

—No sé si preguntarte qué estás pensando, pero por tu cara no es nada referente al trabajo —le espetó.

Carlo arqueó las cejas y se encogió de hombros mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón.

—Oh, en absoluto. Pensaba en todos esos libros que mi padre tenía en su biblioteca. Veo que el Marqués de Sade fue un autor muy querido por todos sus amigos. Supongo que os reuníais como un club de lectura para divagar sobre todas esas parafilias y extravagancias que ese hombre plasmaba en sus novelas.

Roberto dejó escapar una risa seductora y luego negó con la cabeza varias veces ante aquella afirmación que, sin duda, era una clara provocación. Argas puso una mueca grotesca que bien podía ser una sonrisa y entrecerró los ojos.

—Qué gracioso es este chico. ¿Y te has leído todos esos libros?

—Por supuesto —dijo con seriedad—. Cuando tenía trece años.

—¿Trece? —inquirió Argas asombrado—. Eras demasiado joven. Un niño

tan pequeño no debería leer esos libros.

Carlo se echó a reír.

—¿Ah no? No veo el problema. Mi padre jamás se opuso a que yo curioseara por su biblioteca. Si te soy sincero, no comprendí la mitad de las cosas, pero me sucedió lo mismo cuando tuve que leer en el colegio a Homero.

—Tú te fijabas en los grabados —contestó Argas jocosamente—. Seguro.

—Qué gracioso el señor masón —respondió Carlo con insolencia imitando la expresión anterior de Argas. Al momento se giró, miró la hora y se dirigió a la puerta—. Tengo una reunión en breve y tengo que cruzar la ciudad en hora punta. Seguiremos esta conversación en otro momento. Me divierte y me interesa —dijo riendo—. Argas, un placer verte de nuevo y espero no tardar mucho en volver a hacerlo.

—Lo mismo digo, muchacho —repuso Argas sonriente dándole la mano.

—Roberto, te llamo mañana. Tengo un bonito sitio reservado para cenar y hablar de negocios —dijo abriendo la puerta—. Buen viaje, Argas.

Levantó el brazo, les guiñó un ojo y salió tarareando alegremente una melodía que no llegaron a reconocer.

—Sí te dijera que es igual a su padre, ¿me creerías? —murmuró Argas sin apartar la vista del ascensor que se cerraba.

—No me cabe la menor duda. Vi una foto de él en su despacho hace pocos días. Lo ha pasado mal. A veces pienso que ese aire despreocupado oculta un corazón destrozado. Yo pasé por lo mismo, pero aún tengo a mi madre. Él ni siquiera eso.

Roberto se quedó unos instantes en silencio mirando los dibujos de la alfombra. Argas, consciente de lo que debía estar pensando, se quedó a su lado, perdido en sus propios recuerdos. Con un gesto de cabeza, se deshizo de ellos antes de que lo arrastraran demasiado al pasado y decidió devolver al muchacho a la realidad.

—Me gusta tu despacho, Roberto. Tiene un aire victoriano muy elegante y clásico. Veo que conservas todos los muebles de tu padre y has añadido esos dos sillones de piel marrón que encajan...

—Argas, quería hacerte una pregunta delicada —lo interrumpió Roberto suavemente—. Sé por mi madre que os une una amistad muy fuerte y que os conocéis desde hace mucho tiempo. Tú conocías bien a mi padre y hay algo que me ronda la cabeza desde la última noche que pasé con él en el hospital.

—Dime.

—Supongo que estás al tanto de que mi padre siempre tuvo problemas de salud y que su neumonía fue una de las razones que acabó de debilitarlo. Yo me quedaba con él a menudo, mi madre estaba destrozada y nos dividíamos el día —murmuró con tristeza—. Lo cierto es que las últimas noches repetía una y otra vez algo que no comprendí. Nunca me atreví a decírselo a mi madre porque creía que eran delirios por la medicación, pero siempre decía lo mismo en sueños. Igual es una tontería, pero sé que tú compartiste mucho con él siendo más jóvenes y quizá le des algún sentido.

Argas sintió sus pulsaciones dispararse.

Silencio.

—«No temeré al dolor porque me hace fuerte» —dijo con un tono tan bajo que apenas se escuchó—. Era lo que repetía una y otra vez. «No temeré al dolor porque me hace fuerte.» ¿Tiene algún sentido para ti?

«No temeré al dolor porque no puede apoderarse de mí...»

Durante unos breves instantes, Argas se sintió asustado, apartado de la realidad y despojado de cualquier energía que le permitiera tan siquiera mover una mano. Roberto giraba su reloj de muñeca mirando la pequeña esfera, pensando que el silencio reinante era la forma que tenía Argas de recordar lo que aquello significaba. Pero Argas, ¿qué podía hacer? ¿Mentirle y dejar que aquellas palabras que les habían hecho fuertes perecieran con los recuerdos? No era su papel confesar la verdad, ni tan siquiera se había imaginado por un instante tal situación. Carraspeó intentando buscar una respuesta que les permitiera sobrevivir a los dos y lo miró.

—La juventud en nuestra época era difícil, Roberto —contestó al fin, agotado—. Había... Había expresiones que todo el mundo utilizaba cuando se encontraba en situaciones difíciles, cuando necesitaba fuerzas para seguir adelante o cuando intentaba apartar el dolor y el miedo. Debes interpretarlo como un grito de guerra, como un pequeño poema o una oración.

—Dame fuerzas, Señor —musitó Roberto—. No temo morir...

Argas tragó saliva con el llanto a punto de brotarle y se asomó a su propia desesperación una vez más.

—Sí... Eso es. Estoy aquí, no tengo miedo y lucharé hasta el final... Tu padre era un hombre íntegro y con unos principios envidiables, Roberto. Me alegra ver que has heredado su temperamento y esa disposición.

Le dio un suave golpecito en el hombro y luego apoyó la mano en su

espalda mientras avanzaba con él hacia la puerta.

—Tienes que coger un avión, ¿verdad?

—Así es, Roberto. Me gustaría no tardar en veros mucho y haré lo posible para reunirme con vosotros en cuanto pueda. Dile a tu madre que le mando un fuerte abrazo y que pronto la llamaré por teléfono. —Tomó su mano con firmeza y lo miró como si se despidiera de su propio hijo—. Ánimo, chico, y hasta muy pronto.

—Buen viaje, amigo. Buen viaje...

No fue hasta que se subió en el coche y cerró la ventanilla corredera que lo comunicaba con el chofer cuando sintió que sus fuerzas lo abandonaban y comenzó a temblar. Atravesar aquellas oficinas y descender todas las plantas sin perder el equilibrio había sido la tarea más difícil de toda su vida. Se sentía mareado y agotado. ¿Eso era lo que Micaela le había intentado explicar entre sollozos el día del funeral de Richard y de Roberto? ¿Había ella sentido aquella angustia tan febril al tenerlos delante y retroceder en el tiempo y ver a sus amigos en ellos? Porque ahora eran dos adultos. Ya no eran aquellos adolescentes que él había conocido.

«No. No quiero compadecerme toda mi vida porque después todo fue maravilloso, todo cambió para nosotros y vivimos. Esa es la impronta que queremos dejaros, la vida que deseamos que llevéis, que nuestro sufrimiento y experiencias sirvan para haceros un camino más fácil y que nadie os diga cómo vivir ni cómo gozar.»

En el avión se quedó profundamente dormido, abrumado por el cansancio, y no despertó hasta que el piloto anunció a los pasajeros que debían abrocharse el cinturón porque en veinte minutos aterrizarían en el aeropuerto de Zúrich. Debía pasar por la oficina antes de llegar a casa, pero no tenía ganas. Estaba ansioso por ver a Darío, quitarse aquellos terribles zapatos y tirarse en el sofá mientras su joven compañero le contaba todo lo que había hecho durante su ausencia. Necesitaba volver a casa. Necesitaba dejar de pensar y abandonarse a la calidez de su hogar, los suaves y mullidos cojines que olían a perfume caro, el sonido titilante de los cristales de las lámparas y el crujido de la madera de las escaleras y su voz...

—¿Le llevo a la oficina, señor Argas? —preguntó su chofer con aquel acento francés que tanto le agradaba.

—No, Kim. Quiero ir a casa. Mañana saldré temprano, pero hoy necesito descansar.

Medía hora después estaba en casa. Se quedó inmóvil en el salón observando los sillones y la bonita chimenea de piedra mientras dejaba que el calor y los aromas de su hogar lo invadieran. Durante esos instantes en los que no pensaba en nada, ni siquiera lo oyó bajar las escaleras. Estaba totalmente abstraído, nunca había experimentado aquella grata sensación, aquella calma tácita y devastadora.

Y ahí estaba él, su pequeño Adonis de cabello alborotado. Una esbelta silueta juvenil que le recordaba terriblemente a las figuras de Miguel Ángel, con aquellos rizos sobre su frente, la nariz respingona, una sonrisa franca y llena de emoción por volver a ver en casa a alguien que representaba todo para él en aquel momento difícil de su vida.

—¡Argas! —exclamó abrazándole—. ¡Ah, qué ganas tenía de volver a verte! Creí que no regresarías nunca.

—Cuidado, jovencito. No me aprietes tanto. Este viejo no puede respirar.

Darío se apartó y Argas lo miró con cariño. Quizá por eso le había llegado a querer tanto en tan poco tiempo; aquella forma de recibirlo que siempre tenía tan candorosa, tan llena de amor y gratitud. Él no sabía lo que significaba tener un hijo, pero estaba seguro de que aquello era lo más parecido a ese amor, a esa necesidad de tenerlo entre los brazos y decirle que no debía preocuparse de nada, que todo iría bien, que él estaba ahí para todo, para todo...

—Te he lastimado —se lamentó el muchacho.

—¡Ah, no digas estupideces! ¿Cómo estás? Veo un brillo especial en tus ojos.

Darío lo besó en la mejilla y Argas lo sujetó por los hombros mientras analizaba su rostro con sumo cuidado y atención.

—Estoy bien. ¡Ahora mejor! —dijo sonriendo.

—¿Has hablado con tus padres, jovencito? Por tu expresión, me parece que no. Sabes que debes hablar con ellos, debes mantener una comunicación fluida. Que no comprendan ciertas cosas, no significa que no formen parte de tu vida.

—Lo haré, te lo prometo.

Se sentaron en el sofá. Estaba radiante enfundado en unos pantalones tejanos y una camisa blanca.

—Vamos, joven. Tienes mucho que contarme y sabe Dios que llevo tres días hablando como un papagayo y necesito escuchar.

Darío soltó una suave carcajada y se acurrucó tan cerca de él que parecían dos amantes. Argas frunció el ceño y luego se rio. Darío era así, inocente y cálido, demasiado cercano para lo que él estaba acostumbrado: una soledad que ya no deseaba, que no añoraba ni necesitaba más.

15

Candela dedicó toda la mañana a organizar gran parte de sus tareas y a acompañar a Catinca a la ciudad para comprar el material que necesitaba para sus clases.

A su vuelta, la casa rezumaba tranquilidad y agradeció que la chimenea siguiera encendida. Ella nunca había necesitado guantes para protegerse de las gélidas temperaturas, pero ahora era diferente; ahora las manos le dolían cuando pasaba mucho tiempo en la calle; los huesos empezaban a jugarle malas pasadas, y temía resbalar con alguna placa de hielo y hacerse daño.

Pasó mucho tiempo meditando sobre la historia que Antón le había ido contando gradualmente. Sin duda, aquel hombre había tenido un pasado fuera de lo común y repleto de situaciones que jamás se habría imaginado. Ahora no lo admiraba solo por su trabajo, por todo lo que había logrado e incluso donado; ahora veía a un hombre que había superado un infierno a través de la amistad y el amor, algo que ya no existía en aquellos tiempos modernos. Ahora no había lazos tan intensos entre las personas, nadie daba nada gratis y menos ayudaba a los demás sin el temor a sufrir en uno mismo las consecuencias. Ese individualismo tan profundo y vehemente, tan claro en cada una de las personas que veía y con las que se relacionaba, le desagradaba. No. Ya no existían los valores de antaño: las familias se rompían y el amor se transformaba en odio de una forma inminente y despiadada. Los hijos se posicionaban sobre los padres y los hombres fracasaban frente a la palabra amistad. El mundo evolucionaba sin duda alguna, pero las personas no.

Las edades bárbaras, había pensando mientras organizaba la habitación de Catinca y colocaba las sábanas en los estantes superiores de su armario. No podía sacarse de la cabeza aquella expresión socarrona y jocosa que Antón

había puesto cuando se lo había dicho. Por lo que había explicado, a pesar de todo lo vivido, Stefan les había brindado un poco de paz. Pero ¿cómo superar todo aquello? ¿Cómo habrían llegado Antón y sus amigos a vivir las vidas que ahora llevaban? No los conocía de nada, pero sentía que sus vidas formaban parte de ella.

Miró el reloj. Antón había salido hacía dos horas a hacer unos recados y no tardaría en regresar, y ella estaba ansiosa porque tenía ganas de saber cómo continuaba su historia. Le prepararía una buena comida y luego se sentarían en torno a la chimenea y se abandonarían a su relato, que se preveía intenso. Deseaba fervientemente, casi tanto como él, que aquellos hombres y mujeres, antaño niños valientes y llenos de sueños, aparecieran por la puerta de la casa y conocerlos... ¡Ah, qué intenso y cautivador aquel pensamiento! Era como si ella misma hubiera formado parte de aquel cuento, como si toda aquella historia la envolviera hasta la desesperación más absoluta.

Se apuró a terminar de organizar la habitación de Catinca y no tardó ni una hora en dejar listo un buen guiso de carne en el horno. No eran ni las dos cuando oyó el coche de Antón entrando por el camino de acceso. Sin poder evitarlo, notó cómo su corazón se aceleraba. ¡Qué estúpida se sentía! ¡Qué emoción más pueril!

—Huele de maravilla, Candela —le dijo Antón mientras dejaba su abrigo en el perchero de la entrada. Llevaba un bonito jersey negro de cuello de cisne y un pantalón oscuro de traje que le afinaba más la figura y le hacía parecer más joven—. Tengo un hambre voraz. ¿Te gustaría comer conmigo?

Ella aceptó la invitación sin pensarlo y le faltó tiempo para poner la mesa. Mientras Candela se afanaba con los platos, Antón se fijó en Catinca, que estaba bajando las escaleras dando pequeños saltos.

—¿Comerá mi hija con su padre? —preguntó con sorna Antón desde la puerta de la cocina.

—¡Ah, no, papá! —gritó ella y corrió hacia él para besarlo—. ¿Sabes que viene Dominic dentro de unos días? Mi profesora Elena me recogerá en un rato para ir a comer. Tengo ganas de uno de esos helados de Francis con plátano y chocolate.

—Todo colesterol —interrumpió él—. Cálmate Cati, te aceleras como una moto cuando viene Dominic. ¿Cuándo ha llamado?

Ella hizo una pirueta y sonrió con dulzura.

—Antes. Llamó cuando estaba en clase y cogí el teléfono desde la

biblioteca. Dice que tiene muchas cosas que comentarte; algo de un bufete.

Suspiró mirando a Catinca y accedió a que no comiera con ellos. Al instante, ella salió corriendo escaleras arriba dándole las gracias una y otra vez y desapareció tras la puerta de su habitación.

—El muchacho de Jonás —murmuró Candela mientras servía la comida.

—El mismo —repuso él—. Mi hija lo ve como un Dios. No es que me agrade esa dependencia que tiene con él, pero confío plenamente en ese chico y, aunque sé que Catinca sufrirá tarde o temprano con todo esto, prefiero no intervenir. Creo que no estaría ayudándola ante la vida si le impidiera las situaciones que la pueden herir.

Candela asintió y Antón se sentó frente a ella.

—¿Saben esos muchachos, los hijos de sus amigos, toda esta historia, señor Andrade?

—Dominic sí. Ha pasado algunos momentos complicados en su vida y creí conveniente contarle sus raíces. Su situación no es como la de los otros; no tuvo a su padre tanto tiempo. En cambio, los hijos de Roberto, Alba y Richard no lo saben y no es mi cometido que ellos lo sepan, no por el momento —respondió—. Roberto tiene a su madre y mientras ella viva, ella decidirá qué confesar. En el caso de Carlo, la pérdida es demasiado reciente. No es el momento. No ahora.

—Es comprensible. Sobre todo teniendo en cuenta sus «edades bárbaras» —dijo ella con retintín.

Antón se echó a reír y se inclinó sobre la mesa.

—Veo que la curiosidad te mata, querida Candela —comentó con tono burlón—. Eso es bueno, significa que la mujer mayor moderna es realmente moderna. La he subestimado, señora cabaretera.

—Ría, ría... Está muy seguro de que me asustaré, pero de momento creo que he aguantado con elegancia y mucha clase el episodio de sus juegos con Eleonor y ese sótano de Torquemada de la madame francesa.

Antón asintió solemnemente y apuntó a Candela con el tenedor.

—Pues coma, señora cabaretera. Tomaremos el postre en el salón y descubrirá que su jefe no es el alma cándida que tiene ahora delante. Ya veremos si no sale despavorida de aquí —rió—. Por cierto, Candela, creo que siempre te lo digo, pero cocinas de maravilla.

Ya sentados en el sofá, Candela preguntó por Stefan Levi.

—Siempre tuve la esperanza de dar con él —explicó, mientras sujetaba su

puro y revolvía el café con aquella diminuta cucharilla de plata—. No obstante, aunque viajé a Barcelona muchas veces, todos mis esfuerzos por localizar a la familia fueron en vano. Stefan nunca nos habló de su entorno, no se sentía muy orgulloso de su parentela. Era gente con dinero, extravagante y muy alejada de lo que él representaba. Nunca llegué a saber si se casó o formó una familia, aunque sí descubrí en una de mis incursiones que vivió un tiempo en Londres, pero luego le perdí el rastro.

—Entonces, ¿cuántos años calcula que tendrá ahora? ¿Unos setenta y cinco? ¿Quizá más? —meditó ella—. Una edad complicada, pero no significa que no siga vivo, señor Andrade.

Antón caviló unos segundos antes de dar una profunda calada.

—No lo sé. Dios sabe que lo busqué durante mucho tiempo, aunque también es cierto que Stefan deseaba viajar y conocer el mundo, enseñar a otros niños con menos posibilidades. Recuerdo que una vez me comentó que quería ir a Colombia y a Brasil, enseñar en pequeñas escuelas y construir otras para que todos pudieran disponer de medios para una educación. Él era así, un hombre altruista y muy humano.

—Pero ¿qué sucedió después? Me habló de la expulsión de Goretti, ustedes estaban débiles, rotos por dentro y aun así...

—Aun así sobrevivimos, Candela. Y no lo digo solo en el sentido literal de la palabra, sino desde el punto de vista existencial; sobrevivimos moralmente a casi diez años de confinamiento, castigos desproporcionados, abusos y miedos. Sobrevivimos a nuestros temores y cargamos, cómo no, con todo ese dolor hasta que, poco a poco, logramos superarlo y taparlo de algún modo con nuestra nueva vida.

Stefan modificó el sistema de enseñanza y se dedicó a buscar a los parientes de los alumnos de San Torbe. En algunos casos era sencillo, pero, en otros, era casi imposible y a veces la suerte era una buena aliada. Lo cierto es que poco a poco muchos de los muchachos fueron saliendo del colegio y los que nos quedamos, estudiamos ferozmente para recuperar la educación que no habíamos recibido durante ese tiempo. Pero me estoy adelantando. Vayamos por partes y continuemos con lo que ocurrió cuando recuperamos la salud y San Torbe dejó de ser una cárcel de barro y ladrillo para nosotros.

Pasé muchos días sin separarme de Alexander que, a diferencia de mí, seguía sin recuperarse, envuelto en una tristeza velada y una amargura que me rompía el corazón. Supe por las marcas de su cuerpo y su gran debilidad

que mi amigo había sufrido mucho más que yo en aquel sótano, creo que por protegerme, por rebelarse o qué se yo. Jamás me confesó lo que pasó de un modo directo y claro, tan solo me sonreía con esa amabilidad que me arañaba el alma y le quitaba importancia diciendo que solo estaba cansado y que yo era más fuerte que él y me recuperaba rápido. No le creí, porque conocía sus expresiones y sabía que la suavidad de sus palabras ocultaban un corazón roto y un alma que, sin ser adulta del todo, había crecido demasiado deprisa. Dedicué muchas horas a leer, junto a su lecho, libros nuevos que yo mismo iba a comprar al pueblo, una forma de compensar y agradecer las horas que él me había regalado mucho antes. De vez en cuando se quedaba dormido cuando apenas había empezado el segundo capítulo; otras veces, sus ojos permanecían inmóviles, casi muertos, contemplando las diminutas grietas del techo o los sauces del patio a través de la ventana. Ni siquiera se movía, no decía nada y su silencio me invitaba a protegerle un poco más. En mi fuero interno sabía que, después de lo ocurrido, Alexander no sería jamás el mismo muchacho risueño de antes.

Tengo que decirte que las monjas se portaron de un modo que nos sorprendió a todos. Permitieron que Eleonor, Alba y Micaela pasaran unas horas con nosotros para curarnos y hacernos compañía. Y eso era media vida. Por lo visto, fueron ellas mismas las que solicitaron ese permiso, apoyadas por Stefan, que dejó claro desde el principio que las atenciones de una mujer siempre serían mucho más efectivas y meticulosas que las de cualquier profesor del colegio.

No sé con qué recuerdo quedarme de aquella última semana de julio, porque todos me resultaron maravillosos y nuevos. Leonardo aferrado a los brazos de Stefan, acurrucado en la cama, con la cabeza en sus rodillas mientras este le explicaba geografía y literatura; Jonás Romano tirando de la falda de Micaela cuando esta atendía a Richard o Roberto, que se hacían los enfermos de un modo teatral y dramático; Jeremías y su angustia cada vez que observaba a su primo Llosa con aquella melancolía que se dibujaba en su rostro, o Argas, que siempre estaba pendiente de todos sin pronunciarse.

Nunca olvidaré aquella tarde en la que Llosa, con su habitual discreción y sencillez, entró en la habitación de Alexander y se aproximó a su cama como si temiera molestarlo o importunarlo. Mi primera reacción al ver sus ojos fue apartarme sutilmente y dejarles un poco de espacio, pues tenía la sensación de que no debía estar ahí, que algo existía entre ellos que les unía de algún

modo. Y qué razón tenía, porque, con el tiempo, supe que Alexander también había sufrido abusos por parte de Valdespino y que, para Llosa, su apoyo fue primordial para superar aquel capítulo sórdido de su juventud.

Antón observó los pequeños montoncitos de ceniza que dejaba en el cenicero.

—Jamás nos contó las miserias de los demás, pero Alexander lo sabía todo y nos ayudó de un modo discreto y mesurado. Cargó con sus propios tormentos, pero se ocupó más de los demás que de sí mismo y eso, Candela, le pasó factura cuando su joven cuerpo dijo «¡Basta!» Y se quebró.

—Debe ser un hombre brillante.

Antón se rio.

—Eso puedes decírmelo incluso tú, porque lo conoces.

Candela se quedó de piedra.

—¿Disculpe? ¿Cómo que lo conozco?

Antón confirmó con un suave movimiento de cabeza.

—También conoces a su esposa, Elvira. Creo que coincides con ella los domingos en la iglesia. Alta y morena, dos hijos pequeños, Mateo y Sara...

—¡Oh, Santo Dios, Alex! ¿Alex? ¿El dueño de la fábrica de Santiago? ¿Él es Alexander, su Alexander?

—El mismo...

Candela no salía de su asombro. Se llevó ambas manos a la boca y abrió los ojos como si en cualquier momento se dispusiera a gritar.

—¡Pero si vive en Torbe! ¡En Torbe! Yo lo he visto alguna vez, suele... ¡Oh claro, por Dios! Suele estar siempre metido en la librería los sábados por la mañana, cuando voy al mercado. Es un hombre muy elegante, con el pelo cano y largo. Siempre me ha parecido uno de esos galanes de la Edad Media por ese pelo y ese rostro tan moreno. Su hijo es más joven que Catinca y la niña es muy pequeñita aún. ¡Por Dios! ¡Si hablo con Elvira todos los domingos, no me lo puedo creer!

—Calma, Candela —rio amargamente Antón—. Parece que te afecte más que a mí. Se nota que estás metida en la historia.

—¿Cómo no me va a afectar, señor Andrade? Cada vez que le oigo hablar de ustedes dos, recuerdo a mi hermano y se me rompe el alma. Santo cielo, Alexander... No sabe la sensación más extraña que es ponerle un rostro real a ese muchacho. No tiene ni idea. Un rostro real y actual fuera de la imagen de la fotografía... Oh Señor...

—Créeme cuando te digo que intentó volver a ser el mismo y, durante un tiempo, lo logró o eso pensamos todos, incluido él —continuó Antón—. No son muchas las veces que he coincidido con él, lo cierto es que han sido muy pocas, dado mi trabajo y mis viajes, que me han mantenido fuera de casa largos periodos, pero cuando pasa, cuando me cruzo con Alexander, es como si yo fuera un desconocido para él. Yo actúo como si así fuera, porque me resulta menos doloroso. Sin embargo, veo que sonrío... de un modo circunspecto y secreto, pero lo hace. Y, por mucho que haya pasado el tiempo, sigue siendo el mismo muchacho, con las mismas expresiones y los mismos gestos. Y yo, sí lo conozco. Profundamente.

Pero déjame seguir, por favor. Ya llegaremos a esa parte actual un poco más adelante. Como te iba diciendo, las semanas previas a la gran fiesta que todos habíamos esperado y ahora teníamos olvidada totalmente, fueron maravillosas. Debo reconocer que la compañía de Eleonor ayudó mucho a Alexander, que fue saliendo de su mutismo poco a poco y recobrando levemente su vitalidad y su mirada sincera y llena de intenciones. Ella siempre llegaba a la habitación con una sonrisa en su joven rostro, se sentaba junto a nosotros y se pasaba horas acariciando los rizos de Alexander mientras con la otra mano me arrullaba. Mentiría si dijera que mis impulsos estaban aplacados, todo lo contrario: deseaba con toda el alma poder estar a solas con ella o con ambos para disfrutar de aquella mujer. A veces sentía que todo el calor se concentraba en un único punto cuando nos tarareaba con su suave voz alguna melodía. Entonces miraba de reojo a Alexander, que me sonreía de aquella manera tan particular en él cuando tramaba algo, y luego suspiraba profundamente y se enterraba entre sus cabellos para quedarse dormido. Pero estábamos en Torbe y ahora todo era diferente. Respetábamos a nuestro maestro y no queríamos que nos sorprendiera en ninguna actitud poco decorosa. Por suerte, sabíamos que en algún momento podríamos volver a la mansión de Bishop.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Candela—. De Cecilia Bishop, quiero decir. ¿Qué hizo después de ayudarlos?

—Fue discreta y cauta. Esperó un par de semanas y, una noche, apareció en el colegio vestida como si se dispusiera a ir a la Ópera de París. Antes de acostarnos, y dado que estábamos de vacaciones y no teníamos mucho trabajo que realizar, Stefan nos dejaba pasar largos ratos todos juntos en la habitación de alguno de los grupos. Unas veces nos íbamos al cuarto de los

Malbaseda y otras nos quedábamos en la mía, la de Jonás y Richard o, menos a menudo, en la de Alexander. Cuando alguien llamaba a la puerta ya no nos sentíamos amenazados, pero, a veces, ese nuevo privilegio se nos olvidaba y se nos aceleraba el corazón. Lo cierto es que una de esas noches, mientras fumábamos cigarrillos y leíamos alguna revista o periódico, llamaron a la puerta y apareció ante nuestras narices Madame Bishop enfundada en un vestido hasta los tobillos de tafetán rojo oscuro muy brillante, perlas, largos pendientes y una diadema en la cabeza que recogía su cabello en un moño lleno de tirabuzones. Estábamos a punto de cumplir los dieciocho años y ella seguía pellizcándonos los mofletes como si fuéramos niños. No nos importaba, adorábamos sus formas, su carácter ambiguo y decidido y aquella forma de achucharnos entre sus brazos como si fuéramos pequeñas mascotas a las que alimentar y cuidar.

«Mis niños. Veo que estáis espléndidos. Me alegro de que estéis mejor. Venga, dadle un beso a Bishop.»

Éramos como una especie de procesión de Semana Santa. Ella nos iba abrazando uno a uno y nos decía los hermosos hombres en lo que nos estábamos convirtiendo. Le dimos las gracias por todo lo que había hecho por nosotros y por su intervención. Ella movía las manos diciendo que aquello no tenía importancia, que éramos sus niños mimados y a sus niños nadie los tocaba. No de ese modo. Nunca. Luego se sentó en una de las camas, la de Richard, y observó la habitación, que estaba recién pintada y al menos no transmitía aquella tétrica sensación de orfanato de película de terror, y suspiró. Nos habló durante mucho rato de la mansión y de lo mucho que las «niñas» nos echaban de menos a todos. Nos dijo que varios caballeros habían preguntado por la jovencita pelirroja que cantaba y giraba en círculos y eso nos provocó un ataque de risa a todos.

«Deberían probar a conquistarla», comentó Argas con humor. «Seguro que más de uno se lleva un puntapié.»

En eso estábamos todos de acuerdo, aunque todos sabíamos que Micaela estaba perdidamente enamorada de Jonás.

Seguimos charlando animadamente hasta que, de repente, Stefan Levi abrió la puerta y se quedó con la boca abierta ante la imagen de aquella mujer rodeada de sus alumnos.

Candela soltó una ronca carcajada que a punto estuvo de provocar que derramara todo el café. Antón levantó una ceja y asintió.

—Era nuestra madre, Candela. Al menos lo más parecido a ese recuerdo lejano y perdido en nuestros corazones. Su perfume y sus abrazos, sus palabras de sosiego y el amor que reflejaban sus ojos nos proporcionaban una calma indescriptible, un sosiego y una quietud que solo experimentábamos cuando estábamos con ella o con Stefan. Eso era lo que conocíamos, eso era lo que recordábamos, eso era a lo que nos aferrábamos.

Todos nos quedamos de piedra, pero nuestro maestro sonrió y cerró suavemente la puerta.

«Buenas noches señorita Bishop. Parece una gallina rodeada de polluelos.»

Aquello nos provocó a todos, incluida Bishop, un ataque de risa reparador. Ella le dio la razón con elegancia y Stefan se sentó en la cama de enfrente. Llosa, Alexander y Leonardo no tardaron en salir disparados hacia el maestro y se repantingaron junto a él.

«¿Me roba a mis polluelos, señor Levi? Eso no es decoroso y de caballero.»

«En absoluto, Madame», repuso con humor. «Solo la libero de tanta carga y responsabilidad. Aunque sé que es una mujer de muchos recursos, no veo que disponga de muchos más brazos.»

A todo esto, yo estaba a punto de llorar de la risa viendo a Richard con los ojos cerrados apoyado en uno de los pechos de Bishop que amenazaban con salir del corsé. Stefan también se percató de la escena y sacudió la cabeza.

«Señor Armani, se nota que está usted encantado, pero sería menos violento para todos que se apartara un poquito más y quitara esa expresión de alegría contenida... No es que me moleste, solo que no me acostumbro con tanta rapidez a sus necesidades adolescentes y no me gustaría que entrara uno de los nuevos profesores y pensara que esto es Sodoma y Gomorra.»

Richard abrió un ojo con cierta pereza, luego los dos, los puso en blanco y dejó rodar su cabeza hasta las rodillas de Cecilia. Creo que aquella noche es una de las que recuerdo con más cariño. Si Madame Bishop hubiera tenido veinte años menos, estoy seguro de que nos habiéramos dejado la piel y la vida porque nuestro maestro y ella acabarían juntos.

«Señor Levi», dijo entonces Bishop, mudando el rostro afable y concentrándose en lo que iba a decir. «Usted sabe lo que estos chicos significan para mí, y ya le expliqué la otra noche en la mansión mis intenciones para con ellos.»

¿Había dicho mansión? ¿El maestro en la mansión Bishop? En aquel

momento todos los ojos se movieron de un lado a otro, nos miramos, los miramos, fruncimos los ceños, abrimos la boca, pero guardamos silencio como si fuéramos mudos. Madame Bishop prosiguió:

«Lo que intento decir es que sigue siendo mi intención que pasen unos días conmigo. Sabe que es un hotel maravilloso, usted mismo pudo verlo, no hay nada indecoroso en...»

«Con todos mis respetos señorita Bishop», la interrumpió él. «No siga por ahí. No me venda esa mansión-hotel como si fuera estúpido. No me subestime así. No hay nada censurable en su actitud. Sea clara. No creo que precise de mis muchachos para servir las bandejas de las bebidas o pasear su belleza juvenil por los pasillos. No olvide que fui yo quien les dio los medios para llegar a usted y que descubrieran las necesidades que todo adolescente debe saciar antes de llegar a la edad adulta.»

En aquel momento vimos a Bishop fuera de juego por primera vez ante un hombre y, créeme, Candela, que era muy difícil hacerla llegar hasta ese punto. Abrió la boca con la intención de decir algo, pero el maestro levantó con delicadeza la mano para pedirle que guardara silencio y continuó:

«Soy maestro, señorita Bishop, no monje, y he tenido una vida antes de recluirme en este colegio, y también medios... No veo nada indecoroso en sus negocios, ni en sus fiestas, ni en sus «actividades» veladas. No necesita hablarme así. Si considera que los chicos pueden pasar unos días disfrutando como quieran, no tengo ningún problema, siempre y cuando retomen sus estudios cuando empiece el curso. Todavía les queda un año y muchos de ellos pueden entrar en la Universidad; pueden hacer grandes cosas. No quiero que abandonen y esa es mi condición. Mi única condición. Enseñe todo lo referente al amor en esa mansión maravillosa que tiene y déjeme a mí prepararles para la vida.»

Aquel alegato nos dejó a todos fascinados. Stefan tenía sus enormes ojos azules clavados en Bishop y ella lo miraba con ferocidad y una suave sonrisa de triunfo en su rostro regordete y ovalado.

«Es usted increíble, señor Levi. Ciertamente me resulta fuera de lo común y me agrada contar con su discreción y su comprensión ante todo este asunto. Me sorprende que, con su belleza y su inteligencia, aún no se haya casado con una mujer de buena posición.»

«Cuando dedicas toda tu vida a los demás, queda poco tiempo para el amor, señorita Bishop, y usted, mejor que nadie, debe saberlo. Debe cruzarse

en tu camino una persona con tu misma vocación y predisposición al trabajo, que comprenda tu falta de tiempo y ese amor incondicional por lo que haces. En las relaciones somos egoístas.»

«Sin duda», contestó ella con el mismo gesto de asombro y admiración.

Fue entonces cuando Stefan se incorporó ligeramente en la cama, se colocó su chaleco negro con pulcritud y aplanó las finas mangas blancas de la camisa antes de levantarse.

«Bien, chicos, tengo varias cosas que comunicaros y condiciones que poner para que este último mes de verano sea como todos deseáis. Creo que es justo que partamos de la sinceridad y dejemos de fingir que yo no me entero de nada. Así que os pido vuestra mayor atención. Tengo una noticia importante que dar a los Malbaseda. He localizado a vuestra familia en Italia.

«Maestro. ¿Cómo es eso?», preguntó con voz queda Llosa.

«Vuestros padres vivían aquí en España, pero tenéis una familia bastante numerosa en Roma. Ahora están de vacaciones en Estados Unidos, pero regresarán a final de agosto y vendrán directos a Torbe. Querían hacerlo de inmediato, pero les he tranquilizado. Saben que estáis bien atendidos y les he pedido que no tengan prisa, que organicen todo lo que deban de organizar antes de venir. Por lo que me ha contado uno de vuestros tíos segundos, creían que vuestros padres estaban en Alemania. Por lo visto, vuestra familia no se llevaba muy bien con ellos y emigraron a España. No he querido entrar en más detalles. No sabían que hubiesen tenido hijos y se han puesto bastante nerviosos al saber que sois dos y que ya estáis en la adolescencia. Ha sido muy emotivo, creo que estaban bastante afectados y parece una familia extremadamente unida.»

«Tenemos familia», murmuró Jeremías con los ojos llenos de lágrimas mientras miraba a su primo.

«Sí. Y parecen muy pudientes. Les he hablado de todo lo que tenéis aquí y ellos me han comentado que no tendrán ningún problema en que volváis las veces que deseáis. No quieren que perdáis el contacto con el resto. Ahora solo queda conocerlos». Hizo una pausa y miró a Leonardo. «Leo, tú también tienes familia y he dado con ella en Londres. Un primo de tu madre se trasladó a vivir allí hace veinte años. Lo localicé estando en Barcelona a través del consulado y de varios contactos. Tu apellido también es muy particular, por lo que no fue difícil, y te digo lo mismo que a Llosa y Jeremías. Le he pedido un tiempo para que puedas adaptarte antes de que

venga a conocerte.»

Estábamos asombrados y asustados. Leonardo comenzó a llorar desconsoladamente y se aferró al pantalón de Stefan como si temiera que se desintegrara.

«¿Y mis amigos? Yo no quiero irme a Londres y que no pueda verles nunca más», sollozó. A mí se me partió el corazón.

Stefan le tranquilizó. Le dijo que no debía preocuparse, que su familiar conocía su vida aquí y por lo que había pasado, y que no había puesto impedimento alguno para que siguiera en contacto con todos sus amigos. Cuando logró que Leo dejara de llorar, nos miró a nosotros.

«Vosotros cinco», dijo apuntándonos con el dedo a Richard, Roberto, Alexander, Argas y a mí. «Acabareis el curso aquí y me ocuparé de que entréis en la universidad. No tendré inconveniente en que trabajéis siempre y cuando vuestras notas sean satisfactorias. Podéis compaginarlo, no dudo de vuestra capacidad. Tendréis plena libertad. Alguno de vosotros está a punto de cumplir los dieciocho, por lo que no es una exigencia, sino una petición que os hago.»

«Trabajar para Madame Bishop», murmuró Cecilia con una sonrisita llena de malicia.

Nos quedamos sin habla y no porque no deseáramos hacer lo que nos pedía, sino porque aquello era lo mínimo que podíamos hacer. Nos había salvado la vida. ¡Qué paradoja! Eso no era un favor, no era un sacrificio. Se nos iluminó la cara. Jonás se puso en pie y Roberto lo miró de reojo.

«Maestro. Aunque nos disgustara la idea, que dudo que sea así, ¿cree que estaríamos en condición de negarle algo después de todo lo que ha hecho por nosotros? Yo creo que no. Yo sí deseo estudiar.»

«Y yo», dijo Roberto. «Yo siempre he querido ir a la universidad, para mí es necesario. Yo quiero ir.»

Alexander asintió sonriente y creo que en ese momento volví a ver en sus ojos el brillo que me había enamorado tiempo atrás.

«Hay muchas damas listas en edad de merecer en la Universidad», soltó Richard. «Sin sus papás cerca, independientes... Me gusta la idea...»

«¡Ah, venga ya!», exclamó Roberto alzando los brazos mientras los Malbaseda, Argas y Leonardo se reían dándole ya por perdido. «Siempre pensando en lo mismo Richard. ¿No te agota? ¿En serio que no te agota?»

Recuerdo a Richard haciendo un chasquido con la lengua y enterrando la

cabeza otra vez en las faldas de Bishop mientras jugueteaba con aquel enorme collar de perlas que le llegaba hasta la barriga. La emoción de Llosa y Jeremías, las dudas de Leonardo, la alegría de todos los demás... Se armó un pequeño revuelo en la habitación, voces que aplastaban otras voces, risas que suplían muchas lágrimas y entonces la voz de Bishop se elevó por encima de todos y se levantó de golpe mientras Richard hacía lo posible por no caerse de la cama.

«Hay una cosa más que me gustaría tratar con usted, señor Levi, antes de que me vaya. Sé que esas dos muchachas, Alba y Eleonor, tienen la oportunidad de ir a un hogar, y estarán en Torbe cerca de los chicos, pero me preocupa Micaela y desearía de corazón hacerme cargo de esa niña. No para nada indecoroso, solo ocuparme de ella. Tiene carácter. No la veo cuidando de nadie y quiero sacarla de ese convento antes de que se marchite dentro.»

Stefan se quedó durante unos instantes pensativo junto a la puerta y luego la miró con amabilidad.

«Hablaré con las monjas. Veré que puedo hacer, señorita Bishop.»

En ese momento, Bishop se aproximó a Stefan y le sonrió con picardía.

«Mienta, señor Levi, sáltese las normas un poquito. Le estoy dando mi palabra de que esa jovencita no estará en mi casa para trabajar como mis «niñas». Se ocupará de la administración de la mansión y del hotel, le enseñaré todo lo que necesita saber para salir a la calle y comerse el mundo. ¿Hay algo indecoroso en todo eso, señor Levi? Yo creo que no.»

Stefan se rio. Por un momento vimos desaparecer la discreción y la suavidad que siempre le acompañaba y entró en su juego. Tomó su mano y se la besó con educación, luego la miró y, antes de salir, sonrió otra vez.

«Veremos qué puedo hacer, señorita Bishop.»

Y tras decir esto, ambos salieron dejándonos en total silencio, mirándonos unos a otros como si no acabáramos de asimilar todo lo que se había dicho en aquella habitación, todo lo que nos esperaba y todo lo que iba a cambiar en nuestra vida. Creo que aquella noche ninguno durmió. Muchas cosas pasaron por nuestras cabezas, muchos pensamientos alimentados por los años de soledad, por los años de desazón y zozobra. Pero estábamos ahí, seguíamos ahí, y quizá, solo quizá, por fin empezamos a pensar, como decía Alexander, que había algo bueno esperándonos ahí fuera.

16

Contempló la figura atlética de Evan a través del espejo del tocador, mientras acababa de maquillarse. No recordaba el tiempo que llevaba trabajando para ella, quizá siete u ocho años, aunque tampoco le importaba demasiado. Tampoco recordaba las fechas de cumpleaños de sus más allegados amigos, y eso no iba a cambiar por muchos años que pasaran. Miró la hora. Había llegado demasiado tarde de París.

Evan avanzó varios pasos, cerró la puerta y se dejó caer con elegancia sobre uno de los butacones acolchados en piel caoba. Al verle allí, recolocándose con sutileza la camisa negra que llevaba, Micaela se preguntó si realmente ese hombre, que no había llegado a los cuarenta, amaba su trabajo tanto como ella creía y no echaba de menos formar una familia, vivir una vida normal y ser de algún modo «lógico» feliz. Se dio cuenta de que Evan la observaba con aquellos ojos felinos color avellana tan intimidatorios, unos rasgos agresivos que, junto con su cabello negro y su rostro anguloso, dotaban a aquel hombre de una «violencia erótica», como ella solía decir. Esa forma de mirar que te avisaba, que te advertía de algo, que bien podría ser bueno o malo, según el momento, según la situación y el instante preciso. Pero Evan tenía otras virtudes que lo hacían su favorito; no titubeaba cuando se trataba de actuar como un buen instructor frente a todos sus clientes; tenía la calma y la frialdad de un hombre que sabía lo que hacía, que disfrutaba, que no se arrepentía y jamás apartaba la mirada de nada. Ni siquiera de ella.

—¿Cómo está nuestra nueva mascota? ¿Se ha portado bien esta mañana?
—preguntó abrochándose el cuello de su camisa blanca de seda.

Evan dejó escapar un suave ronroneo algo malicioso, se reclinó sobre el respaldo y cruzó las piernas mientras estiraba uno de sus largos y fuertes brazos hacia la mesita auxiliar para servirse un poco de zumo que había en

una jarra de cristal. El sonido de los remaches de sus botas sonaron deliciosamente y ella se giró para mirarle.

—Tiene carácter. Le cuesta recibir órdenes y es mucho más vergonzoso de lo que creía, querida. Lleva en la galería desde las ocho de la mañana y te puedo asegurar que no le gusta mucho que otro hombre se ocupe de su adiestramiento; creo que estaba convencido de que sería una joven y tierna instructora. Pensé que le iba a dar un infarto cuando me vio bajar —murmuró muy despacio—. Se puso muy nervioso.

Micaela asintió, se levantó para calzarse y, tras ponerse sobre la camisa un bonito corsé negro, se ajustó el cinturón del pantalón, se sentó frente a Evan y se sirvió café.

—Háblame de sus miedos —pidió ella. Evan tenía la mirada clavada en ella y sonreía maliciosamente mientras jugueteaba con el vaso de cristal—. ¿Es tan duro como él cree?

—Se teme a sí mismo, Micaela —afirmó rotundamente—. Se excitó con su primer castigo y se avergonzó de ello. Supongo que tiene su condición y su sexualidad muy marcada y no comprendió por qué le sucedía eso, y menos conmigo. Soporta el dolor y le gusta; es más, creo que disfruta demasiado. Es obstinado, rebelde y reta con la mirada; le cuesta mucho rendirse aunque tengo que decirte que, llegado el momento, cuando le haces bajar dos peldaños, cede y se abandona. Una joya en psicología, es como la caja de Pandora.

—¿Dónde lo has dejado?

—En la sala de masajes, con Silvia. No le di tregua en cinco horas, Micaela, y todavía me sonreía cuando le solté las correas y se estampó en el suelo. Es como un animal herido, realmente delicioso. Le pregunté si ya tenía suficiente por el momento y me miró. ¿Sabes lo que me dijo? Que podía seguir otras cinco horas si eso era lo que yo quería. Luego añadió el «Señor» como si quisiera matarme. Creo que lo hubiera hecho si hubiese podido —comentó con humor—. Es un «pura sangre».

Micaela soltó una suave carcajada y llenó su vaso de zumo. Era la hora de comer, pero prefería esperar. Se quedó pensando unos segundos y luego miró a Evan, que seguía observándola con descaro.

—Este es el gran misterio del ser humano, querido mío. Nos pasamos la vida haciendo lo correcto y un día nos damos cuenta de que hay algo oscuro en nosotros, algo sucio y diferente que enciende nuestras pasiones y nos

excita hasta lo más profundo de nuestro corazón. Creo que el señor Dumont no conoce todavía el alcance de sus perversiones y se da cuenta de ellas cuando las tiene delante. Dijo que era heterosexual y no dudo de su condición, pero se ha excitado bajo tu mano, no porque seas hombre, sino por lo que hacías. Creo que puede romperse si no vamos con cuidado y le damos un poco de tregua. Bajemos a ver a ese «pura sangre». Luego le dejaremos comer con los demás, aunque no creo que el orgullo del señor Dumont le permita relacionarse con los dóciles compañeros que tendrá.

El hombre dejó escapar una risa melodiosa y se levantó. Se aproximó a la puerta y la invitó a pasar mientras abría.

—Señorita...

—Corta el rollo, Evan —repuso con humor—. Esa cordialidad no te pega. Me gusta más verte avanzando hacia esas hermosas niñas que ansían tus castigos con la esperanza de que, después, las premies con tus encantos... Es todo un espectáculo de entrega. Todo un espectáculo, sí señor...

Evan se rio y la siguió por el pasillo del piso superior. Bajaron la escalera y entraron por una puerta lateral que abandonaba el papel floreado para dar paso a paredes de piedra, lámparas antiguas encastradas en el techo y un amplio laberinto de pasillos y galerías repletos de puertas de madera gruesas con pequeños ventanucos en el centro para poder observar el interior. Todas estaban numeradas y cerradas. Llegaron a la número tres y Micaela dejó pasar delante a Evan quien, nada más entrar, descolgó de una de las paredes una fusta larga que se enrolló en la muñeca con una cinta de cuero que pendía de su extremo. Con las manos a la espalda, se situó frente a la camilla de masajes que tenían delante.

La joven muchacha que trabajaba sobre la espalda de Abel los saludó afablemente, pero él pegó un brinco y a punto estuvo de caer de la camilla. Miró a Evan y sonrió arrugando la nariz en un gesto despectivo.

—Madame Bernal y su sargento de caballería —murmuró con retintín.

Evan le lanzó un fustazo justo en el comienzo del trasero, donde la fina toalla blanca comenzaba a tapar su carne.

—Cierra esa boquita, Dumont, incorpórate y ponte en tu posición, si es que no se te han olvidado mis clases particulares. Vamos.

Micaela lo vio mirar de reojo a la joven masajista y ella le hizo un gesto para que saliera y cerrara. Justo en el momento en que la joven pasó a su lado, Micaela le susurró algo al oído y ella asintió y se fue. Cuando se

quedaron los tres solos pareció relajarse levemente. Bajó de la camilla, se sujetó la toallita y se arrodilló.

—No recuerdo que tengas privilegios —masculló Evan en un tono reprobatorio—. Esa toalla sobra.

—Oh, venga ya... —murmuró en un suspiro Abel.

Evan se aproximó a él y se acuclilló. Llevaba la fusta colgando de la muñeca y sujetaba su extremo con sus largos dedos.

—Obedece, Dumont. Fuera esa toalla.

Abel obedeció sin apartar la vista del instructor. Estaba furioso. Tenía las mandíbulas contraídas y un gesto de ira cruzaba su rostro juvenil.

—Buen chico...

Entonces Micaela se aproximó y comenzó a observarle. Eso le intimidó. Abel trató de taparse, pero Evan le golpeó la mano con la fusta e hizo que la apartara bruscamente.

—Bonito cuerpo, señor Dumont, poco habitual en hombres que pasan su vida detrás de los libros. Veo que ya conoces a mi fiel Evan Mengoni, mi mejor instructor. Es una pena que no valores el tiempo que está dedicándote; tengo veinte preciosas niñas en las otras galerías que desearían estar en tu lugar y algún muchacho también, todo hay que decirlo. ¿Cómo te encuentras?

Abel apartó la vista del instructor y clavó sus ojos en Micaela. Estaban llenos de rabia y contención. Era maravilloso.

—Madame... Estoy bien. Sigo vivo.

—¿Te gusta tu habitación? Es amplia y confortable, y podrás estar en ella siempre y cuando tu comportamiento sea el adecuado. Si no es así, pasarás a una de las celdas de la galería y perderás tus privilegios. Quiero que seas consciente de dónde estás, porque no parece que lo sepas.

—Madame. Soy consciente. Solo que no me esperaba que su guardia pretoriana fuera tan rapidita y madrugadora.

Otro fustazo en la espalda y Abel se inclinó hacia adelante.

—La puta madre... —farfulló riendo. Se puso recto y sonrió.

«Contención, soberbia, entrega, rabia, miedo y belleza», pensó Micaela.

Era perfecto. Ambos lo sabían. Evan le dirigió una mirada suspicaz y, al sonar la puerta, Abel volvió a pegar un brinco. Estaba demasiado tenso y algo rígido. Miró a la joven muchacha que acababa de entrar en la habitación y se quedó descolocado al comprobar que se situaba a su lado de rodillas y se desnudaba. Era preciosa: tenía el pelo más rubio que jamás hubiera visto en

su vida, sus cejas eran claras y tenía unos enormes ojos azules repletos de pestañas largas y sinuosas. Estaba delgada, pero sus pechos eran grandes y firmes. No debía tener más de veinticinco años y llevaba su sexo totalmente rasurado como un bebé.

—Señor Dumont —murmuró Evan con cierto aire indolente—. Cuando termine de escanear a Mary Jane vuelva a su posición.

Abel miró al frente. La joven no se movía. Había colocado las manos en las rodillas y se mantenía recta con la mirada en un punto fijo del suelo.

—Será tu compañera hasta que yo me ocupe de ti. Todo cliente pasa unos días con los instructores, me gusta que sea así para que sepan dónde están, que sean conscientes de que esto no es un patio de colegio o un chiste. Dado que te cuesta asumir órdenes y no entiendes muy bien tu papel aquí, quizá Mary Jane pueda enseñarte algunos modales.

—Madame...

Otro fustazo en la espalda.

—Voy a meterte esa fusta por el culo, amigo —masculló Abel con apenas un hilo de voz.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Evan. Y le asestó dos golpes más—. Perdona, no te he oído.

—Nada, señor... No he dicho nada —contestó fatigado y con las manos apoyadas en el suelo.

Mary Jane sonrió tímidamente cuando Evan pasó a su lado y se inclinó frente a ella. La joven tembló cuando él pasó la mano por encima de su hombro y jugueteó deslizando el dedo índice por el centro de sus pechos hasta el vientre. Ella se puso roja y se movió nerviosa.

—Cuanto tiempo, Mary Jane.

—Mucho, señor.

—Tengo que pedirte un pequeño favor, tesoro mío —le dijo—. Abel es insufrible y quizá tú puedas enseñarle algunas de tus virtudes y también todo lo que se pierde si no obedece.

Ella se rio. Miró a Abel desde sus ojos de niña y luego al suelo.

—Por usted, señor, lo que desee.

Abel soltó un bufido y en ese mismo momento Micaela se inclinó hacia él, le tomó las mejillas con una mano y le giró la cara hacia la joven muchacha.

—Fíjate en ella, Abel. Es joven, es preciosa y dócil. Podría estar en cualquier parte del mundo que ella deseara porque tiene medios y juventud,

pero está aquí y le apasiona estar aquí. Quizá descubras con el tiempo los placeres que encierra esta casa tan codiciada por muchos, pero para ello tienes que pasar por una serie de etapas que te hagan merecerlo. ¿No te parece hermosa?

—Sí, Madame... Mucho.

—¿Qué te diferencia de ella? —le preguntó.

—Yo tengo polla.

Al decir esto, Micaela lo abofeteó con fuerza y este se llevó la mano a la boca y comenzó a reír. ¡Ah, vaya! Le gustaba... Podía ver en sus ojos ese brillo, lleno de rabia y deseo, esa fuerza contenida y devastadora que, si ahora mismo soltaba, sería incontrolable.

—Modera tu lenguaje y tus bromas. Tus masajes han terminado. Comerás y dormirás una hora en tu habitación y a las cinco pasarán a recogerte para seguir con la instrucción. ¿Lo has entendido?

—Sí, Madame.

Evan ordenó que se pusiera en pie y lo encadenó por las muñecas en mitad de la sala. Las cadenas estaban ancladas al techo y eran extensibles, lo que permitía que tuviera los brazos en alto. Le dio una palmadita en el hombro y salió de la sala seguido de Mary Jane. Micaela se quedó frente a él, observando su expresión, su cólera reprimida y su vergüenza.

—No tengo claro qué harías en este momento, pero esa ira me agrada.

Abel se rio entre dientes y luego tiró de sus brazos y quedó a un palmo de Micaela.

—Violarte. ¿Soy suficientemente sincero? Es... terrible que un hombre me castigue, es humillante. Muy bien, Madame... Sabe bien cómo paliar ciertos instintos y darles la vuelta. Estoy deseando pasar esta instrucción con su general y tenerla delante. Creo que llevo desde los trece años esperando este momento, cuando veía sus fotos en el *Nigel Post* o en el *Vanitty Fair*. Toda una dama de la alta sociedad, de los negocios, aunque nadie mencionaría este pequeño tesoro personal, ¿verdad Madame? El tiempo no pasa para ella, sigue perfecta, como sacada de una pintura renacentista, tan hermosa y tan experimentada... ¿Era ese uno de los titulares? Todo un reto para mí.

«Eres un reto para mí, Micaela.»

Otra vez la voz de Jonás, como un sonido monocorde difuminándose detrás de la voz de Abel Dumont. Se removió y las cadenas sonaron violentamente y, aunque lo tenía a pocos centímetros de su nariz, permaneció

impasible frente a él.

—Desearás volver con Evan nada más sepas de lo que soy capaz, Dumont. Él suspiró.

—Qué sea lo que Dios quiera, Madame.

—Entonces será lo que yo quiera, dado que Dios en esta casa no tiene la última palabra.

Se aproximó a su cara y le apartó el pelo con delicadeza. Abel se quedó perplejo ante aquel gesto, perdido. Lo besó en la mejilla y se acercó a su oído.

—Ahora tienes una excusa maravillosa para lo que te está pasando —le susurró—. Él es un hombre, igual o más fuerte que tú, puedes pensar. Pero cuando yo me ocupe de ti, no tendrás nada a lo que aferrarte, Abel, ningún pretexto para explicar por qué te gusta lo que haces y por qué cedes... Ve asimilándolo.

Miró hacia abajo y lo vio excitado. No tenía muy claro si por lo que le había dicho o por lo que estaría pensando hacer con ella si la pillaba desprevenida. Abel apretó las mandíbulas y metió bruscamente la cabeza entre los mechones de pelo de Micaela mientras esnifaba su perfume con desesperación.

«Todo un reto para mí...»

Se apartó lentamente de él y vio el rostro de Jonás en su cara. Pestañeó varias veces y volvió a verle a él, su nariz afilada, sus ojos oscuros y su rabia; era Abel otra vez.

—Te vendrán a recoger en unos minutos para comer. Disfruta de tu tarde, Dumont.

Y dicho esto, salió de la sala cerrando la puerta con brusquedad. Cuando llegó a su habitación y se encerró, pegó un grito al ver a Evan sentado en la misma butaca en la que habían «desayunado» por segunda vez. Este se levantó de golpe y se aproximó a ella como si fuera a abofetearla en cualquier momento.

—Santo cielo, ¡qué susto me has dado!

—Qué demonios te pasa, Micaela? ¿Qué ha sido eso de bajar a Mary Jane? ¿Apoyo logístico? No es propio de ti.

—Yo misma le arrancaré todo ese odio. Solo le doy un punto de inflexión que le excite para que se relaje, no lo quiero hundido, lo quiero entero. ¡Entero!

—Te lo tomas como algo personal. ¿Por qué?

Micaela se dejó caer en la cama y se tumbó mirando al techo. Veía la figura titánica de Evan frente a ella, como si fuera un guerrero de otro tiempo, un demonio vestido de cuero negro y raso con correas de piel en las muñecas y aquel perfume caro que lo desbarataba todo en su cabeza. Ambigüedad, divino tesoro, pensó.

—Su carácter me recuerda a alguien de mi pasado. Es solo eso. Lo quiero con todo ese odio para mí, me hace sentir viva. No es alguien que quiera someterse, no lo desea y lo hace sin más, Evan. Él sabe que tiene que hacerlo, pero no lo soporta, no puede controlarse.

—No puedes quedarte sola con un individuo así, Micaela, y lo sabes. Todavía no lo hemos estudiado bien. Si te encierras en una sala con ese hombre y por un momento le sueltas las correas, será como si soltaras a un jodido león hambriento. Tendrás problemas y lo sabes.

—No estoy tan segura de eso, pero correré el riesgo. ¡Maldita sea, Evan! ¡Tenemos cámaras en todas las galerías! —exclamó, luego se relajó y suspiró—. Ven, anda, siéntate conmigo. Estoy agotada de pensar. Túmbate aquí «pretoriano»—dijo con una sonrisa.

—El chico tiene su gracia, sí —afirmó—. Micaela, aceptaré que entres sola con él mientras pueda ver lo que pase en esa sala. He escuchado tu conversación con él a solas y me ha parecido bastante decidido a cumplir sus palabras.

—Vale...Vamos. Túmbate y relájate. Mira cómo suenan los cristales de la lámpara y cómo huelen los gladiolos. ¿Sabías que los gladiolos eran unas flores que se entregaba a los gladiadores cuando ganaban sus batallas?

Evan se tumbó a su lado y miró al techo.

—«*Gladius*». Sí, Micaela, soy italiano. Debo saber ese tipo de horteradas también.

Micaela se soltó el corsé y sintió que el aire le entraba de golpe en los pulmones. Evan estaba abstraído y su gesto se había relajado. Estaba segura de que él pensaba que estaba loca, pero le daba igual. Se giró hacia ella y apoyó el codo sobre la colcha colocando la cabeza sobre la mano. Tomó uno de sus largos mechones pelirrojos y jugueteó con él entre los dedos mientras seguía pensando.

—No te preocupes por ese muchacho, Evan, dejaré la cámara puesta y verás que no es la bestia que pretende ser. Solo es un hombre asustado de sus

propios miedos. Teme desear más el lado servil y eso le aterra.

—Está obsesionado contigo desde los treces años. Creo que es motivo suficiente para que seas prudente. Podrías ser su madre, maldita sea... ¿Qué le pasa a esta juventud?

Micaela soltó una carcajada y se repantingó entre los cojines. Cogió un cigarro de la pitillera de la mesita, lo encendió y se lo dio a Evan, luego tomó otro y comenzó a fumar.

—Saturación, Evan, aunque no eres la persona más apropiada para hacerte esa pregunta. ¿Qué años tienes tú? ¿Treinta y ocho? Por el amor de Dios, ese chico es tres años más joven que tú. Hablas como un abuelo.

—Micaela, voy a matarte muy despacio. Tengo cuarenta y cuatro, pero gracias por quitarme años. Mi ego da las palmas en estos momentos. Eres penosa para los números. En serio, querida, háztelo mirar.

¿En serio tenía esa edad? Entonces llevaba muchos más años con ella de lo que pensaba y debía dormir en formol. Más de diez sin duda alguna. No dijo nada. Tan solo se disculpó con arrogancia y le acarició la cabeza.

—Vale, pretoriano. Iré al neurólogo la semana que viene —bromeó—. Pero sigo prefiriendo gastar mi dinero en cirugías y dietas milagrosas, deporte y esos baños de sales y barro que me dejan como un madero cuando se secan. Es el precio que tengo que pagar por conservar una juventud que ya no poseo.

—Siempre serás bella, Micaela. Son tus genes.

Evan se incorporó y le acarició el tobillo bajo el pliegue del pantalón mientras se levantaba de la cama. Se giró hacia ella con el cigarro entre los labios, lo apagó en el cenicero de la mesita y se arregló la camisa bajo los pantalones.

—Me voy a dar una vuelta para ver cómo van los demás instructores, mi bella Cleopatra —dijo con sorna—. Luego la veré de nuevo.

Esa afirmación llevaba implícito muchas cosas y Micaela se rio.

—Ya. No seas demasiado cruel con nuestra mascota. Si se enamora de ti, estarás perdido. Todos acaban enamorándose de ti, Evan.

—Graciosa. Muy graciosa. Come algo, mi reina, o no tendrás fuerzas para ese «pura sangre».

Nada más decir eso salió y cerró la puerta. Micaela se quedó en silencio observando los gladiolos sobre la chimenea y las voluptuosas cortinas de damasco que flotaban por la brisa de la ventana ligeramente abierta. Apagó el

cigarrillo y se recostó más cómodamente en la cama. Durante unos segundos pensó si aquella mañana se había olvidado de hacer algo y recordó que no había pasado por la librería ni por la perfumería. Siempre con prisas, siempre corriendo de aquí para allá con el tiempo justo y olvidándose de algo. Era un desastre. Un verdadero desastre. Cerró los ojos y escuchó los latidos de su corazón mientras pensaba en Abel y toda aquella rabia que sus ojos expresaban. Cayó en una especie de duermevela y oyó su voz por encima del dosel de la cama, de las bonitas cortinas que flotaban perezosamente y de su propio cuerpo adormilado.

«Micaela...»

El sueño le atenazó todos los músculos del cuerpo y poco a poco se quedó profundamente dormida. Y soñó... Soñó con aquella noche de libertad tras los horribles sucesos que habían vivido sus compañeros; soñó con el momento en que se quedó contemplando el frontal de la casa, los amplios postigos abiertos en todas las plantas y aquel profundo e inusual silencio al atravesar la puerta de doble hoja que llevaba al *hall* principal. Ella estaba allí con todos sus amigos, aferrada al brazo de Jonás como si temiera perderle. Cuando descendieron aquellas sinuosas escaleras hacia las entrañas del mismo infierno que la arrastraría para el resto de su vida a un mundo que se le antojaba tan fascinante como enloquecedor, tuvo miedo.

Oscuridad. El amplio salón estaba repleto de candelabros de plata que otorgaban al lugar una iluminación añeja y romántica. Bishop había colocado una elegante barra de contrachapado oscuro al fondo y varias mesas con sofás a lo largo de todo el perímetro. Desde cualquier punto se podía observar el espectáculo. La mansión estaba lista para la fiesta. Aún podía oler el suave y dulzón aroma de las rosas de Bishop en el jardín, el perfume de su bonita «dama de la noche», que siempre florecía cuando la luna brillaba en lo alto del firmamento. Jonás apretó su mano. La estaba mirando entre las sombras y ella era consciente de que sus ojos ya no reflejaban la inocencia o la rabia de un niño doliente, ni siquiera parecía él cuando enarcó los labios para sonreír. Todos habían cambiado. Todos habían mudado su gesto ante la vida después de lo ocurrido en los sótanos del orfanato y se habían hecho hombres demasiado duros, demasiado rotos por dentro.

—¿Qué va a pasar, Jonás? ¿Por qué se van todos para arriba?

—Tranquila, esta tarde he estado hablando con Bishop, no tienes de qué preocuparte. Pide algo de beber e intenta relajarte, Micaela. Solo es una

fiesta, la gente no tardará en llegar y la casa estará cerrada para todo el mundo.

Vestidos de raso, perlas, diamantes y esmeraldas colgando de preciosos cuellos de cisne. Ojos perfilados, hombres altos y elegantes, jóvenes, no tan jóvenes; pero todos extremadamente silenciosos. Poco a poco, esas presencias de otro tiempo, con acentos sensuales y voces susurrantes, se fueron situando en sus respectivas mesas. Un hombre de cabello negro y ojos verdes eléctricos susurró algo: ¿Le decía algo a ella?

—Pequeña.

Oyó su nombre por encima del gentío y sus voces opacas. Perdió a Jonás cuando se aproximó a la barra y comenzó a hablar con la camarera a la que ya conocía. ¿Dónde estaba Madame Bishop? Rodeada de un pequeño grupo de invitados que parecían conversar con ella con un aire solemne y ceremonioso. Trajes oscuros, caros y elegantes. Miradas que se cruzaban con miradas, crueldad oculta y temores mezclados con excitación. ¿Dónde se había ido Jonás? ¿Dónde estaban todos?

Vio a Alexander y a Argas sentados en uno de los sofás mientras charlaban con dos hombres y una mujer muy hermosa; Llosa y Jeremías estaban rodeados de las muchachas de Bishop en el otro extremo del extraño y oscuro salón y no veía a los demás. No veía a Richard, no veía a Antón ni a Jonás, y ni siquiera Roberto estaba allí. Observó las máquinas rudimentarias que se extendían formando un círculo casi perfecto justo delante de ellos y se apartó un poco más hacia la oscuridad.

—Jonás... ¿Por qué me has dejado sola?

Madame Bishop hablaba en francés y su voz se extendía por todos los rincones de aquel lugar sombrío. Una suave melodía acompañada comenzó a sonar y las pocas y suaves luces que aún se mantenían encendidas fueron mitigadas dejando el lugar iluminado por las velas. Detectó a Jonás en el umbral de la puerta. Se quedó bloqueada al comprobar que no había nada de su amigo en aquel hombre que observaba a todos los presentes con unos ojos llenos de autoridad y de melancolía. Su ropa era diferente. Llevaba un pantalón negro que brillaba y una camiseta oscura que marcaba los brazos de un hombre. Lo contempló presa de la curiosidad y la desazón mientras se movía por la sala, mientras se inclinaba hacia Alexander y le susurraba algo al oído que hacía que este sonriera y señalara a una de las mujeres que estaba sentada a su derecha. Sintió celos de su belleza y al instante su corazón

comenzó a latir de un modo violento bajo la fina piel de su pecho y su carne. Él se aproximó a ella.

—No te olvides de quien soy, Micaela.

Su voz vibró en su cabeza. Él se giró de repente y una de las mujeres del fondo de la habitación salió disparada hacia Jonás y se arrodilló desesperada y ansiosa sujetándole por la bota como si suplicara por su vida. Varios hombres se rieron ante aquella imagen, pero Jonás, muy lejos de sorprenderse, se quedó inmóvil mirando a la mujer de cabello castaño, llena de brillos y florecitas que parecía implorar clemencia en un idioma desconocido para ella. Alguien gritó algo desde un rincón oscuro, otra voz silbó al otro lado del salón. Bishop estaba sentada a una de las mesas y sonreía a su pequeño hombre mientras aquella dama de alta alcurnia se arrastraba casi histérica y le besaba la bota a Jonás. Richard apareció por la puerta silenciosamente, se inclinó hacia Bishop y le susurró algo al oído que hizo que aquella mujer meditara unos segundos antes de responderle. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué tenía la sensación de que era la única que no sabía qué hacía allí, que no entendía nada de lo que ocurría?

—No temas, Micaela. —La voz de Argas la sobresaltó y lo vio a su lado —. Bishop nos explicó qué nos íbamos a encontrar. Esta gente busca algo que va más allá de todo lo que hemos conocido o es correcto.

—Pero... ¿Y esa mujer? ¿Por qué suplica?

—Porque lo desea, desea ese trato, desea que él no tenga compasión con ella y todos están locos por ver cómo lo hace.

—¿Dónde está Roberto? ¿Por qué se ha ido Richard? ¿Y los demás?

—Están arriba, en las habitaciones. Hay personas que no quieren que nadie vea el trato que desean recibir, Micaela. Aquí hay personas muy importantes.

Oyó una fuerte bofetada. Jonás estaba inclinado frente a la dama, que lloraba. Al ver que se alejaba, ella empezó a gatear como una leona detrás de él. ¡Qué era todo aquello!

Voces y risas. Todos los allí presentes miraban la escena llenos de deseo y de excitación. Disfrutaban con aquel juego doloroso. De repente, Jonás arrancó la ropa de aquella mujer y esta, que se había incorporado, quedó totalmente desnuda delante de todos y cayó de rodillas frente a la multitud exaltada. Micaela no pudo soportarlo más y salió corriendo de allí. Su cabeza era un enjambre de avispas enloquecidas, Jonás... Subió las escaleras de dos en dos hacia las habitaciones y se topó de frente con una pareja joven que se

tocaba y besaba de una forma lasciva y descarada y se sintió nerviosa y excitada. ¡Se iba a volver loca! ¡Totalmente loca!

—Niña... —El hombre de ojos eléctricos que le había sonreído en aquella mazmorra ahora estaba delante de ella y bloqueaba el pasillo con su apabullante presencia y su belleza—. No debes asustarte, es simplemente un juego, *mon amour*.

—No soy una niña y no me asusto. Solo estaba confundida y necesitaba salir de allí.

Se aproximó a ella muy despacio y se inclinó para observar de cerca su rostro. Sonrió maliciosamente y aspiró el aroma que desprendía su piel. Traje negro, piel oliva y ojos verdes sobrenaturales y fríos. Parecía un espectro. Un grito en una de las habitaciones hizo que pegara un brinco y el hombre suspiró. Pasó a su lado y acarició su cabello pelirrojo. Se alejó por el pasillo sin apenas hacer ruido, como si fuera un espíritu casi etéreo, y luego desapareció tras una esquina. Oyó un murmullo al otro lado y se dirigió a la izquierda. Sus ojos se posaron en un hombre rubio que deslizaba los tirantes de una muchacha y su pecho terso y juvenil emergió en la penumbra del pasillo mientras su lengua pasaba despacio por encima de él. Caminó hacia atrás para no molestarlos, pero el hombre la miró discretamente y siguió lamiendo aquel caramelo mientras sonreía. Ella no estaba acostumbrada a aquello, era demasiado explícito, demasiado violento. ¡Santo Dios! Estaba tan excitada.

«Las entrañas de la mansión Bishop en todo su esplendor.»

Puertas ligeramente torneadas. Había un joven arrodillado en una de las habitaciones y los músculos de su espalda se tensaban ante el roce delicado de una mano que le arañaba para luego golpearle con algo largo y flexible. Se aproximó silenciosamente y observó. Oía los suaves jadeos, las bonitas manos de aquel hombre acariciando sutilmente aquella hermosa pierna femenina que lo custodiaba, que lo mantenía preso bajo un fino tacón que arañaba su piel dorada... Pero de golpe todo desapareció. Alguien le tapó la boca y la arrastró en volandas hacia una de las habitaciones oscuras, donde la lanzó sobre la cama tras cerrar la puerta.

—¡No! —gritó. Intentó salir corriendo, pero el hombre había cerrado con llave. Notaba su presencia a su espalda, pero le daba igual. Ella golpeaba una y otra vez la madera con la intención de que alguien la liberase. Estaba aterrada—. ¡Quiero salir de aquí!

—Micaela... Cálmate.

Era su voz. Se giró confundida.

—¿Jonás?

Su silueta se perdió en la penumbra. Oyó el sonido de una cerilla y la llama de una vela oscilante y anaranjada iluminó sutilmente su presencia.

—¿No estabas con esa mujer? ¿No tenías que someterla para que todos disfrutaran?

—Ya está hecho, Micaela.

—¡Lo siento! ¡Sentí pánico! —exclamó y comenzó a llorar—. Yo quería hacerlo, quería ver cómo era, pero me dio miedo, Jonás, me dio miedo toda esa gente. ¡Y tú estabas allí tan seguro de ti mismo! ¡Tú ya no eres Jonás!

Él se acercó y la miró con desdén, como ido. Estaba furioso.

—No seas estúpida, Micaela. Era un maldito juego. Y ha sido divertido. Mucho.

Sin mediar palabra, ella le dio una bofetada tan fuerte que le giró la cara hacia la derecha y él se llevó la mano al labio. Su pequeña sortija le había abierto una diminuta herida que sangraba. Ella se tapó la boca, pero su rabia y sus celos podían con su temple. Las piernas le temblaban.

—Por el amor de Dios, Micaela —susurró con tristeza.

Y al decir esto cayó de rodillas y se aferró a su vestido de raso mientras sollozaba algo que no llegó a entender.

—Jonás... Perdóname, lo siento tanto...

—No te vayas, Micaela. No me alejes de ti. No tengo a lo que aferrarme. Esto es maravilloso, es realmente maravilloso, pero no existe el amor. No hay amor...

Jamás en toda su vida había visto llorar a Jonás y menos con esa desesperación, con ese dolor tan manifiesto. Se agachó junto a él y le tomó de las manos, de aquellas bonitas y fuertes manos que tanto le gustaban. Besó una y después la otra.

—Micaela. Llevo toda mi vida siendo fuerte... Toda mi vida sobreviviendo de la mejor forma que sé. He jugado con esa mujer y le he dado lo que quería, lo que deseaba y no negaré que he disfrutado. Volvería a hacerlo una y otra vez. Dolor sin ser dolor. Eso no era lo que nos hacían a nosotros, no se parece en nada a ese dolor. ¿Puede entonces el dolor y el castigo ser diferente?

—No temeré al dolor porque me hace fuerte... —murmuró ella.

Jonás la miró con ansiedad.

—No temeré al dolor porque no puede apoderarse de mí —dijo besándola.

—¡Micaela! ¡Despierta!

Pegó un brinco y se puso recta como si un resorte invisible hubiera propulsado algún tipo de mecanismo en su cuerpo. Tenía todo el cabello por la cara y a Rita delante.

—¿Estás enferma?

—No... Me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Las seis de la tarde, querida. ¡Maldita sea! ¿No te han traído la comida? Voy a despedir a esa estúpida Lolita que tenemos en el servicio.

Intentó ubicarse. Su cama, cortinas, gladiolos, pura sangre, pretorianos...

—Deja de gritar así, por el amor de Dios, Rita —suplicó—. Ayer dormí de pena y me he quedado traspuesta. He desayunado como un león con Evan dos veces y no tenía hambre. ¿Las seis de la tarde? —gritó saltando de la cama—. ¡Cuatro horas durmiendo!

—Deja de gritar tú ahora —le espetó Rita sonriendo—. No creo que pase nada si un día te echas una siesta. Llevas veinte años sin dormir cinco horas seguidas. No irás al infierno, Micaela, te lo aseguro.

Se atusó la melena rubia y depositó dos carpetas verdes sobre un aparador.

—¿Cómo van los chicos? —preguntó Micaela mientras rebuscaba en los cajones—. ¿Algún problema?

—Nada, querida —respondió Rita dirigiéndose hacia la puerta—. Tenemos en plantilla veinte instructores ya. Hoy han llegado los tres últimos, dos hombres y una mujer; los tres son españoles, monísimos por cierto.

Micaela se giró bruscamente y se quedó observando a su amiga como si acabara de decir algo fuera de lo normal.

—¿Qué? —preguntó Rita—. ¿Por qué me miras así? ¿Qué pasa?

Micaela se tocó la frente. Supo en ese mismo instante que debía irse.

—Resérvame un vuelo para el miércoles a Madrid. Tengo que ir a ver a una persona.

17

Estaba delante del edificio neogótico del *Duomo* cuando recordó que tenía una reunión en el despacho antes de comer. Ni siquiera se había percatado de la maldita hora, algo habitual en él cuando le daba por pasear por Florencia. Adoraba pasar horas asomado al puente sobre el río Arno, subir al mirador o simplemente sentarse en una de las calles más atestadas de gente y contemplar, a través de las gafas de sol, el bullicio de turistas y el esplendor de una ciudad que le apasionaba por muchos años que pasaran.

Llosa suspiró, le echó un último vistazo a aquella hermosa fachada y se fue hacia el coche para dirigirse a las oficinas centrales.

Cuando llegó a la última planta del edificio se encontró de frente con Jeremías y Alonso Malbaseda, que estaban en medio del pasillo, delante de la recepción, manteniendo una conversación tranquila. Alonso era un hombre imperturbable y sosegado que siempre tenía una sonrisa o un gesto amable para cualquiera que se cruzara en su camino; era zalamero, afable y de aspecto muy similar al mayor de sus hijos, Marco. Alto, con el pelo negro y unos ojos claros, siempre iba de traje y a menudo daba la sensación de ser un hombre frío de mirada directa, aunque luego sonreía y todo aquel velo misterioso que lo envolvía desaparecía y daba paso a un carácter cortes, incluso afectuoso.

—¿Has venido en góndola? —le espetó Jeremías mientras caminaba hacia el despacho.

Llosa saludó a la joven recepcionista y golpeó con simpatía la espalda de su primo Alonso.

—No, Jer —contestó Llosa canturreando—. He venido sin prisas, algo que tú no conoces.

Alonso dejó escapar una suave risa melodiosa y se metió las manos en los

bolsillos del pantalón. Dentro del despacho estaba el otro primo Malbaseda, Jacobo, un hombre delgado de nariz afilada y algo ganchuda, pelo castaño surcado por canas y unos ojos negros que parecían salir del contorno de su rostro. Eran enormes.

—Acaba de llamarnos Antón Andrade. El pequeño Romano ha recibido una oferta de uno de los bufetes más importantes de Madrid. Y eso solito, sin ayuda. Es increíble el potencial de ese muchacho —susurró Alonso—. No conocí a su padre, pero me gustaría poder conocer al hijo de Jonás en mi próximo viaje.

Llosa se rio y miró por la ventana.

—Creo que no durará mucho con ellos —comentó—. Ese chico quiere montar su propia empresa y, aunque es consciente de que se lo rifa medio gremio, en cuanto tenga dinero suficiente, les dará una patada en el culo. Te apuesto un viaje en góndola —bromeó, miró a Jeremías y le guiñó un ojo—. Por cierto, Alonso, mañana es el cumpleaños de Guian. Creo que tus dos hijos mayores hoy estaban perdidos por Florencia contratando el servicio que atenderá el evento.

—Perdidos, sí... —masculló Jacobo cerrando una carpeta que tenía sobre la mesa—. Están en el St. Regis, han dormido allí. Salieron de casa de su tía Divania a las siete de la tarde y creo que no se sabe nada de ellos desde ese momento.

—¡Juventud, divino tesoro! —exclamó Alonso acomodándose mejor en la silla de cuero—. Bien, creo que a ninguno de nosotros nos apetece mucho hoy tener una larga reunión de trabajo, así que podíamos ir al grano.

—Antón ha invertido más patrimonio en las dos constructoras de Roma —comenzó a explicar Jacobo—. Quiere comprar acciones también en Florencia y Leonardo Ardini le seguirá; ha ampliado su capital en muy poco tiempo, busca intereses altos y no tener que preocuparse de nada. He pesado en las empresas de Roberto Acosta y de Armani y en la adquisición de alguna que otra obra de arte. Cuento con la posibilidad de que Micaela quiera también invertir ahora que ya se han hecho los cambios de titularidad de los negocios. Todavía no he hablado con ella y hace dos meses que no la veo, pero en cuanto me pase el poder notarial, podré hacerlo todo desde Roma.

Jeremías asintió y miró a su primo Alonso.

—Marco y Franco ya controlan bien la mayoría de las empresas, Alonso. Es un buen momento para ir pensando en darles los poderes necesarios para

que hagan y deshagan a su antojo sin nuestra supervisión —propuso.

—Cosa que ya hacen —murmuró Llosa.

—Legalmente —gruñó Jeremías—. Tu padre, Alonso, tiene noventa y cinco años. Desgraciadamente, no tenemos mucho tiempo para el cambio generacional y ninguno queremos sus acciones. Además, tus dos hijos mayores ya están preparados de sobra y los demás irán en fila detrás. No veo inconveniente.

—Ninguno ve inconveniente —contestó Jacobo—. Yo también considero que es el momento apropiado.

Llosa se perdió en sus pensamientos mientras los demás seguían hablando de acciones, cambios de titularidades, juntas directivas y accionistas. Contempló a través de la ventana que el cielo comenzaba a despejarse y que el persistente tono plomizo daba paso a los primeros rayos de sol desde hacía muchos días. Sí, ahora el tiempo tenía un significado mucho más importante para él, era más valioso. Solo tenía que observar a sus sobrinos y a sus hijas para darse cuenta de que su vida comenzaba a descender por un tobogán que no permitía la marcha atrás. Una repentina nostalgia se apoderó de él en milésimas de segundos, se dio cuenta del tiempo que había perdido, de todos los momentos que no recuperaría jamás y se encontró a sí mismo preguntándose por qué había postergado tanto aquel momento, por qué no había decidido antes viajar a España y reunirse con Antón en lo que un día fue, de un modo u otro, su único hogar. ¡Ah, que estúpidos habían sido! Ellos eran su hogar.

—Le dije que no tenía los documentos —oyó decir a Alonso.

—¿Hablas en serio? —preguntó Jacobo al otro lado de la mesa.

Fue aquella noche. Podría haber sido como otra cualquiera, pero se habían hecho una promesa que duraría toda su vida.

«Pase lo que pase, vayamos donde vayamos, no dejaremos nunca que ninguno esté solo. No permitiremos que nadie nos diga cómo vivir, cómo amar... Estaremos siempre juntos de un modo u otro. Nos ayudaremos siempre que cualquiera precise del otro, nos protegeremos, cuidaremos de todos los que dependen de nosotros y lucharemos porque nuestros hijos no olviden jamás nuestra historia, que estén unidos frente a cualquier dificultad por mucha distancia que los separe...»

Promesas. Una tras otra. Horas y horas sentados en el suelo de la habitación, de su pequeña Quimera.

—Tarde o temprano tendremos familia, Roberto —había dicho Antón—. En pocos días nuestros amigos empezarán a irse, harán su vida y el tiempo pasará. No podemos dejar que nuestra historia perezca con los años ni se olvide. ¿Sabes lo que yo haría? Volvería aquí.

—¿Estás loco? —Roberto se había reído.

—No, no estoy loco. Aquí hemos sufrido lo indecible, soy consciente de ello, pero aquí nos conocimos y aquí llegamos a ser muy felices ¿Sabes por qué? Porque estábamos juntos. ¡Todos! Y porque superamos toda esa mierda unidos. No sé lo que será de mi vida porque no tengo una familia ahí fuera esperándome, vosotros sois mi familia, mi única familia, y si el día de mañana gano el suficiente dinero, volvería aquí, destruiría este lugar y levantaría algo bueno, algo nuestro, algo que me hiciera recordar los buenos momentos, que me hiciera aceptar todos los malos porque me llevaron hacia personas que sí merecían la pena.

—Eres un soñador, Antón. Un romántico empedernido.

—No, Leo. Cuando salgamos por esa puerta, cuando nos convirtamos en lo que demonios nos convirtamos, será por todo lo que pasamos aquí. ¿Por qué debería olvidarme de ello? Yo no lo veo así.

—Tiene razón... —había respondido Argas—. No todo ha sido malo.

No. No todo había sido malo, ni mucho menos. La mansión y Bishop les habían otorgado momentos que, de otro modo, nunca hubieran vivido por sí solos. Todavía podía recordar a Alexander a su lado cuando el terror y los recuerdos se habían apoderado de él hasta el punto de paralizarlo delante de aquella muchacha tan frágil y dulce, tan niña y a la vez tan mujer. Y luego estaba Petro Argas, siempre pendiente de todo lo que sucedía, de todas las grandes catástrofes que se habían cernido sobre ellos y que no había dudado en pasar horas sentado a los pies de su cama mientras esperaba que dejara de llorar, que dejara de sufrir y de maldecir a Valdespino.

—¿Llosa, me estás escuchando?

La voz grave y estentórea de Alonso le devolvió a la realidad y se removió en la silla.

—Dime. No.

—Te preguntaba que si es definitivo que iréis a España en veinte días.

—Sí. Por supuesto. A Quimera —confirmó. Miró a Jeremías, que estaba pensativo, y luego volvió la cabeza hacia Alonso y Jacobo y se encogió de hombros—. Es más, iremos y, si no tienes ningún inconveniente, Alonso, nos

llevaremos a Marco y a Franco.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó Jeremías con pedantería.

Pero Llosa ya estaba cansado de volver a discutir de lo mismo una y otra vez con él, aunque esta vez fue Alonso el que parecía tener clara la respuesta.

—Son los herederos, Jer. ¿No es suficiente razón para que conozcan Quimera y al resto de los que llevarán nuestros negocios cuando ya no estemos?

Jeremías no dijo nada. Se cruzó de brazos y tanteó los papeles que tenía delante como si no fuera con él aquella historia. Su rostro se ensombreció durante unos segundos para luego volver a su estado habitual y le sonrió levemente mientras los demás continuaban hablando de números, cuentas bancarias y transferencias.

Después de casi dos horas encerrados en aquel despacho, llegó el momento de irse y Llosa sabía qué rumbo tomar. Necesitaba reírse un poco. Cogió el teléfono del mostrador y marcó el número del Hotel St. Regis. Alonso, que estaba a su lado, se quedó observando a su primo como si no supiera qué pretendía hacer, aunque, por el gesto de su rostro, no era nada bueno.

—Señorita. Soy Llosa Malbaseda. ¿Sería tan amable de decirme si mis sobrinos siguen alojados en el hotel?

Silencio. Alonso se rio.

—Claro —repuso al escuchar la respuesta al otro lado—. ¿En qué planta? Sí, necesitaré una tarjeta electrónica. Gracias, señorita. Muy amable.

—¿Serás capaz...? —masculló Alonso.

—¿Lo dudas? —respondió a modo de pregunta Llosa—. Me llevo al chofer. Comeré con tus cachorros.

Y salió a paso ligero levantando la mano para despedirse de ellos mientras Alonso no dejaba de reír y sus otros dos primos no entendían nada.

Llegó en menos de veinte minutos al hotel y la fachada romana de aquel monumental edificio le sobrecogió como siempre le ocurría cuando veía algo hermoso y antiguo. Un palacio diseñado por el mismo Brunelleschi en mitad de la ciudad, cuyas habitaciones eran una mezcla de la opulencia de Luis XV, pasando por lo imperial: camas con amplios doseles, grandes ventanales con vistas al río Arno, alfombras persas, cristales de Murano en todas las lámparas, y cuadros antiquísimos que transportaban a otro siglo con la elegancia clásica que a todos los Malbaseda parecía apasionar.

—Bienvenido, señor. Aquí tiene su tarjeta. Están en las suites que se comunican entre sí, como siempre. Las Luxury.

Subió a la última planta y, antes de abrir una de las habitaciones, le dio la risa floja. ¡Ah, cómo adoraba sacarles de sus casillas! En tiempos pretéritos, Alexander tenía aquella dichosa manía de saltar sobre sus camas cuando estaban abandonados a los brazos de Morfeo entre rizos de colores y curvas femeninas. Un movimiento de tarjeta y, con el sonido del «clic», se encendió la luz verde y la puerta se abrió silenciosamente. La habitación estaba tenuemente iluminada. Todo estaba ordenado e impoluto y, frente a la amplia cama, había un enorme carro adornado con un mantel de hilo bordado en tonos sepia donde reposaban varios platos cubiertos con tapas plateadas. Avanzó varios pasos y se inclinó sobre el lecho. Su precioso Franco dormía plácidamente en medio de dos figuras que no lograba diferenciar.

—Franquito... Son las dos del mediodía... Franquito...

Nada. Se arremolinó entre las sábanas. Llosa pensó en correr las gruesas cortinas de damasco y comenzar a cantar, pero se contuvo. La puerta corredera que unía la habitación de Franco con la de su hermano se movió suavemente y Marco apareció enfundado con unos pantalones vaqueros y se llevó la mano al pecho cuando lo vio plantado en mitad de la habitación como si fuera una figura de cera.

—¡*Madonna!* Llosa. Casi me matas de un susto. ¿Qué demonios haces aquí?

Llosa apoyó el dedo índice en los labios para que guardara silencio y su sobrino levantó una ceja mientras se cruzaba de brazos y observaba a su tío aproximarse un poco más al cuerpo dormido de Franco. Súbitamente, una cabecita rubia con largos y gruesos tirabuzones resurgió de entre las sábanas y pestañeó confundida cuando vio a aquellos dos hombres delante de la cama y a uno de ellos casi encima de ella invitándole a guardar silencio. La muchacha, que poseía unos enormes ojos azules y una piel muy blanca y tersa, se tapó la boca con la mano en un gesto infantil y se apartó ligeramente, mientras Franco seguía sin percatarse de nada. Maldita sea ¿Qué años tenía esa criatura? Llosa se centró en su sobrino y apartó la vista de la joven.

—¡Franco, arriba, arriba, arriba! —le gritó sacudiéndole por un brazo mientras apoyaba una rodilla en la cama y daba pequeños botes que a punto estuvieron de hacerle perder el equilibrio y caer encima de su sobrino y de su otro acompañante.

—Por el amor de Dios... Llosa... —gruñó con la cabeza enterrada en la almohada.

A su lado había un muchacho, de aspecto muy similar al de la jovencita, con el pelo alborotado y una expresión de susto que le confería un aire dramático y teatral. Era también muy rubio y tenía rizos por todo el pelo.

—No hagas caso al chiflado de mi tío, Andrea —le dijo Franco pasando una mano por encima de sus hombros mientras lo atraía hacia él—. No sé de dónde sacó esta costumbre, pero lo lleva haciendo tanto tiempo que incluso pienso que va a salir de debajo de mi cama una noche de estas. Marco se arremolinó en una de las butacas tapizadas y comenzó a desayunar mientras se oían los pasos de dos mujeres al otro lado de la puerta corredera. Llosa intentaba calcular la edad de aquellos dos «niños» rubios que se enroscaban afectuosamente entre los largos brazos de Franco y luego desaparecían entre los pliegues de las sábanas de una forma casi mágica. Eran muy jóvenes, al menos lo parecían, claro está.

—Vamos, jóvenes. Comeréis conmigo, así que desayunar con suavidad que tengo un viaje muy interesante del que hablar con vosotros —anunció abriendo las cortinas—. ¡Maldita sea! ¿Habrás algún día en vuestra enloquecida vida nocturna en el cual no me encuentre con una réplica del *Jardín de las delicias* cuando entre en vuestras habitaciones? —Tiró de la sábana y palmoteó la pierna de Franco—. Vamos, Franco. Saca a esos dos querubines de tu cama y ponte en marcha.

Franco farfulló algo en italiano mientras miraba de reojo a la jovencita rubia y se enredaba entre sus piernas.

—Tu tío es muy divertido —le dijo la joven.

—Mucho —respondió él—. Mira como me río.

—¡A la ducha, Franco! —exclamó Llosa sentándose junto a Marco y sirviéndose un café—. ¡Vamos!

¡Ah! La pequeña muñeca de cabello rubio había salido de la cama con unas diminutas braguitas de algodón rosas y se contoneaba por el pasillo en dirección al baño. ¡Qué cosita más bonita! ¡Qué piernas más torneadas y qué manera de mover esa cadera llena de curvas infinitas! Bebió su café, se repantingó en la butaca y miró de reojo a Marco, que tenía una sonrisa maliciosa en la cara.

—¿Y tú de qué te ríes? —le preguntó Llosa.

—De lo provocador que eres. Disfrutas con esto más que un niño con un

caramelo.

Franco les dirigió una mirada perezosa mientras se incorporaba en la cama. El joven de rizos se levantó medio desnudo y cogió dos tazas de café. En ese mismo momento a Llosa le vino a la mente la imagen de unas estatuas que había visto en el Museo del Prado de la época de Augusto: dos muchachos desnudos con sendas diademas de hojas en la cabeza. *Orestes y Píldes*, pensó. Giró la cabeza como si tuviera una especie de resorte y escuchó el murmullo de las otras dos muchachas en la habitación contigua.

—Sois unos degenerados, lo sabías, ¿verdad?

—¿Cuándo dejaste de serlo tú, Llosa? —preguntó riendo Marco.

—*Touché*.

18

—Creo en el destino, Candela —manifestó Antón. Se acarició la fina perilla y luego se arregló con gracia el cuello de su jersey—. Lo que te quiero decir es que considero que existe algo ahí arriba, algo que hizo que los descendientes de nuestros amigos fueran parecidos a nosotros. A veces pienso que hay alguien que nos está diciendo: «No debéis olvidar, no todo fue tan terrible». En las familias, suele haber hijos que se parecen en mayor o menor medida a sus padres y a sus madres. No tiene por que ser una similitud física, pueden ser los gestos, ademanes concretos o incluso expresiones de la cara, pero por alguna razón, todos nuestros amigos han tenido hijos que guardan un parecido demasiado idéntico a sus padres. Fíjate sin ir más lejos en Dominic. En la foto de la caja, su padre era demasiado joven, pero te puedo asegurar que es una réplica exacta de él, y lo mismo pasa con Roberto y Carlo. Ahora bien, en su caso ya no solo hablamos de los rasgos, sino de sus gestos, del carácter. ¡Todo!

—El pasado de las personas se puede superar, pero nunca debería olvidarse —alegó Candela—. No todo es digno de recordarse con alegría o con orgullo, pero, quizás, esos errores, fracasos o como queramos llamarlos, nos forjan como personas. Esos jóvenes deberían conocer su pasado.

Antón asintió.

—Lo cierto es que esos pensamientos comenzaron a atormentarme cuando los chicos fueron creciendo. Cuando Jonás murió, su hijo Dominic era todavía un niño y nadie pudo identificar nada de él en aquel joven rostro lleno de lágrimas que no soltaba la mano de su madre ni para sonarse los mocos. Ahora bien, años después, falleció Roberto y, en ese momento, observar a su hijo enfundado en un traje negro fue muy duro para todos porque parecía su padre en cuerpo y espíritu, por no mencionar el día del

funeral de Richard y su esposa. Creo que no te lo he dicho, pero sufrieron un accidente de tráfico. Fue terrible, un duro golpe para todos. Luego nos enteramos de que había sido un infarto lo que había provocado que su coche se precipitara por aquella pendiente y terminara chocando contra aquel árbol. Otra vez la sombra de Torbe sobrevolaba nuestras cabezas, una vez más teníamos a un jovencito rubio de ojos azules representando la viva imagen de su padre muerto, apoyado en una de las paredes de la sala del velatorio. Creo que fue uno de los momentos más duros de nuestras vidas: acercarnos a aquel chico para darle todo nuestro apoyo y consuelo. Sobre todo, teniendo en cuenta que el hijo de Roberto había acompañado a su madre Alba y estaba allí de pie, muy cerca de Carlo, y sus rostros nos hacían daño. Micaela aquella tarde no pudo soportarlo, salió de la sala con la cara totalmente desencajada por el dolor y, cuando la alcancé, me suplicó que dejara que se marchara, que no estaba preparada para todo aquello. No me quiero ni imaginar cómo será el día en que vuelva a tener a Dominic delante de sus narices ahora que tiene muchos más años.

Sonaron pisadas aceleradas en el piso de arriba y el ruido de un motor de coche en la puerta principal. Al instante, el sonido de unos zapatos taconearon sobre el suelo de mármol de la entrada y Catinca asomó la cabeza con una sonrisa en los labios.

—¡Me voy, papi! —exclamó aferrada al pomo de la puerta—. No llegaremos tarde. Te quiero. —Al momento miró a Candela y le lanzó un beso—. ¡Candela, a ti también te quiero!

Antón se levantó de la butaca, besó a su hija y regresó para observar cómo el coche se perdía más allá del camino que rodeaba la finca. Luego volvió a sentarse con un gesto de serenidad en el rostro y sonrió.

—Vuelvo a perderme en acontecimientos más actuales. Creo que es algo innato en mí, pero tengo que volver atrás para que lo comprendas todo. Como te iba diciendo después de que Stefan y Cecilia Bishop abandonaran la habitación, todos y cada uno de nosotros nos quedamos sumidos en nuestros pensamientos, cavilando nuestros planes de futuro, las nuevas noticias y la proximidad de la fiesta de la mansión. A los dos días, Alba y Eleonor volvieron a las casas de «acogida» provisional para atender a los dos matrimonios con los que parecían encontrarse bien. Estaban a gusto y eso era lo más importante. Me juré no volver a tocar a una mujer en aquella mansión. Yo no lo necesitaba porque ya había aprendido todo lo que un muchacho de

mi edad podía saber sobre temas amatorios y, por aquel entonces, estaba perdidamente enamorado de Eleonor. Mi fidelidad y lealtad hacia ella eran definitivas, aunque Alexander era un tema aparte que ella ya había aceptado y disfrutaba.

Bishop nos visitó un día antes de la celebración. Lo primero que hizo antes de comenzar a hablarnos de la fiesta, fue pedirnos a todos discreción ante el asunto de llevarse a Micaela. No las tenía todas consigo y no quería que nuestra amiga se ilusionase con algo que luego no pudiera llegar a realizar. Lógicamente, todos estuvimos de acuerdo con aquella petición. Yo solo puedo recordar con total claridad la tristeza que cruzó el rostro de Jonás cuando Madame Bishop nos confesó que iba a ser un tema muy delicado y difícil de llevar a cabo. «Un acto de fe», eso era lo que necesitábamos. Nosotros solo deseábamos que Micaela lograra quedarse con ella, porque de otro modo, jamás iba a ser feliz en aquellos tiempos en los que una mujer debía dedicarse a su casa y a su marido y no poseía ni la mitad de las oportunidades que podía tener cualquier hombre. Fue tras esta confesión y petición, cuando comenzó a explicarnos a todos cómo iba a desarrollarse la particular fiesta del Marqués. Ella no dejaba de caminar por la habitación moviendo los brazos, como era habitual en ella, gesticulando con cada detalle, sonriéndonos y luego pasándonos los dedos por el pelo mientras jugueteaba con él o lo revolvía cariñosamente. Sin duda, la casa se iba a cerrar para todo aquel que no estuviera invitado. Era lógico. Las personas que venían a Torbe eran hombres y mujeres con una buena posición que se trasladaban de todos los puntos de Europa para asistir a aquel evento. A medida que nos iba avanzando las posibles situaciones con las que nos podríamos encontrar nos sentíamos más inseguros. Sería ridículo decir lo contrario, ya que la media de edad estaba en los diecisiete años y, aunque nuestros cuerpos de adolescentes habían dado paso a una altura considerable y a una robustez propia de adultos, éramos solo eso, unos chicos jóvenes. Tuvimos la sensación de que todo aquello nos quedaba demasiado grande, pero eso era algo que Cecilia Bishop no veía del mismo modo. Pero qué demonios... ¿Cómo no íbamos a ser tan inseguros? Nadie nos había hablado nunca de nuestras virtudes o capacidades, nadie nos había dado jamás una palmadita en la espalda para decirnos si éramos buenos en algo o si podríamos hacer esto o lo otro. No obstante, aquella mujer rica que podía tener a cualquier muchacho o muchacha del país, se había enamorado de

nosotros y confiaba y deseaba nuestra compañía para tal fin, y eso era suficiente. Madame Bishop no dejaba de repetir que iba a salir todo de maravilla con tanta juventud, que jamás ningún miembro de aquella extraña sociedad había tenido tantos chicos dispuestos a jugar en aquellas fiestas, que siempre eran los mismos y que estaba terriblemente emocionada con ello y confiaba en nosotros y nuestra belleza.

Creo que jamás olvidaré ni un solo detalle de lo que ocurrió aquella noche de agosto. La casa resplandecía por el suave balanceo de las luces de los candelabros. Había un silencio impropio y sosegado, y las muchachas de Bishop estaban radiantes cuando llegamos allí. Tengo que mencionarte que Bishop dejó en el orfanato, antes de irse, un vestido precioso de raso con bordados de oro para Micaela y unos trajes de etiqueta para nosotros, dado que ese era el código obligatorio de vestimenta que se debía llevar. Fue maravilloso contemplar el lujo y la decoración de la casa nada más poner un pie en ella. Habíamos llegado los primeros y eso nos permitió dar una vuelta por las instalaciones, contemplar el sótano deliciosamente decorado con todo lujo de detalles, sofás de terciopelo en torno a todas aquellas máquinas, una bonita barra de corte victoriano en uno de los extremos del lugar, velas, candelabros... Todo era perfecto.

«¿Sabes lo que pienso?», me preguntó Argas mientras contemplábamos aquel escenario. «Creo que por una vez en toda nuestra vida somos unos privilegiados. Pero no por toda esta pantomima, no por la fiesta o lo que suceda en ella, si no porque esa mujer nos necesita.»

Le confesé que tenía razón y que pensaba lo mismo y se creó entre nosotros una especie de ambiente casi íntimo que nos permitió comunicarnos con tan solo mirarnos. Todo lo que vino después nos escandalizó y nos enamoró a partes iguales. Los invitados estaban rodeados de un halo de misterio y elegancia que jamás habíamos visto en la mansión. Había hombres y mujeres de todas las edades y de muchas nacionalidades. Vestidos elegantes y trajes sobrios, cabellos brillantes elevados sobre la nuca en llamativos moños llenos de perlas o flores. La gente iba entrando poco a poco en el sótano y se acomodaba en los sillones, pedía una copa, charlaba con otros invitados que conocían y se formaban pequeños corrillos entorno a Bishop u otros invitados. Yo estaba maravillado por toda aquella belleza y elegancia, creo que ninguno de nosotros nos esperábamos que aquellas prácticas tan extrañas y diferentes fueran llevadas a cabo por aquellos rostros

tan afables, jóvenes o elegantes.

Lo cierto es que nosotros ya nos habíamos desperdigado por todo el salón. Alexander se había sentado al fondo con Llosa, y Argas y Roberto estaban a menos de un metro de la barra con la misma emoción en el rostro que tenía yo. Vi a Jeremías y a Richard charlando con Bishop y una mujer tremendamente hermosa en otro rincón; un joven mayor que yo pasó a mi lado y me dirigió una sonrisa seductora, me hizo una leve reverencia y luego se perdió entre las sombras. Pude oír la risa de Leonardo en algún lugar que no pude llegar a ver y poco a poco todos y cada uno de los asistentes empezaron a sentir una morbosa curiosidad por aquellas caras jóvenes y nuevas que representábamos; las damas se acercaban a mis amigos, los hombres conversaban afablemente...

Con todo esto, yo seguía observándolo todo desde mi secreto rincón. Cecilia Bishop hablaba con Richard y Jonás, Micaela estaba junto a la barra totalmente desorientada, apabullada por todo. Tengo lagunas en determinados momentos porque perdí a mis amigos de vista en algunas ocasiones y tardé en volver a verlos. Recuerdo que Jonás desapareció de la sala y regresó al cabo de media hora engalanado con una ropa oscura que hacía de él un hombre en su totalidad. En aquel momento ya estábamos avasallados por las delicadas atenciones de todos los invitados, nos buscaban de un modo incontrolable porque, para ellos, éramos jóvenes extraños que gozábamos de la confianza de la anfitriona y eso era suficiente. Éramos diamantes en bruto. Hombres de rostros infantiles que estábamos allí por alguna razón y, por tanto, comulgábamos con el Marqués de Sade y todas las prácticas que ellos ejecutaban.

«Tienes que ver esto», me susurró Alexander cogiéndome de la mano mientras tiraba de mí discretamente y me sacaba del salón en dirección a las plantas superiores.

Caminé detrás de él y subimos los peldaños de los pasillos que daban a las habitaciones. Me escandalicé hasta el rubor cuando nos tropezamos con una joven pareja que jugueteaba obscenamente sobre un diván del pasillo y caminé tras mi amigo intentando no levantar la vista de la alfombra roja, tarea que me resultaba insoportable. Aquello era el jardín de las delicias. Había invitados desperdigados por todos los rincones del entramado de pasillos que daban a las habitaciones: hombres toqueteando a sus parejas apoyados contra el suave papel de colores de la pared, puertas abiertas que permitían

deleitarse ante verdaderas escenas eróticas en su interior. Estaba desbordado por todo aquello. Pero entonces Alexander se quedó delante de una de las puertas y me invitó a acercarme. Vi las suaves cortinas de damasco color rojo y el aleteo de las llamas de las velas desdibujando el techo con sombras que titilaban sobre el mobiliario. Había un muchacho, que no debía de tener más de veinte años, situado en el centro de la habitación y estaba medio desnudo. Cuandoladeó la cara por el sonido seco que produjo algo dentro del cuarto, observé una nariz afilada y respingona y unas hermosas mejillas elevadas y juveniles. No entendía muy bien qué hacíamos allí o qué pretendía enseñarme Alexander. Iba a abrir la boca con la intención de decirle algo, pero en ese mismo instante otra figura apareció en la habitación. ¡Ah! No podía creerlo. ¡Era otro hombre! Sentí que el corazón comenzaba a palpitarme con intensidad. Alexander me miró con cierta picardía y sonrió discretamente mientras me invitaba a observar lo que pasaba dentro.

«Los vi subir», susurró. «Ellos tampoco hacen nada malo, Antón.»

Contemplé al joven, que era rubio, y el otro hombre que no era mucho más mayor y tenía el pelo profundamente negro y unos ojos grandes y misteriosos. Pasó la mano por la espalda del muchacho, le besó en uno de sus hombros desnudos y después se situó frente a él y comenzó a llenarle de besos. Yo quería morirme y, aunque estaba excitado y emocionado por todo lo que estaba viendo, sentí la necesidad de alejarme de allí, de no seguir invadiendo aquella intimidad.

«Sigamos», dijo Alexander.

Yo caminé detrás de él sintiendo que el aire no me llegaba a los pulmones. Otra habitación un poco más allá nos regaló la imagen de una joven arrodillada en el suelo mientras un hombre jugueteaba con los mechones de su pelo y parecía susurrarle algo en el oído. Oímos un golpe seco rompiendo el aire y un jadeo delicioso que se perdió por los amplios techos de la casa y me giré. ¡Qué hermosas se me antojaban aquellas muchachas que aparecieron por el pasillo con sus bonitos vestidos de noche! ¡Qué sensación más paralizante ver cómo se besaban entre sí y corrían a resguardarse en la intimidad de otra habitación!

«Observa todo esto, Antón. No hay un rincón de esta casa que no enseñe una escena igual o mejor a la anterior. ¡Nosotros nunca hicimos nada malo! ¿No te das cuenta?»

Yo estaba demasiado nervioso como para contestarle. Las imágenes se

agolpaban en mi cabeza y no había un solo lugar de la casa en el que no hubiera alguien invitándonos a perder la cordura. Recorrimos cada rincón, cada espacio abierto al ojo indiscreto y luego descendimos de nuevo los peldaños del sótano y llegamos al epicentro de la fiesta. Volvimos a acomodarnos entre los invitados y nuestros amigos, y todo continuó de un modo normal, pero yo no era capaz de concentrarme. Aquellos dos hombres juntos y todo lo que había visto durante mi pequeño recorrido con Alexander... ¡Era todo tan natural, tan normal!

—Vieron en aquel lugar todo lo que a ustedes les había hecho sufrir. ¿No es cierto? —preguntó Candela al ver que Antón parecía desbordado por los recuerdos.

Él le sonrió con cierta indolencia.

—No solo eso, Candela. No eran solo las escenas eróticas, los juegos o la ambigüedad elegante que todos supuraban. No. Ni siquiera la escenificación del sótano, que aún no había comenzado. Era la libertad. Todo lo censurable en aquella o incluso en esta época era algo normal. ¡Y era hermoso! ¡Era digno de ver!

—La libertad... —murmuró ella meditando sus palabras.

—Me cuesta explicarlo, Candela —prosiguió—. Nosotros conocíamos perfectamente la casa de Bishop, los juegos con las muchachas, los negocios que allí se hacían, pero hasta ahora todo aquello era discreto, íntimo. Nadie sabía lo que pasaba al lado, nadie escuchaba más que el chasquido de las copas al brindar, los juegos de mesa, los gritos de júbilo cuando alguien ganaba una mano... Pero en aquel momento, toda aquella mansión era como una mascarada de carnaval; en cada rincón había sensualidad y no era sucio. No era como ahora se ven ciertos comportamientos. Todo era lento, todo estaba envuelto por una belleza y una gentileza que era imposible juzgar. No había urgencia o premura en el contacto. El mero hecho de desprender a una mujer de su collar de perlas provocaba en quien lo contemplase un escalofrío por todo el cuerpo. Sí. Libertad. La misma que nosotros no habíamos tenido y la misma por la que nos juzgaron y castigaron. Ahora era algo lícito, plausible, necesario. ¿Cómo podía yo explicar en aquellos tiempos que no veía diferencia entre la belleza del cuerpo de un hombre o el de una mujer? ¿Quién nos había enseñado algo?

Creo que no estábamos preparados para asimilar todo lo que sucedía en aquella casa, desde cualquier recodo o delante de nuestras propias narices.

Cuando los invitados comenzaron a animarse, aquello se convirtió en una locura llena de sensaciones. Había preciosas mujeres jugueteando, enseñando sus pechos a caballeros que las miraban fijamente mientras ellas se contoneaban invitándoles a la desesperación; Jonás, que había entrado por segunda vez en el salón tras hablar con Bishop, fue bloqueado por una dama llena de flores en el pelo que se hincó de rodillas delante de él y comenzó a suplicarle en una lengua extranjera que hiciera con ella todo lo que deseara. Veía a Argas saturado por todo aquello; Llosa inmóvil entre dos preciosidades españolas que no hacían más que soltarle los botones de la camisa entre risas y complicidad; su primo casi en su misma situación, y Roberto y Richard que hacía rato que habían desaparecido por las plantas superiores... Y luego estaba nuestra pobre Micaela que no salía de su estupor, pero no porque no le gustara lo que estaba viendo, ni mucho menos. Ella estaba igual de desbordada que nosotros, pero Jonás ocupaba en su mente demasiado espacio y ver su joven rostro perseguido por tales bellezas la enfureció y salió del salón corriendo despavorida. Y entonces todo comenzó. Creo que la rabia, todo el dolor y toda la vida de Jonás pasaron por delante de su cara paulatinamente porque su rostro mudó y se endureció. ¿Querían espectáculo? Él iba a dárselo. Arrancó las ropas caras de aquella mujer francesa y esta, al verse totalmente desnuda delante de tanta gente, soltó un grito de estupor y cayó de rodillas delante de él. ¡Ah! La gente se volvió loca. Había hombres que le pedían más, mujeres desde todos los recovecos del salón aplaudían y vitoreaban ansiosas de ver qué sería lo siguiente. Recuerdo a un hombre de unos cuarenta años levantarse de su silla con su copa de cristal entre los dedos y gritar:

«¡Castigo! ¿Acaso la dama no lo pide?»

Tengo que decir que la dama en cuestión no hacía más que besuquearle la bota a Jonás y eso nos hizo mucha gracia. Cuando él se movió hacia un lado, la señora gateó como un animal en celo a su lado y comenzó a suplicar. A todo esto, Bishop estaba muy cerca de nosotros, flanqueada por dos hombres que sonreían ante tal espectáculo, y tenía una expresión de serenidad y emoción que jamás había visto en su regordete rostro.

«¡*Monsieur!*», gritó alguien entre las sombras. «Vamos muchacho.»

Y nada más decir esto, un hombre alto de complexión atlética y pelo muy rubio se aproximó a Jonás y le entregó una fusta de cuero.

«Dale todo tu amor», le dijo. «Y que sea Dios quien juzgue tus actos.»

Antón dejó escapar un profundo suspiro.

—«Que sea Dios quien juzgue tus actos» —repitió para sí—. «Nosotros solo estamos aquí para deleitarnos de los placeres. Eso solo lo puede hacer una mano humana. Castígala.»

Y lo hizo. Sin contemplaciones ni un mínimo titubeo. La azotó una y otra vez mientras la dama de alta alcurnia permanecía de rodillas mirando al resto de los invitados y se excitaba. ¡Ah, extraña naturaleza humana! Estalló todo en torno a mí, estallaron los gritos de júbilo, los aplausos, los silbidos y no tardó en salir a la palestra otro hombre que llevaba atada a una mujer muy joven, quizá demasiado, con una fina cadenita de plata al cuello. El hombre, que tenía el pelo algo largo y peinado hacia atrás, abofeteó la mejilla de la muchacha rubia y luego la besó apasionadamente antes de situarla en una de las máquinas de nuestra Bishop. Y todo comenzó. El telón había subido frente a todos aquellos rostros y la función sin duda acababa de empezar...

—«Mátenme de nuevo o tómenme como soy, porque no cambiaré» —recitó Antón para dar un largo trago de café a continuación—. Creo que durante muchos años la literatura del Marqués nos alimentó positivamente y nos hizo ver que no había nada malo en nada de lo que pudiéramos hacer. Siempre encontramos una respuesta a todas nuestras dudas en aquel hombre tan peculiar. Todos sus libros nos acompañaron durante nuestra etapa en la universidad y después el resto de nuestra vida.

—Un personaje muy polémico. ¿Aún guardan sus novelas, señor Andrade?

—Todas —respondió—. Ninguno de nosotros se deshizo de ellas jamás. Pero no representa el exceso, no representa lo que cualquier mente humana puede interpretar al leerlo. Para nosotros, era la libertad de un hombre que no temía plasmar en papel todas las atrocidades y placeres del ser humano sin importarle lo que dirían. Y de eso se trataba ¿No? De eso se trataba...

Aquella noche, fue otro punto y aparte en nuestra vidas. Todo lo que a lo largo de los años nos habían dicho que estaba mal, que era castigado con el fuego eterno y que era producto de las mentes más perturbadas, nos enamoró a todos en mayor o menor medida. Ya en la cama, junto a Alexander, pensaba: «¿Por qué no? ¿Por qué no poder disponer de un lugar así para que todos los que nos rodeen el día de mañana puedan ser lo que realmente desean ser?» Creo que en ese momento supe que mi destino era volver a Torbe y, si mi posición y mis triunfos me lo permitían, crear Quimera con la

esencia de la mansión de Bishop y todo lo que allí pude contemplar. Derrumbar los muros de la moralidad más extrema y todo aquel dolor por ser como éramos y levantar un hogar.

Por la mañana, cuando abrí los ojos, tenía a todos mis amigos metidos en mi habitación. Casi me dio un infarto. En un segundo, los tenía saltando sobre la cama hablando como loros sobre la noche anterior. Solo faltaba Jonás, que suponíamos que había acabado encontrando a Micaela. Ninguno de nosotros preguntó qué había hecho el otro, nadie tenía esa curiosidad, porque ya estaba implícito en cada gesto o expresión. Luego nos vestimos y bajamos al salón; Bishop estaba sentada observando el jardín a través de la ventana y, cuando nos vio llegar nos regaló la sonrisa más hermosa que habíamos visto en toda nuestra vida.

«Mis angelitos. Los invitados se han ido y ha sido todo maravilloso. Se hablará de esta fiesta mucho tiempo y en parte es gracias a vosotros. No sé cómo agradecereros vuestra asistencia y, sobre todo, cómo os involucrasteis. Por favor, sentaos y desayunad. He ordenado preparar algo delicioso para mis ángeles. Debéis comer.»

Llevaba una bonita falda larga con bordados en los bajos de hilo fino y una blusa de seda con botones dorados. Se giró hacia nosotros y volvió a sonreír.

«¿Volveréis aunque os vayáis lejos? ¿Os acordaréis de Bishop cuando seáis hombres de provecho?»

Nosotros le respondimos casi al unísono que eso no debía ni preguntarlo. Nada nos separaría de aquella mujer por muchos kilómetros que tuviéramos que hacer cuando estudiáramos fuera.

«Siempre, Madame», murmuró Llosa con su eterna expresión de inocencia en el rostro. «Quizá tardemos un poco. Pero jamás nos alejaremos de usted. Ha sido una madre para todos y eso nadie nos lo quitará.»

Cecilia Bishop se levantó de su pequeño diván y abrazó a Llosa con intensidad.

«Que nada os cambie, pequeños», dijo. Miró a Richard y a todos los demás y suspiró. «No os dejéis llevar jamás por la multitud, no seáis pasto del rebaño, sed como sois eternamente. Lograréis grandes cosas, pero manteneos siempre unidos.»

Aquella mañana desayunamos con ella en el gran salón central. Al cabo de unos minutos, se unieron a nosotros Micaela y Jonás. A todo esto hay que decir que lanzamos a nuestro amigo varios comentarios irónicos sobre la

dama de las flores, pero él nos miraba de soslayo y chasqueaba la lengua para quitarle importancia, mientras Micaela seguía inmersa en una especie de mutismo algo apático; no hablaba y estaba taciturna y algo apesadumbrada.

«No estés triste pequeña», le suplicó Bishop sirviéndole un poco de té. «Es normal que en una situación como la de ayer uno no sepa qué hacer. Son demasiadas sensaciones nuevas e incontrolables, Micaela.»

Micaela tenía los ojos húmedos y no dijo nada. Cuando Bishop iba a dirigirse de nuevo a nosotros, sonó la puerta de entrada, algo que nos sobresaltó a todos y más cuando, al abrirla, nos encontramos al profesor Stefan Levi, engalanado con su chaleco y su camisa blanca impoluta y aquellos pantalones de traje que siempre llevaba perfectamente planchados y limpios. Hizo una reverencia con la cabeza a todas las jovencitas que estaban por los alrededores ordenando la casa y se sentó con una sonrisa afable y, todo hay que decirlo, un poco desconcertante.

«Maestro. Buenos días. ¿Quiere un té o una bonita mujer?», bromeó Richard mientras todos nos reíamos.

Stefan puso los ojos en blanco y le acarició la cabeza como si fuera un pequeño cachorro de Pomerania.

«No, gracias, Armani. Me valdrá con un café caliente. Tengo que hablar con la señora de la casa y no me importa que estéis los “polluelos” cerca.»

Dicho y hecho. Una de las mujeres de Bishop no tardó ni diez segundos en traerle una bonita taza de porcelana, un centro decorativo lleno de todo tipo de azúcares, y la leche. Le sirvió y luego se retiró. Los demás estábamos expectantes. Levi estudió de reojo todo el local, paseó la vista por las escaleras y luego se quedó contemplando con cierta picardía a las chicas que pasaban de un lado a otro mientras le hacían una reverencia y seguían con su trabajo.

«Vengo a hablar de Micaela, señorita Bishop.»

A Micaela estuvo a punto de caérsele la taza de té.

«Pero antes me gustaría saber qué tal todo por la mansión. Creo que ayer tenían una especie de celebración especial en la casa...»

Bishop soltó una suave risotada y asintió lentamente mientras se cruzaba de brazos.

«Vamos, señor Levi. Dígame ya de una vez a qué se debe su visita. Creo que estamos todos esperando.»

Stefan dio un sorbo a su taza y luego se limpió los labios con la servilleta

de tela.

«Micaela, te he encontrado una familia que puede que encaje en tus expectativas.»

Micaela lo miró con los ojos muy abiertos y se aferró al brazo de Jonás, que no entendía nada. Todos nos miramos extrañados.

«Señor Levi...», murmuró Bishop. Pero este le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio.

«Es bastante numerosa. Al principio las monjas no creían que pudiera dar con alguien que quisiera ocuparse de ti dado tu temperamento, pero después de una larga charla con la madre superiora y mi palabra de caballero, que creo que aún la tengo, han cedido. No les he dado más datos que los necesarios, aunque tampoco me los han pedido. Es una familia pudiente que te dará un buen hogar y una formación para tu futuro como... mujer.

«¡No!», gritó Micaela a punto de llorar. «¡No quiero irme! ¡No quiero vivir limpiando casas y criando niños!»

«Micaela, por favor, siéntate», le imploró Jonás.

«¡No puede hacerme eso, maestro! ¿Y adónde se supone que me tengo que ir? ¿Dígame dónde?»

Y comenzó a llorar desconsoladamente.

«Puedo presentarte a tu nueva «madre» hoy mismo si es lo que deseas.»

«¡Pues hágalo! Porque me fugaré de dónde sea si esa va a ser mi vida.»

«Maestro», empezó a decir Jonás, pero Stefan lo miró con amabilidad y le pidió que se mantuviera en silencio.

«Bien. Pues si es tu deseo, vamos.»

Para nuestra sorpresa, Stefan se levantó de su silla y tomó de la mano a Micaela. Tiró de ella suavemente y se la llevó al otro extremo de la mesa mientras permanecía con la cabeza gacha, sollozando. Yo estaba a punto de llorar y el resto permanecía con el rostro congestionado sin entender qué iba a hacer con ella. Pero entonces Stefan se acuclilló y la situó delante de Bishop.

«Aquí la tienes, Micaela. Esta es tu nueva madre. Tiene su carácter, pero creo que serás feliz con ella. ¿No lo crees?»

¡Ah, por Dios! Jamás olvidaré el rostro compungido de Micaela iluminándose repentinamente frente a Cecilia Bishop, que estaba igual de sorprendida que ella. Vi a Jonás soltar un profundo suspiro de emoción, como todos nosotros. Era como si lleváramos aguantando el aire media hora.

«¿Aquí? ¿Dice que puedo quedarme aquí con Madame?»

Bishop sonrió.

«Señor Levi, es usted un pequeño demonio. Por un momento creí que iba a salir de esta casa con la niña y le aseguro que hubiera saltado sobre su cuello si así lo llega a hacer. —Miró a Micaela y le cogió de las manos—. ¡Claro, mi niña! ¿Dónde mejor que aquí estarías? Necesito una jovencita con tu ímpetu para aprender a llevar la contabilidad de esta empresa. Tendrás tu propia habitación y trabajarás por un buen sueldo. ¿No te parece maravilloso?»

Maravilloso no era la palabra exacta. Micaela comenzó a saltar de emoción por todo el salón, besuqueó a Stefan Levi por toda la cara y luego hizo lo mismo con Cecilia. Estaba loca de alegría. Feliz con aquella noticia que cambiaba su vida.

«Y cuando vuelvas de la universidad, Jonás, vendrás aquí, ¿verdad? ¿Como todos?»

«Verdad.»

«¡Prométemelo!», le gritó. Es más, casi lo dejó sordo.

«Te lo prometo, Micaela, pero por el amor de Dios, no grites así.»

Se giró hacia todos nosotros y preguntó:

«¿Verdad?»

Y todos respondimos a sus preguntas al unísono.

«Verdad. Todos volveremos. Cada fin de semana. Te lo juramos, Micaela. Sí, Micaela. No grites, Micaela. Claro que te queremos, Micaela. Siempre te queremos.»

19

Deseaba regresar junto a la tumba de su marido y pasar una tarde entera arreglando las flores y los pequeños jarroncitos de cristal que solía depositar sobre la lápida. Alba siempre había pensando que, tarde o temprano, alguien robaría todas aquellas cosas: los escapularios, los jarrones, incluso las flores. Pero le daba igual. Pensar que todas aquellas cosas podían desaparecer un día le dolía, pero volvería a llevar otras nuevas. Su fotografía estaba intacta; siempre pasaba un pequeño pañuelo para limpiar el cristal, luego cortaba los tallos de los ramilletes de flores e iba colocándolos en los jarrones que había a ambos extremos con sumo cuidado y paciencia. Rezó durante unos minutos y sintió que se iba a echar a llorar en cualquier momento. Los ojos de Roberto la miraban desde el pequeño marco ovalado y parecía sonreírle de un modo diferente.

—Tu hijo cada vez es más parecido a ti, ¿lo sabías? —murmuró—. Tiene esa costumbre de mover la mano cuando habla de algo que requiere concentración y suele suspirar en mitad de una discusión. Es todo un caballero como tú y la empresa parece que funciona igual o mejor. Es... — Sintió que se ahogaba, las lágrimas comenzaban a inundar sus ojos y se secó la nariz con un pañuelo—. Es una buena persona, Roberto. Tiene tanto de ti...

Oyó un leve crujido en el camposanto, ladeó la cabeza y vio pasar a varias personas caminando entre las tumbas. Cuando estas desaparecieron tras la esquina de uno de los caminos, volvió a mirar su imagen y suspiró.

—Lee todos tus libros... Encontrará tus anotaciones tarde o temprano, ¿sabes? Pero no me atrevo a contarle toda nuestra historia, no tengo fuerzas, mi amor... No soy capaz...

Cerró los ojos y sintió que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

«Lo ha preguntado, Alba. En el despacho, cuando el hijo de Richard se ha marchado. Ha dicho que su padre lo repetía una y otra vez en su lecho de muerte: “No temeré al dolor porque me hace fuerte” ¿Y qué querías que le dijera? Una verdad a medias, pero jamás mentiré, Alba.»

La voz de Argas se clavó en su cerebro y se llevó las manos a las sienes. Había sido tras esa conversación cuando había decidido conducir hasta el cementerio y alejarse de todo y de todos. Necesitaba estar con él. Necesitaba decirle lo desesperada que se había sentido al recibir esa carta de Antón y el dolor que le producía pensar en ello.

—Si tú estuvieras aquí, todo sería diferente... Quizá le podrías contar todo lo que os sucedió en aquel lugar y los buenos momentos que llegaron después. ¡Es tan parecido a ti!

Los primeras semanas tras la muerte de su marido, su hijo había pasado horas encerrado en la biblioteca. Ella sabía que leía sin cesar todo lo que caía en sus manos. Y también sabía que, durante los últimos días de la enfermedad de Roberto, padre e hijo habían compartido mucho tiempo juntos. Pero nunca preguntó de qué habían hablado porque sentía que era invadir una intimidad que solo les pertenecía a ellos. Así era su pequeño, un joven que ocultó aquel profundo dolor entre libros y noches enteras ocupándose de ella. Pero ¿qué había de su vida? ¿Por qué nunca le decía lo que le gustaba, lo que encendía su corazón o si había alguna mujer que ocupara alguna hora de su vida o de sus sueños? A veces pensaba que su hijo no confiaba en ella, que no la veía capacitada para comprender su vida o sus miedos, pero no era eso. Siempre había sido discreto, como su padre. Era esa discreción, esa forma de no querer preocupar a nadie con sus cosas, lo que lo convertía en ese hombre reservado y silencioso, sobre todo cuando se trataba de su propia vida.

—Mi amor —susurró mirando la foto de su esposo—. Dime qué debo hacer... Veo a nuestro hijo tan triste... Tan solo...

Se sintió ridícula preguntando aquello cuando había vivido casi toda su vida con una réplica exacta de su hijo Roberto, su padre.

—Me dijiste que jamás me dejarías sola —sollozó—. Me lo prometiste cuando fuiste a recogerme aquella noche y me llevaste a la casa de aquella mujer y, aunque al principio me sentí asustada ante tanta opulencia y tanto lujo, tú me sonreíste como si fuera la mujer más hermosa del mundo. ¿Por qué?

«Porque te amo, Alba. Y si he tardado en enseñarte ese sitio tan especial es

porque todo ha ido cambiando. Tú con esa familia, nosotros estudiando a varios kilómetros, viniendo los fines de semana. Mira todo lo que hay a tu alrededor. No hay nada malo. ¿Creías que me conformaría con escribirte cartas bonitas hasta que me licenciara?»

Se secó las lágrimas con la manga de su camisa y se incorporó despacio mientras contemplaba los cipreses y los robles que la rodeaban.

—Adiós, mi amor... Mi único amor... —balbuceó antes de abandonar el pequeño cementerio.

Cuando llegó a casa, casi era la hora de cenar y las luces del porche estaban encendidas. Eso significaba que Roberto ya había llegado. Quizás estaba preocupado por ella. Nunca llegaba tan tarde sin dejarle una nota o llamarle al despacho.

Contuvo el aliento nada más entrar en el salón. Su hijo estaba acompañado por un hombre que le daba la espalda. No fue consciente de quien era hasta que el muchacho se giró y clavó sus enormes ojos azules en ella para luego regalarle una sonrisa devastadora. Durante mucho tiempo había sabido que aquel momento iba a llegar, pero con todo, no estaba preparada para ello. Sintió que se mareaba y se aferró al marco de la puerta.

«No. No es él. ¡Basta!»

—¿Mamá, te encuentras bien? —oyó preguntar a su hijo mientras se aproximaba a ella—. Mamá.

—Sí. Perdona, debe ser la tensión. Disculpadme. Ha sido un leve mareo —se excusó mientras se acercaba al otro hombre.

Sonrió, aunque en ese momento quería morirse, y le tendió la mano con elegancia.

—¿Te acuerdas de Carlo, el hijo de Richard?

—Un placer, señora —respondió Carlo amablemente.

Ahí estaba su sonrisa, sus ojos, su boca gruesa e infantil. Era él.

—Encantada de verte. Eres... Eres digno hijo de tu padre. Has crecido mucho y me alegra muchísimo que hayas venido a casa.

Carlo sonrió con picardía y se aproximó a Roberto que observaba la pantalla del televisor que estaba sin volumen.

—¡A eso me refiero! —exclamó Carlo mientras apuntaba con el dedo una imagen del televisor—. Tú lo ves como filosofía de belleza, pero a mí me resulta empalagoso y pedante. No veo una película para quedarme clavado en el sillón observando un rostro hermoso, es agotador y aburrido.

—No lo comprendes, Carlo. *Muerte en Venecia* es una película que ensalza la perfección inalcanzable, la belleza en estado puro. No el erotismo. No puedes buscar un Calígula en una obra de esta índole, por el amor de Dios.

—Me aburre.

—No te aburre. Solo que no comprendes su profundidad —alegó Roberto.

—Perfecto —dijo con pedantería—. Me aburre porque no profundizo.

—Aquel que ha contemplado la belleza está condenado a seducirla o morir —recitó Alba mientras se quitaba la chaqueta y se alejaba antes de perder el juicio delante de su hijo y de aquel hombre tan idéntico a Richard.

Roberto elevó los brazos y luego los dejó caer contra sus piernas mientras Carlo miraba al techo y suspiraba.

— ¡Bien, mamá! Pero este hombre no lo entiende.

—Sí lo entiende, hijo, solo que no le gusta —respondió.

Carlo sonrió de aquella manera tan desconcertante y ella le devolvió la sonrisa de la mejor forma que pudo.

—Me gusta tu madre, Roberto. Ella me comprende.

Lo miró desde el otro extremo del salón y sintió que sus piernas no la obedecían.

—Entonces... —se oyó decir a sí misma—, ¿te gustaría quedarte a cenar con nosotros? Es la primera vez que mi hijo trae a alguien a casa, sea hombre o mujer, y empezaba a preocuparme de su capacidad para hacer amigos.

—¡Mamá! ¿A qué ha venido eso? —preguntó Roberto indignado.

Alba le dirigió una sonrisa provocadora y se encogió de hombros.

—¿No tienes amiguitos? —se burló Carlo—. ¡Normal! ¿Quién tiene amigos viendo este tipo de películas?

Se giró hacia Alba, que disimulaba su nerviosismo apoyada contra el marco de la puerta, y luego volvió a mirar a Roberto.

—¿Ni mujeres? —inquirió levantando la ceja—. Voy a profundizar...

—No lo hagas —imploró Roberto.

—¿Por eso te gusta esa película? El chico de rizos rubio se pasa media hora señalando el horizonte con un ridículo bañador de rayas mientras ese vejstorio maquillado lo mira anonadado. ¿Es eso?

Roberto resopló apelando a su paciencia.

—Si fuera eso, tampoco me importaría. Pero tampoco lo es —contestó Alba.

Carlo soltó una risa seductora y la miró sorprendido.

—Señora, que moderna es usted.

—¡Basta los dos! —exclamó Roberto—. No tengo ninguna inclinación por el género masculino, mamá. Tampoco entiendo por qué tengo que traer a mi casa a mujeres para ser como los demás.

Carlo ensombreció el rostro.

—El trabajo es una forma de abstraerse de todo, supongo. Hasta de las relaciones demasiado personales. En fin. Así es la vida —murmuró. Luego se dio la vuelta y volvió a sonreír—. Claro que cenaré aquí, señora. Gracias.

—Llámame Alba, por favor.

Durante la cena ella se dedicó exclusivamente a observar a los dos muchachos interactuar. Por nada del mundo se hubiera imaginado la cantidad de gestos y ademanes que tenían los dos de Richard y Roberto. ¡Era como retroceder en el tiempo! Se fijó en su hijo y en el cambio que se gestaba en él a medida que pasaba la noche y se sentía más cómodo. Era quizá la primera vez en toda su vida que lo veía realmente a gusto cenando con alguien que no fuera ella. Por su parte, el joven Carlo tenía un carácter afable y extrovertido, era muy directo en sus comentarios y parecía no tener pudor ante ningún tipo de conversación o situación.

«Digno hijo de su padre...»

Sí, aquel era quizás el momento más extraordinario que había tenido en mucho tiempo. Hubiera pagado miles de billetes por tener a Micaela allí sentada y ahogó una leve risa al imaginársela a su lado, con aquel gesto digno tan propio de ella y la cara deformada por la sorpresa. ¡Oh, Micaela, si tú pudieras ver esto!

—Supongo que ahora que te ocupas de los negocios de tu padre, conocerás a Antón Andrade y pasarás a verlo, ¿verdad?

Oírse a sí misma decir aquello la llenó de rubor. Carlo, que estaba sentado frente a ella, bebió de su copa con gesto pausado y asintió.

—Mi padre tenía muchos negocios con él —dijo—. Y es una invitación que también nos ha hecho Petro Argas en el despacho de Roberto.

—Conoceréis muchos futuros clientes allí, no dejéis de ir. —Lo miró con cariño y él le guiñó un ojo con complicidad—. ¿Vives solo, Carlo?

—Mamá... —imploró Roberto.

Su rostro era perfecto y sus mejillas elevadas. Tenía la boca grande y bien dibujada y llevaba el pelo engominado aunque algo revuelto, lo que le daba

un aire golfo y más jovial. Sin embargo, todo aquel carácter de «chico malo» contrastaba con la sobriedad de su traje y aquel gesto melancólico que a veces ponía cuando se quedaba pensativo.

—Creo que no tengo mucho tiempo para mi vida personal, Alba. Para nada serio si soy más exacto.

—Habéis crecido muy rápido por obligación, ¿no es así?—preguntó. Y miró a su hijo que permanecía con la vista perdida en el mantel de hilo blanco—. ¿Qué tienes, veintitrés años como Roberto? Quizá menos...

—Sí, tengo la misma edad y sí, no es muy alentador pero es lo que toca —respondió Carlo—. Aún así, mi padre pasó por algo similar, quiero decir, cuando era joven tuvo que sobrevivir de algún modo a muchas situaciones difíciles. No es que hablara mucho de ello, pero siempre me decía que me aferrara a las oportunidades y, sobre todo, que no cambiara por nadie ni por nada. Que aprovechara el momento porque mañana no sabría si estaría aquí. Es lo que hago —murmuró con apenas un hilo de voz—. Ahora me toca llevar un negocio y lo demás carece de importancia para mí. Es lo único que me queda de él. De ellos.

Alba sintió la horrible necesidad de llorar. Sonrió fingiendo que aquello no le afectaba y desvió la conversación antes de tener que dar demasiadas explicaciones.

—Tampoco tienes tiempo para el amor, como aquí mi insociable hijo.

Roberto frunció el ceño y lanzó la servilleta con elegancia sobre la mesa.

—Y empezamos otra vez con el mismo tema.

Se dio cuenta de que Carlo la miraba con curiosidad y se puso nerviosa.

—Soy muy especial para el amor, Alba. Así que supongo que no soy el más indicado para animar a tu hijo en ese menester. He vivido como he querido haciendo lo que me placía hasta la muerte de mis padres. Ahora no es que no haga lo que me guste, simplemente tengo otras prioridades.

—¿Qué es ser especial para el amor, Carlo?

— ¡Mamá! —bufó Roberto—. ¿Otra vez como conmigo? Oh Señor...

—No pasa nada, Roberto —repuso Carlo—. Es normal, es tu madre. La mía me hacía las mismas preguntas continuamente.

—¿Ah sí?

La cosa se ponía interesante. Alba se puso recta y lo miró fijamente.

—Sí, Alba. Para mi madre lo normal era que yo tuviera una novia bonita a la que llevar al cine. Yo nunca le di importancia a ese tipo de cosas y soy

demasiado especial para las relaciones personales.

Ahora era Roberto el que parecía intrigado. Se movió en la silla y apoyó los codos en la mesa.

—¿Profundizo? —preguntó con sorna imitándole a él hacia escasos minutos.

—No es necesario, Roberto. No soy tímido a la hora de expresarme, me contengo por respeto a tu madre.

—No lo hagas. No es necesario —replicó ella.

Carlo arqueó las cejas y Roberto resopló.

—Mi padre siempre me instó a hacer lo que deseara sin pararme a pensar si estaba bien o mal. Eso era algo que mi madre no comprendía, pero él siempre insistía en ello: «Sé un hombre íntegro, pero jamás escondas tu verdadera naturaleza». —Esbozó una sonrisa traviesa y se llevó un pedazo de pan a la boca—. Y no lo hice.

—¿Hablabas mucho con Richard?

—Sí.

Ella asintió. Observó sus manos. Tenía unos bonitos dedos sin vello y en ningún momento lo había visto dudar o ponerse nervioso. Su pulso era excelente.

—El amor tiene distintas formas, no todo tiene porque ser de la misma manera —murmuró Roberto, dejando a su madre algo desconcertada ante aquella declaración.

—Exacto —respondió Carlo sin dejar de comer—. Lee más a Sade, Roberto.

Súbitamente, Carlo se levantó de su silla, se limpió la boca con un gesto teatral y recitó:

—Hermana, soy joven y libertino, impío, soy capaz de todos los desenfrenos del espíritu, pero me queda el corazón: es puro y con él, amigos míos, me consuelo de todos los defectos de mi edad.

Alba se llevó las manos a la boca y luego empezó a aplaudir bajo el gesto de asombro de su hijo, que no entendía tal exaltación de emoción. Carlo hizo una reverencia y se sentó.

—Gracias señora... Gracias.

—No me lo puedo creer —masculló Roberto.

—¿Sabes una cosa, Roberto? —prosiguió Carlo—. Creo que voy a venir más a menudo a comer con tu madre.

20

Antón comunicó a Candela que estaría dos días fuera por temas de trabajo.

—Mañana saldré hacia Barcelona y luego pretendo parar en Madrid —informó—. Toda esta historia y los recuerdos de mi vida han hecho que me replantee muchas cosas. Me gustaría poder visitar las tumbas de mis amigos. Pasar un poco de tiempo con ellos del único modo que puedo y luego volver.

Candela, que se había levantado del sofá y había preparado algo de comer para los dos, se aproximó a Antón y apoyó la mano en su hombro mientras le ofrecía unos canapés recién hechos y un poco más de café. Empezaba a anochecer y el suave ronroneo de las ramas en el exterior parecía anunciar una gélida noche bajo aquel cielo emplomado.

—Aprovecharé entonces para llevarme a Catinca a la ciudad —repuso ella—. Necesita material escolar y algún libro de lectura que le piden leer este año. Si le parece, comeremos en el Lusinda y luego volveremos sobre las cinco para sus clases.

Antón dijo que le parecía muy buena idea. Luego se acomodó en el sillón y jugueteó con el pliegue que el tapizado en piel hacía en la curvatura de uno de los brazos.

—Me pregunto qué sucedió para que Alexander decidiera un día de repente dejarles a todos a un lado y seguir su vida —comentó ella—. Formar una familia, una buena familia, y olvidarse de todo lo que pasó a su lado. Debe de ser muy difícil para él.

En la chimenea de mármol había restos de ceniza y madera de la noche anterior. Antón se inclinó hacia delante y colocó con cuidado los pequeños restos para que no se desperdigaran por la alfombra.

—Creo que te mencioné que no lo llegó a superar, aunque a veces lo parecía. Cada persona tiene un límite y él sufrió mucho más que yo en

aquellos sótanos. Algo demasiado profundo se rompió en él y nunca llegó a cerrarse. Pero no puedo reprocharle nada, Candela. Después de aquella fiesta todos cambiamos nuestra manera de pensar, de sentir y de vivir la vida. Algunos no teníamos ni dieciocho años y habíamos experimentado unas sensaciones que, de otro modo, nunca habiéramos vivido. Roberto llevó la relación con Alba de un modo tranquilo, sin premura, sin prisas. No quería interferir en su educación en aquella casa. Vivía relativamente cerca de Torbe y eso le permitía visitarla a menudo; iban a pasear, le contaba todo lo que veía en la mansión y desde el primer momento fue sincero con ella; quería acabar sus estudios y llevársela después de allí, casarse con ella.

En mi caso todo era más complicado porque Eleonor vivía mucho más lejos, y una tarde en que la pude ir verla, me dijo que su familia se iba a trasladar a Madrid a vivir un tiempo. Se me cayó el mundo al suelo y le juré por mi vida que iría a buscarla, que me esperara. Fueron muchas las cartas que nos escribimos después del verano. Ella se negaba a conocer a ningún muchacho. Tenía muchos pretendientes de buena posición y su familia no comprendía cómo una mujer tan hermosa rechazaba tantas invitaciones a la ópera, o a las fiestas que se daban en los clubes más selectos de la ciudad para conocer a gente... Pero ¿quién rompe un vínculo como el nuestro, Candela? Cuando conoces a un hombre o a una mujer, descubres lo bueno de él, en los primeros meses de relación todo es maravillo porque aún no has pasado a su lado los peores momentos. Nosotros habíamos crecido juntos, habíamos vivido verdaderas catástrofes juntos y las habíamos superado todas. ¿Qué nos quedaba entonces? Todo lo bueno. Y ella me esperó porque lo sabía.

Lo más triste que recuerdo tras de ese verano fue tener que despedirme de mis amigos. Pero durante ese mes de agosto seguimos visitando a nuestra adorada Bishop y la curiosidad por todo lo que habíamos visto en la fiesta nos hizo devorar libros y libros sobre el Marqués de Sade. Algunos nos resultaban espeluznantes, aunque luego ella nos explicaba que debíamos escarbar y profundizar en lo que el autor pretendía transmitir, que no era otra cosa que la pura libertad en una época que estrangulaba y condenaba todo lo que se saliera de lo común. Cecilia Bishop era una mujer culta y sabía transmitir su punto de vista con el mismo talante y perfección que Stefan Levi. Muchas noches, cuando la mansión estaba vacía y llegaba el fin de semana, nuestro maestro pasaba horas sentado en el salón principal entorno a una

mesa y teníamos verdaderas discusiones sobre nuestra percepción en cuanto a la obra del Marqués. Stefan no comprendía aquella naturaleza extrema llena de parafilias y actos de violencia siempre justificados por el autor, mientras que Bishop se quedaba en el trasfondo de su obra, en los detalles elegantes y los juegos amatorios, en la idea de un autor condenado por escribir literatura que luego fue ensalzada por las masas, juzgando la mano que escribía historias que, en un tiempo diferente, no le hubieran llevado a una cárcel o a un psiquiátrico.

—¿Stefan también pasaba noches en la mansión? —preguntó Candela sorprendida.

—¡Oh no! En absoluto. Stefan conocía las actividades que allí se llevaban a cabo determinados días de la semana, pero él solía acompañarnos únicamente alguna que otra tarde en la que la casa permanecía tranquila para entablar una conversación filosófica sobre alguna novela y tomar un buen licor en su justa medida, pues la prudencia era una de sus virtudes y nunca bebía por beber. Él también disfrutaba de aquellas conversaciones profundas sobre libros y arte, y Madame Bishop era toda una experta en la materia sin lugar a dudas. Era una mujer de mundo, Candela, una mujer inteligente, educada desde niña en una buena familia, aunque luego tomó otro rumbo. Creo que por eso adoraba a Micaela; se veía reflejada en ella en su totalidad. Ambas habían rechazado una vida de entrega, un matrimonio y ser madres con la intención de vivir su vida y no depender de un hombre nunca.

Pero llegó septiembre y, con él, los familiares de nuestros amigos que Stefan había localizado y alguien más: un tío de Argas afincado en el extranjero. Fue el momento más duro que recuerdo de aquel verano, tener que separarme de Llosa, Jeremías, Leonardo y Argas. Nunca olvidaré sus rostros cuando atravesaron la verja de acero corroída por los años y la intemperie.

«Os escribiremos. No habrá nada de nuestra vida que no sepáis y volveremos», decía con desesperación Llosa. «Os juro que volveremos a vernos. Hicimos una promesa.»

«Os vais demasiado lejos, Llosa», sollozaba Alexander sujetándole las mejillas.

«No... No importa. Nos llamaremos continuamente, buscaremos el modo de volver a estar juntos. No pueden separarnos, no después de todo lo que hemos vivido aquí.»

Yo me aferraba a Argas y a Leo como si creyera que, de ese modo, jamás se marcharían de mi lado mientras veía a Jeremías abatido y a Llosa a punto de romper a llorar. Pero todos sabíamos que iban a estar bien; aquellas personas estaban desalentadas por el tiempo que había pasado y deseaban recuperar con ellos todos esos años perdidos y darles una buena vida, una buena educación. Sin embargo, eso no nos consolaba; habíamos pasado toda nuestra infancia, nuestra niñez y nuestra adolescencia juntos, y era tal la dependencia que teníamos entre nosotros que tardamos en superarlo. Creo que esa fue otra de las cosas que destruyó a Alexander.

«¿Por qué te atormentas así? No podemos hacer nada, no podemos cambiar las cosas, Alexander, ellos ahora están bien y, aunque nos duela en el alma, lo sabemos», solía decirle.

Pero Alexander no contestaba, se quedaba absorto en sus pensamientos sentado sobre la cama y dejaba la vista fijada en un punto como si hubiera perdido la razón. Yo me desesperaba. Le pedía que volviera a la realidad, que se diera cuenta de lo que estábamos juntos en eso y de que yo también sufría. Yo no sabía cuándo volvería a ver a Eleonor, ni qué pasaría entre nosotros. Pero no decía nada.

Su silencio me dolía, sentía su melancolía y aquella forma de encerrarse en sí mismo que ya había visto cuando Becker nos había hecho tanto daño. Fueron unos días terribles, ninguno de nosotros fue capaz de sacarle una sola palabra; ni siquiera el maestro Stefan, afectado por su cambio tanto como nosotros, logró hacerle volver en sí. Cada noche yo regresaba a su habitación preocupado por su salud, por su estabilidad, por toda aquella nostalgia y languidez que sus ojos reflejaban, me acurrucaba a su lado abrazándole por la espalda y lo escuchaba llorar hasta que se dormía. Una y otra vez, noche tras noche... Y sí, volvió a resurgir de sus cenizas. Mi insistencia y la de Richard, Jonás y Roberto lograron sacarlo de su mutismo aunque jamás volvió a ser el mismo joven risueño y feliz que yo había conocido.

Durante los días que precedieron a la marcha de nuestros amigos, el colegio comenzó a tener una actividad casi frenética. Los benefactores de San Torbe invirtieron dinero para cambiar las antiguas aulas; los pupitres ahora eran mejores, teníamos un nuevo encerado, armarios de puertas batientes repletos de libros y la biblioteca pasó de ser un lugar para unos privilegiados para abrirse a todo aquel alumno que deseara leer. Lo mismo pasó con nuestras habitaciones: llegaron camas nuevas, más modernas y cómodas,

menaje para cada estudiante que consistía en varias mantas, sábanas, almohadas y un par de pijamas. Cada uno de nosotros tenía su propia habitación por ser los más mayores del colegio y Stefan comenzó a hacer las gestiones necesarias para que termináramos el bachillerato y así poder optar a una educación superior, aunque íbamos muy atrasados.

Ten en cuenta que ya estábamos en 1964, si no recuerdo mal, diez años después de la foto que yo te enseñé o un año menos, pero por aquel entonces vivíamos en una España franquista, con un cambio continuo en la educación. Hasta ese momento, los colegios eran un canal para transmitir la conciencia ideológica y patriótica, y eran muy pocos los niños que se formaban. No obstante, dentro de todo lo malo que habíamos pasado en San Torbe, estábamos estudiando y eso era algo muy importante, necesario si queríamos llegar a la Universidad, cosa que muy pocos hacían, aunque teníamos un largo camino todavía y años que recuperar.

Sin embargo, había mucho que ocultar bajo los ladrillos de lo que había sido Torbe durante muchos años, y los benefactores hicieron del colegio un lugar casi para privilegiados; se invirtió mucho dinero en nuevos profesores, se pactaron acuerdos para que los alumnos ingresaran en el bachillerato superior... En resumidas cuentas; facilidades para paliar una decadencia que se compraba y vendía.

—Pero lo lograron —interrumpió Candela con emoción.

Antón sonrió.

—Con retraso, pero sí —respondió—. Hicimos el bachillerato completo en el pueblo y dormíamos en San Torbe, que se convirtió en nuestro hogar. Allí teníamos nuestra habitación y a nuestro maestro o, como bien decía Leonardo, a nuestro ángel de la guarda. Él nos ayudaba cuando alguna materia se nos atravesaba y Bishop seguía teniéndonos en nómina, por decirlo de un modo más elegante.

—Y la joven Micaela se trasladó a la mansión de Bishop, sin lugar a dudas —afirmó Candela.

—¡Ah, nuestra pequeña Micaela! Era la viva imagen de la alegría más intensa. Tengo que decirte que fue una de las damas de Bishop, que por cierto llegó muy recatada y digna, la que recogió a Micaela en la puerta del colegio de las monjas. Ella llevaba una simple maletita con lo poco que tenía; los ojos le brillaban como jamás había visto antes y no paraba de tocarse el pelo por los nervios. Estaba radiante, con las mejillas arrojadas por la emoción. Fue

realmente cómico ver a Stefan con los ojos entrecerrados haciéndose el digno profesor, esperando junto a ella la llegada de aquella mujer. Y qué bien hizo su papel la muy astuta. Bajó del vehículo con elegancia, la miró como si fuera una institutriz seria y sofisticada y, cuando las monjas se despidieron de ella y entraron en el colegio, aquella mujer empezó a besuquearla y a dar saltos de alegría mientras subían al coche y se despedía de nosotros... hasta el fin de semana.

Candela soltó una carcajada y se abrochó su chaquetita de punto.

—Santo cielo... Debió ser muy divertido aquel momento.

—Delicioso. Es más, tengo que decir que Alexander aunque había recuperado su talante y volvía a ser un muchacho comunicativo hasta cierto punto, seguía supurando melancolía y tristeza. Sin embargo, él también se emocionó cuando la vio partir y Jonás Romano, el duro muchacho que siempre se mantenía impávido ante todo tipo de desgracias y catástrofes, aguantó el llanto a duras penas. Recuerdo a Richard Armani mirando a derecha e izquierda sorprendido por la reacción de sus amigos, su voz picajosa y provocadora preguntándoles si necesitaban un pañuelito con aquel retintín tan típico de él. Fue bonito y muy intenso. A fin de cuentas, Micaela se iba a pocos kilómetros de distancia, pero no era eso lo que realmente nos emocionaba; era verla feliz y cumpliendo sus sueños porque sabíamos lo que significaba para ella Madame Bishop y todo lo que rodeaba aquella casa, todo lo que implicaba y suponía, a pesar de lo que a veces se hacía allí.

Tengo que confesarte que nuestra Quimera se redujo drásticamente y no volvimos a bajar por la añoranza que nos provocaban los recuerdos. Además, aquel lugar secreto ya no era necesario dado que las chicas ya no estaban y nosotros no teníamos que ocultarnos de nada, pero lo recordábamos con nostalgia cuando nos juntábamos en la habitación y volvían a nuestra mente todos aquellos momentos que habíamos pasado en los sótanos, el día que abrimos por primera vez aquella puerta y las horas que habíamos vivido tan maravillosas.

Pero faltaba algo por suceder. Un hecho que nos iba a proporcionar una dosis de energía para todo lo que nos quedaba por hacer y esperar en la vida. Ocurrió el primer viernes que fuimos a ver a Cecilia y Micaela tras la marcha de los demás. Alexander tenía el pelo muy revuelto por el viento de aquella noche, los ojos enrojecidos como si hubiera cogido un resfriado y caminaba delante de nosotros por las calles de Torbe totalmente abstraído en sus

pensamientos.

«No es digno de su edad caminar por las calles de un pueblo a estas horas de la noche. ¿No creen, jovencitos?»

Creo que cuando escuché aquella voz timbrada estuve a punto de sufrir un infarto. ¡No podía ser real! ¡Era Eleonor! Oh, Señor, no podría describirte lo hermosa que estaba. Llevaba un vestido verde sin mangas maravilloso en forma de vaina hasta las rodillas, unos zapatitos de tacón negros que realizaban su figura de mujer, y el cabello cabalgándole los hombros. Se acercó a nosotros y me quedé prendado al verla con aquellos diminutos guantes blancos terriblemente eróticos que cubrían sus manos. El tiempo se paró para mí, todo se ralentizó, el ruido de la calle desapareció, la gente que paseaba o apuraba las últimas compras dejaron de existir. Era solo ella. Ella sobre un escenario que para mí resultaba totalmente desconocido; en la ciudad, con aquella ropa de mujer y aquella sonrisa arrebatadora surcando su rostro...

Lo cierto es que todos estábamos igual de sorprendidos y maravillados de verla en aquel sitio, justo a esa hora. Alexander tenía prácticamente la misma cara de idiota que yo, pero él reaccionó más rápido y corrió hacia ella levantándola por los aires y abrazando aquel hermoso cuerpo para luego llenar de besos sus mejillas. Luego ella vino hacia mí y me besó con tanta pasión e intensidad que creí que jamás volvería a sentir algo tan vehemente y tan real como aquello. Oí preguntas atropelladas mientras la contemplaba, seguía sin comprender por qué mi Eleonor estaba allí. ¡Delante de nosotros! ¡Sola! Santo cielo, tenía quince años, todavía no había cumplido los dieciséis, pero era tan mujer...

«Llevadme con vosotros. Quiero conocer esa casa, quiero ver a Micaela», dijo emocionada.

Pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo es que estás sola?», pregunté desconcertado y abrumado. «¡Estás impresionante!»

Ella se rio y giró sobre sí misma. Jugeteó con el cabello de Jonás y luego le guiñó un ojo a Roberto, que todavía no se había movido ni dicho una sola palabra.

«La pareja que cuida Alba ha tenido que irse al sur por un funeral de un familiar cercano. Ella no quería quedarse sola en la casa y esa gente mayor, ya sabéis, es muy amable con nosotras. Han permitido que pase hasta el domingo con ella y el matrimonio con el que estoy no ha puesto ningún

problema. ¡Es tan emocionante!»

«¿Dónde está Alba? ¿Por qué no ha venido entonces contigo?», preguntó Roberto con la duda en la voz.

«Ella no va a venir», le espetó. Pero antes de que Roberto pudiera decir una sola palabra, Eleonor sacó un papelito doblado de un bolsillo de su vestido y se lo entregó con una sonrisa. «Iras tú. Su familia puede llamar en cualquier momento, no sería prudente que pasara el fin de semana alejada de la casa, ¿no crees?»

«¡Ah, esto se anima!», exclamó Richard.

Alexander seguía sonriendo pero no se movía. Fue un detalle en él que me llamó la atención y me provocó una risa floja. Y no era para menos. Parecía como si lo hubieran disecado con aquel gesto y lo cierto es que yo sabía que su mente ya volaba por encima de Torbe y por supuesto no era nada decoroso lo que se proponía. Aún quedaba lo mejor.

«A ver si lo entiendo bien», dijo Roberto con aire solemne. «Alba está sola en esa casa hasta el domingo.»

«Chico, ¿necesitas que te empuje?» Jonás levantó las palmas de las manos hacia el cielo y abrió tanto los ojos que parecía hasta grotesco.

«Y te está preparando una cena deliciosa. Toda una velada. Ha pasado parte de la tarde organizándolo todo. ¡Cielos! Es la primera vez que estáis solos, ¿verdad?», lo chinchó Eleonor.

«Yo ya hubiese llegado allí», repuso Richard.

«¿Puedes callarte un momentito? Intento asimilar la situación y...»

«Cómprale unas flores», propuso Alexander.

«Las rosas están bien, son elegantes y bonitas», dijo Eleonor

«Eres un maldito cursi.»

«Y tú poco romántico, Richard», volvió a decir Eleonor cogiéndome de la mano.

Empezamos a hablar todos a la vez. Roberto se giró hacia nosotros y dijo:

«¡Silencio! ¡Ah, sois todos desesperantes! Uno... Uno a veces necesita asimilar ciertas cosas que no se espera a su ritmo, pero con vosotros es imposible.»

Nos dio la risa tonta y Roberto comenzó a caminar por la calle mientras nos decía adiós con la mano como dándonos por perdidos.

«¡Dale un besito a Alba de mi parte!», gritó Richard con humor.

Creo que Roberto lo mandó a la mierda en aquel momento. No era muy

propio de él, pero ¡qué demonios!, se lo merecía.

Antón suspiró. Se reclinó en el sillón apoyando la mano sobre la mesita supletoria, sacó un puro de la caja de madera que tenía a su derecha y comenzó a encenderlo con una larga cerilla que parecía una varita. Candela observó que su rostro había pasado de una tristeza amarga a reflejar una alegría que iba creciendo a medida que avanzaba en su relato. Era maravilloso, después de todo, verle así.

—Fue un fin de semana extraordinario para todos —dijo soltando el humo muy despacio—. Eleonor y Alba no habían tenido la oportunidad de despedirse de los otros y, cuando le contamos aquel momento tan triste, rompió a llorar desconsoladamente. Había sido todo muy rápido e inesperado. Le dijimos que no habíamos tenido ni tan siquiera tiempo de despedirnos nosotros, de avisar a alguien o alargar su marcha. Ella se enjugó las lágrimas con un pequeño pañuelo de tela y siguió caminando hacia la finca. Durante todos nuestros años de matrimonio siempre me dijo que sabía que volveríamos a estar juntos. Uno simplemente sabe que es así, tiene una palpitación y nada le hace cambiar de idea porque siente que pasará y ella... lo tuvo claro desde el principio.

21

Pasó más de una hora hablando por teléfono en la sala Vip del aeropuerto de París con Leonardo. El avión llegaba con retraso. Se había acomodado en uno de los sillones de piel con el teléfono en la mano, un zumo de arándanos en la mesilla lateral y un regaliz rojo colgando de los labios como si tuviera quince años y el mundo no le importara lo más mínimo. Varias miradas indiscretas de los hombres que comenzaban a llegar a la sala con sus maletines refinados y sus trajes italianos le hicieron sentarse de un modo más discreto. Se había puesto una falda de tubo negra hasta la rodilla y una camisa blanca con botones dorados, como siempre, de seda. Sus zapatos de tacón eran la sensación, comprados en una de las mejores boutiques de París a un precio descabellado, pero no podía remediarlo: adoraba aquellos afilados tacones de aguja y la forma de su peine cuando caminaba con paso firme.

—¿Me estás escuchando, cariño mío?

Leonardo tenía esa deliciosa costumbre de hablarle como si fuera la mujer de su vida y eso siempre le hacía sentir bien.

—Perdona, Leo, se me ha ido la cabeza.

—Micaela, no sé qué demonios pretendes conseguir haciendo ese viaje. Deberías estar hablando con Antón y no conmigo. Él ha criado en cierto modo al hijo de Jonás y sabes, como todos, que es un chico que tiene su carácter, es frío, discreto y poco dado a las amistades. Lo que te intento decir es que puede mandarte al infierno y no lo superarás. ¿Eres consciente de esa posibilidad?

Silencio.

Sacó el último regaliz de la bolsa de plástico transparente y mordió un pedacito.

—Soy consciente, Leo, muy consciente. Pero no puedo seguir así mucho

tiempo. Sueño y veo a Jonás todos los días de mi vida. Está presente en todo lo que hago y si no me enfrento a mis demonios, me voy a volver loca.

—Es por esa carta, ¿verdad? Todos os estáis volviendo locos por culpa de esa maldita carta. Ese chico tiene ahora mismo veinticuatro años, ha vivido una infancia infernal, su madre no ha estado bien desde la muerte de Jonás y ni siquiera sabía que había un depósito de dinero ingente a nombre de su hijo en el banco central para cubrir media vida. El chico lo ha sabido ahora, Micaela, pero mientras su madre vivió, apenas tenían para comer, no sé si me comprendes. Y jamás nos dejó que les ayudáramos. A nadie. —Leonardo hizo una pausa y luego suspiró—. Es un chico brillante. Ha tenido una vida muy dura, pero sacó una beca y de repente, en medio de sus estudios, aparece un abogado de la nada y le dice que su difunto padre dejó un depósito para él y que debía ser entregado al finalizar su carrera.

—¿Y el dinero de Jonás? ¿Por qué su madre no lo usó cuando falleció?

—Porque enloqueció, cariño mío. No como esas locas que hacen cosas raras y toman pastillas. Eso era lo malo, que no se le notaba. Ella vivía en su mundo ideal, cantaba, cocinaba, cuidaba de su hijo y hasta parecía normal. ¿Y qué íbamos a hacer nosotros? Jonás falleció muy pronto, de repente; ni siquiera había organizado sus cosas, no tenía ni testamento. Todo lo suyo pasó directamente a su mujer, y Dominic era un niño. Los Malbaseda rastrearon todos los bancos del país cuando ella falleció; hasta entonces no pudieron hacer nada. Era suyo. Ese abogado americano que apareció solo tenía que entregarle ese dinero tras acabar la carrera, esa era la orden, la única orden que Jonás dejó en vida.

—Leo, dime cómo puedo encontrarlo. Dime dónde buscar. Necesito superar toda esta porquería. Jonás jamás me hubiera perdonado esta actitud ante su hijo. Tengo que hacerlo por él, por todo lo que pasamos juntos.

Volvió a hacerse un silencio incómodo y escuchó un movimiento de papeles al otro lado de la línea.

—Está bien, Micaela. ¡Santo cielo, qué terca eres!

—No puedo hablar con Antón. Ahora no. Insistirá con lo de Quimera y ahora mismo no tengo fuerzas para decirle nada; tengo que resolver esto primero. Es necesario para mí. No puedo plantarme en esa casa fingiendo que todo va bien, cuando no soy capaz de mirar a la cara a los hijos de mis amigos sin entrar en un estado de pánico, Leo.

—Anota la dirección del bufete que lo ha contratado. Han pagado una

cantidad desorbitada de dinero por él. Parece que el chico es muy bueno, pero no me extraña, creo que no ha tenido más vida que esos malditos libros de Derecho. Jeremías me dijo hace unos días que, nada más terminar el último examen, tenía a cinco cuervos del Cobells plantados delante de la puerta de la facultad. ¡Imagínate el cuadro! El decano mandó llamar a todos los periodistas. Que un alumno de la pública fuera tan deseado es algo digno de anunciar. Ya sabes, ese pavoneo habitual y poco cultural. Supongo que estará allí.

Micaela anotó con prisa la dirección en una pequeña agenda que sacó de su bolso de mano y un par de teléfonos que Leonardo le dio.

—Gracias, Leo. No sabes el favor que me haces. ¿Has pensado ya lo de Quimera?

—No cariño, ni lo voy a hacer. No quiero.

—Leo... —insistió implorante.

—Escucha —la interrumpió—. No esperes amabilidad. Aunque veas en él a Jonás, no es él. Yo no sé lo que ese chico sabe de nosotros. No sé lo que Antón le ha contado, pero los demás, ya sabes, Carlo y Roberto, no saben nada y lo lógico es que cuando te vea, no tenga ni la más remota idea de quién eres. Créeme, no es agradable que una mujer desconocida se plante delante de ti y te diga que fue la amante de tu padre hasta los cuarenta años. No lo es, Micaela. Tenlo presente. Eso sin contar con la posibilidad que sí sepa quién eres y no le guste tu presencia.

—¿Tanto se parece a su padre?

—Si crees que los chicos de Richard y Roberto se parecen, esto no tiene parangón. Va a ser duro para ti, cariño. No deberías ir.

Micaela tragó saliva con dificultad y tiró el regaliz sobre la mesa. Se le cerró el estómago repentinamente.

—Además —continuó Leonardo—, ¿qué esperas? «Hola, soy Micaela, ex amante de tu padre, dominante de noche y fiel mujer de negocios de día. Pero no te asustes, Dominic, a tu padre le gustaba el sadomasoquismo, era muy moderno. ¿Podemos ser amigos?» Es una locura cariño, una verdadera locura que vayas sola.

Una voz estridente retumbó en los altavoces y Micaela se puso en pie.

—No tengo nada que perder —murmuró—. Escucha. Ha llegado el vuelo, tengo que irme ya. Te llamaré cuando llegue al hotel por la noche.

—Hazlo. Me da igual la hora. Y mucha suerte, niña.

Micaela sonrió.

—Te quiero —le dijo—. Te llamaré.

—Adiós, tesoro. Sé prudente.

Tras esto, colgó. Salió disparada por la puerta mientras una azafata le entregaba su maleta de mano y embarcó. Durante el viaje apenas se enteró de nada. El avión estaba abarrotado de gente, pero, por suerte, en primera clase solo había tres personas más aparte de ella. Durmió durante todo el vuelo y cuando llegó a Madrid lo primero que hizo fue tomar un taxi hasta el hotel, dejar la maleta y, tras darse una ducha, se cambió de ropa y fue directa a las oficinas que Leo le había indicado. Era casi la una y media del mediodía cuando entró por la puerta de aquel edificio. Se había puesto un cómodo pantalón de traje sastre con una chaquetita ajustada a juego color gris y llevaba unas elegantes gafas de sol. Se acercó al mostrador, un enorme bloque de madera lacada en blanco, y la recepcionista le comunicó que el señor Romano había salido un momento pero que no tardaría en regresar. Observó la decoración minimalista mezclada con sillones Chester y decidió salir fuera a tomar el aire. Jamás en toda su vida le habían temblado las piernas de aquel modo. Había gente por todos lados, corriendo de aquí para allá, cargados de papeles, con maletines, con el teléfono en mano... Aquello era como una colmena de depredadores con traje y se estaba agobiando. Iba a sacar las gafas que había guardado del bolso con la intención de ponérselas y ocultarse de toda aquella marabunta, cuando chocó de frente con un hombre de unos treinta años que salía de la puerta giratoria. Sus gafas cayeron y se agachó para recogerlas.

—Señor Romano —oyó al fondo—. Esa mujer de allí le está esperando.

«Ayúdame Jonás porque no sé lo que hago.»

Temía levantarse y temía desmayarse.

—¿Necesitaba algo?

Se incorporó con las gafas en la mano y quedó paralizada. En aquel momento todos los años de su vida, de su juventud y de su infancia, pasaron por su mente como fogonazos disparados enérgicamente y se juntaron con la vorágine que había a su alrededor. La mujer de la recepción con su libreta de anotaciones corría hacia ellos, la gente de aquella colmena se movían rítmicamente, risas estridentes a su derecha y su presencia abarcándolo todo. ¡Todo!

—Señora, ¿se encuentra bien? —le oyó preguntar.

Se sentía muy pequeña. Demasiado pequeña e insignificante. Y muda.

—Tiene varias llamadas, señor.

—Ahora no, Ana. Trae un vaso de agua para esta señora. ¿Quiere sentarse?

¿Hablaba con ella? Se mareó y se frotó la sien. Debía de estar haciendo el mayor ridículo de su vida.

—Estoy bien... Me he incorporado demasiado rápido al recoger las gafas.

Lo estudió mientras aquella jovencita le entregaba el agua. Dominic permanecía dubitativo con el ceño algo fruncido observándola de un modo directo. Su mismo pelo negro, sus mismos ojos oscuros y profundos que reflejaban dureza, serenidad y frialdad. Era él. Sin embargo, aquel hombre quizás era más alto que Jonás, pero las generaciones siguientes tenían ese rasgo perfeccionado: eran todos más altos.

—Eres... —susurró con apenas un hilo de voz—. Igual que tu padre, si me permites decirlo.

Él ladeó la cabeza y la analizó de arriba abajo. Era un coloso vestido de traje y corbata con una fisionomía perfecta y terriblemente atractivo. Tenía las mejillas elevadas y la piel morena, como su padre. La boca gruesa, bien perfilada y grande, y una nariz fina y alargada que resaltaba en un rostro masculino agresivo, que avisaba, que alertaba.

—¿La conozco? —preguntó con dureza.

Micaela se armó de valor. Notó que tartamudeaba cuando empezó a hablar. Sí, estaba haciendo el ridículo mayor de su vida y su seguridad había sido reducida a cenizas.

—Verás... Perdona que me presente de este modo, Dominic. Soy... Soy una vieja amiga de tu padre, posiblemente no me conozcas, pero necesitaba que me dedicaras unos minutos, aunque sé que estás muy ocupado y... Soy Micaela Bernal. He venido desde... Diablos, desde París.

Se estaba ahogando y su voz cada vez era un poco más baja y atropellada. Dominic cambió el gesto de su cara y levantó las cejas levemente mientras ella ya no sabía ni qué decía. Tenía una fina e imperceptible perilla sutilmente difuminada y ni siquiera se había dado cuenta de aquel detalle.

—¿Micaela Bernal?

—Sí. Sé que soy una total desconocida para ti, pero quizá podríamos hablar, quizá comer. Es importante para mí.

—Sé quién eres, Micaela —interrumpió.

Al oír aquello, se desplomó en el sillón. Dominic avanzó hacia ella y se acomodó a su lado sin dejar de mirarla. Ella estaba sorprendida. ¿Había dicho que sabía quién era? Aquello no podía estar sucediendo.

—No... No me esperaba que supieras de mí. Entonces, supongo que no te hará mucha gracia que haya venido hasta aquí. Lo entendería. Creo que si me dedicas al menos un momento de tu tiempo, el viaje habrá merecido la pena. Igual te desagrada mi presencia, pero...

—Espera, Micaela —dijo suavemente, endulzando la expresión de su rostro y manteniendo la mirada fija en ella—. Vayamos por partes.

—Vaya, tienes hasta su misma voz —susurró. Miró hacia abajo y sonrió con melancolía.

«Y sus manos», pensó.

—Si he entendido bien, has venido a España exclusivamente a verme a mí.

Le ruborizaba el hecho de que fuera así, pero afirmó con lentitud. Recordó las palabras que había mantenido con Evan poco antes de irse y se sintió ridícula y sin un ápice de energía.

«Volveré con más fuerza o totalmente destruida, Evan, pero tengo que hacerlo. Se lo debo.»

—¿Qué sabes de mí? —preguntó con temor.

Dominic apoyó los brazos sobre sus rodillas y dejó caer la cabeza levemente para mirar el suelo enmoquetado.

—Todo, Micaela... Lo sé todo de ti. Antón me lo contó.

—¿Todo?

—Así es. —Se quedó un momento concentrado en sus propios pensamientos y al momento prosiguió—: Y sí, comeré contigo, es lo mínimo que puedo hacer después de un viaje así. Pero, si no te importa, te pediría que me acompañaras antes a ver una casa. He quedado con un hombre de la inmobiliaria y no puedo anular la cita o la perderé.

—Dominic —dijo tragando saliva—. Creí que no querrías verme nunca, es más, estaba segura...

—¿Por qué iba a hacer tal cosa, Micaela? Fuiste el amor de su vida. Conozco tu historia, conozco la historia de todos vosotros desde hace un tiempo y no censuro nada.

—Pero tu madre...

Él se rio arrebatadoramente y se recostó en el respaldo del sofá. Un grupo de hombres pasó delante de ellos y los saludaron amablemente. La

repcionista lanzaba miradas de vez en cuando y el aire acondicionado le secaba la garganta.

—Mi madre es mi madre y siempre será así. Pero yo no soy mi padre y, aunque recuerdo muy poco de él, el día que murió fue tu nombre lo último que dijo. Y yo estaba allí.

Se llevó la mano a la boca en un intento inútil de ahogar el llanto.

—¡No me digas eso! —sollozó.

Una sucesión de imágenes se apelotonaron en su cabeza y el aire se volvió denso e irrespirable.

—Está bien. Acompáñame —le pidió entonces Dominic—. Tengo el coche en el parking del edificio. La casa está a las afueras de la ciudad, pero hoy no hay mucho tráfico.

Micaela estaba agotada cuando se dejó caer en el asiento del copiloto de un Audi azul con los cristales traseros tintados. A ella le resultó un coche demasiado clásico para un joven de su edad, pero Dominic le explicó que pertenecía a la empresa y que si ese coche le resultaba ostentoso, tenía que ver los Jaguar verde botella de los otros abogados y se echó a reír.

—¿Por qué te lo contó? —le preguntó con voz suave. Estaba tan derrotada que su voz no tenía aquella autoridad habitual.

—Porque necesitaba tener recuerdos a los que aferrarme, Micaela. Mi vida no fue fácil, no era un niño normal. Solía estar siempre solo y el colegio fue un pequeño infierno para mí. Perder a mi padre y, tiempo después a mi madre, no ayudó mucho, y pasé una época un tanto especial. Todo el mundo tiene recuerdos buenos en algún momento de su vida. Yo no tenía ni uno y Antón me los dio. Los vuestros.

—No éramos muy normales.

El coche giró tras salir de la ciudad en la primera intersección y subió por una pendiente que daba a una carretera de montaña. Aquello no tenía la belleza que Micaela recordaba de los bosques de Galicia. Era mucho más seco, aunque a medida que avanzaban se podía intuir el verde en el horizonte y poco a poco empezaron a aparecer los primeros árboles y la frondosa vegetación brillaba con intensidad y se hacía todo más pintoresco e idílico.

—Por esa misma razón me lo contó. Yo tampoco lo he sido nunca. Fíjate en aquella casa de allí arriba, pasada la urbanización.

Llegaron a un portón metálico de color burdeos y este, tras unos breves instantes, comenzó a desplazarse sobre los raíles silenciosamente. La casa era

realmente bonita, con dos plantas y amplios ventanales, y una fachada que mezclaba la piedra y el ladrillo decorativo. Sobria y elegante. Como él.

Había un hombre mayor en el porche principal con una carpeta negra en la mano y el pelo cano revuelto. Los saludó efusivamente y los hizo pasar a la casa. Tras verla una vez más, Dominic se dedicó un buen rato a leer todos los papeles que el hombre le entregó en la lujosa cocina, mientras Micaela le observaba con atención sin decir una sola palabra. Era todo demasiado irreal, demasiado utópico como para asimilarlo o parecer natural. Ella estaba allí con el hijo de Jonás y varias horas antes hubiera apostado la vida y todo lo que tenía a que aquel chico no iba a acceder a verla ni diez minutos. ¡Dios Santo! Si Leonardo pudiera verlo en estos momentos, si pudiera imaginarles allí, en aquella intimidad, con una naturalidad por su parte tan humana, tan amable y tan comprensible si cabe...

«Oh Jonás. ¿Por qué tuve que esperar tanto? ¿Por qué he sido tan cobarde y tan egoísta?»

El hombre dejó caer un manojito de llaves sobre la encimera de mármol y, tras despedirse de ella, se encaminó a la salida, acompañado de Dominic. Ambos estaban hablando en voz baja, pero aunque lo hubiesen hecho más alto ella no lo hubiese oído. Estaba demasiado conmovida y asustada para concentrarse en nada más que no fueran sus pensamientos. Sí, esa era la palabra: estaba asustada.

—Bueno, ya está. Es mía —le dijo entrando de nuevo en la cocina.

—Es muy grande y muy bonita, Dominic. Por favor, antes de irnos querría enseñarte algo que he traído para ti. —Rebuscó en su bolso de mano y sacó un sobre con una fotografía. La puso sobre la mesa y él se sentó a su lado—. Es... Es la mansión de Bishop. Es una fotografía en blanco y negro, la chica soy yo, este es tu padre y los dos que están detrás son Richard y Antón. Me gustaría que te quedases con ella. Tiene un significado muy especial para mí; refleja un momento maravilloso en nuestra vida y no tuvimos muchas oportunidades de plasmar aquella época y aquellos años que nos dieron tanto.

La imagen era preciosa. Había rosas y enredaderas rodeando toda la escalera de piedra hasta casi las columnas que sujetaban el tejadillo de la entrada. Ella estaba apoyada en Jonás, con la cabeza reposando sobre su hombro, y él tenía la mano sobre su mejilla, el brazo en la barandilla de piedra y la pierna doblada sobre la siguiente escalera. Antón y Richard sonreían detrás junto a la puerta.

«Dijiste mi nombre antes de morir.»

Dominic tensó la mandíbula formando una línea recta con sus bonitos labios y sonrió.

—Es preciosa. Yo tenía alguna fotografía de aquella época. Las encontré metidas entre los libros que mi padre tenía en la biblioteca. Ya sabes... Esos libros.

Guardó la fotografía en el bolsillo interior de su traje gris y sonrió.

—¿Te refieres a los del Marqués de Sade?

—Sí. Sin embargo, mi madre se deshizo de toda su biblioteca meses después de su muerte. No tuve tiempo de salvar nada de aquellos libros ni de sus fotografías. Supongo que las vio y no le gustó mucho que él guardara todos esos recuerdos. Fue una pena, pero no pude recuperar nada. Vamos, son casi las dos y estarás desfallecida.

Él estiró la mano para ayudarla a bajar de aquel taburete y Micaela, por un instante, creyó retroceder en el tiempo más de veinte años.

—¿Las dóminas comen carne o pescado? — le espetó.

¿Se estaba volviendo loca o realmente la estaba mirando con aquel gesto de su padre tan burlón? Aquello era demasiado para ella.

—Muy gracioso, Dominic... Gracias por intentar relajarme. Sé que no doy una imagen ahora mismo de mujer digna, pero todo esto me supera.

—Relájate, Micaela. Sé que tengo fama de ser bastante antisocial, pero no con vosotros. Si hay algo que valoro por encima de todo es Quimera y haré todo lo posible para que Antón consiga lo que siempre se propuso.

—Eso te honra —le respondió mientras salían al jardín.

—Mi padre hubiera hecho lo mismo si viviera y estoy seguro de que iría a ese aniversario sin ninguna duda.

Aquellas palabras fueron como una puñalada en todo el estómago. Cuando se subió al coche tuvo la extraña sensación de que gravitaba por encima del techo tapizado del vehículo. Observó de reojo cómo se quitaba la corbata y se soltaba el primer botón de la camisa. Deslizó la mano por encima de sus piernas y, tras abrir la guantera, sacó unas gafas de sol de piloto y se las puso.

«¿Cómo puedes ser tan perfecto y tan idéntico a él?»

—¿Lista, señorita?

—¿Señorita? Podría ser tu madre —repuso, un poco más relajada. Lo miró de soslayo y sonrió.

—Pero no por la edad. Sin duda la frase adquiere otro significado en

nuestro caso. Sí, podrías serlo. Estoy seguro de ello.

—Señor... Tienes su mismo sentido del humor corrosivo. ¿Lo sabías?

—No. Pero estoy ansioso de que tú me lo cuentes todo, Micaela.

22

Antón había salido a primera hora de la mañana después de besar a su hija repetidas veces y de recordarle que debía estudiar, que no tenía mucho tiempo para los próximos exámenes y que era un último esfuerzo. Ella lo había abrazado con ese candor que siempre usaba con todas las personas que significaban algo para ella. Catinca era muy cariñosa; no temía demostrar el amor que sentía por su padre a pesar de ser una adolescente.

Ahí estaba el sonidito del cascabel de su pulsera del tobillo, una joya que su madre Eleonor le había regalado cuando apenas era un bebé. Jamás se había desprendido de aquel regalo y siempre lo llevaba puesto, así que toda la casa sabía siempre dónde estaba Catinca; solo tenían que afinar el oído y aquel titilar metálico y agudo ubicaba a la muchacha allá donde estuviera. Como un pequeño gato con su cascabel, solía decir Candela. Antón prefería decir que era como una diminuta zíngara con faldas vaporosas y cabello de hechicera. Con todo, ella se estaba convirtiendo en una belleza adulta, su cuerpo comenzaba a desarrollarse a una velocidad vertiginosa, el pecho ya le había crecido sutilmente y sus piernas tenían esa forma femenina y esbelta que ella siempre disimulaba con zapatillas bajas o sandalias planas y cómodas.

¡Juventud, quién pudiera volver a ella!

Tenían que irse de inmediato si querían comprar con calma y comer en la terraza cubierta antes de que medio pueblo invadiera aquel precioso lugar. Una buena mesa lo bastante apartada sería lo mejor. Una que diera a la calle del mercadillo. Así podrían contemplar todos aquellos puestos variopintos que se distribuían a lo largo de más de doscientos metros delante de los pequeños comercios artesanales y librerías.

Eligió un vestido azul con flores bordadas y una chaqueta de punto grueso.

Candela había salido al jardín y, aunque el cielo estaba despejado y el sol llegaba a molestar ligeramente, sabía que un abrigo no estaría de más, si iban a llegar tarde. El invierno en aquella población solía ser desconcertante: podías levantarte con una temperatura terriblemente fría, para luego pasar calor y volver al gélido invierno en un espacio de pocas horas. Gripes y más resfriados. No iba a arriesgarse a caer enferma. Tomó su abrigo de lana y a los pocos minutos descendía las escaleras con un simple pantalón tejano y una camisa blanca. Llevaba un bolsito cruzado y el pelo era como una algarabía de culebras marrones y doradas que se mezclaban revoltosamente hasta casi su cintura. ¡Y se había maquillado!

—Vaya, vaya, señorita, parece que hoy va vestida como una adolescente de su edad. ¡Qué bonita estás hija de mi vida!

Catinca la abrazó con ternura y se dio una vuelta elevando los brazos para que pudiera verla desde todos los ángulos.

—¿Te gusta? Es que hace frío. Y no tengo una chaqueta adecuada si voy con falda larga. Así que llevaré este abrigo rosa palo un poco más ceñido y guardaré los guantes en el bolso por si caso. No querría ponerme enferma. ¡Viene Dominic en unos días!

¡Ah, ese Dominic! Para Candela ahora todo tenía otro sentido, otro significado mucho más profundo. Durante años, los nombres que había oído de la boca de Eleonor y de Antón habían sido solo eso, nombres. Pero ahora todos tenían un rostro, aunque fuera imaginario, ciñéndose a las descripciones de Antón, tenían una vida detrás y una historia maravillosa de la cual era consciente. Ella formaba parte de sus vidas como una mera espectadora ansiosa por conocerlos a todos. Deseaba con toda su alma que, llegado el día, pudiera verlos, aunque sabía que Antón no tenía muchas esperanzas de que eso sucediera. Y entonces miró al suelo con una profunda melancolía y sintió lástima de él, lástima por todo aquel esfuerzo que año tras año había hecho para crear aquella casa, respetando con sumo cuidado aquel sótano que tanto significado tenía para todos. Pero ¿qué podía hacer?

—Vamos, Candela, ¡que te duermes en los laureles! —gritó Catinca al pie de la escalera—. Ya está aquí el coche. ¡Vamos!

El aire, en el exterior, provocó en ella una sensación plácida. Los hermosos robles se mecían solemnes sobre las rocallas y los espacios repletos de camelias y verónicas. Los sauces y sus lánguidas ramas abatidas por la brisa, antaño igual de bellos, coronaban el jardín. Muchos de ellos, fieles

observadores de aquella infancia, de aquella historia plagada de amor, erotismo y sufrimiento, todavía estaban en pie y brillaban con intensidad. ¡Qué hermoso y diferente se veía todo ahora!

Avanzó hacia el vehículo. Catinca ya estaba dentro y le hacía señas con la mano para que se diera prisa.

—Ya voy, ya voy. Soy vieja y mis piernas no me responden a la velocidad que desearía, Cati. Ten paciencia.

Cuando llegaron al pueblo, un pueblo que bien podría ser una pequeña ciudad por todo lo que había crecido en los últimos años, el bullicio de la calle principal le resultó atractivo y alentador. Los puestos estaban diseminados a lo largo de la calle peatonal, había muchas personas comprando pequeños artilugios viejos en los comercios de antigüedades y, al fondo, al otro lado de la calle, se podía oír el griterío del mercado, las risas en las terrazas colindantes, todo acompañado de un suave olor a flores: margaritas y rosas.

Se apearon del coche justo antes de llegar a la arteria principal y pasearon tranquilamente por la calle contemplando aquel ir y venir de gente. La librería estaba a pocos metros, en una calle paralela, y no solía estar muy llena de gente. Catinca estaba radiante. Su silueta destacaba por encima de todo el gentío; se estaba convirtiendo en una hermosa mujer y atraía la atención de los jóvenes. Ella era la hija de aquel hombre excéntrico y rico de la montaña, una muchacha que había dejado los estudios públicos para formarse en casa por su especial carácter, aunque era una niña muy inteligente, mucho más que todos sus compañeros y eso no era comprensible, no era aceptable en aquel lugar.

—Tengo que llevarme *El monte de las ánimas* de Bécquer y varias libretas con canutillo grueso —dijo apoyando la mano en la puerta de cristal de la tienda.

Candela asintió con parsimonia y entró detrás de ella. Mientras Catinca se perdía por los pasillos de la inmensa librería, decidió pararse a mirar alguna novela clásica. Igual podía encontrar *!Cumbres borrascosas!* o incluso algo más actual como *!La casa de los espíritus!* No estaba segura en qué sección buscar; había libros mezclados de temáticas dispares por todas las estanterías y los clásicos ingleses no aparecían por ningún lado. Giró por uno de los pasillos y, cuando se disponía a preguntar a una de las educadas mujeres que

atendían a los clientes, frenó en seco y se quedó helada. Alexander Soller estaba delante de ella, llevaba un par de libros bajo el brazo y la miraba con cierta curiosidad, probablemente movido más por la expresión que debía haber puesto ella en aquel momento que por su presencia allí. Se puso nerviosa, actitud que jamás había tenido con él o con su esposa en todos aquellos años, y esbozó una mueca que pareció desconcertar aún más a aquel hombre. Su imagen se difuminó paulatinamente mientras él se aproximaba a ella.

«Un caballero elegante, como los hombres que salen en las películas de el Rey Arturo.»

Su pelo algo largo, rizado y con leves reflejos canos por el paso de los años flotaba lentamente mientras comenzaba a recortarse y se hacía un muchacho de diecisiete años. La imagen de la fotografía se fue diluyendo con su silueta y, al llegar a su lado, la realidad estalló frente a Candela y su voz suave la despertó de aquella ilusión.

—Buenos días, Candela, me alegro de verte por aquí.

«Cada cual con su Quimera, ¿verdad Alexander? Tú siempre serás el eterno poeta lleno de sentimientos y amor oculto. Aunque ahora lleves esos elegantes pantalones grises y un jersey de pico que te hace más joven de lo que eres, que te hace tan normal», pensó Candela.

—¿Candela?

—Alex. Hijo, por Dios, perdóname. Sí, he venido con la niña a comprar material escolar y algún libro que necesita.

—La pequeña Catinca —murmuró para sí mirando hacia un lado de la tienda—. Ha crecido mucho. Mis chicos también han dado un buen estirón.

—¿Cómo...? ¿Cómo está Elvira? —tartamudeó.

—Muy bien. Gracias por preguntar.

¡Oh, por el amor de Dios y de todos los ángeles! ¿Por qué no podía borrar aquellas imágenes provocadoras que Antón había narrado día tras día? Sacudió la cabeza y, levantando la vista, sonrió excesivamente intentando parecer una mujer segura que sabía lo que estaba haciendo.

—Me alegro, de verdad que me alegro mucho. Sí. Bien —dijo ella.

Alexander frunció el ceño y la observó mientras ella paseaba los dedos por uno de los libros de la estantería, meditando qué decir.

«Échale valor vieja cabaretera loca. ¿Qué tienes que perder?»

—Supongo que pronto nos veremos. —Las palabras salieron de su boca

como un torrente. Le temblaban hasta las pestañas—. ¿Verdad?

—En la iglesia dices.

—No. En Quimera. En el aniversario.

Naturalmente aquella afirmación lo dejó desconcertado, se agarró la barbilla con la mano y frotó la suave piel recién afeitada con lentitud.

—Con todos mis respetos, Candela. No... No creo que eso sea posible.

Ella adoptó una actitud de naturalidad fingida mientras Alexander se mantenía totalmente inmóvil.

—No puede ser. ¿Cómo no vas a ir? Posiblemente estén todos tus amigos. Tú vives aquí, estás muy cerca de la mansión. ¿Por qué no podría ser posible?

—Candela —repuso pacientemente—. No es posible. No sé a qué viene esta pregunta y sinceramente no me apetece seguir con esta conversación y discúlpame. Debería irme.

Pasó a su lado, pero Candela aferró su brazo con firmeza. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo; lo único que sabía es que debía hacerlo.

—Un momento jovencito —le espetó—. Y digo jovencito porque aunque seas un hombre maduro de buena planta y con una piel envidiable y sin arrugas, ya tienes tus añitos para esta actitud, sin mencionar que te llevo unos cuantos años.

Alexander no salía de su asombro. Frenó en seco y se giró. Tenía los dedos de Candela clavados en su carne.

—¿Perdona?

—Nadie te pide que formes parte de la vida de Antón el resto de los años, Alexander, ni siquiera te ha reclamado nada. Pero se lo debes, se lo debes a todos. Puedes ir, ser un hombre íntegro y darle la mayor sorpresa y alegría de su vida o fingir que todo esto no te importa y seguir con tu vida a quinientos metros de esa casa. Ni siquiera es necesario que regreses más, maldita sea. Es un día. Un triste día de tu vida. Luego puedes largarte y mandarlo todo al infierno si eso es lo que quieres.

Su rostro ajado y su cabello cano le daban un aire angelical y casi enternecedor, pero arrugó la nariz grotescamente y se encogió de hombros soltando su brazo antes de continuar hablando.

—Los recuerdos no se destruyen. Pueden apartarse, pero acaban consumiéndonos. Y no todo fue tan terrible. Se lo debes, Alexander.

—¿Candela?

Catinca había llegado a su altura con las libretas y el libro y se quedó ante

aquellas dos figuras que permanecían inmóviles mirándose fijamente.

—Un momento hija —le pidió ella—. Ahora nos vamos.

Alexander tenía el rostro rígido y los ojos muy abiertos. Se encontraba en un estado insoportable de tensión y parecía estar a punto de abofetear a Candela. Miró de reojo a Catinca y dejó muy lentamente los dos libros que sujetaba sobre el estante más próximo.

—Intentaré olvidar esta desafortunada conversación porque creo que no eres consciente de lo que me estás pidiendo. Te aprecio y quiero que siga siendo así.

Ella se relajó y suspiró profundamente. Quizás había sido demasiado brusca por los nervios.

—Alexander...

—¿Alexander? —Catinca dio un paso atrás y abrió la boca en señal de sorpresa.

—Quizá mis formas no han sido las correctas y te pido disculpas. Sé que eres un buen hombre, un padre ejemplar, un marido maravilloso. Pero se lo prometiste. Todos lo hicisteis. Santo cielo. Es tan maravillosa vuestra historia.

—Basta, por favor. Tengo que irme.

Nada más decir esto se giró y echó a andar por el amplio pasillo hasta la puerta. Se quedó unos instantes aferrado al pomo y luego lo empujó y se perdió entre la muchedumbre que atravesaba la calle en dirección al mercado.

Candela se quería morir allí mismo.

—¡Candela! —exclamó Catinca asombrada—. ¿Era ese el Alexander de papá? ¿En serio era él, Candela?

No contestó. Cogió las libretas y la novela que llevaba en las manos y se dirigió al mostrador para pagarlo todo dando largas zancadas mientras Catinca la seguía a toda prisa y no dejaba de reír tapándose la boca con las manos.

—Oh, por Dios, Candela... Candela, dime algo. Ha sido increíble. ¿Viste su cara?

—Tu padre me va a matar —murmuró con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo se me ha ocurrido algo tan absurdo?

Salieron al exterior.

—Me va a matar... —volvió a decir, casi para sí—. Si existía una mínima posibilidad de que ese hombre fuera al aniversario, creo que acabo de

estropearlo todo. Señor, ¿en qué estaba pensando?

—No digas tonterías, Candela. No has estropeado nada y mi padre no te va a matar —respondió riendo—. ¡Ha sido emocionante! ¿Verdad que es muy guapo?

—Por favor, deja de reír. No le veo la gracia Catinca. Ese hombre cambió de color en lo que duró la conversación dos veces y yo estaba tan nerviosa... Por el amor de Dios, ¡qué he hecho!

Catinca soltó una carcajada estridente y Candela la miró desconcertada. Permaneció un momento frente a la verja que daba al restaurante Lusinda y observó la enmarañada trepadora que ascendía por su muro y los hierros oxidados de la cancela. Decenas de farolillos se desperdigaban por el techo de la terraza cubierta, dos vecinas pasaron muy cerca de ella y saludaron afectuosamente, pero ella ni contestó, perdida todavía en sus elucubraciones.

—Candela, ¿te encuentras bien? —le preguntó la joven—. No deberías sentirte mal por lo que has hecho, ha sido muy bonito y mi padre jamás podría reprocharte nada.

—Hija, no lo tengo tan claro. No debí meterme en esta guerra, que por cierto no sabía que tú conocías.

—¿Cómo no lo voy a saber? Soy joven, pero no soy tonta. Mis padres jamás me han ocultado ese tipo de cosas. Anda, vamos, la terraza aún está vacía, nos sentaremos cerca de la calefacción y podremos ver la calle.

Empujó la puerta y un joven camarero de tez cetrina y ojos saltones las recibió amablemente y las acompañó a la terraza. De camino a la mesa, Candela volvió a visualizar el rostro de Alexander demudado y afligido ante aquellas palabras tan duras que ella le había dirigido sin pensar en el daño que pudiera ocasionarle.

—Qué nervios he pasado, por Dios. A ver con qué cara miro yo ahora a ese pobre hombre cuando me sienta en la iglesia con ellos. —Abrió la carta y ojeó el menú. Catinca ya había pedido una ensalada y pescado a la plancha—. Tomaré un consomé y revuelto de oricios.

El muchacho anotó todo y luego se alejó hacia el interior del lujoso restaurante y desapareció entre las cortinas verdes que ocultaban otro comedor anexo.

—¿Por qué te atormentas así? Ha sido un gesto precioso por tu parte pretender que Alexander vaya a Quimera.

—No... Es un tema muy personal. Ese hombre no tiene por qué sentirse a

gusto sabiendo que su vida privada es conocida por el ama de llaves del señor Andrade. Por Dios, yo me hubiese enfadado terriblemente.

—¿Ama de llaves? —le espetó algo indignada Catinca—. Tú eres como mi segunda madre, Candela. No digas tonterías.

—Oh, cariño, ya lo sé, ya lo sé, pero él no tiene por qué verlo de ese modo. Ya viste la cara de susto que puso. Creí que se iba a desmayar allí mismo. Nos podríamos haber desmayado los dos, si te soy sincera.

Catinca volvió a soltar una estrepitosa risotada y se llevó las manos a la boca para ahogar aquella exaltación. No lo pudo remediar, y al final ella también se rio discretamente. Los nervios estaban desapareciendo y empezaba a asimilar que, aunque no había sido buena idea, ya estaba hecho. Pero entonces Catinca ensombreció el rostro.

—Ojalá vengan a casa —dijo—. Significa mucho para papá y, aunque suele decir que no pasaría nada, que es lógico que no deseen volver y todo eso, yo sé que sufre. Sé que le atormenta que llegue ese día y que solo Petro Argas o los Malbaseda sean los únicos que vengan. Pero insiste en no decirles nada más. Dice que no quiere forzarles, que no desea que vengan por obligación, que es una decisión suya.

—¿Tú los conoces a todos? —preguntó Candela con cierta emoción. Era sorprendente que pudiera hablar con ella de toda aquella gente y su historia.

—Sí. Desde que murió mamá, ya sabes que suelo ir con él de viaje y siempre pasamos a ver a alguno de sus amigos. Micaela es una mujer increíble, muy expresiva y graciosa, y realmente guapa. La conocí cuando fui a París con papá para asistir a una ópera. Es muy elegante y parece que tiene muchos menos años. Los Malbaseda son un caso aparte —continuó riendo—. Son como esas mafias italianas: viven todos en la misma urbanización y tienen un montón de hijos guapísimos y listos. Algo degenerados, eso sí.

—¿Degenerados?

Catinca sonrió.

—Sí. Son ese tipo de chicos que exprimen la vida al máximo y que no se involucran mucho en las relaciones afectivas, ya sabes. Ah, y además se besan entre ellos. ¡Entre los primos! Y hacen cosas...

—¡Niña! ¿Qué tonterías dices?

—¡Te lo juro! Yo lo vi —afirmó riendo—. Un día estaban reunidos en casa de Llosa y me di una vuelta por la finca. Tienen unos salones preciosos, llenos de estatuas de mármol y corredores. Había dos chicos haciéndose

carantoñas en un salón con más gente, pero Llosa me cerró la puerta en las narices y me dijo que esas cosas no se veían hasta que fuera mayor. Yo tenía doce años y me enfadé mucho porque quería entrar en esa fiesta o lo que demonios fuera, pero papá me dijo que no podía ser, que ya tendría tiempo. Llosa es muy simpático, pero Jeremías siempre está enfadado y tiene la nariz ganchuda y muy larga. Habla muy rápido y mueve mucho las manos.

—¿Y a Leonardo lo conoces? Cuando tu padre me habló de él, me pareció realmente enternecedor.

—Sí, es un buen hombre. Tiene un colegio para niños sin familia en Londres y es muy dulce. Siempre habla muy despacio y es muy afectuoso y educado. Llosa es más vehemente y tiene siempre una expresión pícara en la cara. En cambio, Leonardo es diferente.

Candela se sorprendió.

—¿Un colegio para niños? Vaya...

—Y un edificio entero al otro lado de la finca con instructores para juegos sadomasoquistas. —Catinca se llevó un trozo de pan a la boca y sonrió.

—Disculpa, hija, ¿qué has dicho?

—Sí. Como Micaela, pero él es más diplomático. Ella tiene esclavos y él alumnos; al menos es como le gusta llamarlos. Papá dice que lo ve como un arte, como una filosofía o un modo de vida: entrega, poder... Todo eso. Y luego está Alba, la mujer de Roberto. Yo la conocí en el funeral de su marido y era más pequeña, pero me pareció una mujer muy dulce. ¿Recuerdas a Emma Thompson en la película de *Sentido y sensibilidad*? Pues tiene ese carácter. Cuando la conocí, me recordó mucho a ella por la forma de comportarse; es muy tímida y tranquila.

—Hija de mi vida. Se nota que tu padre te ha educado para que todo te resulte normal. Yo sigo algo desconcertada. Ese Leonardo tiene un recinto de lo más polivalente.

El camarero llegó y sirvió la comida. Catinca comenzó a comer con voracidad mientras Candela daba vueltas con la cuchara al consomé.

—Eres una niña muy precoz y discreta —afirmó—. Nunca me hubiese esperado que supieras tanto de la vida de tu padre y sus amigos. Supongo que Eleonor tuvo también mucho que ver con tu tolerancia y comprensión.

Ella asintió.

—Cuando comencé a viajar con mi padre, había muchas cosas que no entendía, pero no preguntaba. Papá siempre actuó con mucha naturalidad y

yo crecí considerándolo todo como algo normal, incluso el hecho de ver a los Malbaseda o a esos hombres vestidos de negro que se paseaban por la mansión de Leonardo y las chicas que llevaban a su lado, tan bonitas y calladas. Pero Dominic me explica muchas cosas cuando viene. Aunque a él todo eso le resulta indiferente.

Al decir esto la miró de reojo y puso una mueca pícaro. Candela frunció el ceño, dejó la cuchara sobre el mantel y se cruzó de brazos.

—No me gusta nada esa carita. Ese chico es mayor que tú. No deberías tontear así con él. Además, ya que estamos sincerándonos un poco, sé que te cueles en su habitación por la noche. ¡Y ya sé que te lee cuentos! Pero ya tienes catorce años y sinceramente, Cati, es un hombre. ¡Un hombre de metro noventa! Y tú dudo mucho que escuches esos cuentos o libros o lo que demonios te lea o le pidas que te lea. Cuando eras más pequeña todavía lo comprendía, pero mírate ahora. Ya eres toda una mujer.

Catinca se ruborizó y volvió a reír.

—Oh venga, Candela. ¡Es un caballero para mi desgracia!

—¡Niña! ¡Será posible! Es amigo de tu padre. ¡De tu padre! ¿No podrías ser un poquito normal y relacionarte con chicos de tu edad? Santo Dios, te saca diez años.

Catinca se encogió de hombros y la miró con una sonrisa burlona.

—Es Quimera, Candela... ¿Qué te sorprende a estas alturas?

23

Escuchar todo lo que Micaela le contaba por teléfono fue una pequeña agonía particular para Leonardo. No daba crédito a lo que decía. Él también hubiese apostado todo lo que tenía a que el chico de Jonás Romano, Dominic, no la recibiría con tanta cortesía, ni mucho menos que le pediría que Micaela le contase determinados detalles de su vida con Jonás que el joven desconocía. Pero ahí estaba ella, al otro lado del teléfono, ya en la habitación de su hotel, con un ataque de hiperactividad en el cuerpo que le hacía hablar sin parar. Sin embargo, su agonía no era fruto de la alegría de ella y el buen recibimiento por parte del chico, ni mucho menos. La amargura que sentía era por el simple hecho de que Dominic había demostrado mucho más talante y comprensión que todos ellos juntos ante Quimera y todo lo que Antón pretendía lograr.

—Eso fue lo que me dijo, Leo. Que hará todo lo que esté en su mano para que Antón logre lo que siempre ha deseado con esa casa —le decía Micaela—. Pronto se reunirá con los hijos de Richard y Roberto, llevará personalmente todo lo que tenga que ver con sus empresas y está a punto de firmar un contrato con ellos para ser su abogado a través de Argas. ¿Te das cuenta como todos se van acercando? Es increíble. ¡Increíble!

Leonardo estaba tumbado sobre la cama, todavía vestido y ni siquiera se había quitado la chaqueta de corte militar. Miró la hora. Eran más de las nueve de la noche, los chicos estarían cenando en la planta baja y, si se daba un poco de prisa, llegaría para echar un vistazo en el otro edificio anexo.

—Me alegro mucho, cariño mío —murmuró—. Me has dejado totalmente fuera de juego con lo que me has contado. Siempre he pensado que Dominic no te recibiría con tanto afecto y eso me lleva a la conclusión de que Antón está haciendo las cosas a la perfección. De veras que siento mucha emoción

con toda esta historia.

Vio a la dulce Emilia asomando la cabecita por el espacio abierto de la puerta y le hizo una señal. La joven entró muy despacio, descalza y en camión, y se acurrucó junto a él mientras apoyaba la cabeza en su estómago.

—Siempre lo supo, Leo —prosiguió Micaela—. Antón le contó toda nuestra historia y él siempre lo supo todo de mí. ¡Santo cielo! Qué estúpida he sido y cuánto tiempo he desperdiciado compadeciéndome de una futura catástrofe con ese muchacho. Hemos comido en Madrid y luego hemos pasado más de tres horas hablando. Por cierto, no le gustan las dónas. —Al decir esto rio con cierta pereza—. Me ha hecho algún comentario sarcástico al respecto, con educación, por supuesto, pero detecto muy bien cuando un hombre siente cierto recelo por mi trabajo, cosa que me da igual, pero fue gracioso.

—¿Cuándo regresas a París? —le preguntó. Emilia jugueteaba con el cable del teléfono mientras lo observaba hablar.

—Mañana sin falta. Tengo un cliente con bastante carácter en la mansión y muchas ganas de enseñarle educación —rio—. Creí que regresaría a casa sin amor propio y, aunque pasé unos minutos terribles cuando me enfrenté cara a cara con él, luego todo ha sido realmente maravilloso. Regreso fuerte y con una parte de mi vida resuelta que lleva atormentándome muchos años, Leo.

—Lo sé, tesoro. Y me alegro mucho por ti. De veras que sí. Creo que hasta cierto punto todo esto que me cuentas nos ha dado una lección de comprensión que hasta ahora muchos no teníamos. Escúchame. Tengo que dejarte ahora, descansa y cuando estés en casa te llamaré.

—Sí, pediré la cena en la habitación y dormiré como un bebé —respondió ella—. Sé bueno, Leo. Sé dónde vas ahora...

Leonardo se rio y sacudió la cabeza mientras Emilia empezaba a quedarse profundamente dormida sobre su regazo.

—Te quiero, niña con vestido cobalto. Hablaremos mañana. Quizás en unos días tenga una sorpresa para ti. Pero no puedo decirte mucho más, solo que te hará bastante ilusión.

—¿Una sorpresa?

—No me preguntes más, Micaela. Voy a colgar. Ya sabes lo que decía el Marqués: «Adiós, compadecedme y no dejéis de amarme».

Micaela iba a decir algo pero Leonardo colgó entre risas. Al instante se apartó un poco e intentó salir de la cama sin despertar a Emilia. Se alisó la

chaqueta y salió de la habitación con paso ligero, no sin antes pararse frente a la balastrada para observar desde arriba el movimiento de estudiantes retirándose a dormir en todas las direcciones como si fueran diminutas hormigas escapando de algo. Aquellos chicos no comprendían la palabra «calma»; algunos de ellos subían de dos en dos los peldaños de las escaleras y se iban desperdigando por los corredores inferiores. Veía cabecitas asomando una planta por debajo de él, profesores pidiendo tranquilidad en el piso de abajo y un tronar de pisadas por los pasillos que bien podía parecer una carrera de caballos. Cuando comenzó a bajar las escaleras, los alumnos fueron relajando su nerviosismo y lo saludaban afectuosamente desde todos los rincones.

Fue Stuart, el profesor moreno y alto con el que llevaba trabajando más de diez años, el primero que lo interceptó antes de salir por la puerta.

—No sé cómo lo logras, Leonardo —le espetó—. Es verte a ti y todos se vuelven niños adorables y apacibles. Tu tranquilidad tiene que tener algún secreto. ¿Disparas rayos hipnotizadores con los ojos?

Leonardo soltó una carcajada y salió al jardín seguido de Stuart.

—Algo así —le respondió—. Vamos, quiero ver cómo van las cosas en el otro bloque. Hace días que no me paso por allí.

Cruzaron los jardines por un bonito camino de baldosas que rodeaba toda la finca. Las luces de las farolas se habían encendido hacía muy poco tiempo y daban un color amarillento al ambiente algo sórdido y misterioso. Al llegar a la puerta principal detectaron una figura masculina apoyada contra ella mientras fumaba un cigarrillo tranquilamente. Un joven de no más de veinticinco años de pelo rubio y rizado que parecía absorto en sus pensamientos los miró de reojo y sonrió amablemente.

—Buenas noches —saludó apagando su cigarro contra la pared del edificio.

—Se te va a congelar hasta el intestino aquí parado, Cail —dijo Stuart—. ¿Qué tal la noche?

El chico sonrió como si fuera la personificación de un ángel celestial y se encogió de hombros. Llevaba unos pantalones negros y una camiseta a juego. Cualquiera lo hubiera confundido con el portero de uno de los clubes de Mayfair o del barrio de Camden, aunque su rostro y su expresión distaban mucho de la dureza de las facciones de aquellos tipos. Leonardo se rio para sus adentros. El muchacho era la clara reafirmación de que en ese edificio

nada era lo que parecía. Ni nadie, por supuesto.

—Bien, señores. Un día intenso —murmuró dulcemente. Al instante aquel querubín se puso recto y abrió la puerta para dejarlos pasar.

—El ángel San Gabriel abriendo las puertas del mismo infierno —musitó Leonardo—. ¡Qué paradoja!

Stuart asintió con humor y miró al joven que caminaba detrás de ellos con una sonrisa melosa y los ojos azules más brillantes que jamás había visto. Los remaches de sus botas sonaban a cada paso como si fuera un pequeño soldado de infantería romana. Se movió hacia la derecha y tomó con suma delicadeza un manojo de llaves que colgaba de un gancho en la pared. Pasó por delante de ellos y abrió la puerta de doble hoja que separaba el *hall* principal de un inmenso salón lleno de sofás, mesas y una enorme pantalla de proyección eléctrica anclada al techo donde se proyectaba una película. Había como veinte personas en ese momento allí. Hombres y mujeres de entre veinticinco y cuarenta años distribuidos por todos los rincones, unos en los sofás y otros charlando o jugando en las mesas. Todos instructores. Al fondo, había una barra muy amplia con un servicio de *catering* y dos empleados. Leonardo y Stuart saludaron a todos y estos se incorporaron, apagaron la película y encendieron las luces principales.

—Buenas noches, señores y señoritas —dijo Leonardo—. ¿Todo bien por el palacio del dolor?

Se oyeron unas carcajadas al fondo y una mujer de unos treinta años con el pelo negro muy largo y lacio se acercó a ellos.

—De maravilla, Leo. Hoy te perdiste a los tres chicos nuevos que han llegado de Italia. Varones los tres.

Se sentaron junto a dos instructores que jugaban a las cartas y los camareros les pusieron algo de comer y una enorme cafetera humeante con dos tazas de porcelana.

—Dos son italianos, Sandra. El otro es griego —la corrigió uno de los hombres más altos situado a su derecha—. Te pudo la emoción.

Sandra cruzó los brazos y arrugó el ceño. Llevaba una bonita falda de tubo y zapatos de tacón alto con una camisa oscura y un cinturón grueso.

—Qué gracioso eres, Bruno. La misma emoción que sientes tú cuando ves llegar a esas bonitas niñas —chaqueó la lengua y se sentó con ellos.

—Bueno, veo que seguís peleando por los clientes, eso es magnífico. Seguro que no le pasa lo mismo aquí al angelito —dijo Leonardo señalando

al muchacho rubio que los había recibido.

—Muy gracioso, Leo, muy gracioso —comentó otro hombre moreno de aspecto más sobrio y complexión atlética que pasó cerca de la mesa.

—A mí me adoran todos —murmuró Cail sonriente y burlón.

—Todos quieren ir con el angelito. ¡Las niñas se postran de rodillas cuando Cail aparece con su flamante figura de adolescente amable y dulce! —Sandra movió los brazos melodramáticamente e hizo una pirueta—. Pero luego todo cambia, porque Cail no es tan angelito como parece. ¡Ah no! Ni mucho menos.

—Sí, es un ángel sin duda —repuso un hombre rubio también vestido totalmente de negro que se servía un café en uno de los sofás—. El mismo Lucifer.

Risas entre el resto de los instructores. La mujer entrecerró los ojos y señaló a Cail con el dedo índice amenazadoramente.

—Algún día no te servirá de nada esa máscara de amor que desprendes. Se te marcarán más esas facciones de adolescente lampiño y no colará tu papel del *Principito*.

Cail soltó una suave risa.

—¿El principito? —se apresuró a preguntar Leonardo con tono burlón—. No se me habría ocurrido nunca, pero si le ponemos una capa y le regalamos una boa con forma de sombrero, quizá pase por él.

—Ah, basta ya —murmuró Stuart sin dejar de reír—. Cail no tiene la culpa de que todos vosotros supuréis maldad. Cuando un joven alumno entra en este centro, espera una instrucción dura, aunque en el fondo de su alma desea un poquito de compasión. El problema es cuando caen en manos de Cail, convencidos de que el joven y adorable instructor es uno de los más comprensivos y compasivos, sobre todo cuando lo comparan con el resto. Nada más lejos de la triste realidad.

—Apariencia. Tú mismo lo has dicho —dijo Sandra.

—Exacto —prosiguió Stuart—. Pero la trampa está hecha. Eligen al instructor los dos primeros meses de formación como regalo de la casa, porque luego sois vosotros los que escogéis según el temperamento de cada uno de ellos. Por mucho que les digáis que no es buena elección, que Cail es perverso y duro, nadie se lo cree. ¡Por Dios Santo, miradlo! Dan ganas de abrazarlo y adoptarlo. ¡Es adorable!

Todos rieron cuando Cail entrecerró los ojos e hinchó las fosas nasales con

suma paciencia.

—Estamos agradecidos hoy, ¿eh? Pura envidia —masculló Cail.

—Pura envidia hijo, pura envidia —afirmó Leonardo ceremoniosamente.

Mientras la conversación se animaba y el resto de instructores discutía sobre las mil razones que hacían que un nuevo alumno se decantara por uno u otro instructor, Leonardo se abstraía totalmente y dejó de escuchar las voces. Dos plantas más abajo dormían alrededor de treinta o cuarenta alumnos que, por alguna razón, habían escogido pasar unos meses allí. A veces intentaba indagar en aquellas razones que ellos mismos reflejaban en sus informes. Le resultaba realmente sorprendente que una joven americana atravesara medio mundo para acabar allí, o que un chico español, tras terminar la carrera, hubiera suplicado casi de rodillas ser aceptado en esa escuela tan particular. Qué era lo que movía sus mentes, sus vicios o sus necesidades o carencias, era algo que Leonardo estudiaba con suma atención. Esa parte psicológica le embelesaba y desconcertaba de igual manera. ¡Y qué secretamente lo llevaban! Qué difícil se tornaba para ellos reconocer ante el mundo que deseaban ser así, que disfrutaban y anhelaban ciertos castigos o tratos.

«Ellos salen de su país, desean alejarse de su casa. Temen encontrarse con alguien conocido. Jamás se perdonarían que su entorno supiera de sus vicios ocultos, Leo», le había dicho Micaela una noche de verano.

Esas palabras jamás las olvidaría porque, sin duda, aquella era la razón por la cual la mayoría de sus alumnos no eran ingleses, por no decir todos.

«Se avergüenzan, Leo. Necesitan un entorno que los proteja, lejos de su casa y sus amistades. Necesitan sentirse seguros, porque el mundo no ha cambiado en siglos. Más bien la gente no ha cambiado en siglos, ni su mentalidad.»

Leonardo dio un trago a su café y se acomodó en la silla mientras los demás instructores seguían debatiendo.

«Las calles de todas las ciudades presumen de burdeles que chirrían con luces de colores y escaparates obscenos donde se vende sexo y eso se ve bien. Se ve normal pagar por el amor, por unas horas de placer, pero si un hombre desea ser sometido por el único placer del acto en sí, es razón para reírse de él. La sociedad no lo comprende, Leo, no lo acepta. En el caso de las mujeres es diferente, pueden aceptar que tengan una relación de poder con un hombre en la intimidad, pero no que se formen para ello. ¡Les resulta ridículo!», había exclamado ella.

«Es lo que hay, Micaela. Es la doble moral.»

«¡Pues ya me cansa esa doble moral! Esto va más allá de la pantomima. ¿Por qué si no un joven que lo tiene todo, que posee una buena posición social, que es dueño de su propio negocio y vive bien, viene aquí? Está harto de tirar del carro, amigo mío, harto de controlar todo en su vida y, por lo tanto, desea, sin duda, abandonarse. Por unas horas, por unos meses. Maldita sea, por un año si es lo que desea, pero lo desea. No buscan sexo, buscan abandonarse. Es lo que no entiende la sociedad, se queda con la imagen distorsionada de aquellos que usan este arte para la exhibición pública, vestidos de cuero o látex y promulgando a los mil vientos lo que hacen y son. Eso no es lo que nosotros hacemos. ¡No lo es! No es lo que me enseñó Bishop.»

Aquella noche habían pasado horas hablando, sentados en una pequeña terraza frente a la torre Eiffel. Quizás habían transcurrido ya tres años, no lo recordaba con exactitud, pero era algo que adoraba: aquellas conversaciones veladas y llenas de carisma que solía mantener con Micaela sobre sus negocios, la forma que tenía ella de ver todo lo que hacía y daba a los demás. Un arte imposible de detectar para la gran mayoría, solía llamarlo.

«Nosotros no vendemos sexo, Leo. Vendemos abandono para unos y formación para otros que llegaran a ser instructores. Es una cadena, un bucle. No necesitas vestir de cuero a un hombre y entregarle una fusta para que lo respeten. Es la actitud, su mirada, su tono de voz, el registro que use. Incluso cómo se mueve o cómo observa lo que tiene delante. Es la pura belleza del control... En definitiva: un arte.»

Evocó aquellas palabras y dirigió la vista hacia el joven Cail, el ejemplo más exacto de la ambigüedad que tenía entre los instructores en nómina. Un ángel de alas negras y sonrisa amable. Una pieza esencial en aquella cadena. Sin duda tenía que presentárselo a Micaela.

—¿Estás aquí? —le preguntó Stuart inclinándose en la mesa.

Sonrió sin apartar la vista del chico y asintió lentamente.

—Cuando empezáis a filosofar, suelo evadirme a menudo. No hay peor cosa que discutir con una manada de lobos.

Aquello provocó una gran cantidad de risas a su alrededor. Una mujer rubia con el pelo corto peinado hacia atrás por debajo de la oreja se aproximó a él. Vestía un traje de dos piezas en tonos ocres y unos tacones de aguja que manejaba con la maestría de una gacela.

—Leonardo —dijo con un acento ruso muy sensual—. Últimamente apenas bajas a ver a los alumnos; te estás volviendo observador y mucho más filosófico que tu manada de lobos.

—Me hago viejo, Katia —respondió—. Con todo lo que la palabra implica.

El resto de instructores no dejaba de reír.

—Viejo y prudente —murmuró Stuart guiñándole un ojo—. Menos mal que eso no afecta al hecho de que una de las jovencitas del colegio se cuele en su habitación todas las noches.

Leonardo negó con la cabeza ante tal afirmación.

—No seas tan mal pensado, Stuart. Es una cría y solo teme la oscuridad. Si fuera un chico el que tuviera el mismo problema, tampoco lo echaría de mi lado. Es amor fraternal. Pero tu mente retorcida te impide comprender ese tipo de expresiones.

—¡Ah, venga ya! Esa niña está enamorada de ti.

—Stuart, está enamorada de lo que represento, que es muy diferente. ¡Tiene dieciséis años, por el amor de Dios!

Cail levantó una ceja y se aproximó a él desde el otro extremo del salón. Verlo caminar era como observar un bailarín del Ballet Real de Londres a punto de comenzar su función. Se inclinó hacia él ladeando la cabeza y sus rizos rubios se movieron sutilmente hacia un lado.

—¿Ahora es cuando nos vas a decir que podrías ser su padre? —preguntó muy suavemente. Su voz era tan dulce que parecía entonar una poesía. Sin embargo, su tono implicaba algo retorcido, casi maligno podía decirse—. No estás delante de unos alumnos del colegio católico, Leonardo... ¿Desde cuándo tu moral te impide ejecutar algo lícito? Si yo tuviera esa belleza asustada por la noche metida entre mis sábanas y, tratándose sin duda de Emilia Linn, no dudaría en enseñarle ciertas actitudes que yo, a su edad, me sabía de memoria. Sin mencionar que se olvidaría de su miedo a la oscuridad porque tendría otras cosas metidas en... la cabeza. Y otros miedos de qué preocuparse, sin dejar de lado ciertas disciplinas.

Leonardo puso una mueca cómica y negó con la cabeza taxativamente.

—Y aquí tenemos a la personificación del diablo hecho niño —exclamó Sandra con los brazos extendidos—. ¿Por qué demonios no será así de mezquino cuando toca elegir instructores?

—Porque aprendió del mejor, querida —susurró Leonardo.

El chico sonrió con malicia, dio un paso atrás y volvió hacia los sofás con el mismo movimiento lento y provocador con el que se había acercado. Leonardo no le quitaba ojo: era como un pequeño y joven demonio de ojos azules y tirabuzones.

Por un instante, mientras las voces y las risas volvían a emerger y se alzaban por encima de los amplios y abovedados techos del salón, vio en aquel chico a Alexander y se preguntó qué sería de él. Recordó la última vez que Antón lo había visitado y su serenidad y cautela cada vez que él le preguntaba por su amigo. Quizás había sido una forma de defenderse de todo aquel dolor que había soportado, había manifestado. Pero Leonardo no lo comprendía. Aquella ausencia dejaba entredicho que ninguno de ellos debía ponerse en contacto con Alexander. Antón se lo había pedido a todos durante muchos años, aunque él podía ver el dolor reflejado en sus ojos cada vez que les recordaba que debían respetar su decisión, que cada uno de ellos tenía un mecanismo de defensa frente a su pasado y que los buenos momentos que compensaron todo el daño posiblemente no habían sido suficientes para Alexander.

Se despidió de los instructores tras pasar una apacible velada y cenar con ellos y regresó al edificio principal con Stuart dando un tranquilo paseo por los jardines bajo una noche repentinamente cálida y un cielo invadido de estrellas.

Cuando llegó a su habitación, la joven Emilia seguía durmiendo en su cama, así que se dio una ducha, se puso su pijama de seda negro y, con mucho cuidado, se deslizó entre las sábanas en el otro extremo del lecho y le dio gracias a Dios por disponer de una cama tan enorme. Se preguntó por qué demonios no se había cansado esta vez y había vuelto a su habitación como solía hacer la mayoría de las veces. Pero Emilia era como la Bella Durmiente del bosque. Tenía el camisón perfectamente colocado hasta más abajo de las rodillas y se mantenía boca arriba, como él la había dejado; ni siquiera se había tapado con la manta de hilo y sus cabellos se desperdigaban por la almohada. Durante unos segundos la contempló dormir con aquella fragilidad y tranquilidad que cualquier joven de su edad poseía. Todavía recordaba la primera vez que Emilia había entrado en el colegio, a la tierna edad de diez años, sin padres ni familia conocida y abandonada en las oscuras calles de un Londres demasiado peligroso para una niña tímida como ella. Ahora se le encogía el corazón observando a la hermosa jovencita en que se había

convertido y todo lo que había prosperado. Se aproximó a ella, la arropó con mucho cuidado y luego apagó la luz. La oscuridad le transportó casi sin darse cuenta hacia atrás en el tiempo y recordó a Stefan Levi y su forma de abrazarlo cuando no podía dormir por el miedo y el dolor.

«Pero no todo fue malo...»

Vio a Micaela con sus zapatitos brillantes y su vestido cobalto bailando en círculos en el salón central de Bishop y la hermosa fiesta del Marqués con todos aquellos invitados, y suspiró profundamente. ¿Cómo lo había llamado Antón aquella tarde de abril? ¡Ah, las edades bárbaras! Sin duda, Antón, Richard, Roberto y Alexander habían explotado mucho más que él aquella hermosa casa durante un tiempo. Pero al final, todos habían vuelto. Todos los que un día se habían ido de Torbe prometiendo regresar, cumplieron su promesa tras un año alejados de aquel lugar que tanto les había dado y tanto les había quitado siendo niños. Fue en aquel momento, frente a los peldaños de piedra que daban a la puerta principal de Bishop, cuando comprendió en lo más profundo de su corazón que jamás apartaría de su vida todo lo que aquella casa le había regalado, todo lo que había aprendido y anhelado. Y todo lo que, sin duda alguna, había hecho de un niño y de su sufrimiento, un hombre que empezaba a vivir sin soñar. Allí fuera había un mundo inmenso esperándoles a todos, un mundo lleno de posibilidades y de futuros logros. Sin quimeras, sin sufrimientos y sin aquel peso que, como el poema de Alexander decía, no les llevaba nunca... a ningún lugar.

«Porque yo era uno de esos hombres que cargaba con su monstruo, con su quimera. Con todo ese sufrimiento y ese dolor de aquellos que un día me habían hecho daño. Y caminaba... Caminaba sin rumbo fijo sin esperar nada de esa vida. Pero yo también había intentando llegar de un modo u otro a alguna parte.»

24

«No debisteis irs tan pronto...»

Cerró los ojos y apoyó el dorso de la mano sobre sus labios. Estar allí de pie delante de sus tumbas era para Antón demasiado duro. Sintió que aquella intimidad dolorosa le comprimía el corazón. Tres sepulturas, una al lado de la otra, con las pequeñas fotografías y las flores recientemente cambiadas, posiblemente por Alba o tal vez por Dominic. Tres amigos enterrados demasiado rápido, para ellos, para sus hijos y para una mujer como Alba que jamás había dejado de amar a su esposo y que, sin duda, nunca reharía su vida, acompañada siempre por los recuerdos. Así era el amor, así debía ser; para siempre.

Observó los crisantemos, los liliun y las garberas junto a los bonitos gladiolos apoyados con suma elegancia sobre los diminutos jarrones de cristal tallado y comenzó a llorar en silencio.

«Cuida de ellos, Antón. No me queda mucho tiempo. Los últimos análisis no son buenos, amigo, y no quiero vivir en una fantasía de curas milagrosas y años prestados.»

La voz de Roberto aquella tarde de marzo, cuando sabía que su salud ya no le daría mucha tregua, había provocado en él una rabia y un dolor tan punzante que ni siquiera había sido capaz de responderle. Se había limitado a tragar saliva como un niño asustado de Torbe, para luego mirarle con aquella melancolía que no podía ocultar a los ojos de su amigo, que no podía disfrazar con una sonrisa afectuosa o una simple palmadita tranquilizadora sobre su espalda. Pero Roberto había sonreído con aquella tranquilidad que le rasgaba la cara.

—No seas idiota, poeta. Esto tenía que llegar. Me queda el consuelo de haber hecho las cosas bien y mi hijo ya es un hombre. Sufro por Alba, sufro

continuamente cuando la miro a los ojos y me doy cuenta de que no podré consolarla, de que no podré abrazarla hasta que sea una anciana como le prometí...

—Roberto, quizá te estás adelantando a...

—Antón, no lo hagas —había murmurado con cariño—. No te engañes. No hay nada que hacer. Cuida de ellos, sabes que Alba es muy especial, pero la conoces muy bien, Antón, y mi hijo es un chico fuerte, no dejes que se olvide de quiénes fuimos. No tengas prisa, sé prudente, pero no dejes que siga sin ese recuerdo.

Pero Antón no quería seguir escuchándole. No quería hablar de algo que mataba todos sus anhelos, todos aquellos años de lucha por salir de Torbe, por ser alguien junto a ellos.

—Maldita sea —había sollozado él—, nos prepararon para muchas cosas, para sufrir lo indecible, pero no para esto, Roberto, no para esto...

—Nadie está preparado para esto, amigo. Nadie. Solo tenemos que aceptarlo y, aunque no te lo creas, hace mucho tiempo que lo asumí. Desde el día en que me despedí de Jonás, lo asumí. Deja que mi hijo sufra mi ausencia el tiempo que lo necesite, Antón; su madre no será capaz de contarle nada. Deja que sea un hombre en su totalidad y luego háblale de nosotros y permítele que nos juzgue de la manera que él desee. Pero hazlo...

—Es demasiado joven.

—Y por eso no he podido ser yo quien le cuente nuestra historia. Es mi única penitencia, pero tú lo harás mucho mejor. No lo dejes solo, Antón. A ninguno.

Sacó un pequeño pañuelo del bolsillo de su pantalón del traje y se secó las lágrimas lentamente. Llevaba más de dos horas allí de pie y no deseaba irse. Empezaba a lloviznar. Se inclinó hacia adelante y apoyó la palma de la mano sobre la fría lápida. A continuación, se aproximó a las otras y ejecutó el mismo movimiento manteniéndose unos segundos en silencio, sintiendo el contacto de la piedra bajo sus dedos con los ojos cerrados y aquel martilleo en el pecho que le hacía daño.

—Os querré siempre —susurró.

Se giró hacia el camino de piedra y comenzó a caminar muy despacio, la suave brisa golpeándole la cara y aquella sensación ávida del que espera algún día volver a verlos.

Llegó a casa cuando ya anochecía. Hubiera jurado que todos dormían

hasta que entró en la cocina y se sobresaltó al ver la figura regordeta de Candela sentada en una de las sillas frente a la mesa con la única luz que desprendía la campana extractora, envuelta en un halo espectral de luces y sombras demasiado desconcertante y tétrico. Ella parecía meditativa y apesadumbrada. Ni siquiera se rio cuando lo oyó gritar del susto aferrado al marco de la puerta mientras se llevaba la mano al pecho y preguntaba qué demonios hacía allí plantada en mitad de la noche. Candela se colocó una horquilla en su melena cana, se apartó varios mechones de pelo de la cara y se ató con firmeza el cinturón de su bata rosa palo suspirando profundamente mientras lo miraba.

—¿Qué pasa Candela? ¿Ha ocurrido algo? ¿Catinca está bien?

—Perdone, señor Andrade. Sí, claro que está bien. Pero verá... Creo que he cometido un terrible error hoy en Torbe.

Se aproximó a la mesa y se sentó frente a ella. Candela parecía no saber por dónde empezar y él no tenía ni la menor idea de lo que le pasaba a aquella mujer, por qué tenía aquella cara de funeral y esa angustia tan impropia en ella.

—¿Qué pasa? Me estás asustando, mujer.

—Señor Andrade, he visto a Alexander. En... En la librería. ¡Oh Señor! Creo que he metido la pata, soy una idiota. ¡Lo siento tanto!

—Por el amor de Dios, Candela, no sé de qué me estás hablando. ¿Qué ha pasado?

La mujer comenzó a narrarle cada detalle de su encuentro. Cada cierto tiempo se apartaba el pelo, se secaba las lágrimas y volvía a la historia y contaba con todo lujo de detalles su conversación con Alexander y todo lo que había dicho y sentido. Antón tenía los ojos terriblemente abiertos y no la interrumpió en ningún momento. Tan solo escuchaba.

—¡Y eso hice! Creo que me he metido donde nadie me llamaba. Soy idiota, señor Andrade. Entiendo que se enfade conmigo, fui una osada. Lo cierto es que no lo pude remediar. Él estaba ahí delante con aquella sonrisa amable y cordial que siempre tiene y creí... Creí...

—¿Le dijiste eso a Alexander? ¿Así, con esas palabras?

— ¡Ya lo sé! ¡Ya sé que no debí decir nada!

La carcajada que inundó la cocina dejó a Candela totalmente descolocada. Antón no dejaba de reír. Primero lo hizo de una forma violenta, luego ahogadamente mientras la miraba y se daba cuenta de que ahora era ella la

que iba a sufrir un infarto. Se secó las lágrimas con los dedos y volvió a hundir la cara en las manos intentando cesar aquella risa incontrolable, pero no podía. ¡No podía! Candela tenía la boca abierta y la nariz arrugada.

—¡Usted también se ríe, como Catinca! Llevo tres horas aquí sentada intentando planificar cómo decirle lo que pasó, pensando mil disculpas ante un inminente enfado y usted se ríe... ¿Tiene idea de qué cara puso Alexander? ¿Sabe que pensé que se iba a desmayar?

—Santo cielo, Candela. ¿Cómo no voy a reírme? Claro que sé qué caras pone Alexander, por eso me río. ¡Oh, señor! De veras que ha sido un detalle por tu parte, una pequeña puñalada a mi amigo de la infancia, pero no creo que sirva de mucho, querida mía. No te preocupes. No tengo nada que reprocharte.

La pobre mujer apoyó la frente sobre la mesa y se quedó en esa posición unos segundos. Antón seguía riendo. Era realmente cómico ver a Candela en aquel estado. Se incorporó con un mechón de pelo por los ojos y resopló como si hubiera aspirado todo el oxígeno de la habitación.

—Maldita sea... Si había alguna posibilidad de que ese hombre viniera no creo que ahora se lo plantee siquiera, y eso por no hablar de mi próxima visita a la iglesia. No quiero imaginar su cara.

Antón suspiró riendo.

—No seas tonta —dijo—. Su mujer no sabe nada de su infancia, no se atreverá a mirarte de ninguna manera, Candela. Es realmente graciosa la situación. —Al instante ensombreció el rostro—. Intento no esperar mucho de esta reunión, Candela. Espero a Argas y al jovencito Darío; puede que incluso Llosa venga porque sé que lo desea y que añora este lugar. Poco más... Bueno, Dominic no faltará, por supuesto, pero no creo que nadie más venga. Llamarán, se disculparán... Es inevitable. No se pueden forzar las cosas, querida, nadie puede decirte cómo llevar tu dolor.

Candela recordó las palabras de Catinca cuando hablaba de su padre y la ilusión que le hacía poder verlos a todos por primera vez reunidos en Quimera y se le encogió el corazón.

—Tenga fe, señor Andrade. Yo la tengo después de conocer su historia. Aunque me gustaría saber el final de todo esto. Qué fue de la visita de Eleonor a la casa, qué fue de Bishop, de todos...

Antón arqueó los labios y asintió.

—Soy realista, pero lo tengo asumido ya. Haré lo posible por esos chicos y

sé que pronto vendrán a Quimera los hijos de Richard y Roberto. Será maravilloso que formen parte de esto —murmuró. Se estiró con elegancia y volvió a mirarla con ternura—. He tenido un día intenso, me daré un baño y veré si mi hija duerme ya. Luego cenaré y, si quieres, seguiremos con el final de esta historia en el salón. ¿Le parece bien a la señora cabaretera?

Candela soltó una especie de graznido gutural, carraspeó bajo la atenta mirada de Antón y asintió.

—Está bien, puede reírse, señor Andrade. Casi me ahogo, estoy nerviosa y me ha dejado totalmente descolocada. Es justo. Vénguese de esta vieja loca.

—Intento no perder la compostura, querida, pero me está costando —repuso con humor.

—Le haré la cena mientras tanto. Ambos hemos tenido un día bastante intenso —informó levantándose.

Antón se incorporó y se aproximó a la puerta muy despacio mientras ella ya empezaba a sacar cosas de la nevera y a abrir cajones.

—Eres una buena mujer, Candela.

Y al decir esto salió dejándola sola. Candela lo observó subir las escaleras lentamente, con la mano apoyada en la balaustrada de madera y algo cabizbajo.

—Tenga fe —murmuró para sí—. Ellos no pueden abandonarle ahora.

Aquellas pequeñas reuniones se habían convertido durante los últimos días en algo habitual y necesario para ambos. Candela deseaba saber más de toda aquella hermosa historia y Antón, por su parte, se daba cuenta de que contar todo lo que había vivido de aquel modo y sin ningún remordimiento y reprobación por parte de ella era una terapia insustituible. El salón ya era parte de sus noches, la chimenea crepitaba bajo sus incesantes llamas y el olor a café era reconfortante. Ella siempre se mantenía en su discreto rincón del sofá, medio inclinada sobre el brazo lateral con su vestido floreado o el camisón y su bata. Antón, por su parte, solía sentarse en la butaca de enfrente, cerca de la chimenea para poder atizar el fuego y fumar su puro más cerca de la ventana, con su jersey de cuello de cisne, sus pantalones de traje y siempre descalzo.

—Había una mezcla de sentimientos en nosotros aquel fin de semana, Candela —comenzó a decir—. Era como si por primera vez en nuestra vida

nos faltara una parte de nosotros. Nuestros amigos se habían ido y ni siquiera sabíamos el tiempo que pasaría hasta que pudiéramos verlos de nuevo y eso nos dejaba huérfanos, por así decirlo, y totalmente desolados y vacíos. Sin embargo, las chicas volvían a darnos ese soplo de aire fresco con el que siempre aparecían en nuestra vida. Roberto iba a pasar tres días con Alba y Eleonor nos acompañaba por primera vez a la mansión de Bishop. Allí estaba Micaela y ahora no teníamos que escondernos de nadie, ni regresar temerosos de que nos descubrieran o nos castigaran con dureza.

Nos abandonamos, Candela... La emoción de ver a Eleonor en aquella mansión abrazada a Micaela, que en aquel momento era una belleza con traje de noche y perlas, unido a todo ese vacío que sentíamos y la felicidad que en el fondo experimentábamos por nuestros amigos, por muy lejos que estuvieran, hizo que nos abandonáramos a todo lo que creíamos correcto, sensato o incluso censurable. A veces, el ser humano es incomprensible y nuestros jóvenes cuerpos estaban lacerados, vulnerables ante cualquier pequeño detalle que nos rozara el alma. Observé a Eleonor, convertida ya en una hermosa mujer, a Micaela y Cecilia hablando con aquella alegría que desbordaba por todos los poros de su piel frente a nosotros, allí y no en otro lugar, sino allí... Me cautivó de tal manera que creo que mi mente dijo «basta» y dejó de importarme todo lo que me contenía, lo que me frenaba y lo que de algún modo seguía dormido dentro de mí. Tenía ganas de reír como un desquiciado en aquel *hall*; tenía ganas de llorar desconsoladamente por no tener a los demás a mi lado, compartiendo esa libertad absoluta, categórica e ilimitada por la que tanto habíamos luchado y soportado. Bebí mientras Eleonor y Micaela hablaban felices, y supe que Alexander comprendía aquel carnaval de sentimientos que me subyugaban porque me cogía la mano y presionaba con fuerza con la única intención de que yo supiera que estaba allí. ¡Qué él estaba allí! Pero me desmoroné. A veces pienso que mi situación de locura repentina tuvo mucho que ver con la calma que había intentado mostrar después de lo que nos había pasado. Mi quimera, aquel peso monstruoso que llevaba sobre mis hombros, había desaparecido y me sentía aturdido en esa libertad absoluta, perdido, enloquecido... ¡Ah! Aquellas imágenes de la fiesta de Bishop, aquellas personas sublimes y exquisitas que se contoneaban como presencias de otro tiempo por los pasillos bajo los acordes de la música de Mozart. Volví a verlos en mi memoria, volví a deleitarme en aquellos suaves gestos secretamente ocultos entre las

innumerables habitaciones, los juegos perversos y dolorosos que, contradiciendo a toda moral, ejercían más placer que cualquier contacto sensual o sexual que pudieran llegar a tener o merecer. Me vi caminando con Alexander por el mismo pasillo alfombrado en sangre, excitado y emocionado ante la imagen de aquel muchacho tan hermoso que esperaba de rodillas un castigo que se le antojaba necesario para seguir viviendo, para seguir soñando cuando regresara a su vida, a su normalidad. Y entendí la razón de todo. ¡De todo! Entendí que aquella noche la importancia del sexo era ínfima, irrisoria. Que tras aquel velo de amor falseado en un escenario de terciopelos borgoñas, telas lustrosas y rostros níveos y hermosos, existía algo más trascendental, algo más intenso y real que el mero contacto físico o la necesidad de saciarse. Eran los recuerdos... Abandonarse a una fantasía prohibida en aquellos tiempos era vivir esperando otra noche igual, poseer ese anhelo de volver allí para jugar, para dejarse amar de una manera distinta y para sufrir deliciosamente un dolor que les hacía libres, humanos, que les hacía reales y les otorgaba la vida...

Me derrumbé sobre la cama, después de pasar mucho tiempo aferrado a Alexander sin apenas decir una sola palabra. Observé los cristales de colores titilando sobre mi cabeza, Eleonor de pie frente al amplio espejo de marco dorado con su copa de cava entre los dedos, las risas de ambos, los suaves murmullos y las discretas miradas juguetonas entre ambos. Otra vez mi mente me revelaba en aquel estado de sopor, alegría y dolor, que los amaba con toda mi alma a ambos. A ella como la mujer que deseaba tener a mi lado el resto de mi vida, con la que formar una familia, tener un futuro y ser feliz... Y a él, porque era solo él. Yo no sentía nada cuando veía a otros muchachos, no me atraían, no tenían nada que me resultara erótico. No... No lo amaba por ser un hombre, lo amaba porque era él, porque había crecido con él y había descubierto el mundo, el pequeño mundo que nos habían acercado para rozarlo levemente con los dedos, junto a él y solo él. Y eso era amor. Un amor por encima de la atracción, del capricho o la belleza que pudieran transmitirme. Porque me enamoré de ambos por todo lo que me habían dado, por sus mentes y sus valores. Por su concepto de amistad y esa devoción incondicional que sentía cuando ellos estaban junto a mí. Me conquistaron por la misma razón que me permitía hablar con ellos de cualquier cosa, de cualquier temor, de cualquier desdicha miedo u omisión que pudiera tener. Ellos jamás me juzgarían por nada. Y ellos me habían

amado cuando no era absolutamente nada...

«Antón... Vuelve con nosotros.»

Estaba azorado. Sentía que la habitación había desaparecido en torno a mí. Alexander ya no era el niño de rizos que dedicaba sus noches a leerme libros con la única intención de acallar mis miedos. Su mirada estaba llena de melancolía, aunque sus ojos brillaban de un modo especial, casi sobrenatural. Sentí el peso de su cuerpo sobre la suave colcha de hilo, rocé con los dedos las diminutas filigranas de los dibujos bordados sobre ella y los miré durante unos instantes mientras él me acariciaba la cabeza y murmuraba en mi oído algo que no llegaba a comprender, que no podía asimilar. Dirigí mi torpe atención hacia Eleonor mientras mi mente seguía cavilando aquella algarabía de sentimientos y deseé en lo más profundo de mi corazón hacerla mía de un modo violento, casi animal.

«Bebe, Antón», me susurró Alexander al oído.

Yo seguía observando en mi pequeño trance aquel vestido que se pegaba a la piel de Eleonor, aquellos brazos largos y femeninos, sus pequeños guantes blancos aferrando la copa de cava, sus delgados tobillos, sus piernas torneadas, deliciosas y finas de bailarina. Sí, me abandoné. Aquel impulso me atravesó la cabeza como si una descarga eléctrica se apoderara de mí, como si en aquel preciso momento todo aquel amor que sentía por ellos se apartara a un rincón de mi subconsciente y me dijera: «Eh, chico. Hazlo sin más». Era como un impulso, como una tentación incontrolable. Sentí ese amor y todo mi dolor concentrados en un punto de mi mente y me incorporé como un rayo bajo el gesto dubitativo de Alexander que rodó hacia mi derecha mientras yo tiraba de Eleonor y la lanzaba sobre la cama derramando la copa por la alfombra para a continuación devorarla con mis besos como si no existiera un mañana. Sé que intentó decirme algo y luego se rio. Durante unos segundos mi locura se apartó y pude ver en los ojos de Alexander la misma tristeza y desolación que lo habían acompañado durante muchos días.

Porque lo sabía. Sabía que seguía roto por dentro. Sabía que eso solo era una puerta que me permitía ser libre de mis tormentos, donde nada dolía del mismo modo porque estaba demasiado ocupado para compadecerme de mí mismo.

«Nunca se irá, ¿verdad?», pregunté desesperado. «Siempre estará dentro de nosotros. Por mucho que cambiemos nuestro destino.»

Alexander asintió.

Tiré de mi preciosa Eleonor hacia abajo y arranqué su bonito vestido de mujer destrozándolo perversamente. Ella apenas se dio cuenta, estaba apabullada por mi presencia, absorta en mi forma de comportarme al tiempo que no dejaba de reír, no dejaba de contonearse bajo mi peso como si fuera una hermosa serpiente con una manzana roja entre sus manos.

Señor... Su cuerpo había cambiado de un modo violento. Sus pechos ahora eran los de una mujer. Sus caderas hacían curvas invitándome a perderme entre sus piernas. Yo deseaba poseerla como jamás lo había hecho. Deseaba arrancarle aquellos jadeos tan deliciosos de una forma obscena y sin ningún tipo de contemplaciones. No... Ahora no. No quería amor. No quería besos dulces y juegos de niños lentos. Esa idea me provocó náuseas y me quité la ropa casi sin darme cuenta para enterrarme en ella bruscamente, embistiéndola con tal violencia que creí que la partiría en dos.

Alexander se había quedado paralizado, tumbado de lado como siempre, observando aquella escena mientras se relamía muy despacio y jugueteaba con uno de los mechones de Eleonor que se desperdigaban por la colcha. Vi sus ojos cargados de malicia, su forma sucia de observar aquellos detalles impúdicos y procaces que le estábamos regalando. Noté su excitación, su deseo. Él siempre había llevado la iniciativa tiempo atrás, había comenzado las jugadas que nos arrastraban a ambos y ahora se sentía un mero observador y le gustaba demasiado, le encendía y estimulaba. Pero yo estaba fuera de mí.

«Oh Señor... No dejes de hacer eso... Es...»

Fue lo único que oí de él. Lo único que dijo mientras ambos contemplábamos las mejillas arreboladas de Eleonor, sus ojos cerrados, su cuello tiñéndose de rojo y sus jadeos que nos abrían las puertas del mismo infierno.

«Antón... Espera...»

Nuestra pequeña mujer estaba a punto de ceder a lo inminente y aquello era demasiado rápido, demasiado brusco para soportarlo más. Alexander se situó junto a ella, se tumbó a su lado y se quitó la ropa y cuando vi a mi amigo besándola mientras sus dedos se apoyaban en su precioso sexo y lo abrían más para mí... dejé de ser yo.

Antón levantó la vista muy despacio hacia la figura de Candela y sonrió con timidez.

—Quizá estoy siendo demasiado claro en lo que aconteció y te pido disculpas si es así, Candela. No sé resumir u ocultar ciertas cosas y no estoy

acostumbrado a narrárselo a nadie.

Candela no pestañeaba. Mantenía las manos entrelazadas sobre sus piernas y se había puesto recta, casi rígida, y guardaba un silencio sepulcral. Pero enseguida volvió en sí y parpadeó.

—Es... —comenzó a decir con voz queda—. Es muy intenso. Tengo la sensación de que me he perdido muchas cosas en mi juventud. Santo cielo, señor Andrade... No se preocupe por mí. Ya he decidido no ir a misa, porque creo que cuando vea a Alexander se va a repetir esa imagen en mi cabeza y seré yo la que se desvanezca frente al presbiterio.

Antón soltó una carcajada y se removió en la butaca.

—Eres sorprendente, Candela.

—Dé gracias que tengo casi setenta años y estos relatos no me afectan del modo que lo harían si tuviera treinta años menos. Solo me impresionan, porque veo que no he destripado la vida como ustedes. ¡He sido una maldita beata! —Se puso las manos en las mejillas y abrió la boca en señal de sorpresa—. Siga, por favor. No se preocupe.

Antón asintió, se inclinó hacia la chimenea y contempló las llamas y los pequeños maderos que ardían dentro.

—Aquella noche perdimos el hilo de todo lo correcto. Tenía debajo a mi preciosa Eleonor y, a su lado, con sus formas tan particulares y excitantes, a Alexander. A veces su mano me atormentaba, me acariciaba y luego frenaba de un modo directo y ella estaba fuera de sí ante aquellos juegos amorios. Era una joven mujer embebida por todo lo que estaba sintiendo. Apenas le dábamos tregua; a veces yo cesaba, pero ella ya estaba avasallada por Alexander que la estimulaba con sus caricias; otras veces era el mero hecho de contemplar como él me tocaba a mí o me besaba, como jugaba con aquella destreza entre los dos, primero con uno, después con el otro lo que la excitaba, nos excitaba... Eleonor era fuego incontrolable entre dos hombres. Podía ver la forma que tenía de observar nuestros cuerpos, pues del mismo modo que la edad había hecho cambios en ella, con nosotros sucedía lo mismo y ya no éramos dos muchachos sin experiencia. Ahora teníamos el cuerpo de dos hombres totalmente formados, la ferocidad de cien años de experiencias y sufrimiento y la virtud insana de mudar nuestra expresión dulce para transformarla en una necesidad doliente de saciarnos de ella, de nosotros, sin ningún tipo de pudor o duda. Sin un solo titubeo o temor.

No sé cuánto tiempo permanecemos aquella noche disfrutando de ese

modo. Recuerdo la felicidad que me embargó cuando desperté bien entrada la mañana y los encontré a los dos profundamente dormidos a mi lado. Ya no había que regresar corriendo para no ser vistos. Ahora teníamos un largo fin de semana por delante y no existía la premura.

Eleonor era como una niña de largos cabellos enredada entre las sábanas; sus pechos se apretaban contra la tela blanca y la desnudez de sus piernas proyectaba en mí otra vez aquel deseo carnal que parecía insatisfecho. Alcé la cabeza y contemplé dormir también a Alexander detrás de ella, aferrado a su cintura con su mano apoyada en el vientre de ella. Sé que me invadió una tranquilidad y un sosiego que me atenazaron todos los músculos del cuerpo y volví a quedarme dormido por poco tiempo, pues al cabo de unos minutos me incorporé muy despacio, salí de la cama y me volví a meter en ella por el lado donde descansaba mi amigo. Me abracé a su espalda como si mi vida dependiera de ello al tiempo que mi cabeza evocaba todos aquellos momentos que había pasado a su lado, todo lo que él me había dado y todas las horas de sufrimiento que me había ocultado tantas veces para no hacerme sentir mal. No había nada que me ayudara a borrar todo aquel dolor y ahora era consciente de ello. Debía aprender a vivir con ello, pero yo solo pensaba en una cosa: en quererle, en amarlos.

Se movió y creí que habría despertado. Su roce encendió mi deseo y comencé a acariciarlo. El olor de su piel despertaba la pasión que había en mí. Sentí sus movimientos inconscientes contra mi erección, sentí que me perdía y me cegaba aquel anhelo y muy despacio comencé a jugar con él mientras de refilón observaba a Eleonor dormir. ¡Ah! Qué hermosos se veían sus ojos cuando Alexander ladeó la cabeza y clavó su mirada en mí, que sensación más desenfrenada cuando su boca suave y perfilada se abrió discretamente para besarme y me clavé en él. Noté un jadeo ahogado mientras su piel ardía bajo mis dedos y sentí a Eleonor darse la vuelta, aunque estaba tan perdido en mi apetito que me percaté de que se había girado cuando ya estaba totalmente concentrada en lo que estábamos haciendo, embelesada como siempre se quedaba ante el más mínimo roce entre nosotros. Aquello era diferente para ella, era la culminación a toda sus fantasías, había disfrutado hasta la locura y se había excitado brutalmente cuando demostrábamos el más mínimo cariño entre nosotros, pero ahora estaba ahí, frente al rostro de Alexander que, tumbado de lado, aguantaba mis movimientos para luego sacar la lengua con malicia y lamer los labios de ella,

invitándola, de aquel modo, a que se uniera. ¡Ah, que expresión puso Eleonor y qué ojos más vivaces! Deslizó las manos por debajo de las sábanas y comenzó a jugar con Alexander, mientras con la otra mano buscaba mis movimientos intentando deleitarse de todo aquel espectáculo al tiempo que me besaba, que lo besaba...

Aquella noche, aquella mañana... ¡Fue todo tan intenso! Dos horas después, teníamos a Micaela delante de la cama mientras traqueteaba con las uñas el piecero de madera y nos observaba.

«Vaya, vaya...» Su voz me devolvió a la realidad y sonreí en mi estado de sopor y agotamiento, pues apenas habíamos dormido, todo hay que decirlo. «Veo que habéis aprovechado bien la noche. ¡Eleonor, despierta! Son las doce del mediodía y creíamos allí abajo que os habíais muerto.»

Jamás se me olvidará la cara y el rubor que la invadió cuando Alexander se levantó de golpe, totalmente desnudo, se aproximó a ella con su mejor sonrisa y le dio los buenos días mientras se dirigía al baño. Micaela era la expresividad hecha mujer. Se le encendieron las mejillas terriblemente y miró a Eleonor, que reía divertida. Saltó sobre la cama intentando acallar la risa de su amiga y acabó encima de mí, otra vez roja por la vergüenza, al comprobar que también estaba desnudo y su vestido vaporoso despertaba mi alegría.

«¡Santo cielo! ¿Desde cuándo tenéis esos bonitos y lozanos cuerpos? No estoy acostumbrada a veros el culo y menos vuestras vergüenzas aunque Alexander ya me ha demostrado que es todo un hombre. ¡Maldito descarado!», bromeó.

«Deberías estarlo», contestó él, saliendo del aseo con los pantalones puestos. «Jonás ya te tendría que tener acostumbrada... Incluso Richard.»

¡Qué cara de susto puso Micaela! Miró a Eleonor, que tenía la boca abierta, y luego me miró a mí. Sacudió la cabeza con dignidad y luego se sentó al borde de la cama mientras observaba de reojo a Alexander y apretaba los labios con cierto recelo.

«Eres muy gracioso. ¿Hay algo que no sepas?»

Alexander iba a decir algo, pero volvió a abrirse la puerta y una de las bonitas mujeres de Bishop nos trajo el desayuno a la habitación. Micaela elevó la cabeza con gesto digno y afirmó que había sido ella la que había mandado aquello. Ella se sentía ya como en su casa y eso nos alegraba. Así que me vestí ligeramente, al menos para no enseñar nada indecoroso, Eleonor hizo lo mismo tras darse una ducha rápida, y al momento estábamos todos

frente a la mesa de servicio devorando bollos y café como si nos fuera la vida en ello. No tardaron en subir Richard y Jonás con la misma cara de agotamiento que teníamos nosotros. Por un momento creo que olvidamos entre risas y conversaciones a todos los que faltaban aquella mañana, aunque en el fondo de nuestros corazones seguían allí anclados y siempre sería así...

Candela sonrió mientras el silencio cortaba el aire y Antón meditaba.

—No hay nada por muy obsceno o vulgar que hayamos hecho que tape esa amistad y ese amor que existía entre nosotros. Nada... —dijo al fin—. Bien es cierto que pasamos tres días enloquecidos, sin descanso. Incluso Eleonor bajó al sótano y quiso jugar con aquellas máquinas del Marqués; pero solo era un juego, porque lo que realmente nos hermanó con todas aquellas prácticas, e hizo que alguno de nosotros siguiera por esos derroteros, fue la libertad que experimentamos con aquellas personas y el sentimiento limpio y sano que rodeaba sus actos. Su parte trascendental. La entrega y la confianza depositada en el otro, desnudarte de esa falsa moral y ceder a tus necesidades y anhelos, dejarte llevar o instruir tú mismo a una persona que te entrega su voluntad, sus deseos y sus más profundos temores sin ningún reparo y, no por el sexo, sino por el sentimiento que eso genera. Por esa necesidad que te une al otro y te complementa con él. Sea hombre o mujer... Es indiferente. ¡Es tan irrisorio!

—El no ser juzgado por nada ni nadie —alegó ella.

—El respeto por el ser humano, Candela, desee lo que desee. El amor en cualquier forma sin parangón, sin censura o reproches. Esa gente que se reunió para la fiesta del Marqués eran libres, importantes individuos en una sociedad dormida y aletargada. Ellos hacían lo mismo que hacíamos Alexander y yo. ¡No juzgaban nada! Su naturalidad ante una mujer suplicando de rodillas o aquella pareja de jóvenes chicos en la habitación que espiamos... Todo estaba bien y era normal. ¡Todo!

Candela asintió lentamente, pero se mantuvo en total silencio.

—Sus juegos de dominación y sumisión iban más allá de lo que ahora la gente ejecuta o disfruta. Era una filosofía de vida, un sistema ordenado de obediencia y disciplina elegante mezclado con juegos de cama. Pero eso no era lo más importante, sino esa capacidad de entenderlo todo. Esa forma solemne de mirar a los ojos a Jonás cuando se alzó frente aquella mujer que se hallaba de rodillas ante él y decirle: «Hazlo y que sea Dios quien te juzgue». Aquella gente nos dejó una impronta, queríamos triunfar en la vida,

adquirir la importancia que ellos tenían y seguir aquella estela que nos había marcado para siempre. Era nuestro cometido, nuestro fin.

—Y lo lograron, señor Andrade. Lograron todo lo que se propusieron.

—Sí. Después de aquel fin de semana. Después de que Roberto pasara también los mejores días de su vida junto a Alba, regresamos a Torbe y nos dedicamos en cuerpo y alma al estudio. Eleonor volvió a irse y pasó mucho tiempo hasta que pude ir a buscarla, aunque sí es cierto que, de vez en cuando, volvía con alguna excusa y pasaba noches con nosotros en la mansión Bishop. Al año siguiente, Alba conoció también la casa con Roberto y se quedó igual de prendada del encanto de Cecilia y de todo lo que rodeaba aquel lugar mágico. Fueron pocas veces, pero como bien sabes, en el tiempo que pasó lejos de mí, Eleonor rechazó todo contacto con cualquier hombre que quisiera conquistarla. ¿Cómo explicar lo que tenía? Era imposible sustituirlo.

—¿Y Alexander?

Antón enarcó las cejas.

—Fue gradual, pero permíteme que siga un orden. Seguimos como bien te dije formándonos siempre con el apoyo de Stefan Levi, conseguimos terminar nuestros estudios en menos tiempo del que creíamos y, por aquel entonces, ya teníamos suficiente dinero ahorrado para empezar a vivir por nosotros mismos. No había semana que no recibiéramos una carta de Argas, de los Malbaseda o de Leonardo. Cuando nuestros amigos volvieron a Torbe, fue el día más feliz de todos los que recuerdo. ¡Ah Señor! ¿Cómo podían haber cambiado tanto? Llosa era una belleza adulta, con unos ojos verdes brillantes y un cuerpo atlético y maravilloso; Jeremías seguía gruñendo como siempre hacía con ese apego enfermizo hacia su primo y esa necesidad de protegerlo hasta para cruzar la calle. Y Leonardo... Tan prudente, tan dulce y amable siempre, no había perdido nada de su esencia, como Argas. Sí. Habían cambiado, pero solo por fuera. Aquel encuentro fue tan profundo, tan íntimo y tan intenso, que pasamos los pocos días que teníamos casi encerrados alrededor de una mesa hablando de nuestros logros, de nuestras vidas y de todo lo que queríamos hacer. Fue en ese momento cuando nuestra promesa se hizo una oración para el resto de nuestras vidas. Jamás dejaríamos a ninguno de los nuestros solos, jamás permitiríamos un reproche, una limitación en nadie que formara parte de nuestra vida y si en algún momento alguno de nosotros faltaba, los demás se ocuparían de los suyos hasta la

misma muerte.

Durante varios años, seguimos avanzando en nuestro camino hacia el futuro. Todos y cada uno de nosotros nos esforzábamos por ser mejores cada día. No solo era el sentimiento de prosperar o ser como aquellos hombres y mujeres de la mansión Bishop, sino el agradecimiento profundo y manifiesto que teníamos hacia nuestro maestro. Él nos había ayudado cuando nadie tenía fe en nosotros, nos había abierto una puerta a una vida, a un futuro que no existía y nada de lo que creíamos poder hacer, lo considerábamos suficiente aunque él, muy lejos de ser estricto, siempre nos dejó libres hasta para demostrar que jamás había estado equivocado cuando nos ayudó. Con el tiempo todos hicimos nuestra vida. Roberto se casó con Alba y se fue a vivir a la capital. Richard conoció a la que fue su esposa en la universidad y también se trasladó a Madrid; yo hice lo mismo con Eleonor y nos quedamos aquí en Torbe junto a Alexander... Con todo, seguíamos reuniéndonos en la mansión cada dos o tres meses, a veces antes. Todas las vacaciones las pasaban aquí, todos los puentes o festivos que alargaban los días de descanso volvían a «casa», porque Torbe era eso: nuestra casa. Aquí teníamos nuestro hogar, a nuestro maestro, a nuestra preciosa Micaela y a nuestra particular madre, Cecilia Bishop. Jonás Romano, el padre de Dominic, también hizo su vida aquí, cerca de Micaela. Ambos estaban profundamente enamorados el uno del otro, pero yo sabía que Jonás jamás intercedería en la vida que Micaela llevaba. Sabía que él deseaba tener una familia, formar un hogar como los demás, pero no a costa de cortar aquellas alas por las que Micaela había luchado.

Fue tras la muerte de Cecilia cuando volvimos a sentir el sufrimiento que creíamos tener enterrado para siempre. Una parte de nosotros murió con ella, con esa casa, con todas aquellas experiencias que durante más de diez años habíamos vivido y disfrutado. Otra vez Micaela volvía a quedarse huérfana, aunque ahora ya era toda una mujer que sabía desenvolverse en la vida, que podía tener un futuro y tenía los medios para ello. Pero aquello fue terrible porque Micaela tenía que continuar y eso significaba renunciar a su amor por Jonás, renunciar a su apego por todo y avanzar. Conocer el mundo, viajar y prosperar.

«No puedo ir con ella, Antón, no es mi vida, no es lo que quiero ni ella quiere. Necesita seguir sus sueños, necesita ser libre y ser feliz con una vida que siempre deseó y anheló. Y yo no busco lo mismo.»

Recuerdo las palabras ahogadas de Jonás aquella tarde. Recuerdo su dolor y su tristeza porque sabía que tenía que ser él quien diera ese paso. Micaela hubiera abandonado todo para correr a su lado, de eso estábamos todos seguros. Pero ese amor tan profundo que teníamos por cada uno volvió a surgir sin un atisbo de egoísmo, sin una exigencia ni un gesto de orgullo.

«Yo también quiero tener mi hogar, Antón. Quiero formar una familia y, aunque ella es el amor de mi vida, no puedo pedirle eso, no puedo convertirla en lo que siempre detestó aunque ahora me siguiera ciegamente. Tarde o temprano, mirará atrás y recordará lo que quería ser y no fue. Jamás me lo perdonaría. ¡Jamás!»

Candela rompió a llorar ahogadamente y Antón se levantó y se sentó a su lado con la intención de consolarla.

—¡Oh, vamos, Candela! —exclamó con cariño—. No fue tan terrible.

—¡Es tan hermoso! —sollozó—. ¿Es consciente de lo que cuenta? ¿Es consciente de que la mayoría de la gente no sacrificaría ese amor de ese modo?

Antón asintió.

—Lo sé. Pero Jonás lo hizo. Porque la quería con toda su alma y por lo mismo, por ese amor, no estaba dispuesto a que ella no persiguiera sus sueños —continuó. Palmoteó la pierna de Candela y se acomodó a su lado—. Cecilia tenía familia en Francia, como bien sabes, aunque apenas tenía contacto, pero sabíamos por ella que tenía un gran apego por una hermana y poco más. La mansión se cerró porque los herederos no iban a venir a España a menos que ese lugar se vendiera, cosa que nunca supimos si se hizo. Esa casa siguió en pie, abandonada y cada vez que pasábamos por delante de ella nos dolía el alma. Lo cierto es que Jonás se fue, decidió aceptar un trabajo en Madrid. Sé por Micaela que él le suplicó que hiciera sus sueños realidad. Ella quería ir a Francia; allí estaban muchos de los clientes importantes de Cecilia que estaban ansiosos de que ella continuara con su negocio en París. Era su momento y París era su destino para seguir avanzando. Aunque te repito que no fue tan terrible como parece, porque Micaela y Jonás siguieron viéndose a menudo. Incluso después de que Jonás se casara. Sé que no era justo para la madre de Dominic, pero nadie podía romper ese amor, esa unión, por muchos años y kilómetros que los separaran. Ni siquiera las relaciones que ambos llegaron a tener.

Y llegó el día en el que Stefan tuvo que irse. Creo que ese ángel de la

guarda, como Leonardo lo llamaba, sintió que ya no le quedaba mucho más por hacer en Torbe. Quería ayudar en otros lugares, recorrer el mundo, abrir escuelas. Nosotros cada vez prosperábamos más. Desde Italia, Suiza o Londres siempre llegaban noticias maravillosas por parte de los demás; nosotros íbamos mejorando en la vida, abriendo nuestros negocios y ganando cada vez más dinero. Stefan se sentía orgulloso de sus muchachos, como siempre nos había llamado. Fue en ese momento cuando Alexander se rompió definitivamente. La muerte de Bishop, el cierre de la casa que nos había dado la vida durante tanto tiempo, y después la marcha de Stefan a sus selvas recónditas para ayudar a niños indígenas, le acabó de partir por la mitad y comenzamos a perderlo. Creo que respeto su silencio porque me siento culpable de un modo directo de lo que sucedió, porque todo esto coincidió con un viaje inesperado que Eleonor y yo tuvimos que hacer al extranjero y que duró meses. Le pedimos a Alexander que nos acompañara, pero él acababa de empezar a invertir en lo que ahora es su negocio. Creímos que volveríamos en un par de semanas, pero aquello se prolongó. Se quedó solo y fui tan inconsciente de su debilidad ante todos los acontecimientos que no me di cuenta. Y lo perdí... Alexander nunca demostraba su sufrimiento a menos que estuviera totalmente enterrado en él. Todos estábamos haciendo nuestra vida sin darnos cuenta de que él había perdido de golpe y porrazo a todos los que significaban algo. Sus cartas mientras estábamos fuera y sus llamadas se fueron distanciando hasta que dejaron de llegar y, cuando regresamos, él no estaba. Durante varios años no supimos nada de Alexander. Me volví loco intentando localizarlo. Desde Italia, los Malbaseda rastrearon usando todos sus contactos cada rincón, pero era imposible averiguar nada. Nuestro dinero no valía para encontrar a nuestro amigo. Fue muy duro. Eleonor sufrió esa ausencia y ese sentimiento de culpabilidad con la misma intensidad que yo. Jamás la vi llorar tanto como en aquella época. Ni siquiera la compra de San Torbe para convertirlo en lo que siempre habíamos deseado consolaba nuestra tristeza por su ausencia, y cuando las obras comenzaron y supimos que Alexander había regresado, ya era demasiado tarde porque nos rechazó con esa circunspección tan propia de él, sin un gesto, ni unas malas palabras, simplemente desde su silencio, como siempre había hecho...

He suplicado a los demás que respeten esa decisión por encima del desconsuelo que su abandono nos provocó. Durante un tiempo, ninguno de nosotros dejó de intentar ese acercamiento, pero él no quería mirar atrás.

Rechazaba nuestras llamadas, nuestras súplicas. Además, en esa época Eleonor y yo vivimos una temporada en Barcelona; veníamos a ver las obras cada cierto tiempo y tardamos en trasladarnos aquí de nuevo. Tampoco hacíamos vida en Torbe y todo eso nos impedía luchar más o insistir para lograr acercarnos a nuestro amigo. Yo viajaba mucho por trabajo y Eleonor solía acompañarme y cuando se quedaba en Quimera era en contadas ocasiones. Tengo que decir que cuando Alexander regresó, lo hizo con esposa y eso nos impedía insistir, porque sabíamos que ella era ajena a todo lo que él había pasado con nosotros. Nuevamente el amor y la lealtad emergían ante nuestra aflicción. Lo aceptamos. Aceptamos su decisión aunque eso significara vivir incompletos para el resto de nuestra vida.

—Señor... ¡Es tan triste! —exclamó Candela con un hondo suspiro.

—Creo que parte del rechazo por Quimera no solo ha sido por todos los recuerdos que enterramos bajo esta misma tierra, Candela. Creo que regresar para todos mis amigos siempre fue enfrentarse al hecho de que, de algún modo, nos sentíamos culpables de lo que pasó con Alexander. Lo compensamos de algún modo viéndonos en multitud de sitios por el trabajo; a veces viajábamos a Fiore donde los Malbaseda levantaron su particular microcosmos o incluso a Londres con Leonardo. Tengo que decirte que los primos Malbaseda formaron un entramado familiar digno de mencionar. Una urbanización sellada para el resto del mundo que, para los de fuera se asemeja a las mafias sicilianas, aunque no tiene nada que ver. Es su Quimera: sus normas y su libertad. Es maravilloso ver su estilo de vida y cómo educan a sus hijos para que sean lo que realmente desean ser, sin censura, sin límites, exprimiendo la vida sin pararse a pensar en qué dirán los demás, pero manteniendo la discreción, no porque teman lo que puedan decir, sino para que su forma de ver la vida no influya en sus negocios, su trabajo o sus relaciones personales con el mundo de fuera... Ellos han creado allí esa Quimera. Y es maravilloso ver a sus dos otros primos, que son más jóvenes que Llosa y Jeremías, seguir los pasos de lo que prometimos y anhelamos nosotros, el respeto que profesan por esos ideales que pasan de generación en generación, que forman a los más jóvenes.

Candela sonrió con picardía.

—Lo sé, señor Andrade. Después de nuestro momento especial con Alexander su hija me contó un poco la vida de todos sus amigos. Lo cierto es que me quedé realmente descolocada con el recinto polivalente de Leonardo.

—¡Ah, sin duda, querida mía! —respondió alegremente—. Leonardo ha sabido compaginar su pasión por ayudar a los niños que, como nosotros no han tenido una posibilidad en la vida, con su pasión por el Marqués de Sade y Cecilia. Él desarrolló su visión particular desde Londres a su ritmo, pero como todos los demás siguió esa estela de Madame Bishop. Creo que fue el que quizá supo unificar la gratitud por Cecilia y por su ángel de la guarda, el maestro Stefan, de una forma simultánea digna de admirar. Es sorprendente lo que ha logrado. Realmente sorprendente.

—Muy surrealista y extraño —afirmó ella—. Pero sin lugar a dudas, todos, de un modo u otro, han logrado lo que deseaban.

Antón ensombreció nuevamente el rostro y suspiró profundamente.

—A los que nos dio tiempo —murmuró con apenas un hilo de voz—. A veces intento imaginar todo lo que hubieran logrado Richard, Jonás y Roberto si no fuera por su muerte. Envejecer con sus hijos en Quimera hubiera sido su mayor deseo y eso es por lo que lucho día y noche, Candela. La muerte de Jonás nos trastornó a todos porque no esperábamos su fatal desenlace con tanta prontitud. Fue quizás ese fallecimiento lo que nos despertó de nuestra modorra. Al menos a mí y a Argas nos desbarató todo lo que teníamos planeado y eso nos acercó bastante. En otros casos, como en el de Micaela, creo que ejerció el efecto contrario, porque ya tenía otra razón para no volver aquí. Cada uno guarda y sufre su pena y sus recuerdos de un modo diferente. Las muertes de Roberto y Richard nos acabaron de despertar. Fueron muy cercanas y nos avisaron de que debíamos hacer algo, porque dejaban unos hijos, unos muchachos que, por alguna razón, se parecen demasiado a nosotros y tienen las mismas inclinaciones por lo diferente.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Candela intrigada.

—Cuando se tiene dinero, la información es fácil de conseguir —sentenció—. Y aunque uno observa desde la lejanía, conozco a esos muchachos como la palma de mi mano. Todos sabemos de ellos desde nuestro pequeño y particular universo, Candela. Carlo Armani heredó la frialdad y el humor de su padre, pero desde muy temprana edad se ha sentido atraído por los juegos de cama que Bishop nos enseñó, quizás alentado por todo lo que leyó en la biblioteca de su padre y que él jamás le ocultó de un modo deliberado. Y lo mismo ocurre con Roberto. Su padre supo inculcarle la pasión por Sade de un modo circunspecto. Yo sé que mi amigo tenía largas y profundas conversaciones con él, porque Roberto me lo contaba, pero no mencionando

su vida y su pasado, sino a través de la literatura. Los libros de Sade, Apollinaire o incluso Pauline Régnier... Hay verdaderas obras de arte en cuanto a la literatura prohibida y él compartía esa pasión con su hijo. Hoy por hoy, veo que son unos hombres solitarios y no porque carezcan de los encantos que todo joven tiene; ellos poseen atributos de sobra para enamorar a cualquier mujer. Se trata de sus deseos más ocultos, de todo lo que su mente esconde alimentada de esa forma indirecta por sus padres. Sé y conozco cada rincón donde han ido en busca de ese tipo de amor y no quiero que sigan solos, no quiero que deformen esa filosofía. Es aquí, en Quimera, donde deben vivirlo, sin censura, sin temor y sin dejar que eso afecte a su trabajo y a su día a día. Aquí en Quimera... Solo aquí.

De nuevo Candela sintió ganas de llorar. Se situó de lado y apoyó la mano sobre la de Antón.

—Tenga fe, señor Andrade. Sus amigos no pueden abandonarle en este momento. No sería propio de ellos ni de su promesa.

—Nunca he perdido la fe en mis amigos. No se trata de eso, porque cada uno de ellos ayuda y cumple su promesa de un modo u otro, Candela. —Al decir esto sonrió con dulzura. La fina y cuidada perilla le confería un aire elegante y jovial—. Solo que yo doy a esta casa una importancia que quizás ellos no comprendan nunca. Yo llevo viviendo aquí con todos esos recuerdos toda la vida. Ellos no. Detrás de toda esa seguridad, de una vida llena de logros y triunfos y esa aceptación por nuestros orígenes, existe un claro temor a los recuerdos, al dolor, incluso a las pérdidas recientes. Micaela teme terriblemente enfrentarse al recuerdo de Jonás con su hijo Dominic; Jeremías no se perdonó jamás lo que sufrió su primo Llosa en San Torbe y creo que Leo, detrás de ese silencio y esa dulzura que transmite, sigue temiendo aquella noche en la que casi pierde la vida, cuando Becker le golpeó, lo que vivió y calló, que fue mucho más de lo que sabremos. Todos ocultan mucho dolor, incluso yo. Por eso respeto su decisión y no insisto nunca. Siempre lo he comentado de una forma suave, con una invitación cordial pero sin forzar nada. Esta vez ha sido con una carta sencilla, sin presión. Deben ser ellos los que libremente y preparados deseen venir aquí, aunque reconozco que a veces me entristece no haberlo hecho antes o que llegue el día y nadie se presente. Lo sufriré, tengo que ser sincero conmigo mismo, pero no me rendiré. No lo hice siendo un niño y no lo haré ahora después de tantos años...

25

La observó dormir durante mucho tiempo mientras el suave aleteo del viento acariciaba las pequeñas ramas de los sauces que golpeaban sutilmente los cristales de las ventanas. Elvira siempre se cepillaba el pelo antes de acostarse y Alexander solía pasar los dedos por su cabello hasta que el sueño le atenazaba todo el cuerpo y caía profundamente dormida bajo aquel manto rubio de mechones lacios que se desperdigaban por las sábanas como una brillante cascada de aguas cristalinas.

Paseó por la casa sumido en sus pensamientos. Sus hijos aquella noche habían tardado en dormirse. Sara tan solo tenía siete años, pero era incapaz de conciliar el sueño si no le leía uno de sus libros. En cambio, Mateo era un niño que jamás pedía nada, un niño tímido, reflexivo y apegado al silencio que, a sus trece años, se parecía demasiado a él cuando tenía su edad. A veces, cuando el trabajo le impedía llegar a tiempo a casa, sabía por su esposa que era su hijo el que se pasaba horas sentado al lado de su hermana leyéndole un cuento o narrando alguna de aquellas historias de fantasmas que la gente de Torbe contaba a los niños. Elvira se preocupaba por él cuando se pasaba horas en silencio balanceándose en la mecedora del porche o cuando se negaba a salir a jugar con otros niños al parque, pero Alexander le quitaba importancia.

—Es un niño aún, Elvira. Es una edad complicada y yo era igual —le decía—. No debes preocuparte por él. Algún día cambiará y deseará hacer las mismas cosas que los demás chicos.

Pero en el fondo de su corazón sabía que no era así. Mateo poseía las características que a él le habían hecho crecer despegado de todo aquello que fuera normal y lógico a tan tierna edad. A veces recordaba aquel sentimiento descorazonador que le había invadido todo el cuerpo la tarde en que su hijo

se había cruzado con la hija de Antón, la pequeña Catinca, y ella, tras sonreírle de un modo amable y cariñoso, le había cogido de la mano y le había invitado a dar un paseo. Jamás olvidaría aquella furia incontrolable que se apoderó de él cuando los vio aparecer por la calle empedrada y detectó en Mateo un brillo inusual en sus ojos. ¡Aquello no podía suceder! ¿Por qué con ella? ¿Acaso Dios le estaba castigando por el doloroso abandono al que había expuesto a todos sus amigos? ¿Acaso ese era el precio que tenía que pagar por alejar a su familia, a sus hijos, de su pasado?

Pero la cólera no era fácil de aplacar. Ni siquiera en un hombre como él, que siempre mantenía esa actitud cordial y afable con todo el mundo, que se expresaba de un modo categórico y rotundo sin perder en ningún momento la dulzura que siempre le acompañaba, ni su habitual forma de dirigirse a la gente con esa voz melodiosa y serena que parecía entonar un poema, aun cuando algo le molestaba o debía reprender a sus hijos. No, en aquel momento, observando las dos pequeñas figuras que paseaban riendo y hablando sin ningún pudor o timidez, aquella niña extrovertida que era capaz de modificar la actitud de su hijo hasta el punto de transformarlo en un muchacho feliz, se había sentido morir.

Ahora estaba en mitad del salón oscuro, sentado en una de las butacas, y toda su familia dormía ajena a su tormento. Porque no podía dejar de pensar en su encuentro con Candela y en todo lo que ella debía saber y le había dicho. Su petición, su manera sagaz de recriminarle algo que no le correspondía, que no debía aceptar de cualquiera.

«No, Candela no puede saber la verdad. Yo jamás los abandoné de un modo definitivo, solo sacrifiqué mi infancia, mi amor y todo lo que poseía, que era mucho, por mi familia, por mi esposa Elvira y por los hijos que venían en camino y que deseaba que crecieran ajenos a todo mi sufrimiento y mis historias. ¿Y por qué? Porque toda nuestra infancia y nuestra juventud se limitó a eso: a sacrificar amor. Jonás lo hizo con Micaela y yo debía dejar a Antón y Eleonor vivir su vida. Porque yo deseaba una vida como ellos, pero no apegado a mi pasado ni a ese dolor.»

¿Podía haberse equivocado? No estaba seguro. Pero conocer a Elvira en uno de sus viajes sanatorios le había dado un soplo de aire fresco. El dolor por la distancia de los demás, la muerte de Cecilia y la marcha de su maestro habían destrozado sus ilusiones y esperanzas. Ella le brindaba la posibilidad de poseer una vida nueva. Su error fue no contarle jamás que, sobre aquella

montaña repleta de vetustos robles envejecidos por el tiempo, de cipreses y sauces y fuentes de piedra, él había vivido un infierno y luego un amor tan puro y tan real que jamás nadie, ni siquiera ella, podría alterar o igualar.

Pero no. Jamás los abandonó. Alexander había viajado decenas de veces en total soledad para visitar las tumbas de sus amigos, para llorar sus restos inclinado sobre las frías losas de piedra mientras evocaba el pasado y les recitaba poemas que no escuchaba nadie. Él había observado crecer a Catinca de un modo indirecto, alejado discretamente, pero feliz por ella, por todos ellos. Había dejado cientos de poemas sobre sus lápidas y sabía que Alba, o tal vez el hijo de Jonás o de Richard habían cogido aquellas hojas manuscritas con la tinta de una pluma melancólica y las guardaban recelosos porque sabían que eran de él. ¡Ellos sabían que eran suyas!

«Pero jamás se lo dirán a Antón porque eso sería darle esperanzas. Y ahora es demasiado tarde. Jamás me perdonaría hacer sufrir a mi esposa o que mis hijos crezcan en contacto con el suelo que enterró todas mis esperanzas, todas mis alegrías y todo ese amor tan real e innegable. ¡Ese dulce y perverso amor!»

—Nunca dejé de amaros —murmuró entre sollozos—. Y tú siempre lo has sabido. Lo supiste el día que me viste abrazando la tumba de tu esposa Eleonor, lo supiste esa noche en la que borracho y aturdido por el desconsuelo te supliqué entre lágrimas y desgarradoras plegarias que me dejaras marchar. ¡Qué me liberaras de ti!

¿Acaso no podía comprenderlo?

«Y caí de rodillas ante ti, con la sangre repleta de alcohol, balbuceando palabras que ni yo mismo recuerdo, oraciones, súplicas y antiguos poemas que siempre te leía cuando no eras más que un niño asustado, aterrado por todo y que solo dormía cuando te aferrabas a mis brazos. Te supliqué una y otra vez esa distancia, ese velo o ese muro que yo había construido por puro amor, solo por puro amor...Y me miraste con tus ojos cargados de padecimiento, me observaste llorar aferrado a su tumba y luego te fuiste sin un reproche, sin reconvención o queja alguna...Te fuiste...»

Tercera parte

Ven a mí, perverso amor

26

Evan escuchaba atentamente lo que Micaela le contaba. Estaba como de costumbre sentado en la butaca del rincón, vestido de negro, con sus botas lustrosas balanceándose, con las piernas cruzadas, la mano apoyada en la barbilla y una expresión de curiosidad en el rostro. Ella estaba peinándose su larga cabellera pelirroja con un bonito cepillo de plata. Llevaba puesto un pantalón negro terriblemente ajustado a sus caderas, una camisa blanca bajo un corsé de cuero elegante, que hacía que sus pechos resaltaran aún más, aunque ese detalle era algo que le agradaba porque se sentía joven y hermosa, como tiempo atrás.

Hablar con Evan era sentir que la escuchaban y comprendían aunque solo fueran locuras lo que saliera de su boca. Era mucho más perseverante que Rita; con ella tenía que tener una paciencia de santa cuando algo no le gustaba o le resultaba ridículo o impropio de ella. Debía medir sus palabras y la información que le daba, aunque la quería con toda su alma y era quizá la mejor amiga que tenía. Pero Evan eran diferente, era tenaz y reflexivo ante sus peroratas repentinas. La sensación que a veces tenía Micaela era que en Evan, detrás de esa dureza y frialdad que usaba con los clientes, existía un hombre comprensivo que medía las posibilidades, que pensaba, que valoraba los pros y los contras quizás a una velocidad mayor que el resto de los mortales o simplemente su razonamiento era más comedido, más intuitivo también y ponderable.

Se levantó repentinamente sin decir nada después de escuchar todo lo que Micaela había experimentado con el hijo de Jonás y, tomando uno de sus zapatos de tacón, se inclinó frente a ella y se lo colocó correctamente.

—El gran dominante de la mansión Bernal, calzando a Micaela antes de su visita a las galerías —dijo burlescamente mientras lo observaba sonreír

discretamente.

Él tomó su otra pierna y la elevó con elegancia mientras acariciaba su tobillo y el empeine y le calzaba el otro zapato con sumo cuidado.

—Confundes mi amor por ti y mi leve fetichismo por ciertas cosas, con mi condición, mi reina. Incluso puedo llegar a ser bastante ambiguo cuando me propongo algo. Por eso disfruto terriblemente de esas dóminas que vienen aquí para experimentar la sumisión como una especie de penitencia que les enseñe el camino a lo correcto —respondió mientras se incorporaba y le daba un beso en la mejilla.

Micaela puso un gesto cómico y se situó frente al espejo mientras observaba el reflejo de Evan detrás de ella.

—Confundes mis burlas con la realidad clara de que te conozco mejor que nadie, mi querido Evan —le espetó—. Por eso te quiero, mi pretoriano.

Evan soltó una risa cautivadora y negó con la cabeza, como si la avisara, de un modo juguetón y provocador, que por ahí era mejor no ir.

—Hablando de pretorianos, tu pequeño Abel, por el cual aún no has preguntado, está en ese punto álgido y delicioso del que espera... Ha preguntado por ti varias veces, aunque sabe que la instrucción mantiene un orden. No lo puede remediar, desea que su excelencia se digne a bajar al sótano y se apiade de su alma...

Micaela se volvió hacia él mientras se colocaba aquel terrible corsé y observó por el rabillo del ojo que Evan clavaba la mirada en sus pechos y sonreía maliciosamente mientras se movía discretamente.

—¿Qué demonios os pasa a los hombres a una determinada edad con las mujeres como yo? ¡Santo cielo! Estoy fuera de circulación, como diría Rita.

—Las mujeres como tú no existen, Micaela —respondió él perversamente—. Sé tu edad porque sueles repetírmelo muy a menudo, pero tu piel, tus piernas, incluso tu cuello, esa zona tan delicada a una determinada edad, me hablan de una juventud que tu mente no posee. Es como si te hubieras quedado congelada en el tiempo. —Suspiró—. Pero si quieres una opinión real para llegar a entender la devoción de Abel Dumont por ti, puedo hacerte una revelación interesante.

Ella sonrió.

—Posees la experiencia de una anciana y el cuerpo de una mujer joven. Todo un privilegio para ese muchacho.

—Eres un maldito zalamero —replicó—. Un poeta del infierno.

Ante aquello, Evan comenzó a reír. Ella se incorporó bruscamente y se aproximó a él como si fuera la bruja de un cuento y aquel manto de pelo vaporoso flotara ingrávito y etéreo acompañando sus pisadas. Él sonrió de una manera algo desconcertante e intimidatoria.

—Borra de tu mente esa fantasía perversa de someterme, Evan —gruñó—. Porque si en algún momento cediera a tus perversiones y permitiera que tu elocuencia me convenciera de algo, posiblemente seas tú el que acabe postrado de rodillas ante mí.

Evan hizo ademán de acercarse más a ella, pero inclinó la cabeza en señal de respeto y sonrió nuevamente con picardía.

—Cuando sea así, avísame con tiempo. Me prepararé para la guerra como un buen soldado, querida...

Micaela sintió un escalofrío por todo el cuerpo. No podía negar que aquel hombre encendía sus más bajas pasiones y él se daba cuenta sin lugar a dudas.

—Ya —dijo lacónicamente—. Bien, querido... Bajemos al infierno. Vengo con renovadas energías. Si aún te quedan ganas de discutir conmigo tus posibilidades ínfimas de ganar esa batalla, lo haremos después de la cena, acompañados de un buen vino.

—Será estupendo... —murmuró. Luego se puso serio y la miró fijamente—. No creo que sea necesario recordarte que no te dejaré sola en esa habitación si decides soltar al cachorro suicida.

Salieron de la habitación y descendieron las escaleras hasta llegar al *hall* mientras Evan la ponía al día de lo acontecido durante su ausencia.

—Lleva todo el día anclado a las argollas del techo por deslenguado —explicó—. Anna lo ha azotado durante más de media hora. Le gusta demasiado el dolor, es increíble como sus ojos cambian cuando se siente extenuado por los castigos, es una mezcla de rabia y deseo que hacía mucho tiempo que no veía en Bernal. Si llega a ser una mujer y no él, yo personalmente me hubiera vuelto loco por quedarme con ella.

Micaela abrió la puerta de madera que daba a las galerías y comenzó a bajar los peldaños de piedra.

—Quiero entrar sola, Evan —dijo—. Puedes verlo por la cámara de la habitación central; estás solo a dos puertas de mí... Respeta mi decisión.

Evan aceptó a regañadientes la orden y se deslizó por el entramado de pasillos hasta desaparecer. Cuando se aseguró de que había llegado a la sala

de cámaras, abrió la pesada puerta con un rechinar de bisagras y la recibió la tenue iluminación de las velas. Se quedó observando la imagen entre luces y sombras de Abel con los brazos elevados hacia el techo y la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Y ella llegó a mi... como una sombra errante en mitad de mi oscuridad... —susurró sin mirarla si quiera, como si la hubiera percibido.

Se aproximó a él y, apoyando los dedos en su barbilla, levantó su cabeza y lo miró a los ojos. Abel estaba exhausto y sonrió como un borracho.

—Voy a soltarte y, por tu bien, te mantendrás en tu posición hasta que decida qué hacer contigo —le advirtió. Su mirada era fría—. ¿Me comprendes?

—Liberas al reo y te expones a su ira. Puedes recibir pleitesía o, por el contrario, una dulce venganza por todo el tormento que me has dado en manos ajenas. Estoy ansioso, Madame.

Observó su cuerpo juvenil brillante y suave por los aceites reparadores que los instructores le habían aplicado. Estaba totalmente desnudo, pero llegado a ese punto, parecía que ya ni le molestaba; no existía el mínimo pudor en él, estaba demasiado agotado para fingir que le importaba algo. Dudó unos instantes y soltó la primera argolla. Al momento, Abel aferró su cuello violentamente.

—Dumont... Te exijo que me sueltes y te mantengas en tu posición —le susurró a dos centímetros de su boca con dureza.

—¿Por qué debería obedecer, Madame?

Ella apoyó la mano izquierda sobre su mejilla; la suave piel imberbe de Abel era como la de un adolescente. Sus ojos eran el reflejo de la desesperación y la pasión. La rabia, la contención, el deseo y ese dolor... Todo en él era fuego. Notó la duda y el desconcierto cuando sus dedos tocaron con ternura su piel dolorida. Seguía asiendo con firmeza su delicado cuello, pero su expresión colérica pasó a reflejar confusión y sorpresa. Micaela le acarició.

—Porque es lo que deseas —dijo—. Y porque yo no estoy aquí para torturarte o humillarte. Solo quiero enseñarte... a respetarme...

Lo vio titubear unos segundos mientras sus ojos se movían rabiosamente de un lado a otro y tiraba de su cuello atrayéndola más a él.

—Vuelve a tu posición, Abel Dumont —repitió—. Y escoge por ti mismo si deseas una instrucción sin límites o permanecer en la celda de castigo sin

mí.

Notó como él aflojaba la presión de su mano y vio que se erguía recuperando la compostura. Aún tenía la mano apoyada en su mejilla y, al sentir que se apartaba, liberó su otro brazo al tiempo que su cuerpo caía casi inerte de rodillas y ella se agachaba a su lado sujetando su cara con ambas manos.

—Me siento morir...

—Abel, mírame —le ordenó.

Él parecía flotar entre sus largos dedos. Se apoyaba con las palmas sobre el suelo y su hermoso pecho subía y bajaba a una velocidad vertiginosa. Micaela tiró de su rostro y su larga melena roja le rozó los hombros desnudos y los fuertes brazos que se mantenían en tensión.

—¿Sigues con la idea de vengarte de mí?

Abel la miró con los ojos levemente cerrados y asintió lentamente como si temiera algo.

—Al menos no mientes —respondió ella—. Y eso te honra. Mantén tu posición y apoya las manos sobre las rodillas, Dumont. Voy a incorporarme y no quiero ver en ti un solo movimiento que me sorprenda. Te aseguro que si intentas lo más mínimo te arrancaré la piel a tiras a latigazos.

Abel apretó las mandíbulas con rabia y, cuando ella se alzó y dio varios pasos atrás para observarlo mejor, él se situó correctamente y bajó la mirada.

—Dime qué sientes. Qué te ha pasado por la cabeza en mi ausencia.

Titubeó.

—Siento miedo, Madame.

Observó discretamente cada curva de su cuerpo y luego volvió a bajar la mirada con cierta vergüenza y abandono.

—Sigue...

—Miedo de lo que siento, de ese dolor... Porque me gusta y ni siquiera lo sabía.

—¿Te gusta que te azoten? ¿Te excita y temes no volver a controlar esa parte de tu vida que era un juego de control fingido?

Abel puso un gesto de sorpresa para luego asentir con la misma lentitud y sumisión. Micaela lo estudiaba con frialdad a cierta distancia mientras se apoyaba en el canto de una especie de potro forrado en cuero. Tuvo la extraña sensación de que Abel ahogaba un lamento cuando tragó saliva con dificultad y sintió su dolor como si fuera de ella. Su espalda estaba repleta de pequeñas

y delicadas marcas sonrosadas, algunas algo más intensas y otras meros golpecitos sin ninguna otra intención que la de mantenerlo en alerta.

—¿Cuánto llevas encerrado aquí?

—Seis horas, Madame, o quizá más... He perdido la cuenta y el sentido del tiempo.

—Incorpórate. Quiero verte.

Eso le asustó. Mudó el rostro, abrió ligeramente la boca y dudó unos instantes antes de ponerse en pie. Sus mejillas bullían y se tornaban rojas. Apenas había luz, pero eso no impedía ver el rubor que sentía mientras Micaela le examinaba de arriba abajo sin ningún tipo de pudor. Avanzó hacia él con elegancia, dudando continuamente si no acabaría volviéndose loco y saltaría sobre ella como un león hambriento. Se situó detrás de él y pasó los dedos por su espalda. Sintió cómo se erizaba, cómo ladeaba la cabeza con la intención de ver lo que hacía, pero ella le golpeó bruscamente con la palma de la mano en una nalga y él dio un brinco y miró al frente.

«¿No es tan fiero el león como lo pintan?»

Nada más lejos de la realidad. Solo que ella jugaba con su debilidad; su pasión por lo que representaba para él.

Volvió a colocarse frente a Abel y examinó su vientre plano y su sexo, que parecía despertar. Él comenzó a tensar las mandíbulas, con la pretensión de saltar para defenderse de la humillación de aquel momento, pero ella fue más rápida.

—No lo hagas —le susurró aproximándose a su mejilla. Acarició su hombro con suaves movimientos y luego lo besó en los labios brevemente—. Mantén tu posición, Abel. Solo observo lo que es mío y debes aceptarlo. No pretendo hacerte sentir mal.

—Madame... —Su voz sonaba desgarradora e implorante. Estaba a punto de romperse en dos y había cedido al agotamiento extenuado.

—¿Qué sucede?

Clavó sus intensos ojos negros en ella y suspiró profundamente como si le faltara el aire. Micaela ya no veía a Jonás en él. Estaba asustado y derrotado.

—¿Qué va a hacer conmigo ahora que ha vuelto?

—Cuidar de ti y enseñarte. Siempre que esa boca deslenguada que me dicen que tienes no cometa un error y me obligue a dejarte aquí en manos de Evan o cualquiera de los instructores de Bernal. Todo depende de ti.

—¿Cuidar de mí? —preguntó con cierto aire infantil.

—Sí, cuidar de ti, Abel. Me perteneces y pretendo ser yo quien te enseñe. De momento no has saltado con la intención de estrangularme, aunque lo dudé al principio. Si somos capaces de controlar esa ira contenida, que puede llegar a ser realmente deliciosa, me servirás las veinticuatro horas del día y saldrás de aquí para venirme conmigo.

Abel parpadeó confundido.

—Irme con usted... De día y de noche...

Micaela alzó la mano hacia la cámara anclada en un rincón del techo y se acercó a la puerta con la intención de irse.

—No se vaya... Haré... Haré lo que sea necesario, pero no me deje aquí... Se lo suplico, Madame.

La puerta se abrió y Evan entró con seguridad al tiempo que Abel mudaba el gesto y se ponía en alerta.

—Que se dé un baño y descanse unas horas. Luego que lo suban a mi habitación.

Evan sonrió y asintió tirando del brazo de Abel hacia el exterior. Mientras subía las escaleras, oyó a Evan hablando con varias de las chicas y se inclinó con la intención de observar a Abel plantado en mitad del pasillo con la expresión de un niño asustado pero ansioso.

—Madame... —Le oyó decir.

Evan le dio un empujón para que caminara y ella lo miró antes de cerrar la puerta tras de sí.

—No se arrepentirá. Se lo juro —dijo Abel.

Le sonrió y cerró la puerta. Avanzó varios pasos por delante de las chicas que se cruzaban en el *hall* y salió al jardín para respirar aire puro y meditar sobre todo lo que había sucedido en el sótano y cómo debía dirigir aquella situación con Dumont. Observó su propio reflejo en la cristalera del porche y la suave brisa le golpeó la cara invitándola a aspirar todo el aroma de las flores y los olores que se cernían sobre ella. Lo vio detrás de ella a través de aquel reflejo y sonrió.

—Siempre seguiré viéndote, ¿verdad, Jonás?

La imagen se inclinó con cierta dulzura y le regaló una mirada pícaro y sutilmente intencionada, pero al instante se desvaneció dejándola sola. Se dio la vuelta y contempló los jardines y las rocallas diseminadas por todo el perímetro.

«Dijiste mi nombre con tu último aliento y yo sigo creyendo ver tu imagen

cada vez que contemplo mi reflejo, pero ahora sé por qué. Ahora y solo ahora sé que es lo que deseas de mí...»

27

Faltaba tan solo una semana para el día del aniversario y Antón sentía que la casa se le caía encima. Necesitaba salir de allí unos días al menos. Petro Argas y el joven Darío Cross llegarían en dos o tres días, así que tampoco tenía mucho tiempo. Organizó un viaje relámpago a Madrid con Catinca, para así visitar a Roberto y Carlo, los hijos de sus amigos, e invitarles cordialmente a conocer la finca Quimera cuando dejaran solucionados todos esos asuntos que, ahora, dada la situación, les ataban al trabajo demasiado tiempo.

Lo cierto es que él se daba cuenta de que tenerlos el día de la celebración no sería prudente. No confiaba en que Alba, la madre de Roberto, fuera ese día a Quimera, pero no podía correr el riesgo de que madre e hijo se encontraran y ellos todavía no debían saber nada. No de momento. Era demasiado pronto y lo mejor que podía hacer, sin duda alguna, era hacerles aquella invitación, que Catinca los conociera mejor, como tiempo atrás había hecho con los Malbaseda, y que en unos meses, esos chicos visitaran la mansión.

Siempre que hacían algún viaje de esas características, Catinca se ponía eufórica. Del mismo modo que Candela ansiaba, ahora que sabía de todos ellos, conocerlos en persona, su hija, que sabía de sus planes desde el principio, se excitaba terriblemente cuando se producía algún acercamiento entre aquel particular clan.

Ver sus rostros, conocer los que con total seguridad formarían parte de su vida la llenaba de ilusión, de intriga. Ella era una pequeña mujer algo descarada que empezaba a sentir esa atracción por los jóvenes mayores que recibía la casa sin olvidar la pasión desgarradora que albergaba por Dominic, algo que no le hacía ajena a los demás muchachos. Antón sabía que para su

hija, que había vivido prácticamente aislada del mundo, que la casa se llenara de vida era todo un regalo. Chicos con un fuerte temperamento, hijos o familia de los amigos de su padre que estarían siempre presentes en su vida y a los cuales provocar con su dulzura. Aunque él siempre le recordaba de un modo elocuente y suspicaz que jugaba con la libertad que le daba su corta edad, pero que no debía olvidarse que cumpliría la mayoría de edad en algún momento y en ese instante estaría expuesta a lo que su corazón y su razón permitieran...

Durante el viaje en avión, Catinca recordó lo que Dominic solía decirle aquellas noches en las que, con aquella excusa estúpida de leerle algo o hacerle compañía, se metía en su cama.

—Cati, no todos te respetarán como yo. Debes ser consciente de que te estás convirtiendo en una mujer y que si provocas o juegas con ellos puedes meterte en un lío.

«¡Ah, mi perverso, perverso amor!»

Dominic siempre la consideraría como una hermana a la que proteger del mundo. Eso la llenaba de rabia, aunque luego él la abrazaba mientras se acurrucaba entre sus inmensos y masculinos brazos y todo el dolor por el rechazo se desvanecía como polvo de hadas.

¿Podía quizá conformarse con ese amor y el leve roce de su precioso cuerpo de hombre?

Tenía catorce años, pero era una joven inteligente que había crecido en un mundo que era desconocido para el resto de los mortales. Sentía profusa devoción por los hombres mayores que ella y cuando veía a Dominic entrar en casa, cuando veía su colosal presencia avanzar por el *hall* ocupándolo todo y haciendo que la misma atmósfera cambiara de densidad en su joven mente, creía morir de felicidad, esperando que llegara la noche y él la abrazara sin más.

¿Cuántas veces lo había observado dormir mientras ella permanecía despierta apoyada sobre su codo en la almohada en aquella deliciosa penumbra? Había perdido la cuenta. ¿Cuántas veces se había imaginado un posible encuentro íntimo con él? Había fantaseado infinidad de veces con esa primera vez. Dominic era un hombre impulsivo, su padre siempre se lo había advertido. Además, a veces ella se escabullía de la habitación y se quedaba escuchando, agazapada entre las cortinas de damasco cercanas al salón central, las conversaciones que Dominic mantenía con su padre y la forma

angustiosa y desesperada que tenía de decirle que no podía controlar aquellos impulsos, que no podía intentar siquiera compadecerse de una mujer cuando caía en sus brazos y se transformaba en una simple presa para él.

—No creo en ese amor porque cuando fui muy joven me destrozó el corazón, Antón —le decía—. Solo poseo una necesidad que está por encima de todos esos principios que vosotros ensalzáis y pretendéis que sigamos como una doctrina. Me enamoré siendo un niño y me rompieron en dos. No quiero volver a sentir ese dolor; debo adelantarme a él.

Todos los desastres que acontecieron en su infancia y el daño irreparable de un amor juvenil no correspondido habían forjado un carácter duro, reservado y rencoroso en él. Ella lo sabía y entendía sus sentimientos, pero luego Dominic dejaba ver esa leve compasión que albergaba en lo más profundo de su alma cuando la veía delante de la puerta con su cuento bajo el brazo y su camisón de algodón hasta los tobillos y comprendía que detrás de toda esa presencia despiadada y dura existía un hombre capaz de darlo todo. Capaz de abrazarla cuando no era más que una niña de diez años aterrada por las pesadillas y las tormentas mientras le susurraba al oído con una suave voz timbrada y dulce que no debía temer la noche porque él cuidaría de ella siempre.

Suspiró con aquellas imágenes y cerró los ojos mientras el avión planeaba hacia su destino. Su padre dormía a su lado y ella seguía demasiado abducida por los recuerdos y la pronta visita de su amor idílico.

Sí. Era solo una jovencita que se precipitaba a gran velocidad a convertirse en una mujer como las que Dominic deseaba y usaba a su manera. Y no podía remediar tener aquellos sueños eróticos y esos deseos lúbricos imaginando la posibilidad de que algún día cediera de algún modo a sus encantos. ¡Ah, qué sensación más excitante, cuando él salía del aseo con aquella toallita diminuta anclada a sus caderas! Se rio para sus adentros con la mano en la boca y recordó la noche en la que, de un modo inconsciente, Dominic se había aferrado a su cintura mientras la rodeaba por detrás y pagaba su cálido pecho a su espalda.

«¡Terrible deseo!»

El corazón le había martilleado de un modo violento e incontrolable. Temía moverse, temía incluso respirar y despertarle, que se diera cuenta de que la estaba abrazando, abriera aquellos terribles ojos de lobo solitario y rodara hacia el otro lado de la cama como solía hacer cuando ella jugueteaba

con su pecho o incluso su vientre.

—Cati... —siempre le decía—. Deja de hacer el tonto o te colgaré de la claraboya del techo más alto. No juegues así...

¡Pero ella no podía remediarlo!

Su flamante pecho, aquella inmensa espalda morena y llena de músculos eran su perdición y su obsesión. Dominic era como un guerrero antiguo de mirada dura, violenta, que solía ladear la cabeza hacia un lado cuando tramaba algo indecoroso y luego sonreía de un modo tan enfermizo que solo pensar en todo lo que era capaz de hacer con una mujer la trastornaba y enloquecía.

—Que te duermas, Cati...

—Si me abrazas.

—Me atormentas, niña —le recriminaba.

Ella no podía sino reír.

Se quedó profundamente dormida en mitad de aquellos pensamientos, de ese amor y esos sueños y, cuando despertó, el avión estaba aterrizando en Madrid.

Después de un viaje meteórico por una ciudad demasiado estresante hasta para ella, estaban delante de las puertas del edificio de oficinas de Carlo Armani y su padre la aferraba de la mano como si temiera perderla por los pasillos enmoquetados. Lo vio a través de los cristales y las cortinas venecianas color perla, totalmente concentrado en una pila de papeles y el bolígrafo colgando de los labios. Él alzó la mirada y, durante unos instantes, pareció confuso, intentando ubicarlos. Catinca se rio de aquel joven expresivo de mirada pícara y ojos azules que parecía no identificar aquellas dos presencias que se alzaban ante él.

—¿Antón?

Carlo dirigió una mirada rápida a la jovencita que avanzaba con decisión hacia su mesa con una sonrisa que lo dejó ligeramente descolocado.

—Hola, Carlo. Yo soy Catinca. Catinca Andrade.

Si Carlo estaba bloqueado por aquella visita repentina, cuando ella se inclinó sobre la mesa y le besó la mejilla, acabó de alucinar.

—Carlo —murmuró Antón—. Un placer verte en unas circunstancias menos trágicas.

El chico se levantó todavía conmocionado por la naturalidad y cercanía de Catinca y le dio la mano con firmeza.

—Vaya, que alegría verte. No me esperaba esta visita.

—Es una visita de última hora y espero que no interrumpamos tu trabajo y tus planes. Estaremos poco tiempo, mi llamada fue tardía. Solo quería charlar en persona contigo y, por supuesto, ser yo quien te invite a Quimera, aunque sé por Petro Argas que Roberto y tú ya habéis aceptado la invitación y me llena de alegría que sea así.

Carlo sonrió y miró de reojo a Catinca, que jugueteaba con un papel de su mesa. Aquella chica no se estaba quieta y él odiaba que tocaran sus cosas.

—Tranquilo, no me interrumpís, Antón. Creo que Roberto está a punto de llegar. Por favor, sentaos. Tengo un poco revuelta la mesa, pero si me dais un momento, organizaré esto un poco.

Sintió que Catinca le tiraba de la manga y cuando se volvió para mirarla ella le sonrió maliciosamente.

—Eres muy guapo —le espeto—. ¿Así que también vendrás a Quimera?

Antón soltó una carcajada al ver el gesto de susto de Carlo.

—Disculpa a mi hija. Ella es así de natural. Te acostumbrarás. No te preocupes por el desorden, supongo que estáis en un momento de apogeo con tanto cambio.

Se acomodó en una de las butacas del fondo y Carlo le ofreció una copa que aceptó de buena gana mientras su hija lo seguía por todo el despacho.

—Niña... ¿Y tú qué edad tienes?

—Catorce años —respondió con gesto digno—. Pero tengo un coeficiente intelectual por encima de la media y voy casi dos cursos por delante de los chicos de mi edad, así que podría decirse que tengo dieciséis.

—Qué rica la niña —murmuró con sorna.

Roberto no tardó en aparecer por el despacho con su aire elegante y su traje gris de ejecutivo. Al ver a Antón se acercó para saludarlo y luego le dio un beso en la mejilla a Catinca.

—Has crecido mucho desde la última vez que te vi, Cati —le dijo—. Ya eres toda una mujercita.

Ella sonrió.

Carlo soltó una risita socarrona al fondo y ella lo miró desafiante.

—Roberto —intervino Antón—, comentaba con Carlo que me ha parecido buena idea pasar a veros en persona y agradeceros que aceptéis mi invitación

a Quimera. Será un honor para nosotros que vengáis a casa. Conoceréis gente interesante allí de cara a nuevos negocios y podréis disfrutar de todo lo que os brinde ese lugar.

Todos se acomodaron en los sofás: Roberto en una de las butacas más próximas a Antón, y Carlo en el sofá de tres plazas junto a Catinca.

—Será estupendo —repuso Roberto—. Estaremos encantados de pasar unos días allí. Argas nos ha hablado maravillas de ese lugar. Creo que nuestro abogado, Dominic Romano, pasa temporadas en tu casa. Cuando vayamos lo conoceremos mejor.

—Sin duda, hijo. Allí os estaremos esperando.

Roberto y Antón se enzarzaron en una conversación, mientras Catinca se dedicaba a observar atentamente al hijo de Richard Carlo; que estaba ligeramente erguido, con un brazo recostado en el reposabrazos y el otro sobre su pierna, donde descansaba un vaso de cristal cuyo líquido se iba agitando al ritmo del movimiento de sus manos.

—Así que catorce años... Quién lo diría.

—Para ti dieciséis, si no te importa —dijo y al momento dibujó una especie de sonrisa falsa y elevó su cabeza con orgullo.

—Vaya con la niña... No me quiero imaginar si ya tienes ese temperamento con esa edad, lo que me puedo encontrar en Quimera.

—Pues tendrás que ir para saberlo —respondió con tirantez.

Carlo sacudió la cabeza y se inclinó hacia ella.

—Necesitas disciplina, por lo que veo —murmuró mirando de reojo a su padre con un gesto malicioso.

Catinca soltó una suave risa y se atusó la melena.

—Eso no se le dice a una jovencita —afirmó ella burlándose de él—. Es un delito penado.

—Ya...ya... Creo que has entendido lo de disciplina por el lado que no era. Vaya con la niña. Y parecía tonta...

—Lo he entendido perfectamente. Además, yo no necesito ningún tipo de disciplina porque, como bien dice mi padre, lo mejor es ser una mujer libre en Quimera.

Aquellas palabras dejaron fuera de juego a Carlo. ¿Qué tipo de niña de catorce años hablaba así? Miró de soslayo hacia su derecha e intentó ordenar todas las barbaridades que se le pasaban por la cabeza en esos precisos instantes, carraspeó discretamente y volvió a examinar a la joven Catinca,

que había sacado un chicle y comenzaba a mascar la goma con cierto aire insolente.

—Disculpadme, tengo que atender una llamada pendiente —dijo al momento Antón incorporándose—. Me ausentaré solo un momento.

—Por supuesto.

Carlo se incorporó y lo acompañó hasta la puerta. Tras hacerle un gesto a su secretaria para que atendiera a Antón, volvió al despacho apresuradamente.

—Así que ya tienes catorce años y...

—Espera Roberto —le interrumpió Carlo, mientras se acomodaba de nuevo en el sofá. Roberto lo miró con curiosidad al ver cómo se inclinaba hacia Catínca—. ¿Qué significa eso que has dicho de que tu padre dice que lo mejor es ser una mujer libre en Quimera?

Roberto giró la cabeza hacia Catínca como si fuera una marioneta y alzó las cejas en señal de sorpresa.

—Pues eso. Los amigos de mi padre que vienen a Quimera tienen bonitos clubes donde se hacen juegos... de entrega. Ya me entendéis. Yo siempre seré libre, porque muchas no lo son... No solo se habla de negocios.

Roberto hizo un esfuerzo por no soltar una exclamación ante lo que acababa de escuchar e intentó disimular resiguiendo con el dedo los dibujos de la piel de su butaca.

—Oh... Interesante —Carlo miró a Roberto y levantó las cejas—. Muy interesante...

—No te emociones, Carlo —le contuvo Roberto con humor.

—Los niños y los borrachos nunca mienten —respondió.

—No soy una niña. He dicho que tengo catorce años. Casi quince, por cierto.

Hizo una pompa de chicle y la estalló. Carlo escudriñaba su rostro como si fuera un depredador intentando entender a aquella preciosa chica tan adulta que parecía ser la mujer más segura de la faz de la Tierra.

—Me encanta esta niña...

—Y supongo que cuando todos estéis allí, mi padre hará alguna bonita fiesta de bienvenida, con nuestros amigos italianos. Le gusta mucho reunirse con todos sus amigos. Él siempre dice que lo que pasa en Quimera se queda en Quimera.

Los miró de reojo y sintió unas terribles ganas de reír. Al instante Antón

volvió a entrar en el despacho, pero ninguno de ellos pareció notarlo, pues se habían quedado flotando en sus propias meditaciones.

—Bueno —murmuró Antón—. No os entretenemos más. Tenemos algún que otro recado que hacer y debemos regresar pronto. Ambos hombres lo miraron y sonrieron amablemente mientras se levantaban y se daban la mano en señal de despedida.

—¿Nos veremos pronto?

—Por supuesto —respondió Roberto.

Carlo asintió muy despacio mientras observaba a Catinca caminar como una diva en dirección a la puerta.

Mientras avanzaban por el pasillo, Antón comprobó que los dos jóvenes se habían vuelto a sentar en las butacas y hablaban entre ellos. Pulsó el botón del ascensor y, cuando las puertas se cerraron tras ellos, ladeó la cabeza hacia su hija y murmuró:

— ¿Han picado, querida mía?

Catinca lo miró y sonrió mezquinamente.

—Hasta el anzuelo, papá.

28

Estaba escuchando los suaves acordes del Réquiem de Mozart cuando el sonido de un motor de coche lo despertó de su ensoñación musical y le hizo incorporarse en el sillón de su despacho. A través del espacio entreabierto de la puerta observó la figura de Candela, ataviada con un vestido de flores azul y el pelo recogido en su eterno moño, dirigirse hacia la puerta de entrada con la intención de recibir a los primeros invitados. Antón pensó fugazmente que quizá serían los únicos, o los pocos, que al final accederían a su invitación, pero al recordar la broma que él y Catinca les habían gastado a los jóvenes Carlo y Roberto el día anterior, no pudo evitar sonreír y eso hizo que se sintiera un poco más animado. Se puso en pie y salió al *hall* tras apagar el tocadiscos, calzarse y alisarse la camisa.

Se sintió conmovido por la ansiedad de Candela delante de la puerta. Divisó una sutil sonrisa de impaciencia; estaba nerviosa y se frotaba las manos mientras observaba el Mercedes bordeando la fuente y aparcando junto a la escalera de piedra. Se recolocó las horquillas del pelo y lo miró de reojo cuando Antón se situó a su lado en lo alto de la escalera.

—Es como si hubieras estado ahí con nosotros, ¿verdad, Candela?

Aquellas palabras le atravesaron el corazón y ella se emocionó hasta el punto de tener que sacar un pañuelo para enjugarse los ojos.

—Señor... No se hace una idea de lo que significa para mí verlos. Hace unas semanas, el señor Argas era un total desconocido, un amigo suyo, pero ahora... ¡He compartido tanto ese dolor!

Antón sonrió con ternura mientras observaba a Argas bajando del coche seguido de un muchacho de pelo rizado y ojos indiscutiblemente dulces y amables.

—Tú tampoco temerás ese dolor porque te hace fuerte —le dijo recitando

aquellas palabras tan familiares ya.

Ella lo miró casi con devoción y respiró profundamente.

—Por supuesto, señor Andrade. No lo temeré porque tampoco puede apoderarse de mí.

Antón se estremeció casi al mismo tiempo que Argas lo atraía hacia él y lo estrechaba entre sus brazos. Candela dio gracias a Dios cuando aquel hombre impidió que Antón rompiera a llorar en aquel momento mágico y trascendental; no quería imaginarse la cara de susto que hubieran puesto si los hubiesen visto llorando a ambos como dos magdalenas en lo alto de la escalera.

—¡Ah, poeta! ¡Qué ganas tenía de verte!

—Viejo amigo. Veo que vienes muy bien acompañado.

Observó al joven Darío. Una belleza juvenil de ojos aturquesados y pelo revuelto y rizado. Argas se había quedado corto al describir al muchacho. Era realmente hermoso y tenía una expresión dulce y risueña. Incluso tímida.

—Bienvenido a Quimera, jovencito. Me han hablado mucho de ti y estoy encantado de que hayas venido. Soy Antón Andrade.

El muchacho se aproximó a él y le dio la mano con firmeza, pero Antón tiró de él y lo estrechó entre sus brazos, gesto que el chico no se esperaba pero que pareció enternecerlo y sorprenderlo de igual modo.

—Gracias señor, el gusto es mío. Tiene una casa preciosa.

—Muchacho, tutéame por favor. Me haces sentir más viejo —imploró. Se giró hacia Candela y sonrió—. Cosa que no he logrado con mi fiel Candela. Lleva años cuidando de esta casa y sigue hablándome como si fuera un marqués. Candela, ya conocías a Argas, y este chico tan encantador es Darío Cross.

—Un placer —repuso el chico.

—Lo mismo digo.

—Argas —dijo entonces Antón—. Creo que Candela ahora te ve con otros ojos menos desconocidos. Ha pasado días y noches escuchando la historia de Torbe y tengo que decirte que ha reído, ha llorado y, si no me decido yo a escribir ese libro, comprará la patente de Quimera —bromeó.

—¡Oh señor! —exclamó sobrecogida—. Lo siento. Es que no puedo con tanta emoción.

Argas la miró como si acabara de descubrir en ella todos los sentimientos ocultos y rodeó sus hombros con el brazo mientras entraban en la casa y el

chofer volvía al coche y se alejaba por el camino hacia el exterior.

—Ah, Candela, Candela... ¿Así que ya eres parte de San Torbe? ¿Para lo bueno y lo menos agradable? Sin duda, nuestras peripecias y excesos fueron dignas de una película para la gran pantalla, ¿verdad, querida?

—Sin duda, señor Argas. Ha sido toda una revelación conocer su historia y me tiemblan las piernas cada vez que lo recuerdo. No se hace una idea de las vueltas que he dado en la cama recordando ciertos momentos —afirmó compungida—. Ese médico y luego su maestro.

Argas asintió mientras el servicio subía las maletas que el chofer había dejado en la entrada antes de irse. El joven Darío contemplaba embelesado la decoración: las lámparas de araña, los bonitos cuadros y tapices anclados en las paredes, y aquel salón renacentista y elegante.

—¿Te gusta la casa, Darío? —le preguntó Antón mientras se acercaba a un pequeño mueble que albergaba varias botellas de licor.

—Es impresionante. Yo también conozco la historia de esta casa y es increíble lo que has hecho con ella. Es muy hermosa, Antón.

—¡Pues claro que sí! —aseguró Argas acomodándose en uno de los sofás—. Ahora no es que haga muy buen tiempo, pero la piscina de atrás es toda una experiencia mística en verano.

—Si tú nadas como un pato, Argas —bromeó Antón.

Darío soltó una melodiosa carcajada, se sentó junto a Argas y se recostó en su costado de un modo cariñoso.

—¿Te has fijado en que hijo adoptivo más meloso tengo? No se me despega ni un minuto. Es como un cachorrito. Sus padres tienen una casa preciosa a unos cuantos kilómetros de aquí. Algún día no muy lejano será tu vecino.

Antón le guiñó un ojo a Darío mientras Candela ponía sobre la mesa de centro una bandeja llena de tazas de porcelana, café, leche y una gran cantidad de pastas y dulces.

—Prefiero que Darío pase más tiempo aquí que en esa casa —comentó Antón—. Dentro de unos meses vendrán los chicos de Richard y Roberto. Ayer estuve con ellos en Madrid y con un poco de suerte hoy o mañana conocerás a Dominic. Sois todos de una edad similar.

—¿Y los Malbaseda vendrán? —preguntó el chico.

Argas rompió a reír ante aquella pregunta tan efusiva y Antón asintió.

—Este muchacho mío —le dijo Argas azuzándole el pelo—. Está

enamorado de las historias de los italianos. No tengo claro si tiene más ganas de ver a las chicas o a los chicos.

—Me es indiferente —contestó con cierto pudor.

—Franco Malbaseda te romperá ese corazón —afirmó Antón sentándose frente a ellos—. Prueba este licor, Argas. Es exquisito.

La naturalidad de Antón dejó a Darío algo descolocado. Se puso recto y atacó las pastas de Candela mucho más relajado.

—Llosa me llamó ayer al despacho, Antón. Vienen con los dos mayores, Marco y Franco.

Al escuchar el nombre de Llosa, Candela evocó aquel apego con su primo Jeremías por el daño recibido de aquel malnacido y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Sirvió un poco de café en la taza de Darío y suspiró profundamente al contemplar aquella mirada tan dulce e infantil en unos ojos que se tornaban tristes y melancólicos cuando el chico se abstraía.

«Ellos te enseñarán a ser feliz jovencito.»

Los hombres hablaban animadamente y ella sintió aquel sonido de cascabel al otro lado del *hall* descendiendo las escaleras velozmente. Catinca había terminado sus clases y ahora se precipitaba al galope hacia el salón para quedarse plantada delante de la puerta con la vista clavada en aquel muchacho de rizos que tenía la boca llena de pastas y la miraba con los ojos extremadamente abiertos.

—¡Catinca! —exclamó Argas al tiempo que ella se precipitaba sobre su regazo—. ¿Cómo está la princesa de la casa? Siempre con sus faldas de bailarina oriental. ¡Creces mucho!

—¡Petro! —gritó. Se inclinó hacia Darío, que intentaba pasar aquella masa por la garganta, y sonrió—. Hola, yo soy Catinca. ¿Y tú?

—Darío... —carraspeó—. Darío Cross.

—Encantada, Darío Cross. ¿Quieres que te enseñe la casa y tu habitación?

La pregunta le pilló tan desprevenido que se hizo un silencio incómodo en el salón. Candela tenía ganas de reír. Fue Antón el que murmuró con contundencia que si no aceptaba la invitación de su hija, debía tener en cuenta que podía llegar a ser muy cabezona. Argas le dio un leve empujoncito y Darío se puso en pie.

—Oh, sí claro —dijo al fin—. Claro que quiero.

—¡Sígueme entonces, Darío Cross!

Lo cogió de la mano y subió los peldaños enmoquetados de la escalera en

dirección al piso de arriba. La parte superior estaba bordeada por una bonita barandilla de madera y un amplio corredor que albergaba varias puertas que se diseminaban por todo el perímetro y se perdían por pasillos perpendiculares. Por el camino, Catinca le preguntó su edad, pero Darío estaba concentrado en la imagen de sus pies descalzos con aquella pulserita titilante que no dejaba de sonar y apenas la escuchó.

—Diecisiete años —murmuró cuando ella volvió a preguntar.

—Esta es tu habitación. La de al lado es la que usa Dominic. ¿Sabes quién es Dominic?

—Sé quiénes son todos. Tengo muchas ganas de conocerlos. Argas dice que pasar un tiempo aquí me vendrá bien. Las cosas son diferentes en este lugar, la gente no te juzga... Supongo que ya sabrás mi historia.

Catinca lo observó discretamente mientras el joven se sentaba sobre la cama y contemplaba el bonito dosel y los muebles de madera noble distribuidos por toda la estancia. Ella sabía que Darío era un apasionado del arte y podía darse cuenta de lo mucho que disfrutaba observando los pequeños detalles y la decoración de cada rincón.

—Sí. Claro que la conozco. Pero no debes sufrir por esas cosas. No aquí.

—Eres muy joven, pero hablas como una mujer adulta. Llevo menos de una hora en esta casa y me siento bien aquí... Argas tenía razón. Y yo también sé cosas de ti.

—¿Ah sí? —preguntó divertida—. Supongo que nuestros padres, en tu caso Petro, no son capaces de mantener en secreto nada de lo que albergan estas paredes.

—Claro que sí —respondió él con humor—. Sé tanto de ti como tú de mí. Argas siempre dice que no existen secretos entre ellos, así que supongo que tú sabes de mi vida igual que yo de la tuya. Por ejemplo, sé que ese Dominic te vuelve loca, pero es mayor que tú y prudente. También sé que estudias muy bien, que eres una chica muy inteligente y madura, aunque algo terca y cabezona. Supongo que es debido a que eres hija única y vives rodeada de un montón de hombres con cientos de parafilias extrañas que te protegen y consienten todo lo que desees.

Al decir esto rompió a reír seguido de Catinca, que lo miraba asombrada.

—¡Oye! Será posible. Darío Cross, eres un atrevido. ¡Y parecías tímido allí abajo!

Darío se sopló un mechón de pelo de la frente y sonrió.

—Me sentía algo aturdido porque estaba sentado delante de personas que conocen mi vida y saben todo lo que me ha pasado. Pero no soy tímido. — Miró alrededor y sus ojos brillaron—. Me gusta. Realmente me gusta esta casa.

Catinca abrió las contraventanas y los rayos de sol atravesaron los cristales iluminando toda la habitación.

—Y en cuanto empiece el buen tiempo te gustará más.

Se oyeron unas risas en el piso de abajo y ambos se giraron. Catinca observó que Darío tenía unos ojos terriblemente azules y grandes. Era la antítesis de Dominic: una bonita figura griega enmarcada en un joven adolescente con un cuerpo atlético y una mirada directa y llena de expresividad. Era delgado y, aunque no tan hombre como Dominic, le resultaba realmente atrayente esa sensualidad discreta y esa malicia que escondían sus palabras y su forma de mirarla.

Pensó que tanto chico nuevo iba a acabar de trastornarla.

—A lo mejor vienen todos y mi padre se lleva una sorpresa —murmuró melancólicamente sentándose junto a Darío en la cama.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara y miró la alfombra de ribetes dorados y marrones que había bajo sus pies.

—Argas no tiene mucha fe en ello —le confesó—. No quiere decirle nada, no es capaz si te digo la verdad. Aunque yo creo que en el fondo todos albergan ese destello de esperanza. Aunque sea por la amistad y el amor... Siempre es el amor, ¿verdad?

Catinca lo miró con curiosidad y asintió.

—Sí. Así es...

—Por eso me siento bien con Argas —continuó—. Él antes de intentar ayudarme me contó su historia, la historia de tu padre y de todos los demás. Realmente se lo agradecí. No puedes pretender aconsejar a una persona en mi situación si no has pasado por algo similar, y ellos han sufrido, cada uno a su manera, del mismo modo que yo. Y siempre es el amor. Siempre... El amor por un amigo, por una mujer, un hombre, por unos ideales, un pensamiento o una ideología. El amor por tu trabajo o por tus deseos más ocultos. Son esas pasiones que sentimos las que nos generan ese apego por la vida... Sin ellas, no somos nada... Por ellas luchamos y sufrimos.

Catinca se sobrecogió al escuchar sus palabras. No era capaz de decir nada ante aquella reflexión tan real y profunda. Entonces él la miró y soltó un

largo suspiro.

—Quizá por eso Argas me dice que le recuerdo terriblemente a Alexander —musitó para sí—. En fin. Me he puesto un poco melancólico y no pretendo entristecerte. Soy un romántico en el fondo.

—¿Sabes una cosa? Mi padre lo logrará. Él tiene un don para ese tipo de cosas. Lo he visto a lo largo de estos años, en cada una de las personas que llegan aquí, los que vendrán o conoceremos; todos son gente extraordinaria. Él logrará reunirlos. Puede que sea dentro de dos días o dentro de dos años, pero tengo mucha fe. Algún día los juntará a todos y esta casa será un hogar para ellos, como lo es para mí y lo llegará a ser para ti.

—Eres muy amable, Catinca. De veras que me he sentido realmente bien desde el momento en que he saludado a tu padre y me ha recibido con tanto afecto. Aun sabiendo...

—¿Qué te equivocaste? —le interrumpió ella—. Tú no tuviste la culpa de lo que le pasó a tu novia. Quizás otro lo hubiera hecho de otra forma o peor, ¿quién sabe? Tampoco tienes la culpa de no encajar con los chicos y chicas que andan por la calle a la moda. Yo no lo hago y no lo pretendo. Soy feliz aquí haciendo lo que me da la gana, coqueteando o jugando con quien deseo porque nadie me va a juzgar por ello, tenga catorce años o cuarenta. ¿Crees que si me metiera en la cama a dormir con un chico diez años mayor que yo mis amigas del instituto no me tacharían de ligerita o golfa? Esa es la hipocresía de este mundo.

Darío asintió.

—El amor de mi padre por Alexander y mi madre. ¿Qué diría la gente? O los juegos de poder de Micaela y Leonardo. Incluso perder los estribos porque somos humanos y nadie nos ha enseñado a ser perfectos. Aquí nadie te juzgará por nada. ¡Por nada!

—Y los Malbaseda —bromeó Darío con cierto pudor.

Catinca palmoteó animada.

—¡Ah, espera a conocer a Franco Malbaseda! Tengo la sensación de que os vais a llevar de maravilla.

—Eso me han dicho tu padre y Argas. Estoy ansioso por conocerlo.

Catinca apoyó la mano sobre la pierna de Darío y este dudó unos instantes antes de coger su mano y besarle el dorso.

—Gracias, Catinca. Me fascina tu modo de ver la vida.

—Bajemos con ellos —dijo al tiempo que se levantaba y tiraba de su mano

para que la siguiera—. Y hagamos que estos días sean especiales para ellos. Seamos los que seamos dentro de dos días.

Darío se incorporó. Sus ojos brillaban ahora de un modo más intenso.

—Lo que ordene la señorita —respondió casi arrastrado por la fuerza de Catinca que lo llevaba por el pasillo en dirección a las escaleras.

Por un instante, se dio cuenta de una realidad que se hacía más tangible a medida que pasaba el tiempo y conocía un poco más a los miembros de ese grupo tan peculiar: esa era la familia que siempre había deseado...

29

Antes de que el sueño la asaltara, Catinca se dio cuenta de que por unos breves instantes la presencia de Darío en aquella casa había hecho que olvidara la angustia por volver a ver a Dominic. Hablar con él había sido una terapia para ambos. Ella le había contado sus sueños, le había hablado de todas esas cosas maravillosas que había visto en sus viajes junto a su padre mientras él la escuchaba atentamente y no la interrumpía. Hablar con Darío era muy diferente. Dominic y los Malbaseda eran mayores que ella y, aunque adoraba pasar largas horas con ellos, la complicidad que sentía con Darío paliaba la diferencia de edad que muchas veces sentía cuando estaba con los otros y se sentía pequeña. Cerró los ojos y se fue quedando dormida. Creyó oír hablar a Darío en el pasillo en su duermevela, pero luego se sumió en un sueño profundo y maravilloso. Soñó con su madre, con sus largos cabellos extendiéndose por un bonito campo lleno de tulipanes y margaritas de colores brillantes azotados por el viento y bañados por el sol. Aquel sueño había sido tan reparador que, cuando despertó en mitad de la noche, creyó que ya era por la mañana. Sin embargo, al aproximarse a la ventana, se topó con la noche, las suaves luces a lo lejos como pequeños puntos brillantes y titilantes de Torbe y las farolas del camino de acceso coloreando el entorno con ráfagas amarillas y naranjas.

Su corazón se aceleró repentinamente cuando vio su coche aparcado delante de las escaleras, junto a la fuente. Toda la tranquilidad y la calma que había experimentado durante el día y gran parte de la noche se desvaneció violentamente cuando fue consciente de que él ya estaba en la casa y que posiblemente habría entrado en su habitación para darle un beso y ella no se había dado cuenta. Corrió a por sus zapatillas y salió a la oscuridad del pasillo. Las manecillas del reloj de pie daban las dos de la mañana y el

crujido de la madera y los sonidos ocultos de la casa la asustaron. Abrió la puerta de su habitación en total silencio y sintió todo aquel amor concentrado en un punto de su cabeza, de su corazón, de su razón. Él dormía profundamente bajo las sábanas blancas de hilo, tenía la cabeza ladeada hacia la ventana y podía distinguir su pecho entre las luces y sombras de la poca iluminación que provenía del exterior.

«Has venido a mí, perverso amor.»

Contuvo el aliento al aproximarse a él. Aquella figura de su gran guerrero de ojos negros y piel dorada que se mantenía totalmente inmóvil no se había percatado de su presencia. Se inclinó hacia él y apoyó su mano sobre la piel caliente de su vientre desnudo y creyó morir de amor. Por unos instantes, se dio cuenta de que Darío era la personificación de todo aquello que no tenía Dominic, un muchacho que emanaba bondad y dulzura por todos los poros de su piel, un chico atento con el mundo y piadoso ante sus propias desgracias, amante de las antigüedades y la poesía. ¿Y él? Él era como un titán de mirada dura. Un depredador de la gran ciudad con una expresión en su rostro que bien podía helarte la sangre o enamorarte perdidamente imaginando la pasión brutal que podía llegar a dar o arrebatar.

Le rozó la suave perilla recortada que apenas se veía, a menos que te acercaras mucho, y dejó escapar una sutil sonrisa infantil para luego llevarse la mano a la boca y tocarle la nariz. Pensó que debía haber trabajado hasta muy tarde, porque Dominic era como un radar para los sonidos nocturnos y en aquel momento dormía tan apaciblemente que sus facciones se habían relajado tanto que no parecía él, sino otro hombre allí postrado.

Le dio un beso en los labios, consciente de que aquello no le gustaba, con la intención de despertarlo y esperó. Dominic se movió levemente y aquella sábana se desplazó hacia abajo dejando al descubierto la curvatura de su cadera y todos aquellos músculos que decoraban su joven cuerpo, y Catinca se dio cuenta de que dormía totalmente desnudo, algo que no solía hacer a menos que estuviera seguro de que ella no le asaltaría en mitad de la noche. Se rio. Subió a la cama gateando muy despacio hasta el otro lado y se escurrió entre la tela que aún lo tapaba y que desprendía una mezcla de olor a lavanda y perfume caro de hombre.

—Mi dulce amor... —susurró aferrándose a su cintura mientras lo rodeaba con el brazo y se apretaba con fuerza contra la calidez de su piel.

Fue en ese instante, mientras ella flotaba abrazada a la inmensidad de un

cuerpo que apenas abarcaba con sus delgados bracitos, cuando Dominic despertó y ladeó la cabeza hacia ella. Abrió los ojos y pegó un brinco.

—¡Catinca! —exclamó al tiempo que se apartaba del contacto tan íntimo y cercano al que ella le exponía sin permiso—. Santo cielo. Pero ¿qué demonios...?

Catinca rompió a reír mientras lo rodeaba con los brazos y le besuqueaba las mejillas. Dominic, consciente de que estaba desnudo en la cama, aferraba las sábanas como si le fuera la vida en ello. Se incorporó enrollándose la tela a la cintura y arrastrando el ligero peso de ella hasta casi chocar con él.

—Pensé que estabas dormida. No vuelvas a hacer esto, sabes que no está bien, niña. ¡Estaba desnudo!

—Oh, Dominic. ¿Qué más da? —Puso un puchero y rodó por la cama—. Te doy mi palabra: no te he tocado, solo te he abrazado y te he dado un beso, pero es que estabas tan profundamente dormido que no he podido contenerme.

—¿Contenerte? —preguntó levantando una ceja. Se dirigió al armario, abrió la pesada puerta de madera y al instante ya tenía puestos unos pantalones de raso negro y se dirigía a la cama con un gesto desconcertante en la cara y el ceño arrugado.

—Sí. Contenerme. Abrazarte y besarte. ¡Siempre lo hago!

Estaba sentado mirándola con cierto recelo y sus facciones se habían endurecido hasta el punto de parecer enfadado con ella.

—Cati... Tienes catorce años, cariño mío. No sé si eres consciente de que no puedes hacer esto. No puedes meterte en mi cama de ese modo cuando estoy sin ropa. Soy un hombre, maldita sea, no puedo diferenciar el contacto si me sorprendes en mitad de la noche y te me pegas como una perversa lapa.

—Abrázame.

Dominic enarcó las cejas, hinchó la nariz apelando a su paciencia y sacudió la cabeza.

—Eres incorregible. ¡Ni siquiera te importa lo que te estoy diciendo!

—No me importa, no.

La expresión de Dominic emanaba una deliciosa sensación de amenaza y desconcierto, pero a la vez un aplomo que arañaba.

—Seguirás haciendo lo mismo —murmuró apoyándose en el cabecero.

—Constantemente.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Sí —respondió con seriedad. Y al instante rompió a reír y tiró de él para que se metiera en la cama.

—Señor, compadécete de mí si existes, o mataré a esta niña cuando cumpla la mayoría de edad.

Ella lo rodeó con sus brazos y metió la cabeza entre su pecho y su cabeza hasta que quedó encajada en él como si fuera una pequeña pieza de un puzle.

—Separa esa cadera, Cati...

Catinca obedeció a regañadientes y lo besó en los labios antes de darle tiempo a apartarse.

—Catinca —la instó con cariño. Rodeó su cintura con un brazo y la apretó ligeramente contra su pecho para besarle la mejilla y apartarle el pelo de la cara y de los hombros—. Prométeme que no volverás a hacer eso, cariño mío. No es correcto y estás creciendo muy rápido.

Catinca refunfuñó.

—Te prometo que lo intentaré —respondió.

Dominic suspiró y besó su cabeza.

—Es un comienzo...

—¿Has conocido a Darío? ¿Has visto a Argas?

Él asintió suavemente mientras el calor de su piel comenzaba a traspasar los finos pliegues de su camión de algodón y encendían en ella aquel deseo desconocido que jamás había podido saciar en su corta vida.

—He estado con ellos en el salón cuando he llegado. Darío es un chico asombroso. Nunca he dudado del ojo de Argas a la hora de ofrecer su hospitalidad gratuita, pero en este caso tengo que decir que me resulta un chico digno de admirar. Tiene tres años más que tú, Cati. No estaría mal que le dedicaras un poco de tiempo, le enseñaras Torbe y todos los sitios bonitos que conoces. Necesita de nosotros.

—Y tú ya eres un gran abogado nada más salir de la facultad. Todos hablan de lo que has conseguido tú solo. Se sienten muy orgullosos de ti, Dominic. Todas esas horas que has pasado en verano metido en tus libros han merecido la pena, ¿verdad?

Dominic asintió, pero no parecía importarle su reciente cambio.

—Dominic... ¿Crees que vendrán?

—No lo sé, tesoro.

Se giró más hacia ella y la abrazó con más fuerza dejando que su cabeza reposara bajo su barbilla mientras jugueteaba con sus largos cabellos.

—Papá está triste. Yo lo noto, lo noto preocupado.

—Tenemos que pensar que todo va a salir bien, Cati. Ser pacientes y dejar que los acontecimientos se desarrollen por sí solos. Nunca se sabe.

Ella alzó la vista hacia él y deseó morder aquella barbilla masculina. Olía a perfume y a crema. ¡Se iba a volver loca!

—Quizás exista una pequeña posibilidad de que todo salga bien, tesoro mío...

Cuando despertó y se dio cuenta de que seguía aferrada a Dominic, cerró los ojos y deseó que ese momento no terminara nunca. Sintió a lo lejos que la casa despertaba, que posiblemente Candela ya habría entrado en su habitación y se habría llevado las manos a la cabeza con aquel aire de madre contenida y paciente que siempre usaba con ella. Oyó más allá de las paredes, las cortinas relucientes y los amplios ventanales que daban al jardín de la zona norte, la voz de Argas y las risas de su padre. Unos pasos retumbaron sobre la alfombra del pasillo y alguien llamó a la puerta discretamente. Dominic alzó la cabeza como si se pusiera en alerta y se estiró con tanta fuerza que la propulsó hacia un lado sin ser consciente.

—Sí... —respondió perezosamente.

Fue gracioso observar el gesto de asombro de Darío, con la cabeza ligeramente inclinada por el espacio abierto entre la puerta y el marco, y su forma de reír cuando vio a Catinca sentada en la cama como si fuera la viva imagen de una santa en camisión blanco.

—Perdona, Dominic, Antón me ha dicho que te devuelva a la vida. Necesita usar tu coche para ir con Argas a comprar no sé qué y no encuentra tus llaves.

—Pasa, Darío. Puedes sentarte. Mi cama es como un patio de recreo cuando vengo, así que no creo que mi «hermanita» maliciosa te muerda.

Catinca sonrió con picardía. Un retorcido y obsceno pensamiento se apoderó de ella en el mismo momento en que Darío se aproximó a ella y besó su frente con aquel amor fraternal que odiaba. Dos hombres totalmente diferentes y una niña de catorce años era un delito, ¿verdad? Pero ella podía imaginar y desear lo que le diera la gana.

—Con ese camisión hasta el cuello y esos rizos por los hombros eres como una muñeca de porcelana —comentó Darío con cierta actitud burlona.

Se oyó una risa socarrona en el aseo interior de la habitación. Dominic salió con las llaves del coche en la mano y se asomó al balcón.

— ¡Argas! —gritó—. Al vuelo.

Y lanzó las llaves que a punto estuvieron de golpearle en la cabeza mientras Antón sonreía muy cerca de él.

—Dile a mi hija que se asome, Dominic.

Catinca saltó de la cama velozmente y se aferró a la barandilla. Al instante Darío también se asomó. Fue Argas el que rompió a reír señalando con el dedo hacia la ventana.

—¿No sois muchos ahí dentro? —exclamó socarrón.

—Demasiados —masculló Dominic.

Antón se puso las gafas de sol. Hacía frío, pero los rayos se clavaban en la cara de un modo incómodo.

—Catinca —le dijo—. Estudia. Mañana no tendrás clases, así que aprovecha bien el día y sé cauta.

—¡Sí, papá!

—¿Necesitáis algo de Torbe? —preguntó mirando a los chicos.

—Sí —respondió Dominic—. Un cerrojo de hierro para mi puerta, Antón.

30

Ven a mí, perverso amor, tú que te ocultas entre las frías sombras de un pasado de nostalgia, tú que te alzas, turbio y desolado en esa serenidad romántica que te atenaza el alma. Ven a mí, desconsolado amor, tú que un día fuiste el bastón que me sustentaba. Olvídate de todo aquello que nos arrebató el destino y consuélame este día, solo un día... Para toda la eternidad.

«Hay un hombre apoyado en la balaustrada de madera observando los niños correr de un lado a otro. Él sonríe mientras desliza los largos dedos por la suave barandilla, atraviesa el *hall* y el hermoso jardín repleto de árboles caducos y flores que colorean, brillan y dan belleza a un paisaje emblemático y lleno de vida. Pasa junto a un muchacho de ojos azules y mirada ladina; el joven le abre la espléndida puerta y avanza sereno, seguro de sí mismo, ajeno a su corta edad o la expresión de amor que refleja su rostro que nada tiene que ver con la realidad.

Ahí está esa muchacha tímida que espera de rodillas en una bonita celda. Ella muda el rostro con profusa devoción. Sus finos y delgados dedos alargan el sutil roce sobre la mano delicada que se acerca. El joven de rizos dorados que se asemeja a un ángel parece sonreír mientras el otro, el más mayor, asiente complacido frente aquella hermosa muñeca de cristal de largos cabellos y rostro ovalado.

Hay una mujer vestida con un largo traje de noche que recorre los pasillos de su bonita mansión francesa. Una mujer que oculta en su belleza los años pasados y el sufrimiento de la pérdida de su amante. Observa satisfecha a un hombre alto de cabello negro y ojos profundos; él es su amor secreto, su compañero discreto y su mano ejecutora y despiadada. Aun así, posee un

corazón noble, un alma destinada a los que aguardan su disciplina. Se alza imponente sobre el resto y sonrío, porque la mujer hermosa vestida con traje de noche se siente feliz después de mucho tiempo. Y a veces, ella se queda observando más allá de su propio reflejo, al tiempo que su rostro se ilumina y se llena de sentimiento, de una clara emoción: es ese recuerdo por aquel amor perdido que la acompaña, que la guía. Ese que jamás podrá sustituir, que le dio la vida cuando todo... era oscuridad...

Más allá de las montañas, de los bonitos olivos que se extienden frente al entramado de casas y lujo que rodean las mansiones de una ciudad dormida, hay dos hombres cuyas diferencias les hace únicos: uno de ellos guarda el secreto de la devoción frustrada por lo que pudo intentar y no hizo; y el otro, el más joven, refleja una felicidad a veces velada por el recuerdo de una marca que se cruza sobre su labio y que rompió su infancia para luego resurgir de aquellas cenizas y observar henchido de orgullo lo que pudieron hacer y crearon. Pasea por el corredor donde reposan, ajenos a todo su dolor, los restos de su esfuerzo frente a la vida. Observa cuando roza con su mano el hombro de uno de sus sobrinos apoyado contra la pared y el chico sonrío. Porque él es viejo, pero no tan sabio como para comprender si cabe todo lo que le deparará su futuro. Y él es joven, pero no tan astuto como para enfrentarse al mundo sin ese apoyo incondicional que pueden darle los años de experiencia que ellos le brindan.

Y la dama... porque hay otra dama de largos cabellos negros que a veces llora recordando a su esposo mientras observa a su hijo crecer. Una mujer que vale más por lo que calla, por lo que sufre en silencio y por lo que sueña despierta. Una mujer que, en los últimos días, ha sentido la serenidad y la felicidad que creía olvidada observando el futuro delante de su rostro. Sonrisas que tapan sonrisas, voces joviales frente a su mesa que reclaman en ella la oportunidad de ser lo que son, y ella sueña y lo ve claro: ve que existe esa llama de los que ya no están, ve su similitud y su alegría por esa vida que un día, tiempo atrás... creyeron perdida.

¡Y un poeta!

Un poeta de ojos atribulados, amor secreto y sueños inconfesables que a veces duerme vestido con su moral frustrada en una sociedad triste y reprobable. Un poeta que sigue escribiendo cartas de amor a la luz de un

pequeño candil como los autores de tiempos antiguos, y que a veces dice nombres que su esposa no reconoce cuando sueña. Pero él es un poeta, ¿no es así? Y como tal, jamás dejará de amar por mucho que su corazón intente olvidar.»

Había llegado el gran día. Dominic se había ido a primera hora de la mañana a recoger a los Malbaseda al aeropuerto, pero habían pasado muchas horas y nadie sabía nada de él ni de los italianos. Antón se disculpó con Argas, con el joven Darío, que permanecía impávido ante el gesto demudado de Candela, de su tutor y de Catinca y se encerró en su despacho. Nadie podía consolarle porque, aunque sabía que estaría acompañado, Antón en esos precisos momentos comprendía que no todos iban a estar junto a él en Quimera.

Ninguno de sus amigos había llamado la tarde anterior para informar de que no irían, algo que tampoco le resultaba extraño teniendo en cuenta que no era una situación sencilla para ninguno de ellos.

Lo comprendía. Claro que lo comprendía. Pero le dolía demasiado de igual modo.

—¿Dónde diablos se ha metido ese muchacho? —masculló Argas mientras Candela observaba la figura retraída y lúgubre de Antón alejándose hacia su estudio para estar a solas.

—No lo sé. No lo entiendo. Hace más de tres horas que se ha ido. No tiene sentido que se retrase tanto —repuso Candela. «Oh Señor, por favor. No permitas que este hombre sufra de esta manera», dijo para sí.

Candela estaba azorada. Se inclinó para besar la mejilla de Catinca, que se mantenía muda en uno de los sofás más próximos a la ventana, con la intención de consolarla, pero su rostro era indescifrable. Su diminuto cascabel tintineó cuando se incorporó y se apoyó en el marco para observar el sol anclado en un cielo demasiado azul para ese invierno tan frío y demasiado brillante para un día que se anunciaba oscuro para todos.

—Solo escucha Mozart cuando está triste —murmuró cuando las suaves notas del Réquiem emergieron a través de las paredes de la casa, atravesando cada centímetro de aquel hogar y apoderándose de todos lentamente—. Cuando mamá murió se pasó varios días encerrado en su estudio.

Candela recordaba aquella historia y se le comprimió el corazón.

—Haz que vuelva, Argas —murmuró Darío con cierto aire autoritario que

dejó a todos desconcertados.

—¿Para qué? Deja que se quede un rato solo. Será mejor para él y podrá pensar un poco sin que estemos todos intentando consolar lo que ya se preveía evidente, maldita sea... Tenía una leve esperanza. ¡Una leve esperanza!

Pero Candela vio sonreír al joven Darío, un gesto que quizás en otro momento no significaría nada para ella, pues apenas fue un fragmento de alegría que cruzaba aquella nariz respingona y esos ojos azules que brillaban con fuerza ante la ventana.

—Argas...

—¡Qué!

El ruido de los motores rompió el silencio y se elevó por encima de las notas del Réquiem y de los largos y profundos jadeos de Candela que se había aproximado a la ventana junto al chico. No era uno, ni dos, ni siquiera tres vehículos. Cuatro enormes y pesados coches ascendían lentamente por el camino de tierra que daba a la finca, cuya verja de hierro, la misma verja desde tiempos remotos, permanecía abierta invitándoles a entrar.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó Catinca en un ataque de histeria mientras saltaba sobre la butaca y pegaba la nariz contra el cristal del otro ventanal—. ¡Papá! ¡Papá!

Antón apagó la música y salió despavorido creyendo que a su hija le había pasado algo. Vio a Argas clavado delante de las puertas abiertas con la mano apoyada en la boca y una expresión contenida.

—¿Qué pasa?

Se aproximó a su amigo. Él había movido la cabeza como si tuviera una tuerca de metal en el cuello, pero no decía nada. Estaba a punto de romper a llorar. ¡Y él no entendía nada! Hasta que se asomó a la puerta y lo vio.

—¡Qué conste que no me emociono porque esos malditos coches estén aplastando tus petunias! —exclamó Argas exaltado—. Esa era mi esperanza... ¡Esa! —gritó apuntando con el dedo al exterior.

—¡Santo Dios!

La emoción que le embargó cuando Dominic salió del coche para ayudar a bajar a una mujer pelirroja de largos cabellos vaporosos y traje gris perla, estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento.

—Micaela... —murmuró Candela con los ojos llenos de lágrimas y la voz quebrada por la emoción—. Es ella. Es ella y va con el hijo de Jonás.

—No me lo puedo creer —dijo Argas.

Nadie se movió. Estaban demasiado conmovidos por las imágenes que se clavaban en su retina y era como si desearan alargar aquel encuentro tan intenso. De otro de los vehículos salieron los dos jóvenes Malbaseda, Marco y Franco. Catinca le explicó a la velocidad de la luz a Darío que el más alto y serio con el pelo castaño era Marco, el mayor de los hermanos y detrás, con unas gafas de sol que ocultaban unos ojos esmeralda y una boca inmensa, caminaba Franco, el mediano de los hermanos, con un aire prepotente y la camisa abierta. Se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y palmoteó la espalda de Dominic, que estaba abriendo la puerta del tercer vehículo del cual se apeó una mujer morena con el pelo muy largo y un vestido verde hasta las rodillas. Iba acompañada de los dos primos Malbaseda, Llosa y Jeremías.

Una vez más, Candela sintió que se desvanecía cuando los identificó sin ningún tipo de problema. Llosa, con una belleza madura y aquella diminuta marca en el labio, y Jeremías, más bajo que él y mucho más desmejorado, moviendo las manos con aire petulante y sibarita mientras abrazaba a la mujer morena que, sin duda, era Alba, la viuda de Roberto.

Todo se precipitó para ellos en aquel instante. No habían logrado ver el último coche que permanecía aparcado y esperando que los otros se retiraran para estacionar delante de la puerta. Antón y Argas fueron asaltados por la alegría de Llosa, que no hacía más que besarles en la cara como si fuera un mafioso.

Dominic se disculpó con Antón, aunque él apenas pudo oírle porque estaba rodeado por los brazos de Micaela y Alba.

—No podía decirte la verdad, Antón. Estas mujeres me hubiesen matado.

—Maldito abogado mentiroso —bramó Argas mientras Llosa le pellizcaba la mejilla.

—¡*Madonna!* Adoro tu país. Adoro sus mujeres y esa euforia enloquecida que las arrastra por las calles —exclamó pausadamente Llosa—. Mis sobrinitos Marco y Franco...

—Por Dios Santo —murmuró Antón con apenas un hilo de voz—. Creí que... No me lo puedo creer. ¡Oh Micaela! ¡Estás radiante! ¡Y mírate tú, Alba! No pasa el tiempo por vosotras —se giró hacia Candela y la presentó—. ¿Te das cuenta, Candela?

Candela lloraba como una magdalena y Antón tuvo que explicar rápidamente que ella sabía toda la historia de Torbe. Jeremías frunció el ceño

y Llosa la besó en la mejilla efusivamente mientras le daba suaves palmaditas en la espalda y ella miraba con un cariño aquel rostro tan hermoso en un hombre que conocía tanto pero que no había visto nunca.

—Vi a Dominic en Madrid hace unos días, Antón —explicó Micaela y besó a la pequeña Catinca, que la miraba embobada—. Hice el mayor ridículo de mi vida, pero creo que ha merecido la pena porque la casa es increíble, Antón. Increíble...

Alba estaba sollozando, emocionada ante la imagen de la casa. Candela le ofreció un pañuelo y un poquito de té, pero la mujer no podía dejar de observar a su alrededor, sobrecogida.

Darío cerró los ojos levemente y sonrió melosamente cuando Franco se quitó las gafas, hizo una pompa con el chicle y le regaló una sonrisa y una leve inclinación de cabeza. Marco ya le estaba dando la mano y se presentaba con respeto.

—¡Que preciosa casa! —dijo Llosa abriendo las puertas del salón.

—No hace falta que todos me saludéis al unísono —se oyó en la puerta al tiempo que se giraban para ver a un hombre moreno con los brazos cruzados—. No, no, tranquilos, ya estoy acostumbrado a llegar el último a todos los saraos, pero venía detrás de vosotros y ni os habéis dado cuenta.

—¡Oh Leo! —exclamó Micaela mientras se arrojaba a sus brazos y lo llenaba de besos—. Mi Leo bello, sabía que al final vendrías. ¡Lo sabía!

Leonardo abrazó a la mujer y la hizo girar como si bailara. Candela se tuvo que sentar en una de las butacas del *hall* cuando lo oyó decir:

—Niña de vestido cobalto. Sigues siendo tan hermosa como siempre...

Y volvió a besarla para luego hacer lo mismo con Antón, Argas y todos los demás.

—Candela. —La voz de Catinca la devolvió a la realidad—. ¿Te encuentras bien?

Candela asintió con el pañuelo en la nariz.

—Esto me supera, hija. ¡Míralos!

La dulce Alba se inclinó hacia ellas y acarició su mejilla con cariño.

—Tranquila, Candela. Todos estamos muy emocionados.

—Hola, Alba. No lo puedo remediar —murmuró sollozando—. Ella siempre será la niña que bailaba en círculos con sus zapatos brillantes y su vestido azul y el señor Leonardo Ardini, el muchacho febril y débil que alzaba los brazos para dibujar unas alas de ángel.

Aquellas palabras cortaron las voces y todos miraron a aquella mujer que lloraba desconsolada sobre el hombro de Alba.

—Creo que me voy a emocionar con esta mujer —murmuró Argas mirando al resto e intentando guardar la compostura.

Micaela se llevó las manos a la boca y se estremeció.

—Nadie lo hubiera simplificado mejor y con esa intensidad —alegó Leonardo.

—Necesito una copita y compañía —se oyó decir al joven Malbaseda al fondo.

Jeremías lo fusiló con la mirada y este se encogió de hombros y, pasando la mano por encima del hombro de Darío, tiró de él hacia el salón, seguido de Dominic, Marco y Catinca.

—Dejemos a los jóvenes un momento en el salón. Tengo algo que enseñaros y quiero que seáis vosotros los primeros que lo veáis —anunció Antón con aire misterioso.

—Espera un momento, Antón —interrumpió Leonardo—. Hay algo importante que debo deciros a todos.

Candela oyó un fuerte golpe de puerta de un vehículo. Intrigada, se aproximó a la ventana. Se le vino el mundo abajo al comprender lo que Llosa escondía.

—Lo he localizado —murmuró emocionado—. Y está aquí. Ha... ha venido conmigo, pero me pidió que le dejara unos minutos en el coche porque quería que nos tomáramos nuestro tiempo. Él es así —dijo riendo—. No ha cambiado nada...

Todos se miraron sin entender nada. Antón vio a Candela abrir la puerta totalmente derrumbada, con los ojos llenos de lágrimas y la mirada vidriosa dirigida hacia él.

Alba se llevó las manos a la boca en señal de sorpresa y Micaela soltó un gemido de dolor mientras Llosa se apoyaba en la pared y Argas y Jeremías se quedaban helados como dos figuras de cera. Antón sintió que el corazón se le disparaba cuando vio en lo alto de la escalera a un anciano embutido en un abrigo largo y negro que sujetaba un bastón con firmeza. Avanzó varios pasos hacia el interior de la casa y los miró con aquellos ojos vivaces imposibles de olvidar. Candela se sujetó al respaldo de una butaca para no caer. La imagen del anciano se mezcló con la de aquel apuesto joven de treinta años rubio que había abierto el mundo a todos aquellos rostros que se

mantenían inmóviles frente a él.

—Mis muchachitos... —exclamó con humor—. Siempre supe que lo lograríais.

—Maestro... —sollozó Llosa avanzando varios pasos—. Stefan... Eres tú. ¡No me lo puedo creer! —repetía tocándole—. No puede ser... ¡Eres tú! ¡Eres tú! Estas aquí.

Lo rodeó con los brazos y lo apretó tanto que Antón tuvo que darle una palmadita en la espalda para que se relajara. Micaela ahora lloraba desconsoladamente, incapaz de moverse. Alba se acercó a Stefan y lo abrazó seguida de Argas y Jeremías que no daban crédito a lo que veían.

—Antón. Es preciosa —dijo cogiéndole la mano—. Llevo toda mi vida preguntándome si habrías cumplido tu palabra. No te puedes imaginar la ilusión que me hizo regresar a Londres y recibir la llamada de Leo contándomelo todo.

—Fuiste a tus selvas, con todos esos niños, ¿no es así? —preguntó Antón con emoción—. Por eso nunca di contigo.

Stefan asintió. Tenía el rostro surcado de arrugas, una perilla muy similar a la de Antón, aunque más poblada, y los ojos llenos de brillo por la misma emoción que embargaba a todos.

—Debía hacerlo. Era mi pasión. Cuando fui consciente de que os había ayudado de algún modo a lograr todo lo que estabais consiguiendo, me vi con fuerzas y sentí que debía hacer más cosas por otros en vuestra misma situación o peor —continuó—. Aquí me hubiera sentido demasiado inútil sin vosotros necesiéndome. Ya erais adultos. ¡Y libres!

Micaela soltó un gemido lastimero y se abrazó a Stefan.

—¡Ah, maestro! —gritó—. Mi dulce Stefan. ¡Qué ilusión!

—Oh, vamos, Micaela... No me hagas llorar a mí también. Ya bastante he llorado con este idiota de Leonardo —confesó con humor—. Me ha tenido dos días en su casa recordándome todo lo que creía haber soñado, como dos tontainas día y noche hablando sin cesar. Llorando delante de la chimenea y poniéndome al día de todo, creo que con la sana intención de que no me diera hoy un infarto con tantas emociones.

—Maestro —murmuró Llosa con una voz casi infantil e implorante—. ¿Se casó? ¿Ha tenido familia?

Stefan asintió.

—Me casé y enviudé hace un año. Y mis hijos me obligaron a volver de

mis selvas por miedo a que me diera allí un algo —rio entre dientes—. Maldita sea, tengo setenta y siete años. Dos hijos varones y cinco nietos. Brasil es un país muy empobrecido. Allí hay gente joven con mucha vocación, pero ya no era mi lugar. Yo debía volver a Londres donde vive mi familia. Y venir a veros a Quimera...

Antón estaba conmocionado. Lo tomó del brazo y caminó hacia el fondo de la casa.

—Y todavía queda lo mejor, Stefan —le anunció—. Sobre todo para estos ingenuos de mis amigos.

—¿Ah sí?

—¿Qué tramas, poeta? —preguntó Leo quejumbroso.

—Seguidme. Estoy ansioso por enseñaros algo.

31

La habitación tenía un aire palaciego, y en sus paredes destacaba una refinada chimenea con detalles tallados sobre la blanca piedra de sus contornos. Tapicerías oscuras, suaves tonos burdeos, dorados y ocre salpicaban los ricos y lustrosos sofás que se extendían formando varios grupos independientes por todo el lugar. Al fondo, una elegante barra de madera noble en tono caoba con un tapizado brillante, detrás de la cual se alzaba una hermosa estantería acristalada repleta de botellas y copas de licores de todos los países.

Al otro lado de ese entramado de sofás, tapices colgantes y cuadros con marcos dorados sobre las paredes originales de piedra, se podía distinguir un rincón étnico, lleno de cojines mullidos y amplios que se diseminaban sobre la alfombra y que recordaban a los fumaderos árabes y sus brillantes colores exóticos. Farolillos, lamparines, lámparas y una tenue luz encastrada sutilmente sobre el amplio techo abovedado hacían de aquella estancia un lugar que invitaba a disfrutarlo. Y más allá de toda aquella decoración tan refinada había un elemento que para otros hubiese carecido de sentido, pero no para ellos. Una puerta.

Antón esbozó una mueca algo distorsionada y fanfarrona. Apartó una elegante cortina arabesca de color dorado que se anudaba en un extremo por un cordón trenzado y que la ocultaba discretamente y sonrió.

—Santo cielo, Antón —exclamó Leonardo con un gesto de asombro en la cara que le hacía parecer un demente—. Has mantenido la puerta.

—El día que la abrimos y nos encontramos a las chicas todo cambió, al menos todo empezó a cambiar para nosotros —dijo Jeremías apoyando la mano sobre el hombro de su primo Llosa—. Quién nos iba a decir a nosotros...

Stefan avanzó con lentitud pausada hacia la puerta y giró el pomo, pero no se movió.

—No lleva a ningún lugar, Stefan. Dejé la puerta original por el significado que tenía. Ya no necesita abrirse; todo lo que nos esperaba hace tantos años detrás de ella ahora está aquí. Y ya no cambiará —explicó Antón con una sonrisa.

—Nuestro secreto rincón de mantas, cigarrillos y vino de monjas, transformado en un lugar maravilloso para todos los que vendrán —afirmó Micaela levantando los brazos y dando un giro.

Alba seguía llorando con las manos en las mejillas, los ojos entornados hacia aquella puerta y su corazón quizás alejado y apoyado en una tumba.

—Sentaos, por favor —pidió Antón—. Sobra decir que estamos en casa otra vez. Me he pasado mucho tiempo intentando plasmar en este lugar, que significó una liberación para nosotros en nuestros peores momentos, todo lo que nuestras mentes imaginaban cuando nos sentábamos sobre las mantas y soñábamos despiertos.

Llosa se desmoronó en ese momento; se dejó caer sobre varios cojines mullidos de un sofá y se llevó las manos a la cabeza.

—Poeta, ponme una copa o me pasaré el resto del día llorando como un niño porque no soporto pensar lo que me he perdido por mi estúpida cobardía de enfrentarme a algo que creía demasiado trágico para mí. —Soltó un hondo suspiro y miró a su primo—. Te lo dije, Jer... Te dije que teníamos que haber venido antes. Somos lo que somos por el impulso que estas paredes nos dieron cuando éramos unos jodidos niños... Y ahora vuelvo aquí y siento que ese mismo impulso que me hizo resurgir de toda esa miseria vuelve a empujarme a seguir haciendo más y más cosas.

Jeremías guardaba silencio. Alba se sentó junto a él y lo rodeó con los brazos para luego apoyar la cabeza sobre su hombro.

—Yo no iba a venir —musitó ella con voz queda—. Estaba convencida de que no lo haría. Para mí no solo es el recuerdo de lo que pasamos, sino de lo que he perdido y que jamás recuperaré, pero... El otro día pude compartir mesa con mi hijo y con el muchacho de Richard. Mi solitario y triste hijo, que tanto se parece a su padre, por primera vez en más de veinte años era un hombre normal y feliz. No sé si están destinados a juntarse porque yo no creo en esas cosas, pero había algo mágico en aquella mesa esa noche y lo vi claro... Esa era nuestra promesa. Por encima de todo nuestro dolor o nuestras

pérdidas, ellos eran nuestro fin.

Micaela sacudió la cabeza amargamente y se inclinó hacia Leonardo para coger la copa de cava que le ofrecía en total silencio.

—Sois fuertes, muchachitos —dijo Stefan sentándose—. Siempre lo fuisteis. Teníais ese brillo rabioso del que no se conforma, del que no abandona su lucha. Solo era necesario miraros a los ojos para diferenciaros de aquellos taciturnos ojuelos que os rodeaban. Brillabais...

—Y todo ese amor... —La voz de Candela se elevó por encima de sus cabezas y todos dirigieron la vista hacia ella—. Era solo y simple amor... Ese fue el impulso.

Antón se aproximó a ella y apoyó la mano en su hombro con la intención de sosegarla y apaciguar aquella melancolía.

—Saca esas copas, poeta —imploró Leonardo. Miró a Micaela, que se mantenía anclada al suelo como un figurín, y suspiró—. Y tú, reina del dolor y la dependencia, vuelve a girar con tu vestido azul sobre esa alfombra. Hazlo una vez más para que todos te veamos. Porque llevo soñando con este momento casi cuarenta años durante cientos de noches. Y te aseguro que me imagino mi propia muerte así, en esta habitación, sobre aquella manta vieja y tu presencia ocupándolo todo.

Y Candela los vio. Apartada de un modo discreto para poder visualizar la amplitud de aquella imagen que se difuminaba casi a cámara lenta cuando Micaela giró sobre sus altos tacones y se rio. En ese preciso momento ya no eran aquellos hombres y mujeres que guardaban prudentes sus recelosas vidas; no eran los adultos, los ancianos o los afamados ejecutivos que poseían todo lo que habían deseado y por lo que habían luchado toda su vida. Ahora eran aquellos niños de pantalones de algodón, camisas arrugadas y tirantes, con sus ojos tristes y melancólicos que alzaban las manos formando unas alas y repitiendo: «Fue usted, usted nos dio esos sobres. Usted es nuestro ángel de la guarda». Los mismos niños que se habían formado bajo una disciplina cruel y dolorosa plagada de injusticias y morales decadentes. Los mismos que durante muchos años lucharon y lucharían porque ninguno de los suyos pasara por lo mismo.

Subió las escaleras muy despacio, borracha de recuerdos y llantos entrecortados. Observó a los más jóvenes charlando animadamente en el salón. Catinca, agazapada contra el pecho de su amor de la infancia, reía las bromas de los dos jóvenes italianos que parecían brillar con tan solo estar ahí.

Y aquel muchacho de cabello rizado que dirigía miradas de complicidad al menor de los italianos. Su melancolía había desaparecido totalmente de su rostro juvenil y ahora parecía feliz entre ellos, parecía uno más. Parte de esa casa. Pero ella necesitaba respirar, necesitaba salir al jardín y ordenar todas aquellas emociones que jamás había sentido ante ninguna otra situación, ante ningún otro dolor o momento de su vida. El recuerdo de su hermano, la desesperación por un amor prohibido que le hizo abandonar sus ganas de vivir, le comprimieron el corazón y la razón.

«Si los hubieras conocido todo habría sido distinto para ti también», se dijo.

Apoyó la mano en el pomo de la puerta principal y respiró profundamente mientras con la otra mano volvía a colocar su mechón de pelo bajo la presión de una horquilla lateral. Ni siquiera le importaba la imagen desgastada y agotada que podía transmitir en aquel momento. Por eso tampoco miró hacia delante hasta que abrió la puerta y chocó de frente con su inmensa figura y otra vez, una vez más, creyó que el mundo la enterraba en un pozo tan profundo como intenso.

—Oh Dios mío, Dios mío de mi vida. No puede ser —jadeó ahogadamente mientras se tapaba la boca—. No puede ser, no puede ser.

Alexander.

—Un día, Candela... —murmuró con la mirada fija en ella, un gesto frágil y los ojos empeñados en lágrimas, quizá por todos aquellos pensamientos que le habían acompañado hasta aquella misma puerta—. Llévame donde están... Por favor...

En el instante en el que aquel hombre de rostro amable, con su jersey de cisne y sus elegantes pantalones grises, entró en la casa, toda la realidad y el tiempo se convirtieron en una caricatura de lo que debía ser. Avanzó despacio, como si todo se moviera a cámara lenta, pasando frente a la puerta del salón y haciendo que todos los que estaban allí sentados permanecieran en silencio hasta que su figura casi incorpórea se había desvanecido más allá del pasillo y de los antiguos peldaños que conducían a su Quimera.

—Señor Andrade —murmuró Candela, exhausta, nerviosa y desbordada, para luego apartarse a un lado.

Antón se volvió hacia ella y sus ojos se encontraron con Alexander. Todo el bullicio, las risas y los giros de Micaela cesaron en el mismo momento en que él se acercó a ellos con lentitud, alzó la cabeza apelando a su serenidad y

dejó escapar una suave sonrisa por lo que veía, por lo que sentía y por lo que tenía delante de él y no conocía.

Antón se aproximó a Alexander y la imagen actual de ambos pareció difuminarse ante los ojos de Candela.

Dos niños delgados, risueños y de ojos almendrados y verdes situados uno frente al otro con aquella expresión de júbilo que les había unido tiempo atrás. Uno con el cabello rizado, el otro moreno, enlazando sus manos mientras el más alto cerraba los ojos y parecía sentir aquel momento como un maravilloso sueño.

—Creí que no vendrías —dijo el más pequeño.

—Solo puedo ofrecerte un día, Antón, es lo único que puedo darte. No tengo fuerzas para nada más... Quizá sea un cobarde o quizá no sepa hacerlo de otro modo —respondió el mayor—. Pero es lo único que mi corazón puede soportar.

—No me importa. Lo respeto. Siempre lo hice, Alexander.

—No ha pasado ni un solo día de mi vida que no me haya arrepentido de mi silencio —prosiguió el niño a punto de romper a llorar—. Pero fue la decisión que tomé. Todos elegisteis libremente y yo... necesitaba seguir mi vida...

El pequeño Antón alzó la cabeza hacia sus ojos y sonrió con ternura mientras acariciaba su mejilla y Alexander cerraba los ojos.

—Un acto de fe —murmuró—. No me importa el tiempo que vuelva a pasar, algún día volverás para quedarte. Ese es mi acto de fe. Lo único que sé.

—Nunca... os abandoné... —murmuró abrazándolo.

—¿Alexander?

La voz entrecortada de Llosa Malbaseda le hizo abrir los ojos y mirar hacia él.

«Y tú vendrás... donde esté, del modo que esté para salvarme de este infierno delicioso en el cual me encuentro para huir de todo.»

—Llosa... Mi débil y asustadizo Llosa.

El italiano avanzó tan despacio que parecía no llegar nunca donde estaban ellos. Alexander alzó la mano sin soltarse de Antón y tiró de él atrayéndole con tanta fuerza que cuando se fundió en aquel abrazo casi desaparece entre sus brazos.

—Tú jamás temiste nunca ese dolor, ¿eh Llosa?

—Porque me ayudaste. Aquella noche en la mansión de Bishop...

Ahora eran tres niños aferrados a ellos mismos y a sus recuerdos. Los demás permanecían totalmente mudos y muy quietos.

—Y mi maestro... —sollozó Alexander—. Y mis amigos... Y este lugar...

—Nada de lo que hagas puede tapar todo lo que hiciste por los demás — balbuceó Llosa—. Nada...

—Yo fracasé —le contestó—. Dejé que ese dolor se apoderara de mí.

—Porque estabas más preocupado por salvarnos a nosotros que a ti mismo, Alexander. ¡No lo viste! —se lamentó.

Alexander se rompió y comenzó a llorar.

—Pero jamás os abandoné. Jamás lo hice.

Argas soltó un profundo jadeo lastimero y se tapó la cara con ambas manos. Stefan, sentado entre Leonardo y Jeremías, los miraba emocionado.

—Quizá mi destino era ser aquel poeta del poema de Baudelaire, que obstinado observaba cómo todos los demás avanzaban.

Se apartó con lentitud de Antón y Llosa y caminó hacia el centro de la habitación hasta caer de rodillas frente a Stefan enterrando su rostro entre sus piernas.

El maestro pasó los dedos por sus suaves rizos peinados hacia atrás y observó a aquel niño risueño y lleno de ideales y emociones frustradas que, tiempo atrás, había amado hasta la locura.

—Lo siento tanto...

Micaela se arrodilló a su lado y se abrazó a su espalda mientras apoyaba la cabeza sobre ella.

—Alexander... Mi pequeño poeta lleno de ilusiones. ¡Tú fuiste nuestra luz!

Él no dejaba de llorar.

—Y yo guardo todos esos poemas que escribiste y dejaste sobre las tumbas de los demás —dijo Alba en un susurro—. Todos los recuerdos y tus versos. Cada semana había uno diferente. Siempre estaban allí.

Él asintió y volvió a enterrar la cabeza en el regazo del maestro.

—Santo cielo —musitó Antón con amargura.

—Alexander... —La mano de Leonardo se perdió entre sus dedos y él los besó con cariño—. No habrá años de ausencia que tapen todo lo que hiciste

por los demás. Haz lo que debas y cuando tú lo desees siempre estaremos aquí.

«Porque yo siempre fui esa luz en vuestro camino. Yo, que tragué mis lágrimas para ahogar las vuestras...»

32

—¿Alguien me puede decir qué diantres pretenden hacer con el templo de Bishop? —preguntó Argas.

Estaban todos formando una línea recta frente a la mansión. Los jóvenes se habían quedado en casa y Candela había casi suplicado descansar un poco antes de cenar. Los coches aparcados a ambos lados de la verja daban un aire solemne, casi funerario, a aquella fila de hombres y mujeres que observaban lo que había sido su hogar mucho tiempo atrás.

—Está en obras desde hace meses —informó Antón—. Hoy es la primera vez que veo el cartel de la constructora, pero no dice nada.

—Espero que no la conviertan en una guardería o en un hogar del pensionista, porque entonces me volveré loca —gruñó Micaela con los brazos en jarra.

—¡Oh no, por Dios! —exclamó Alba—. Eso sería una profanación. ¡Sería terrible!

Llosa alzó la mano para cubrirse el rostro de los rayos de sol y oteó los amplios ventanales y las columnas bajo el tejadillo del porche central. Alguien había comenzado a plantar rosas en todo su perímetro, un detalle que le agradó, porque le recordaba los viejos tiempos, a Madame Bishop con su cestita de mimbre colgando del brazo y aquella rolliza mujer saludándolos desde los setos.

—Se ven las barras del salón central desde aquí —dijo forzando la verja inútilmente—. Pero están tapadas parcialmente con sábanas. Hay más muebles.

—Eso no dice nada, Llosa —farfulló Jeremías—. Pueden estar preparando todos esos objetos para sacarlos fuera o quién sabe. Alexander, tú vives aquí, ¿no sabes nada?

Alexander negó con la cabeza y saltó de un brinco la verja.

—¿Qué haces, poeta? Es una propiedad privada —le reprendió Stefan—. No deberías hacer eso, muchachito. Hay gente dentro.

Todos se rieron al tiempo que Alexander encendía un cigarro y avanzaba con chulería por el caminito de piedra que llegaba a las escaleras principales. Subió muy despacio y observó el interior de la casa, luego rodeó el porche y volvió a salir de la finca con el mismo gesto chulesco y despreocupado.

—No he visto a nadie y la puerta está cerrada —explicó colocándose junto a Antón—. Bueno, siempre podréis venir a jugar al parchís cuando os jubiléis —Muy gracioso —murmuró entre dientes Leonardo.

Se habían quedado todos en silencio abstraídos por los recuerdos y sus propios pensamientos cuando apareció una mujer joven por uno de los laterales de la casa. La muchacha pareció sorprendida ante aquella fila de personas situada frente a la entrada mirando la fachada en total silencio. Era una mujer que no llegaría a los treinta años, con el pelo muy negro y los ojos extremadamente juntos y redondos. Una belleza especial y algo frívola, pero con unas suaves mejillas arboladas por el calor y un vestido elegante hasta la rodilla.

—Hola. ¿Querían algo? —les preguntó avanzando hacia ellos por el camino. Llevaba un pañuelito anudado al cuello y tenía un leve acento francés que Micaela percibió nada más pronunciar las primeras sílabas.

—¿Sabe usted que van a hacer con esta casa? —Antón enarcó las cejas y sonrió afablemente cuando la muchacha los estudió a todos antes de responder.

—¿Por qué lo pregunta, señor? ¿Son ustedes de Torbe?

—No exactamente —respondió él.

—Tú y Alexander sí lo sois —bramó algo molesto Argas. Todavía no entendía por qué demonios tenían que comprar la casa de Bishop. Estaba enfadado.

—Argas... —suplicó Micaela algo desconcertada—. Deja que la muchacha nos cuente un poco. No la asustes.

La joven frunció el ceño con curiosidad y se acercó un poco más a ellos hasta que se agarró a la verja a pocos centímetros.

—¿Alexander? ¿Argas? —preguntó—. ¿Son ustedes los niños de San Torbe?

Caminó hacia un lado y luego quedó plantada delante de Stefan. La joven

se inclinó hacia adelante y abrió ligeramente la boca y los ojos.

—¿Es usted Stefan Levi?

Stefan asintió abrumado y luego miró a los demás moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Santo cielo! —gritó entonces la mujer. Y todos pegaron un brinco por aquel alarido—. ¡Son los chicos de Cecilia Bishop! ¡Los niños del orfanato! No tienen ni la menor idea de todo lo que mi tía me contó de ustedes durante tantos y tantos años.

Abrió la verja bruscamente y salió.

—Disculpa —dijo Micaela—. ¿Tú eres sobrina de Cecilia?

—¡Sí! ¡Soy hija de una de sus hermanas! ¡La más jovencita! Mi nombre es Belinda.

—Me va a dar un infarto —se oyó al fondo de la fila. Argas parecía mareado.

—¡Oh! ¡Qué alegría! —Belinda suspiró y, dándoles la espalda, puso los brazos en cruz—. La Baraka será un lugar formidable. Tengo muchas ideas para volver a dar vida a esta casa, pero sin duda siempre tuve claro que me quedaría con ella y volvería a abrir sus puertas. No es que sea un nombre tan sensual como los que mi tía ponía a sus clubes, pero en fin, me parece apropiado —dijo riendo—. Suena a sitio serio, ¿verdad?

—No te asustes de nuestro repentino mutismo, Belinda —contestó Antón—. Es que nos acabas de dar una noticia que nos ha dejado un poco impactados, hija.

Belinda soltó una serie de risitas enloquecidas.

—¡Ya lo sé! —exclamó—. ¡Mi tía me habló tanto de ustedes cuando era jovencita! Ella siempre me decía que cuando yo heredara la casa tenía que hacerla brillar como un faro. Y sin duda, usted es Micaela —prosiguió aproximándose a ella—. Es maravillo conocerla y conocerles a todos. Cecilia siempre decía que el pequeño Antón vendría algún día, lo que no me imaginaba era verles a todos aquí. ¡Es emocionante! ¿Se reúnen a menudo? Me decían que no todos eran de aquí, ¿verdad?

Hizo varias preguntas atropelladas. Ellos respondían de una forma cordial y lacónica, pues al instante Belinda preguntaba otra cosa, saludaba a todos con dos besos en la mejilla y volvía corriendo al centro de la fila para seguir preguntando y riendo.

—¡Qué ilusión me hace tenerles aquí! ¡De verdad que sí! —prosiguió.

Antón se apartó ligeramente del pequeño bullicio que aquella mujer hiperactiva había creado en torno a todos los demás y se aproximó a Alexander que parecía meditativo. Al verlo, él sonrió con nostalgia.

—Te volverás a ir. Y no habrá nada que pueda decirte para impedirlo.

—Sabes que sí —respondió. Sus ojos expresaban dolor—. Esa es mi penitencia por renunciar a mi pasado ante mi familia, Antón. No me siento con fuerzas para confesar ahora que una vez tuve una vida con todos vosotros, que sufrí hasta morir de pena y que amé con la misma intensidad. No sería justo para ellos... No soportaría perder a Elvira o hacer que sufriera. ¡Ni siquiera sé si lo entendería!

Antón guardó silencio. Alexander parecía trastornado.

—Te lo suplico, Antón... —imploró tragando saliva.

—Respetaré tu silencio, Alexander. Sabes que lo haré aunque me rompa por dentro saber que estás tan cerca de mí y a la vez tan lejos.

Alexander lo miró desesperado mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Nunca dejé de amaros y me moriré haciéndolo, Antón. Deja que yo sufra este tormento de la mejor forma que sé hacerlo. Cuando tú y Eleonor os fuisteis, fue la señal de que tenía que seguir, que no podía sentarme a esperar. Yo necesitaba una vida, necesitaba sobrevivir a todos esos recuerdos y no supe hacerlo de otro modo. ¡No podía hacerlo de otro modo!

—Lo comprendo.

—¡No quiero que lo comprendas! —exclamó desgarradoramente mientras le sujetaba los hombros—. Solo quiero que lo respetes. Podría mentirte y decirte que me olvidé de todo y que jamás volví a pensar en vosotros, en ti, en Eleonor, en ellos... Pero no pasa un solo día de mi vida que no sufra vuestra ausencia, que no llore la pérdida de los que ya no están. Pero yo decidí vivir en esta mentira y este es mi castigo. ¡Mi castigo!

—Siempre tendrás las puertas de esa casa abiertas, Alexander —murmuró cogiéndole con las manos las mejillas—. Siempre estaremos esperándote, porque en algún momento volverás. No me niegues lo que tus ojos me expresan cada vez que me cruzo contigo porque no lo puedes ocultar. No a mí...

—Oh Señor... —sollozó—. Ten piedad... No me hagas esto...

—Acataré tu silencio como lo he hecho todos estos años, Alexander, lo sabes. Lo ves cada vez que nos cruzamos. Lo que has hecho hoy, tu presencia

aquí, me ha dado la vida y me ha hecho olvidar tu ausencia. Pero no me pidas que no sufra porque no lo voy a hacer. No voy a mentirte.

Alexander se rio limpiándose la nariz con la manga.

—Maldita sea, Antón —masculló—. Tú eras el débil. Al menos puedo decir que tu talante y toda esa fuerza se debe en parte a lo que te enseñé.

—Todo lo que soy te lo debo a ti, Alexander. No hubiera sobrevivido en ese lugar si no hubiera sido por ti. ¿Crees que puedo culparte de algo? Jamás lo haría.

—Desterré todas mis esperanzas de formar parte de todo esto en el mismo momento en que mentí a mi esposa y me negué a seguiros. ¿Cómo decirle toda la verdad? ¿Cómo decirle que por mucho amor que pueda darme, por muchos años que pase a mi lado, no podrá jamás sustituir toda esa pasión, todas esas vivencias? ¡Qué nunca será el amor de mi vida! ¡Qué no siempre he sido el hombre ideal o el padre afectuoso que ahora tiene! La destruiría... —balbuceó. Seguía sujeto por Antón y sollozaba una y otra vez—. ¡Ah Señor...! La rabia me ha consumido y lo seguirá haciendo. No habrá noche que no desee que tú eclipses todas mis ilusiones. No habrá día que no te escriba una carta o un poema como siempre hacía para luego quemarlo compadeciéndome de mí mismo... Lo fuisteis todo para mí...

—Yo siempre estaré ahí. Solo tienes que venir.

Alexander se rio.

—Tu vida me hace daño. Tu futuro me atormenta porque no puedo tenerlo. No ahora... Mañana no lo sé...

Se inclinó y lo besó en la mejilla para luego abrazarlo desesperadamente.

—Siempre te amaré —le susurró al oído—. Nunca he dejado de hacerlo. A ti, a Eleonor... Nada ni nadie sustituirá ese amor jamás.

Antón cerró los ojos y sonrió.

—Tortolitos, siento interrumpiros, pero la señorita Belinda se va y tenemos que regresar para cenar —se oyó decir al fondo. Leonardo los miraba de refilón mientras la joven Belinda se despedía de todos efusivamente, levantaba la mano hacia ellos y se alejaba por el camino en dirección a la casa—. ¿Sí? ¿Podemos?

Ambos hombres se recompusieron y se aproximaron al grupo que volvía a fijar la vista en la casa de un modo solemne. Empezaba a oscurecer y la suave brisa azotaba las enredaderas que trepaban por las columnas. Micaela suspiró y se abrazó a Leonardo.

—Quizás era esto lo que Jonás intentaba decirme, Leo. Sigo pensando que su recuerdo me avisaba de algo. Me impulsó de algún modo a venir aquí y a enfrentarme al presente y a su hijo Dominic.

Stefan la miró con respecto.

—La mansión Bishop vuelve a resurgir de sus cenizas como los niños de Torbe —dijo Jeremías dando leves golpecitos a su primo.

—Y ellos siempre estarán aquí —susurró Llosa—. De un modo u otro siempre estarán aquí...

Y quizá sí. Antón se dio cuenta del mismo modo que lo hizo Micaela, cuando se giró lentamente para fijar su vista antes de subir al coche, antes de alejarse por el camino polvoriento que un día, repleto de farolillos, la recibía con su vestido cobalto y su pequeña maleta de madera y cuero. Él también los pudo ver igual que ella, igual que todos los que al tiempo que se alejaban en sus respectivos coches, giraron la cabeza para echar el último vistazo a la preciosa mansión.

En lo alto de la escalera una mujer regordeta con una bonita cesta de mimbre les decía adiós con el brazo levantado y tres chicos de no más de veinte años sonreían a su lado. Sí, Antón los vio, como todos los demás. Richard apoyado en la columna de la entrada con su eterno cigarrillo colgando de los labios; Roberto, muy próximo a él, alzando el brazo, diciéndoles adiós. Y a su lado Jonás, que sonreía con aquellos ojos duros y vivaces capaces de reflejar del mismo modo todo el amor. ¡Todo ese amor!

Porque eso había sido la razón de todo.

La libertad, el amor.

Sobre todo, ese amor...



Redes sociales



<http://www.facebook.com/Sellotitania>



http://www.twitter.com/ediciones_urano



<http://www.edicionesurano.tv>

Presencia internacional



→ **Ediciones Urano Argentina**

Distribución papel: <http://www.delfuturolibros.com.ar>

Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital: <http://www.amabook.com.ar>

Contacto: info@edicionesurano.com.ar

→ **Ediciones Urano Chile**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranochile.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.cl>
Contacto: infoweb@edicionesurano.cl

→ **Ediciones Urano Colombia**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranocolombia.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.co>
Contacto: infoco@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano España**

Distribución papel: <http://www.disbook.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.es>
Contacto: infoes@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano México**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranomexico.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.mx>
Contacto: infome@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano Perú**

Distribución papel: <http://www.distribucionesmediterraneo.com.pe>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.pe>
Contacto: infope@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano Uruguay**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranouruguay.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.uy>
Contacto: infour@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano Venezuela**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranovenezuela.com/>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.ve>
Contacto: infoes@edicionesurano.com

→ **Urano Publishing USA**

Distribución papel: <http://www.spanishpublishers.net>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.us>
Contacto: infousa@edicionesurano.com

ECOSISTEMA DIGITAL

www.edicionesurano.com

NUESTRO PUNTO
DE ENCUENTRO

2 AMABOOK

Disfruta de tu rincón de lectura
y accede a todas nuestras **novedades**
en modo compra.

www.amabook.com

3 SUSCRIBOOKS

El límite lo pones tú,
lectura sin freno,
en modo suscripción.

www.suscribooks.com



DISFRUTA DE 1 MES
DE LECTURA GRATIS



1 REDES SOCIALES:

Amplio abanico
de redes para que
participes activamente.

4 QUIERO LEER

Una App que te
permitirá leer e
**interactuar con
otros lectores.**

 iOS

